

GRANSUPER&FICCION

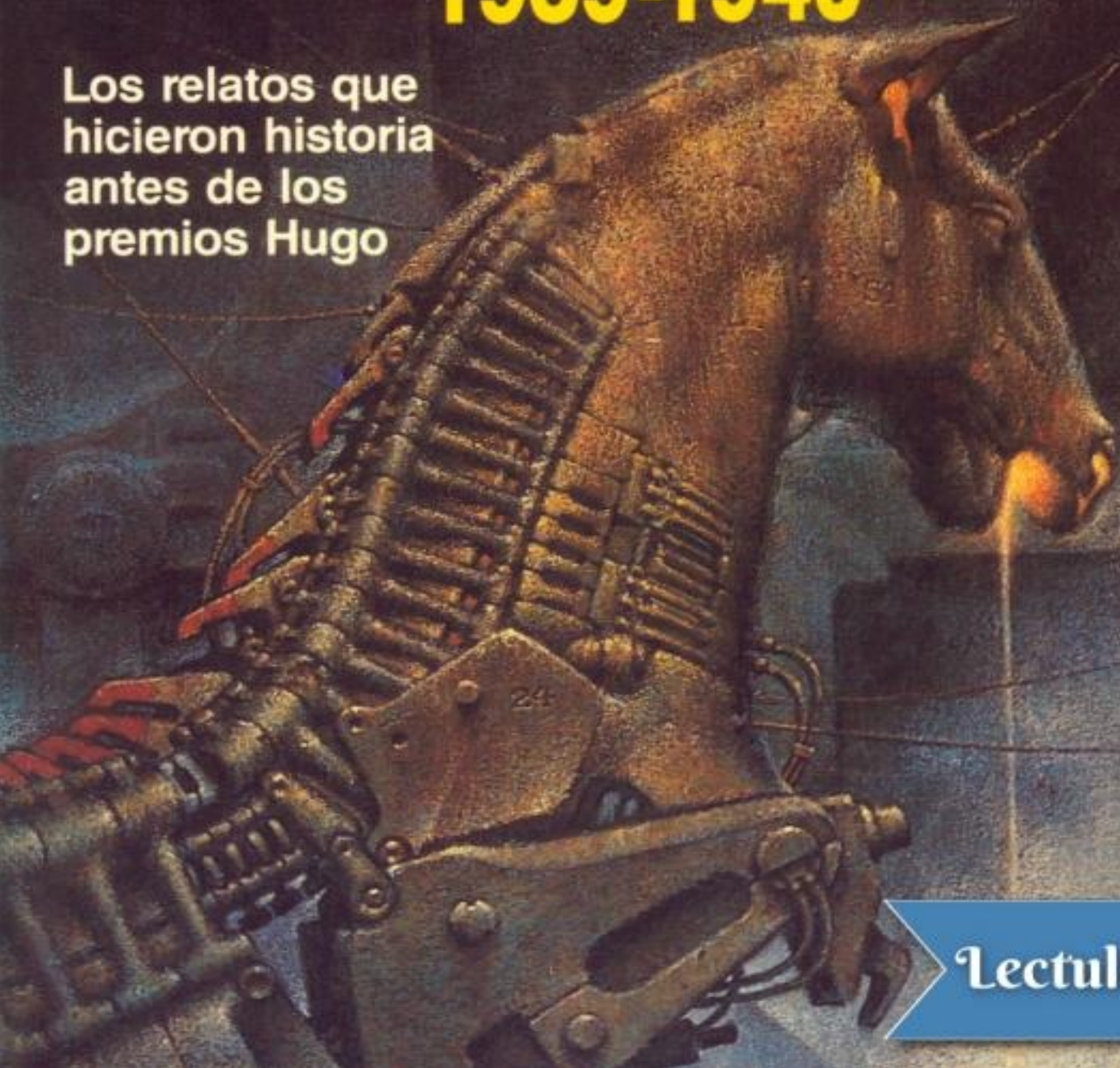
ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO

1939-1940

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



Lectulandia

Los mejores relatos del periodo histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Primer volumen de una esmeradísima selección en la que *Asimov* presenta cronológicamente los relatos que marcaron la evolución del género. Catorce relatos publicados originalmente durante los años 1939 y 1940 de los mejores escritores del momento.

Lester del Rey, Sprague de Camp, A. E. van Vogt, Henry Kuttner, Theodore Sturgeon, Nelson Bond, Jack Williamson, Robert A. Heinlein, Fritz Leiber, Robert Arthur, Oscar J. Friend..., son los autores de un conjunto de relatos inolvidables.

Lectulandia

AA. VV.

La Edad de Oro 1939-1940

Las grandes historias de la ciencia ficción

La Edad de Oro - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.01.16

Título original: *Asimov presents the great SF stories (1939-1940)*
Isaac Asimov y Martin H. Greenberg, 1979
Traducción: Rafael Marín Trechera & Celia Filipetto & Francisco Blanco
Ilustraciones: Chichoni/Selecciones Ilustradas
Diseño de cubierta: Geest/Høverstad

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Isaac Asimov, con la colaboración de *Martin H. Greenberg*, ha emprendido uno de los más ambiciosos proyectos que se hayan llevado a la práctica en el terreno de las antologías: la reconstrucción de la historia de la ciencia ficción a través de sus mejores relatos presentados en orden cronológico.

Año por año, *Asimov* y *Greenberg* presentan al lector los relatos más influyentes de los mejores autores del momento. La distancia histórica contribuye a dar un carácter definitivo a la selección, superando con creces cualquier proyecto anterior de características similares debido particularmente a la información vertida en cada presentación sobre los autores y su obra.

Y como punto de partida, el acontecimiento más importante ocurrido en el seno del género cuando éste era conocido por pocos y su historial se forjaba en las revistas especializadas: el principio de la carrera de *John W. Campbell* como editor de *Astounding Science Fiction*, momento en que se inicia la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción*.

Los relatos en este volumen son los siguientes:

El día ha muerto, por *Lester del Rey*. Una visión poética del destino del hombre de Neanderthal en un mundo dominado por los hombres de Cromañón.

El hombre deforme, por *Sprague de Camp*. De nuevo el tema del hombre de Neanderthal, en este caso con un representante de la especie que ha sido testigo de la historia de la humanidad.

Destructor negro, por *A. E. van Vogt*. Un gran clásico en el que se narra la historia de un alienígena destructivo e implacable, y en el que se inspiró el film *Alien*.

El halo equivocado, por *Henry Kuttner*. Los problemas que puede acarrear el que un ángel se equivoque de destinatario al entregar un halo de santidad.

Respirador de éter, por *Theodore Sturgeon*. El primer relato publicado del maestro del cuento corto: las emisiones en color para la televisión son misteriosamente interferidas con resultados ciertamente cómicos.

Peregrinación, por *Nelson Bond*. Uno de los primeros relatos del género con personaje femenino; el nacimiento de un romance en un mundo de «después» de la catástrofe.

Oh, estrella brillante, por *Jack Williamson*. El hombre que podía hacer milagros...

Inadaptado, por *Robert A. Heinlein*. Un genio intuitivo de las matemáticas en la construcción de una colonia espacial.

La pistola automática, por *Fritz Leiber*. La extraña fascinación que una pistola ejerce sobre su poseedor.

Franqueo pagado al paraíso, por *Robert Arthur*. Un descabellado servicio de correos...

It (Ello), por *Theodore Sturgeon*. Horror psicológico con la presencia de un monstruo aterrador.

La carretera imposible, por *Oscar J. Friend*. Un museo imposible que muestra el proceso evolutivo de la Tierra.

Butilo para el respirador, por *Theodore Sturgeon*. Secuela de *Respirador de éter*, y una obra maestra del relato de humor.

Su eminencia, por *Sprague de Camp*. Un científico al que se le aumenta artificialmente la inteligencia...

1939

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad fue un año ciertamente muy malo. El 28 de marzo Madrid cayó ante las fuerzas de Francisco Franco, terminando la guerra civil española. El 15 de abril, el presidente Roosevelt pidió garantías a Hitler y Mussolini de que no atacarían a una larga lista de naciones (ellos dijeron que estudiarían la petición). El 4 de mayo, Vyacheslav Molotov (aún no conocido por el cóctel) sustituyó a Maxim Litvinov como ministro de Asuntos Exteriores soviético, allanando el camino para el acuerdo Hitler-Stalin de unos meses después. El 22 de mayo, Hitler y Mussolini firmaron el «Pacto de Acero».

El día 1 de septiembre Alemania se cansó de conquistas sin guerra e invadió Polonia. El día 3, Inglaterra y Francia declararon la guerra a regañadientes al Tercer Reich. El 17 de septiembre la URSS invadió Polonia desde el Este; para el 30 de septiembre Alemania y la Unión Soviética habían llegado a un acuerdo sobre el reparto de Polonia entre los dos países, y los planes de Hitler salvaban otro obstáculo triunfalmente.

El 10 de octubre empezó la deportación de judíos polacos a las «reservas» y la Unión Soviética invadió Finlandia el 30 de noviembre, mientras Inglaterra y Francia se mantenían firmemente inactivas y los Estados Unidos pretendían que ocurría en otro planeta.

Durante 1939 se inventó el DDT. Pan American hizo los primeros vuelos «Clipper» entre Estados Unidos y Europa. Se publicó Cultura y libertad, de John Dewey. El Texas A & M era campeón de la Federación Nacional de Fútbol. Picasso pintó Noche de pesca en Antibes. El récord de la carrera de la milla estaba todavía en 4:06.4, logrado por el británico Sydney Wooderson en 1937. La «abuela» Moses se hizo famosa. Bobby Riggs se convirtió en el campeón de la US Trotting Association tras derrotar a S. Welby Van Horn (Billy Jean King todavía no había nacido). Jacob Epstein creó «Adán» a partir de un trozo de mármol. Alice Marble era campeona de los Individuales Femeninos Nacionales. William Walton compuso su Concierto para violín. Byron Nelson ganó el Open de los USA. Robert Graves publicó El largo fin de semana. Ralph Guldahl ganó el Torneo de los Maestros. John Steinbeck publicó Las uvas de la ira. Johnstown ganó el derby de Kentucky. «The Man Who Came to Dinner», de George S. Kaufman y Moss Hart, triunfó en Broadway, como lo hizo igualmente «The Time of Your Life», de William Saroyan. Oregón ganó el campeonato de baloncesto de la NCAA. Lo que el viento se llevó y Adiós, Mr. Chips fueron las películas del año. Joe Di Maggio encabezaba la clasificación con un 38,1% antes de dedicarse a vender cafeteras. «Roll Out the Barrell», la profética «The Last Time I Saw Paris» y «Hang Out the Washing on the Siegfried Line» eran las canciones de éxito. Nueva York ganó a Cincinnati por cuatro partidos a cero para hacerse con las Series Mundiales. Joe Louis aporreó a un puñado de víctimas para poder mantener el título de campeón de los pesos pesados.

Y el clamor distante de la tragedia era ignorado mientras, en Alemania, Hahn y Strassman descubrían la fisión del uranio, Lise Meitner hacía saltar la liebre en Suiza y Niels Bohr traía la noticia a Estados Unidos.

La muerte se llevó a Zane Grey, William Butler Yeats, Ford Maddox Ford y al recién exiliado Sigmund Freud.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

Pero en el mundo real fue un año muy bueno e importante.

En el mundo real se celebró la primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, en Nueva York, mientras Sam Moskowitz y Don Wollheim luchaban por controlar El Movimiento. En el mundo real, se publicó Unknown como compañera de Astounding para fantasía. Starling Stories, Science Fiction, Fantastic Adventures, Future Fiction, Famous Fantastic Mysteries y Planet Stories vieron la luz por primera vez.

En el mundo real, John Campbell cumplió su primer año completo como director de Astounding y nació la «Edad de Oro» con una avalancha de nuevos escritores, que serían concebidos o formados por Campbell. Gente importante hizo su primer vuelo a la realidad: en marzo, Isaac Asimov con «Varados frente a Vesta»^[1] en abril, Alfred Bester con «The Broken Axiom» (El axioma falso); en junio, A. E. van Vogt con «Destructor negro»; en agosto, Robert A. Heinlein con «La línea de la vida»^[2] y Fritz Leiber con Las joyas en el bosque^[3] y en septiembre, Theodore Sturgeon con «Respirador de éter».

Más cosas portentosas ocurrieron en el mundo real: Barrera siniestra^[4], de Eric Frank Russell, y Que no caigan las tinieblas^[5], de L. Sprague de Camp, se publicaron en Unknown. One Against the Legion (Uno contra la legión), de Jack Williamson, y Grey Lensman (Hombres-lentegrises), de Doc Smith, se publicaron por entregas en Astounding (la última entrega del segundo en 1940). La guerra de las salamandras^[6], de Karel Capek, y The Outsider and Others (El extraño y otros relatos), de H. P. Lovecraft aparecieron en tapa dura, como también The New Adam (El nuevo Adán), del difunto Stanley Weinbaum.

La Feria Mundial de Nueva York influyó sobre una generación de fans neoyorquinos (y algunos otros), editores y futuros escritores. Harper's publicó un ataque a la ciencia ficción —Tragedia más allá de Júpiter, de un tal Bernard De Voto—; nadie se preocupó.

Y empezaron a batir alas lejanas al nacer Barry N. Malzberg, Michael Moorcock y Peter Nicholls (este último destinado a despertar la polémica).

Visitemos el venerado año de 1939 y disfrutemos de los mejores relatos que nos ha legado el mundo real.

ISAAC ASIMOV y MARTIN H. GEENBERG

El día ha muerto

*Lester del Rey (1915-1993)^[7]
Astounding Science Fiction, mayo*

Lester del Rey es importante para la historia de la ciencia ficción como director literario, crítico y escritor. Se le conoce sobre todo por sus relatos «Helen O’Loy» (1938)^[8] y «Nervios» (1942)^[9]. Su novela de 1962 The Eleventh Commandment (El undécimo mandamiento) contiene uno de los más interesantes tratamientos que ha hecho la ciencia ficción de la religión organizada.

«El día ha muerto» es un ejemplo soberbio de ciencia ficción «prehistórica», una modalidad extremadamente difícil de escribir de forma convincente. Que Del Rey lo consigue es obvio, aunque no resulten tan obvias todas las cosas importantes que dice este relato sobre las relaciones sociales y la naturaleza del cambio evolutivo en un mundo que atraviesa una revolución.

(A Lester le encanta recordarme, al menos una vez al mes, que este relato consiguió hacerme llorar cuando lo leí en el metro de camino a mis clases en Columbia. Naturalmente, yo explico siempre que lloré agónicamente debido a lo penoso de su mala escritura, pero no es cierto. De todos los relatos de Lester, éste es mi favorito. I. A.)

Hwoogh se rascó el pelo del estómago y miró el sol que asomaba por encima de la colina. Se golpeó el pecho con indiferencia y rugió tímidamente, luego gruñó y se inclinó. En su juventud, había rugido y saltado para ayudar al dios a elevarse, pero ahora no merecía la pena esforzarse. Nada lo merecía. Encontró una escama de sudor salado bajo el pelo, se la quitó de los dedos y se volvió para continuar durmiendo.

Pero el sueño no quiso venir. Al otro lado de la colina se oían alaridos y gritos, y alguien golpeaba un tambor mientras cantaba. El viejo Neanderthal gruñó y se llevó las manos a los oídos, pero no había manera de acallar el cántico de los Calienta-Soles. Más ideas de los Habladores.

En sus tiempos, el mundo había sido magnífico, lleno de gente peluda y rugiente, gente a la que se podía entender. Había caza por todas partes y las cavernas de los alrededores estaban llenas del humo de las hogueras. Había jugado con los pocos jóvenes que nacían —aunque cada año se sumaban menos niños a la tribu—, y se había convertido en un adulto con el orgullo de haberlo conseguido. Pero eso fue antes de que los Habladores hubieran convertido este valle en uno de sus territorios de caza.

Las viejas tradiciones, medio contadas, medio comprendidas, hablaban de la tierra en los días antiguos, cuando sólo su pueblo se extendía por la ancha tundra. Habían ocupado las cavernas y habían partido en grupos de caza demasiado grandes para que ningún animal pudiera oponérseles. Y los animales venían a ocupar esta tierra, empujados hacia el sur por la Cuarta Glaciación. Entonces había vuelto el gran frío, y los tiempos habían sido duros. Muchos habitantes de su pueblo habían muerto.

Pero muchos habían vivido, y con el regreso del tiempo cálido y seco habían empezado a expandirse antes de que llegaran los Habladores. Después de eso —Hwoogh se agitó inquieto—, y sin que pudiera entender el motivo, los Habladores habían ocupado más y más tierras, y su gente se retiró y disminuyó ante su presencia. El padre de Hwoogh les había contado que su pequeño grupo del valle era todo lo que quedaba de ellos, y que éste era el único lugar de la gran tierra plana donde los Habladores venían rara vez.

Hwoogh tenía veinte años cuando les vio por primera vez: hombres de grandes piernas, ágiles de pies y ojos, que se movían como si fueran dueños de la tierra, y que hacían ruidos incesantes con sus bocas. En el verano de aquel año, alzaron sus tiendas de piel y sebo al otro lado de la colina, lejos de las cavernas, y habían hecho magia para sus dioses. Había magia en sus armas, y las bestias sentían su acoso. El pueblo de Hwoogh se había retirado, contemplándolos con temor, odiándoles ciegamente, dedicados finalmente a robar y mendigar. Una vez, un joven había matado al hijo de un Hablador, y le habían cazado a muerte. Desde entonces, se había establecido una tregua entre los Cromañón y los Neanderthal.

Ahora, los últimos miembros del pueblo de Hwoogh habían muerto, excepto él, sin dejar hijos. Siete años habían pasado desde que el hermano de Hwoogh se había acurrucado en la cueva y había enviado su aliento a través del largo viaje en busca de

sus antepasados. Siempre había sido tranquilo y débil de espíritu, pero fue el único amigo que tuvo Hwoogh.

El viejo se agitó y deseó que Keyoda regresara. Tal vez traería comida de los Habladores. No merecía la pena cazar ahora, cuando los Habladores ya habían cazado y matado a todas las presas fáciles. Lo mejor que podía hacer un hombre era dormir todo el tiempo, pues el sueño era la única cosa satisfactoria que quedaba en este mundo revuelto: incluso la bebida que los altos Cromañón hacían de raíces aplastadas daba dolor de cabeza al día siguiente.

Se volvió en su lecho de hojas en la entrada de la cueva, gruñendo agriamente. Una mosca provocativa revoloteaba por encima de su cabeza, y él trató de cogerla. La sorpresa iluminó sus rasgos cuando sus dedos se cerraron en torno al insecto, y lo tragó con un escalofrío de placer. No era tan bueno como las larvas del bosque, pero era un aperitivo sabroso.

El dios del sueño se había ido, y no volvería por mucho que permaneciera tumbado y roncando. Hwoogh así lo comprendió y se alzó sobre sus cuartos traseros. Durante semanas, había tenido la intención de hacer una punta nueva para su ruda lanza, y buscó los materiales en su caverna. Pero la idea se alejaba a medida que se acercaba al trabajo, y dejó que sus ojos contemplaran perezosamente el pequeño riachuelo que corría a sus pies y las nubes del cielo. Era una primavera cálida, y el sol hacía que la pereza fuera agradable.

El dios sol se hacía fuerte de nuevo, espantando las brumas. Lo había adorado como propio durante años, y ahora parecía que sólo se hiciera fuerte para los Habladores. Mientras el dios era débil, la gente de Hwoogh había sido poderosa; ahora que su larga enfermedad había acabado, los Cromañón se esparcían por el territorio como las pulgas en su vientre.

Hwoogh no podía comprenderlo. Tal vez el dios estaba enfadado con él, ya que los dioses son completamente impredecibles. Gruñó, añorando de nuevo a su hermano, que había comprendido mejor todas estas cosas.

Keyoda hizo rodar la piedra colocada delante de la cueva, interrumpiendo su meditación. Traía restos de comida del poblado y la pata medio masticada de un caballo, que Hwoogh cogió y devoró con sus fuertes dientes. Evidentemente los Habladores habían hecho una buena matanza el día anterior, pues habían sido generosos con sus regalos. Gruñó a Keyoda, que se sentó al sol en la entrada de la cueva, frotándose la espalda.

Keyoda, con sus largas piernas y sus cortos brazos, y la incómoda rectitud de su porte, era tan extraña para Hwoogh como la mayoría de los Habladores. Hwoogh recordó con un suspiro a las muchachas de su época: habían sido hermosas, pequeñas y encorvadas, con cuellos gruesos y lindas frentes estrechas. Para Hwoogh era un enigma cómo aquellas mujeres Cromañón de cara plana conseguían pareja, pero parecía que tenían éxito.

Sin embargo, Keyoda había fracasado, y por esto él consideraba acertado su

juicio. Había momentos en que casi sentía simpatía hacia ella, y la apreciaba a su manera. Había resultado herida cuando era una niña y su espalda la hacía inútil para el trabajo de una hembra. Repudiada por los otros miembros de la tribu, se había apartado de ellos gradualmente, y cuando se topó con Hwoogh aceptó su hospitalidad. Los Habladores eran nómadas que seguían las manadas hacia el norte en verano, al sur en invierno, según las estaciones, pero Keyoda se quedó con Hwoogh en su cueva y hacía todos los trabajos que eran necesarios. Incluso un medio hombre como el Neanderthal era preferible a la desdeñosa piedad de su propia gente, y Hwoogh no era desagradable.

—¿Hwunkh? —preguntó Hwoogh.

Con el estómago parcialmente lleno se sentía más amistoso con respecto al mundo.

—Oh, salieron y me dejaron recoger sus sobras, como siempre... ¡Yo, que fui hija de un jefe! —Su voz había sido gruñona, pero el cansancio del fracaso y la edad la habían hecho perder aquel tono—. «Pobre, pobre Keyoda», piensan ellos. «Dejad que se lleve lo que quiera para que no parezca que no nos gusta». Toma. —Le tendió una basta lanza, rasgada a ambos lados de la punta, pero con sólo una rudimentaria lengüeta hecha con tosquedad—. Uno de ellos me dio esto..., no es el tipo de las que usan, pero es tan buena como las que puedes hacer. Uno de los niños está practicando.

Hwoogh la examinó; buena, admitió, muy buena, y la punta estaba bien ajustada al asta. Incluso los niños, con sus largos pulgares que podían girar en cualquier dirección, podían hacer mejores armas que él; sin embargo, una vez había sido famoso entre su tribu por lo esmerado de su trabajo con la piedra.

Haciendo un gesto hacia el caballo, se puso lentamente en pie. La forma de su mandíbula y de su lengua, junto con el lóbulo frontal izquierdo pobremente desarrollado, hacían que su habla fuera rudimentaria, y por eso suplía sus sonidos glóticos y labiales con movimientos que Keyoda comprendía bastante bien. Ella se encogió de hombros y le dijo adiós con la mano mientras mordisqueaba uno de los huesos.

Hwoogh se dedicó a vagabundear sin mucho ánimo, consciente de que se estaba haciendo viejo. Sabía vagamente que no le quedaban ya muchas nieves; no era el número de las estaciones, sino algo más, algo que podía sentir pero no entender. Se dirigió a los territorios de caza, esperando encontrar alguna presa cuya muerte requiriera pocos esfuerzos por su parte. Las limosnas de los Habladores se habían vuelto amargas en su boca.

Pero el dios sol escaló hasta la cima de la caverna azul sin que Hwoogh se topara con nada. Se dio la vuelta para regresar, y se encontró con la partida de Cromañón que traía el cadáver de un reno atravesado en un palo sobre sus hombros. Se detuvieron para gritarle.

—¡Es inútil, Peludo! —Fanfarronearon; sus voces eran ligeras y alegres—.

Hemos capturado ya a todas las presas. Vuélvete a tu cueva y duerme.

Hwoogh se alejó, cabizbajo, arrastrando la lanza por el suelo. Uno de los miembros de la partida trotó hacia él. A veces Legoda, el hombre mágico de la tribu y artista, parecía casi amistoso, y ésta era una de esas veces.

—Yo lo maté, Peludo —dijo tolerante—. Anoche dibujé con magia un reno fuerte, y la bestia cayó con mi primer tiro. Ven a mi tienda y te daré una pata. Keyoda me enseñó una nueva canción, que sabía de su padre, y le devolveré el favor.

¡Patatas, costillas, huesos! Hwoogh estaba cansado de la carne externa. Su cuerpo pedía el alimento de las entrañas y el hígado. La piel le picaba, y sentía que tenía que comer aquellas succulentas partes interiores para ponerse bien; antes siempre se había curado así. Gruñó, entre la apreciación y la molestia, y se dio la vuelta. Legoda le retuvo.

—No, quédate, Peludo. A veces me traes buena suerte, como cuando encontré el ocre brillante para mi dibujo. En el campo hay carne suficiente para todos. ¿Por qué ir a cazar hoy? —Hwoogh dudaba, e insistió con más fuerza, no por amabilidad, sino por las ganas de salirse con la suya—. Los lobos están por aquí cerca, y uno solo no es suficiente contra ellos. Desollaremos al reno en cuanto lo bajemos de la espeta. ¡Te dejaré ser el primero en elegir la carne!

Hwoogh gruñó con aquiescencia y siguió al grupo. Las limosnas de los Habladores le amargaban, pero el hígado era el hígado... si Legoda mantenía su oferta. Cantaban mientras marchaban, trotando fácilmente bajo la carga del reno, y él les siguió, respirando a duras penas para mantener el paso.

A medida que se acercaban al poblado de los nómadas, sus bastas tiendas de piel y las hogueras encendidas emitieron un olor penetrante que irritó la nariz de Hwoogh. El olor de los Cromañón de largos miembros era ya suficientemente malo sin la peste de un campamento y de sus fuegos. Prefería el aroma habitual de su propia caverna.

Los jóvenes se congregaron alrededor, chillando de disgusto por haber sido dejados en el campamento en esta fácil cacería. Al ver al Neanderthal, emitieron un aullido de burla y cargaron contra él, arrojándole palos y piedras y saltando hacia él con furia juguetona. Hwoogh se echó a temblar y retrocedió, amenazándolos con su lanza y emitiendo gruñidos con la garganta. Legoda soltó una carcajada.

—En verdad, oh, Peludo Chokanga, tu voz debería alejarlos de ti. Pero mira, no la temen. ¡Atrás, molestias de dos patas! ¡Marchaos! ¡Atrás, digo!

Al mandato de su voz se apartaron y retrocedieron, todavía gritando. Hwoogh les observó con atención, pero mientras Legoda quisiera, estaba a salvo de sus pullas.

Legoda estaba de buen humor, se reía y hacía chistes y palmeaba los traseros de las mujeres hasta que su joven esposa salió y le mandó callar. Saltó hacia el reno con su cuchillo de piedra y las otras mujeres se le unieron.

—¡Heya! —llamó Legoda—. El primero en escoger es Chokanga, el Peludo. Le di mi palabra.

—¡Oh, idiota! —La mujer dirigió a Hwoogh una mirada de desdén—. ¿Desde

cuándo alimentamos a las bestias de las cavernas y a los peces del río? Estás loco, Legoda. Déjale que cace por su cuenta.

Legoda la pinchó con la punta de la lanza, sonriendo.

—Sí, ya sabía que te pondrías a gritar. Pero se lo debemos..., éstos eran sus terrenos de caza cuando nosotros no éramos más que cachorrillos. ¿Para qué hacer daño a un viejo? —Se volvió hacia Hwoogh e hizo un gesto—. Ves, Chokanga, mi palabra es buena. Toma lo que quieras, pero que no sea más de lo que tu barriga y la de Keyoda puedan aguantar esta noche.

Hwoogh obedeció y extrajo el hígado y la dulce grasa de las entrañas. Con un grito de rabia, la mujer de Legoda saltó hacia él, pero el hombre mágico la contuvo.

—¡No, ha hecho bien! ¡Sólo un loco escogería la pierna cuando estaba a mano el corazón de la carne! ¡Por los dioses de mi padre, y yo que esperaba comérmelo! Oh, Peludo, me robas la carne de la boca, y me caes bien por eso. Ve, antes de que Heya no aguante más y salte sobre ti.

Hwoogh sabía que tal vez mañana Legoda le echaría los perros por su acción de hoy, pero mañana estaba en otra cueva del sol. Se puso en marcha mientras los alaridos de Heya y la risa burlona de Legoda continuaban. Un trozo de hígado se soltó y Hwoogh lo chupó mientras seguía caminando. Keyoda estaría contenta, ya que normalmente tenía que buscar la comida para los dos.

Una pequeña porción de la autoestima de Hwoogh regresó. ¿No se había burlado de Legoda y había escapado con la mejor porción de carne? ¿Lo había hecho Keyoda tan bien cuando bajaba a la aldea de los Habladores? ¡Aún tenían mucho que aprender del astuto cerebro del viejo Hwoogh!

Naturalmente que los Habladores estaban locos. Sólo los locos actuarían de la forma en que lo había hecho Legoda. Pero aquello no era asunto suyo. Palpó el hígado y la carne y sonrió. Hwoogh no tenía que mirar los dientes de un caballo regalado.

Cuando llegó a la cueva, el fuego se había reducido a un lecho de ascuas y Keyoda estaba acostada, roncando y con la cara enrojecida. Hwoogh le olió el aliento y confirmó sus sospechas. De alguna manera, había bebido el líquido infernal de los Habladores y su sueño estaba embotado por el estupor. La empujó con el pie y ella se sentó con los ojos enrojecidos.

—Oh, ya estás de vuelta. ¡Ah, y traes hígado y carne! Pero no lo puedes haber cazado con la lanza. Has ido a la aldea y lo has robado. ¡Pero lo has conseguido!

Se abalanzó sobre la carne, avivó el fuego y colocó el hígado sobre él.

Hwoogh se explicó lo mejor que pudo y ella logró entenderlo.

—¿Sí? Qué travieso es Legoda, mi sobrino.

Retiró el hígado, medio crudo, y los dos se lo comieron ansiosamente, mientras ella chupaba y maldecía a la vez. Hwoogh le tocó la nariz y puso mala cara.

—Bueno, ¿y qué si lo hice? —El licor había afilado su lengua—. El hijo del jefe vino para que le contara historias, y para desatarme la lengua me trajo jugo de raíces. Ah, qué historias estoy contando... ¡y algunas de ellas son reales! —Hizo un gesto hacia un basto cuenco—. Sé que los roba pero ¿a nosotros qué más nos da? Sírvete, Peludo. No tienes más de un día.

Hwoogh recordó los dolores de cabeza que le habían provocado experimentos anteriores, pero lo olió con curiosidad y el aroma del agua mágica le atrapó. Era la misma esencia de la juventud, el fuego que daba vida a sus piernas y traía recuerdos a su mente. Se llevó el cuenco a la boca y dejó que el líquido corriera por su garganta. Keyoda se lo quitó antes de que lo acabara y se bebió el resto.

—Ah, fortalece mi espalda y hace que la sangre me caliente de nuevo. —Se puso en pie y empezó a entonar fragmentos de una antigua canción de despellejar—. ¿Es que no vas a aprender nunca a no bebértelo de una sola vez? De esa forma no dura nada y pierdes el sentido antes de que te haga sentir bien.

Hwoogh bostezó mientras la bebida se apoderaba de él, y sus rodillas se doblaron aún más bajo su peso. Sintió que la cama se acercaba a sus ojos y que su cabeza estaba llena de abejas, que zumbaban alegremente y la caverna daba vueltas a su alrededor. Rugió, mientras Keyoda se echaba a reír.

—¡Eh! Al oírte rugir se podría pensar que eres el único Chokanga que queda en la tierra. Pero no lo eres. ¡No, no lo eres!

—¿Hwunkh?

Aquello le sorprendió. Por lo que sabía, no quedaba ninguno de su especie. Intentó agarrarla y falló, pero ella cayó y rodó contra él, su aliento contra su cara.

—Es verdad. Me lo dijo el muchacho. Legoda encontró a tres como tú, en la tierra del este, hace tres primaveras. Tendrás que preguntarle..., yo no sé nada.

Se frotó contra él, gruñendo palabras medio articuladas, y Hwoogh intentó reflexionar sobre esta nueva información. Pero el licor era demasiado fuerte para él y pronto estuvo roncando a su lado.

Cuando despertó, Keyoda había marchado al poblado y el sol estaba a la altura de una lanza en el horizonte. Comió un pedazo de hígado, pero el sabor no era tan bueno como antes, y su estómago protestó. Se echó hacia atrás hasta que su cabeza pudo volver a controlarlo y luego se volvió hacia el arroyo, para saciar la terrible sed que se había apoderado de él durante la noche.

Había algo que tenía que hacer, algo que apenas recordaba. ¿No había dicho Keyoda anoche algo sobre otros de su pueblo? Sí, sobre tres de ellos, y Keyoda lo sabía. Hwoogh dudó, recordando que había burlado a Legoda el día anterior. El joven podría estar resentido hoy. Pero la curiosidad le abrumaba, y en su corazón había una extraña ansiedad. Legoda tenía que decírselo.

Reluctante, se dirigió al fondo de la cueva y rebuscó en un agujero que ni siquiera Keyoda conocía. Sacó sus tesoros, tratándolos con reverencia, y seleccionando los mejores. Había conchas brillantes y guijarros de colores, un basto collar que había

pertenecido a su padre, símbolo de hombría, trozos de esto y de aquello que había intentado convertir en adornos. Pero el deseo de conocer era más fuerte que el orgullo de la posesión; los retuvo en la mano y se dirigió a la aldea.

Keyoda charlaba con las mujeres, gimoteando la fórmula que había desarrollado, y Hwoogh recorrió el campamento en busca del joven artista. Finalmente le localizó en las afueras, haciendo extraños movimientos con dos palos. Se acercó con cautela y Legoda le oyó.

—Acércate, Chokanga, y observa mi nueva magia. —La voz del joven estaba llena de orgullo y no tenía un tono amenazador. Hwoogh suspiró aliviado, pero obedeció lentamente—. Acércate más, no me tengas miedo. ¿Crees que lamento el regalo que te hice? No, fue mi propia estupidez. Mira.

Tendió los palos y Hwoogh los observó con cautela. Uno era largo y curvo, atado a un extremo con una cuerda de cuero, y el otro era una lanza pequeña con una pluma en un extremo. Emitió un gruñido por pregunta.

—Una lanza mágica, Peludo, que vuela con alas y mata más allá del alcance de las otras lanzas.

Hwoogh hizo una mueca. La lanza era demasiado pequeña para matar a algo que no fueran roedores, y el palo grande ni siquiera tenía punta. Pero observó con atención mientras el joven colocaba el palo afilado en la cuerda y tiraba de él. Hubo un chasquido y la lanza salió volando y enterró la punta en la suave corteza de un árbol situado a más de dos lanzas de distancia. Hwoogh se quedó impresionado.

—Sí, Chokanga, una magia nueva que aprendí en el sur el año pasado. Hay muchos que la usan, y con ella pueden arrojar la punta más lejos y mejor que con una lanza. ¡Uno puede matar igual que tres!

Hwoogh gruñó; ya habían matado a todas las buenas presas y sin embargo habían encontrado una nueva magia para aumentar su poder. Tendió la mano con curiosidad, y Legoda le dio el palo largo y otra lanza, mostrándole cómo usarla. Hubo otro chasquido, y la cuerda de cuero le golpeó la muñeca, pero el arma salió despedida erráticamente, fallando el blanco por varios metros. Hwoogh lo devolvió sombríamente..., aquella magia no era para él. Sus pulgares hacían aún más difícil su manejo.

Ahora que el hombre mágico estaba satisfecho de su superioridad, era un buen momento para mostrar sus tesoros. Hwoogh los extendió sobre el suelo e hizo un gesto hacia Legoda, quien los miró pensativo.

—Sí —concedió el Hablador—. Algunos son buenos, y algunos serían buenos adornos para las mujeres. ¿Qué es lo que quieres, más carne o una de las armas nuevas? Te llenamos la barriga ayer; y con mi cerveza, que me han robado, aunque no te echo la culpa. Ya hemos castigado al muchacho. Y esta arma no es para ti.

Hwoogh hizo una mueca y se esforzó buscando la expresión correcta, mientras el

joven le observaba. Poco a poco, pudo dar a conocer sus deseos, en parte por las preguntas que le hacía el Cromañón. Legoda se echó a reír.

—Así que sientes la llamada de la especie, ¿no, Viejo? —Le devolvió los tesoros, a excepción de unas cuentas brillantes—. No quiero engañarte, Chokanga, pero acepto esto por el amor que siento hacia ti, como signo de nuestra amistad.

Su sonrisa era burlona mientras se guardaba la baratija entre sus ropas.

Hwoogh se sentó sobre sus cuartos traseros y Legoda lo hizo en una roca.

—Hay poco que contar, Peludo. Hace tres años me encontré con una familia de tu especie, un macho y su hembra con un hijo. Huyeron de nosotros, pero estábamos cerca de su cueva, y tuvieron que regresar. No les hicimos daño y a veces les dábamos de comer y les dejábamos que nos acompañaran en la cacería. Pero eran débiles y enfermizos, demasiado perezosos para cazar. Cuando regresamos al año siguiente, estaban muertos, y por lo que sé, eres el último de tu especie.

Se rascó la cabeza pensativo.

—Tu gente muere con demasiada facilidad, Chokanga. En cuanto les encontramos y tratamos de ayudarles, dejan de cazar y se convierten en mendigos. Y entonces pierden interés por la vida, enferman y mueren. Creo que vuestros dioses han tenido que morir a manos de los nuestros, que son más fuertes.

Hwoogh emitió un gruñido de asentimiento, y Legoda recogió su arco y flechas y regresó al campamento. Pero había una extraña expresión en la cara del Neanderthal que no pasó desapercibida al joven. Al descubrir la tristeza en la cara de Hwoogh, puso una mano sobre los hombros del viejo y le habló más amablemente.

—Por eso te aprecio, Peludo. Cuando mueras, ya no habrá nadie más como tú, y mis hijos se reirán de mí y dirán que miento cuando les cuente la historia de tu raza ante el fuego de las celebraciones. Cada vez que mate, no te faltará alimento.

Recorrió la única calle hacia la tienda de su familia, y Hwoogh se dio la vuelta lentamente hacia su cueva. La seguridad de tener comida tendría que haberle alegrado, pero sólo sirvió para hacerle sentirse más triste. Se daba cuenta de que Legoda le trataba como si fuera un niño pequeño, o como si el dios sol le hubiera insuflado un poco de locura.

Hwoogh oyó los gritos y las risas de los niños mientras rodeaba la colina y durante un minuto dudó antes de continuar. Pero tenía muy desarrollado el sentido de la propiedad y saltó hacia adelante sombríamente. No tenían nada que hacer cerca de su cueva.

Eran de todas las edades y tamaños, y gritaban y se perseguían en completo desorden. Como se les había prohibido acercarse al lado de la colina de Hwoogh, y ya que habían roto la regla, estaban haciendo mucho ruido celebrándolo. El fuego de Hwoogh había sido esparcido por el lado de la colina y en el arroyo, y estaban saqueando su pequeño almacén de armas y pieles.

Hwoogh emitió un salvaje alarido y corrió con la lanza en posición de ataque. Al oírle, los muchachos se dieron la vuelta y retrocedieron hasta la entrada de la cueva, agrupados.

—Márchate, Cara Fea —gritó uno—. ¡Ve a asustar a los lobos! ¡Cara Fea, Cara Fea, uuuuhhh!

Se arrojó contra ellos, blandiendo la lanza, pero los muchachos se escabulleron fácilmente entre sus piernas arqueadas. Uno de los chicos mayores le agarró por una pierna y le hizo caer al suelo. Otro se le echó encima, le quitó la lanza y le golpeó con ella. La crueldad innata de la irreflexión había cambiado poco en los niños desde la época de los primeros primates.

Hwoogh soltó un alarido de furia y trató de atraparlos, pero ellos se zafaron de sus manos. Las niñas bailaban alegremente a su alrededor, cantando.

—¡Cara Fea no tiene madre, Cara Fea no tiene esposa, uuuhhh!

Agarró frenéticamente a uno de los niños, lo zarandó y lo arrojó al suelo, donde el joven permaneció blanco y silencioso. Hwoogh sintió un momento de júbilo por su fuerza. Entonces alguien lanzó una piedra.

Cuando recuperó el conocimiento, el viejo Neanderthal vio que estaba atado, y tres de los muchachos estaban sentados sobre su pecho y golpeaban el suelo con los pies celebrando su victoria. La cabeza le dolía, y tenía magulladuras en los brazos y en el pecho, donde le habían maniatado burdamente. Rugió salvajemente, alzando la cabeza, y trató de zafarse de las cuerdas, pero eran demasiado fuertes para él. Le habían capturado de la misma manera en que lo habrían hecho los adultos.

Habían sido sus enemigos durante años, desde que descubrieron que molestarle era una de las ocupaciones que podía distraerles de la tediosa vida del campamento. Ahora que la vieja pugna casi había finalizado, se dedicaron a humillarle meticulosa e ingenuamente.

Mientras las niñas frotaban su cara con fango del arroyo, los muchachos recorrían la caverna y rompían todas sus pieles. La bolsa en la que guardaba sus pertenencias corrió de mano en mano y empezaron a distribuir su nuevo botín. Hwoogh aulló locamente.

Pero la cordura regresaba ahora que la furia de la pelea había acabado, y Kechaka, el hijo mayor del jefe, miró pensativo a Hwoogh.

—Si los mayores se enteran de esto —murmuró—, habrá problemas. No les gustará que hayamos molestado a Cara Fea.

Otro hizo una mueca.

—¿Por qué vamos a decírselo? Además, no es ni siquiera un hombre, sino un animal. ¿No veis el pelo que cubre su cuerpo? Arrojemos al viejo Cara Fea al río, limpiemos la cueva y escondamos estos tesoros. ¿Quién va a enterarse?

Hubo algunas protestas, pero la idea de la paliza que les esperaba añadió peso a aquella idea. Kechaka asintió por fin y se puso a arreglar los destrozos que habían causado. Borraron las huellas con ramas y dejaron solamente las que llevaban al

arroyo.

Hwoogh se agitó y se rebeló mientras cuatro de los chicos lo levantaban; las ataduras se aflojaron un poco, pero no lo suficiente para liberarse. Notó con un atisbo de satisfacción que el muchacho al que había golpeado aún se quejaba, pero eso no servía de nada en su actual situación. Le colocaron en el agua, boca abajo, y le dieron un fuerte empujón, que le envió arroyo abajo. Hwoogh notó la corriente, y jadeó y se debatió contra sus ataduras. Sus pulmones buscaron el aire, y la corriente le envolvió; su mente se apagaba.

Con un último esfuerzo desesperado, se liberó de las cuerdas y se dirigió furioso hacia la superficie, buscando el aire ansiosamente. El agua le resultaba desagradable, pero sabía nadar, y pudo dirigirse a la orilla. Los niños habían desaparecido cuando salió del agua y lamentaba la pérdida de su fuego, que podría haberle calentado. Regresó a su cueva dando tumbos y se hundió cansinamente en su lecho.

¡Él, que había sido un poderoso guerrero, derrotado por un hatajo de crías de Cromañón! Apretó salvajemente los puños y rugió, pero no podía hacer nada. ¡Nada! La inutilidad de su propio esfuerzo le mordió como un cuchillo ardiente. Hwoogh era un anciano, y las lágrimas que corrían por sus mejillas eran las lágrimas amargas y dolorosas que sólo puede provocar la edad.

Keyoda regresó tarde y se puso a maldecir cuando vio que el fuego se había apagado, pero su voz se suavizó al verle acurrucado en la cama, contemplando ausente la pared de la caverna. Sus ojos localizaron las pocas pisadas que los niños habían olvidado borrar, y maldijo con un vigor casi juvenil antes de dirigirse a Hwoogh.

—¡Vamos, Peludo, quítate esa piel fría y mojada! —Sus manos eran suaves, pero Hwoogh la rechazó—. Enfermarás si te las quedas. Quítate la piel y yo iré al pueblo en busca de fuego. ¡Malditos niños! ¡Espera a que se lo diga a Legoda!

Al ver que no había nada que pudiera hacer por él, se dio la vuelta y marchó sendero abajo. Hwoogh se sentó para cambiarse de pieles y luego volvió a tumbarse. ¿Para qué servía? Gruñó un poco cuando Keyoda regresó con el fuego, pero rehusó la comida que le habían dado en el pueblo, y se sumió en un sueño intranquilo.

Cuando despertó, hacía un buen rato que el sol había salido. Encontró a Legoda y Keyoda junto a él. Notaba algo desagradable en la cabeza, y tosió. Legoda le palmeó la espalda.

—Descansa, Peludo. Tienes la enfermedad diabólica que quema la garganta y corre hasta la nariz, pero el hombre puede vencerla. ¡Ah, cómo fueron golpeados los niños! Yo me encargué de hacerlo personalmente, y esta mañana no hay uno solo que no esté tan magullado como tú. La luna se comerá el sol antes de que vuelvan a molestarte.

Keyoda le tendió un trozo de hígado hervido y riñones, pero él lo rechazó.

Aunque el dolor de cabeza había remitido, parecía como si tuviera un peso en el estómago y no podía comer. Notaba como si los niños con los que había peleado estuvieran sentados sobre su pecho y le sacudieran.

Legoda sacó un pequeño tambor pintado y ejecutó magia por su restablecimiento. Danzó ante el viejo y sacudió el calabacín mágico, que espantaba todas las enfermedades diabólicas. Pero este diablo era más fuerte. Por fin, el joven se detuvo y se marchó al poblado, mientras Keyoda se quedó sentada sobre una piedra vigilando al enfermo. Hwoogh notaba la cabeza embotada, y el corazón enterrado en el pecho. Ella espantó las moscas, cubriéndole los ojos con un trozo de piel, y le canturreó una de las canciones con que las madres arrullaban a sus hijos.

Se quedó otra vez dormido y se revolvió en una pesadilla donde los Habladores se burlaban de él. La fiebre enrojecía su rostro. Pero cuando Legoda regresó aquella noche, juró que estaría bien dentro de tres días.

—Déjalo dormir y dale de comer. El diablo se marchará pronto. Mira, apenas queda señal donde le golpeó la piedra.

Keyoda le alimentó lo mejor que pudo, obligándole a tragar la comida que mendigaba en la aldea. Cogía agua del arroyo cada vez que él la pedía, y le humedecía el pecho y la cabeza cuando dormía. Hwoogh notaba que la fiebre era un poco más alta y sentía que el frío era peor que nunca. Pero no lo combatió como debería haber hecho.

Legoda regresó de nuevo con su magia y comida, pero apenas sirvieron de nada. A medida que el día avanzaba, sacudió la cabeza y habló con Keyoda en voz baja. Hwoogh salió de su sopor y escuchó atontado.

—Está cansado de la vida, Keyoda, hermana de mi padre. —El joven se encogió de hombros—. Mira, yace ahí sin combatir. Cuando un hombre no intenta vivir, no puede hacerlo.

—¡Ay! —La voz de ella emitió un graznido plañidero—. ¿Qué hombre no vive si puede? Estás loco, Legoda.

—No. Su pueblo se harta fácilmente de vivir, Keyoda. No sé por qué. Pero, por poca cosa mueren. —Al ver que Hwoogh le había oído, se acercó al Neanderthal—. Oh, Chokanga, olvida tus problemas y toma otro bocado de vida. Aún puede ser buena si así lo quieres. He tomado tu regalo como signo de amistad, y mantendré mi palabra. Ven a mi fuego, y no caces más. Te trataré como si fueras mi padre.

Hwoogh gruñó. ¡Seguir los campamentos, comer de la caza de Legoda, ser tratado como una rareza y como un mediodiablo! Legoda era amable, apasionado y simpático, pero los otros eran vengativos. Y si Hwoogh moría, ¿quién iba a llorar por él? Keyoda regresaría con su gente, Legoda le olvidaría, y ningún Chokanga estaría allí para mostrarles el ritual del enterramiento.

Los viejos amigos de Hwoogh habían vuelto con él en sus sueños, visitándole y mostrándole los terrenos de caza de su juventud. Había oído los gruñidos y murmullos de las muchachas de su raza que le esperaban. Ese mundo todavía estaba

vacío de Habladores, donde un hombre podía hacer grandes cosas y cazar por sí mismo, sin oír la risa de los Cromañón. Hwoogh suspiró suavemente. Estaba cansado, demasiado cansado para que le importara lo que pasara.

El sol se estaba poniendo y las nubes adquirían un vivo tono rojo. Keyoda gemía en algún lugar, muy lejos, y Legoda golpeaba su tambor y murmuraba su magia. Pero la vida estaba vacía, desprovista de orgullo.

El sol se perdió de vista y Hwoogh volvió a suspirar, enviando su último suspiro a reunirse con los fantasmas de su pueblo.

El hombre deforme

L. Sprague de Camp (1907-2000)^[10]

Unknown, junio

*Sprague de Camp es sin duda alguna el individuo de aspecto más distinguido de toda la comunidad de la ciencia ficción. El conjunto de la obra que ha venido produciendo desde finales de los años treinta es igualmente distinguido, y abarca una amplia variedad de formas y temas: ciencia ficción, fantasía, fantasía heroica, divulgación científica, investigación de mitos y leyendas y actividad académica. Ha escrito la, hasta la fecha, definitiva biografía de Lovecraft^[11], y su *Literary Swordsmen and Sorcerers (Espadachines y brujos literarios)* es un brillante estudio de investigación sobre los escritores de fantasía heroica. Su *Science-Fiction Handbook (Manual para el escritor de ciencia ficción)*, publicado en 1953 y revisado en 1975, fue durante muchos años la mejor guía de iniciación para escribir ciencia ficción.*

Resulta muy tentador usar la palabra «clásico» para describir muchos de los relatos de este libro. Éste merece el calificativo.

(Conocí a Sprague justo por la época en que apareció este relato, y en los cuarenta años que han pasado desde entonces apenas parece haber envejecido. Todavía aparenta la mitad de sus años —al menos ante mi mirada envidiosa y asombrada—, y también los aparenta su esposa, la encantadora Catherine. I. A.)

La doctora Matilda Sandler vio por primera vez al hombre retorcido la tarde del 14 de junio de 1946, en Coney Island.

El congreso que celebraba todas las primaveras la Sección Oriental de la Asociación Antropológica Americana ya había terminado, y la doctora Sandler comió con dos de sus colegas, los doctores Bleu, de Columbia, y Jeffcott, de Yale. Les dijo que ella nunca había estado en Coney, y que se proponía visitar la isla. Rogó a Blue y Jeffcott que la acompañasen, pero ellos se excusaron.

Mientras la doctora Sandler se alejaba, Blue comentó con voz seca:

—La mujer salvaje de Wichita. Me gustaría saber si se propone cazar a otro marido.

Blue era un hombre muy delgado, con una barbita gris y una expresión de estar preguntando constantemente: «¿Y usted quién demonios es?».

—¿Cuántos ha tenido? —preguntó Jeffcott.

—Hasta ahora ha tenido dos. Ignoro por qué la vida privada de los antropólogos es la más desordenada de todos los científicos. Tal vez sea porque estudian las costumbres y la moral de tantos pueblos diferentes, que deben preguntarse: «Si los esquimales lo hacen, ¿por qué no hacerlo nosotros?». Gracias a Dios, yo soy demasiado viejo para esto.

—Pues yo no la temo —dijo Jeffcott. Era un cuarentón que parecía un granjero incómodo en su traje dominguero—. No puedo estar más casado de lo que estoy.

—¿Ah, sí? Tenías que haber estado en Stanford hace unos cuantos años, cuando ella estaba allí. Era muy peligroso cruzar el campus de la Universidad, con Tuthill persiguiendo a todas las hembras y la Sandler a todos los varones.

La doctora Sandler tuvo que abrirse paso a codazos para salir del metro, pues los adolescentes que infestan el andén de la estación de la avenida Stillwell son probablemente los seres peor educados que existen en el mundo, con la sola y posible excepción de los habitantes de las islas Dobu, en el Pacífico Occidental. Pero esto no la molestó demasiado. Era una mujer alta y robusta, que frisaba los cuarenta, y que se había mantenido en forma gracias a la vida a la intemperie a que la obligaba su profesión. Además, algunas observaciones fútiles en los artículos de Switt sobre la aculturación entre los indios Arapahos la habían curtido todavía más.

Mientras caminaba por la avenida Surf en dirección a la playa de Brighton, contempló los puestos y paradas sin detenerse ante ellos; prefería observar los tipos que perdían dinero y los tipos que lo ganaban. En cambio, se detuvo ante una barraca de tiro al blanco, pero pensó que derribar búhos de latón de una percha con una carabina del 22 era tan fácil que no resultaba divertido. Lo que a ella le gustaba era tirar contra blancos lejanos con un rifle de verdad.

En cualquier otro sitio la barraca contigua a la del tiro al blanco habría sido un espectáculo secundario al lado de las atracciones principales. El acostumbrado cartel sensacionalista proclamaba las excelencias y el carácter verdaderamente extraordinario de la ternera de dos cabezas, la mujer barbuda, Arance la mujer araña,

y otras maravillas. El número fuerte era Ungo-Bungo, el feroz hombre mono, capturado en el Congo a costa de veintisiete vidas humanas. En el cartel aparecía un gigantesco Ungo-Bungo estrujando en cada mano a un infeliz negro, mientras otros trataban de echarle una red encima.

La doctora Saddler estaba completamente convencida que el feroz hombre mono resultaría ser un hombre blanco de lo más vulgar, con pelo postizo en el pecho. Pero tuvo el capricho de entrar. Pensó que después tal vez se divertiría contando a sus colegas lo que había visto.

El presentador pronunció su estruendosa arenga cotidiana. Por la expresión de su cara la doctora Saddler pensó que le dolían los juanetes. La mujer tatuada no le interesó, pues los dibujos que la adornaban no tenían evidentemente ningún significado cultural, como sucede entre los polinesios. En cuanto al antiguo maya, la doctora Saddler encontró de muy mal gusto exhibir de aquella manera a un pobre idiota microcéfalo. En cambio, los juegos de manos del profesor Yoki, que además era devorador de fuego, no estuvieron mal.

La jaula de Ungo-Bungo estaba oculta tras una cortina. En el momento apropiado se oyeron gruñidos y ruido de cadenas contra metal. El presentador casi se desgañitó al gritar:

—¡Y ahora, señoras y señores... el único y auténtico Ungo-Bungo!

Y se descorrió la cortina.

El hombre mono se hallaba en cuclillas en el fondo de la jaula. Soltó la cadena, se incorporó y se adelantó arrastrando los pies. Asió dos de los barrotes y empezó a sacudirlos. Estaban adecuadamente sueltos y tintinearón de manera alarmante. Ungo-Bungo frunció los labios y enseñó sus dientes perfectos y amarillentos al respetable.

La doctora Saddler le miró con atención. Aquel hombre mono era distinto a las imitaciones que había visto hasta entonces. Si bien su talla no rebasaba el metro sesenta, era muy rechoncho y tenía unos hombros enormes y robustísimos. Por encima y por debajo de su bañador azul una espesa pelambreira gris cubría su cuerpo de pies a cabeza. Sus brazos largos y musculosos terminaban en unas manazas de dedos gruesos y nudosos. Su cabeza se proyectaba ligeramente hacia adelante, con lo que daba la sensación de que no tuviera cuello.

En cuanto a su cara... la doctora Saddler conocía todas las razas de hombres vivientes, y todos los tipos de degenerados producidos por trastornos glandulares: ninguno de ellos tenía una cara como aquélla. En primer lugar, estaba profundamente arrugada. La frente, entre el ralo cabello del cráneo y las cejas montadas sobre macizos arcos supraorbitales, se hundía claramente. La nariz, aunque ancha, no era simiesca; era una versión más corta de la gruesa y encorvada nariz armenoide, atribuida equivocadamente y con mucha frecuencia al tipo judío. La cara terminaba en un largo labio superior y un mentón inexistente. Y la tez amarillenta parecía ser auténtica y pertenecer de verdad a Ungo-Bungo.

El presentador corrió de nuevo la cortina.

La doctora Saddler salió con los demás espectadores, pero volvió a pagar otra entrada, y a los pocos instantes estaba de nuevo adentro. No prestó atención al presentador, procurando únicamente ocupar una buena posición frente a la jaula de Ungo-Bungo antes de que llegase el resto del público.

Ungo-Bungo repitió su número con mecánica precisión. La doctora Saddler observó que cojeaba ligeramente al acercarse a los barrotes para sacudirlos, y que su cuero cabelludo mostraba unas grandes cicatrices blanquecinas. Le faltaba la última falange de su dedo meñique izquierdo. Advirtió ciertos detalles acerca de las proporciones de los huesos de sus piernas, de sus brazos y antebrazos y de sus grandes y anchos pies.

La doctora Saddler compró una entrada por tercera vez. Una idea le estaba dando vueltas por la cabeza. Si terminaba por admitirla, o bien ella estaba loca, o la antropología física era una sarta de disparates, o... lo que fuese. Pero ella sabía que si hacía caso de las voces de la prudencia y de la razón, o sea irse a casita, aquella idea se convertiría en una obsesión permanente.

Cuando hubo terminado la tercera representación, se levantó y fue a hablar con el presentador.

—Creo que el señor Ungo-Bungo es un antiguo amigo mío. ¿Podría verle cuando termine?

El presentador contuvo su sarcasmo. Era evidente que aquella señora no pertenecía a la misma categoría de las que piden que les presenten a los artistas con fines inconfesables.

—¿Quiere usted verle? —dijo—. Se llama Gaffney... Clarence Aloysius Gaffney. ¿Era éste su amigo?

—Exactamente.

—No creo que haya ningún inconveniente. —Consultó su reloj—. Aún tiene que actuar cuatro veces más antes de que cerremos. Pero tendré que preguntar al jefe.

Apartó una cortina y gritó:

—¡Eh, Morrie! —Luego dijo—: Está bien. Morrie dice que espere usted en su despacho. Es la primera puerta a la derecha.

Morrie era un hombrecillo rechoncho, calvo y hospitalario.

—No faltaba más —dijo, agitando su cigarro—. Encantado de poder servirla, señora Saddler. Espere un minuto, mientras hablo con el representante de Gaffney. —Se asomó a la puerta y gritó—: ¡Oye, Pappas! Aquí hay una señora que quiere hablar después con tu hombre mono. Sí, he dicho una señora. De acuerdo. —Regresó para soltar una perorata sobre las dificultades que acosaban el negocio de los monstruos—. Aquí tiene usted a este Gaffney, por ejemplo. Es el mejor hombre mono que existe en el mundo del espectáculo; todos esos pelos son suyos de verdad. Y la cara que tiene el pobre también es suya. Pero ¿usted supone que la gente se lo cree? ¡Qué va! Al salir les oigo comentar que el pelo es postizo, y que todo es un truco. Es desesperante. —Ladeó la cabeza y se puso a escuchar—. Ese trueno no ha sido un camión; me

parece que tendremos lluvia. Ojalá mañana no llueva. No sabe usted cómo asusta la lluvia a la gente. En un circo, sería otra cosa. —Trazó una línea horizontal imaginaria con el dedo para indicar el efecto que producía la lluvia en la venta de localidades—. Pero como le digo, la gente no agradece lo que uno hace por ellos. No lo digo sólo por el dinero; yo me considero un artista. Un artista creador. Un espectáculo como éste debe tener equilibrio y proporción, como cualquier otro arte...

Aproximadamente una hora después, una voz lenta y profunda preguntó desde la puerta:

—¿Hay alguien aquí que desea verme?

En el umbral se recortaba el hombre retorcido. En traje de calle, con el cuello de su impermeable levantado y el ala de su sombrero caída sobre sus ojos, tenía un aspecto más o menos humano, aunque el impermeable no se ajustaba bien a sus enormes hombros arqueados. Empuñaba un bastón grueso y nudoso con una correa de cuero cerca del puño. Tras él se veía saltar un hombrecillo moreno.

—Sí —dijo Morrie, interrumpiendo su discurso—. Clarence, te presento a la señora Saddler. Señora Saddler, le presento al señor Gaffney, uno de nuestros más grandes artistas creadores.

—Encantado de conocerla —dijo el hombre retorcido—. Este señor es Pappas, mi representante.

La doctora Saddler explicó que le gustaría charlar con el señor Gaffney, si esto era posible. Habló con mucho tacto; había que demostrar mucho tacto, por ejemplo, para husmear en la vida privada de los cazadores de cabezas Naga. El hombre retorcido contestó que le encantaría ir a tomar café con la señora Saddler; había un bar en la esquina al que podían ir sin mojarse.

Salieron seguidos por Pappas, que cada vez estaba más saltarín. El hombre retorcido le dijo:

—Ve a acostarte, John. No te preocupes por mí. —Y sonrió a la doctora Saddler. Aquella sonrisa hubiera puesto los pelos de punta a cualquiera que no fuera antropólogo—. Cada vez que éste me ve hablando con alguien, se figura que vienen a hacerme proposiciones comerciales y que va a perderme de vista.

Hablaba en un inglés norteamericano normal, con un ligero acento irlandés, que se notaba por la manera como oscurecía las vocales de palabras como «hombre» y «hablar».

—Hice que el abogado que redactó nuestro contrato —agregó— redactase una cláusula que me permite rescindirlo cuando lo desee.

Pappas se alejó, no muy convencido. Ya casi no llovía. El hombre retorcido caminaba con soltura, a pesar de su leve cojera.

Pasó una señora con un foxterrier sujeto con una correa. El perrillo husmeó el hombre retorcido, y pareció volverse loco de repente, pues empezó a saltar y a ladrar

como un poseído. El hombre retorcido empuñó fuertemente el nudoso bastón y dijo con voz suave:

—Sería mejor que lo sujetara bien, señora. —La mujer se alejó apresuradamente—. Todos los perros hacen lo mismo —comentó Gaffney—. Parece ser que no les gusta.

Se sentaron a una mesa y pidieron café. Cuando el hombre retorcido se quitó el impermeable, la doctora Saddler notó un fuerte olor de perfume barato. Él sacó una pipa de cazoleta enorme y nudosa. Le sentaba bien, lo mismo que el bastón. La doctora Saddler advirtió que los ojos, profundamente hundidos bajo la cresta supraorbital, eran color avellana claro.

—Usted dirá, señora —dijo él con su profunda voz de bajo.

Ella empezó su interrogatorio.

—Mis padres eran irlandeses —contestó él—. Pero yo nací en South Boston... vamos a ver... hace cuarenta y seis años. Si le interesa, puedo facilitarle una copia de mi partida de nacimiento. Dice: Clarence Aloysius Gaffney, nacido el dos de mayo de mil novecientos.

Esta declaración pareció producirle un secreto placer.

—¿Alguno de sus padres tenía sus extraordinarias características físicas?

Hizo una pausa antes de contestar. Al parecer ésta era siempre su costumbre.

—Pues sí, señora. No uno, sino los dos. Algo relacionado con las glándulas, supongo.

—¿Nacieron ambos en Irlanda?

—Sí. Eran del condado de Sligo.

De nuevo observó aquella fugaz y misteriosa sonrisa. La doctora Saddler reflexionó un momento. Luego dijo:

—Señor Gaffney, ¿tendría usted algún inconveniente para que le hiciésemos algunas fotografías y mediciones antropométricas? Le entregaríamos las fotografías y podrían servirle para su espectáculo.

—No le digo que no. —Sorbió un poco de café—. ¡Uf! ¡Gazooks, cómo quema!

—¿Cómo?

—Digo que el café está muy caliente.

—No, me refiero a lo que ha dicho antes.

El hombre retorcido se mostró ligeramente turbado.

—Ah, eso de «gazooks». Verá, yo... bueno... una vez conocí a uno que tenía la costumbre de decir esto.

—Señor Gaffney, tiene que saber que soy antropóloga, y que no trato de obtener información por una cuestión egoísta. Mi objetivo es puramente científico. Por lo tanto, puede ser sincero conmigo.

Había algo tan remoto e impersonal en su mirada, que un escalofrío recorrió el espinazo de la doctora Saddler.

—¿Me está diciendo que hasta ahora no lo he sido?

—Sí. Cuando le vi en el escenario, quedé convencida de que en su pasado se ocultaba algo extraordinario. Nada me ha hecho cambiar de idea. Ahora bien, si usted cree que estoy loca, dígalo y hablaremos de otra cosa. Pero me gustaría llegar al fondo de la cuestión.

Él tardó un buen rato en contestar.

—Eso depende. —Nueva pausa. Luego añadió—: Usted, con sus relaciones, sin duda debe de conocer a cirujanos de primera categoría, ¿no es verdad?

—Pues... sí. Conozco a Dunbar, por ejemplo.

—¿Ese que se pone una bata lila cuando opera? ¿El que escribió un libro sobre «Dios, el Hombre y el Universo»?

—El mismo. Es un buen hombre, a pesar de sus maneras teatrales. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Quiere algo de él?

—No lo que usted se imagina. Estoy satisfecho con mi... bueno... con mi aspecto físico fuera de lo corriente. Pero me gustaría que me curasen algunas antiguas lesiones... unos huesos rotos que no se soldaron adecuadamente. Pero tiene que hacerlo un buen cirujano. Tengo un par de miles de dólares ahorrados pero conozco el tipo de honorarios que cobra esa gente. Si gracias a usted pudiéramos llegar a un arreglo...

—Pues claro que sí. Es más, estoy segura. Se lo garantizo. ¿Entonces, yo tenía razón, y usted...?

Se interrumpió vacilante.

—Sí, se lo contaré todo. Pero recuerde que siempre podré demostrar que soy Clarence Aloysius Gaffney si hiciera falta.

—Entonces, ¿quién es usted?

Se produjo de nuevo una larga pausa, que el hombre retorcido rompió para decir:

—La verdad es que no tengo por qué ocultárselo. En el momento en que usted lo repita todo o en parte, pondrá su reputación profesional en mis manos. Tenga esto muy presente.

»En primer lugar, yo no nací en Massachusetts, sino en el Alto Rin, cerca de la actual Mommenheim. Y la fecha de mi nacimiento, por lo que he podido calcular, se sitúa alrededor del año cincuenta mil antes de Cristo.

Matilda Saddler se preguntó para sus adentros si había tropezado con el mayor descubrimiento antropológico de todos los siglos, o si aquel curioso personaje daba ciento y raya al barón de Munchausen como embustero.

Él pareció adivinar sus pensamientos.

—No puedo demostrarlo, desde luego. Pero mientras usted me consiga esa operación, poco me importa que me crea o no.

—Pero... pero... ¿cómo fue?

—Creo que fue el rayo. Estábamos de caza, tratando de acorralar a unos bisontes y hacerlos caer en una trampa. Empezó entonces a tronar de una manera impresionante, y los bisontes se nos escaparon. Entonces renunciamos a cazarlos y

tratamos de guarecernos. Después de esto, únicamente recuerdo que me encontré tendido en el suelo, con la lluvia cayendo sobre mi cara, y el resto del clan de pie a mi alrededor, lamentándose por haber irritado al dios de la tempestad, que se vengó fulminando a uno de sus mejores cazadores. Era la primera vez que oía decírselo. La verdad es que a uno nunca le aprecian en vida.

»Pero yo no había muerto. Tuve los nervios muy destemplados durante unas semanas, pero aparte de esto estaba perfectamente, con la sola excepción de unas quemaduras en las plantas de los pies. No puedo explicarle lo que ocurrió, pero hace un par de años leí que los sabios han localizado en el bulbo raquídeo el mecanismo que regula la regeneración de los tejidos. Es posible que el rayo acelerase estos procesos medulares. Sea como fuere, lo cierto es que después de esto ya no envejecí. Físicamente, claro. Cuando ocurrió el accidente yo debía de tener unos treinta y tres años. Entonces no llevábamos la cuenta de los años, ¿sabe usted? Ahora parezco más viejo, porque aparecen inevitablemente algunas arrugas en la cara después de unos cuantos miles de años, y porque nuestro cabello ya era naturalmente gris en la punta. Pero aún puedo desnucar con una mano a un *Homo sapiens* si me lo propongo.

—Entonces usted es... usted está tratando de decirme que es...

—Un hombre de Neanderthal. Un *Homo neanderthalensis*. Eso mismo.

Apenas había una aguja en la habitación del hotel que ocupaba Matilda Saddler. Allí estaban el hombre retorcido, el glacial Blue, el rústico Jeffcott, la propia doctora Saddler y Harold McGannon, el historiador. McGannon era un hombre bajito, muy pulcro y sonrosado. Parecía más un director de la Estación Central de Nueva York que un profesor. En aquel preciso instante su expresión era de fascinación. La doctora Saddler estaba rebosante de orgullo; el profesor Jeffcott parecía interesado pero desconcertado, y el doctor Blue mostraba una expresión de aburrimiento... Hay que tener en cuenta que le habían llevado allí a la fuerza. El hombre retorcido, que chupaba su pipa monumental repantigado en el sillón más mullido, parecía estarlo pasando muy bien.

McGannon le estaba preguntando en aquellos momentos:

—Bien, señor Gaffney... Supongo que puedo llamarlo así. ¿O es que tiene otro nombre o nombres?

—Puede usted llamarme como quiera —repuso el hombre retorcido—. La traducción de mi nombre primitivo sería algo así como Halcón Resplandeciente. Pero desde entonces he usado cientos de nombres. Si me inscribiese en el libro de registro de un hotel como Halcón Resplandeciente, seguramente llamaría la atención. Y esto es lo que trato de evitar por encima de todo.

—¿Por qué? —le preguntó McGannon.

El hombre retorcido contempló a los reunidos como si fuesen un hatajo de niños estúpidos.

—No quiero meterme en líos. Y la mejor manera de hacerlo consiste en no llamar la atención. Por eso tengo que marcharme de un lugar determinado cada diez o quince años. La gente se extrañaría al ver que no envejecía.

—Embustero patológico —murmuró Blue.

Las palabras apenas fueron perceptibles, pero el finísimo oído del hombre mono las captó.

—Tiene usted derecho a opinar lo que quiera, doctor Blue —dijo afablemente—. La doctora Saddler me hace un favor, y a cambio yo permito que ustedes me pregunten lo que quieran. Y si puedo, contesto a sus preguntas. Me importa un bledo que me crean o no me crean.

McGannon se apresuró a hacerle otra pregunta:

—¿Cómo es que posee usted una partida de nacimiento?

—Verá, en una ocasión conocí a un hombre llamado Clarence Gaffney. Murió atropellado por un automóvil, y yo adopté su nombre.

—¿Había algún motivo especial por el cual se atribuyó la ascendencia irlandesa?

—¿Es usted irlandés, doctor McGannon?

—No lo suficiente como para sentirlo.

—De acuerdo. Lamentaría herir los sentimientos de alguno de ustedes, pues se trata de mi mejor carta. Hay irlandeses que tienen el labio superior como el mío.

La doctora Saddler terció:

—Yo también quería hacerte una pregunta, Clarence. —Puso mucho entusiasmo al pronunciar su nombre—. Se discute acerca de si la gente de tu pueblo se mezcló con la mía, cuando la mía se extendió por Europa a finales del Musteriense. Algunos antropólogos opinan que algunos europeos modernos, especialmente en la costa occidental de Irlanda acaso pudieran tener algo de sangre de los Neanderthales.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Clarence.

—Pues... tienen razón y no la tienen. En la Edad de Piedra, que yo sepa, no se produjeron uniones mixtas. Pero yo soy el origen de esos irlandeses con el labio superior más largo.

—¿Y eso cómo fue?

—Créanlo o no, en estos últimos cincuenta siglos ha habido bastantes mujeres de su especie que no me han encontrado demasiado repulsivo. De mi unión con ellas no ha habido generalmente descendencia. Pero en el siglo dieciséis viví una temporada en Irlanda. En el resto de Europa quemaban a demasiada gente por brujería para que a mí me gustase vivir allí. En Irlanda conocí a una mujer. Esta vez tuvimos descendencia... una multitud de diablillos híbridos y muy listos. Así, los irlandeses que se me parecen algo son descendientes míos.

—¿Y qué pasó con sus semejantes? —le preguntó McGannon—. ¿Fueron exterminados?

El hombre retorcido se encogió de hombros.

—Algunos de ellos, sí. Tenga usted en cuenta que no éramos en absoluto

belicosos. Pero los altos, como los llamábamos, tampoco lo eran. Algunas tribus de los altos nos consideraban su presa legítima, pero en su mayoría nos dejaban totalmente en paz. Creo que nos temían casi tanto como nosotros a ellos. Unos salvajes tan primitivos como éramos nosotros son en realidad gente muy pacífica. Teníamos que trabajar tanto para comer, y éramos tan pocos, que las guerras no tenían sentido. Las guerras vinieron después, cuando los hombres desarrollaron la agricultura y la ganadería, es decir, bienes que despertaran la codicia de sus vecinos.

»Recuerdo que por lo menos cien años después de la llegada de los altos, aún vivían Neanderthales en la región donde yo nací. Pero se fueron extinguiendo. Ello se debió, creo, a que perdieron condiciones. Los altos eran bastante toscos, pero estaban tan adelantados respecto a nosotros, que llegamos a avergonzarnos de nuestras cosas y nuestras costumbres. Finalmente nos convertimos en unos haraganes, que vivíamos de las sobras que encontrábamos en los campamentos de los altos. Se puede decir que desaparecimos víctimas de un complejo de inferioridad.

—¿Y qué pasó con usted? —le preguntó McGannon.

—Oh, yo me convertí en una especie de dios para mi propio pueblo, y, como es natural, asumía su representación en los tratos que tenían con los hombres altos. Les llegué a conocer muy bien, y cuando el último de mi clan murió, no tuvieron inconveniente en aceptarme entre ellos. Luego, cuando transcurrieron un par de siglos, nadie se acordaba ya de mi pueblo y todos me consideraban un jorobado, un ser deforme o algo por el estilo. Adquirí una gran maestría en el trabajo del sílex, y esto me permitía vivir holgadamente. Cuando se descubrieron los metales, aprendí a trabajarlos y terminé convirtiéndome en un herrero consumado. Si apiláramos todas las herraduras que yo he hecho... creo que no cabrían en esta habitación.

—Oiga... ¿ya cojeaba usted por entonces? —preguntó McGannon.

—Pues sí. Me fracturé la pierna en el Neolítico. Me caí de un árbol y me la tuve que entablillar yo mismo porque estaba solo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Pienso en Vulcano —musitó McGannon.

—¿Vulcano? —repitió el hombre retorcido—. ¿No era un dios de la mitología griega?

—En efecto. Era el herrero cojo de los dioses.

—¿Quiere usted decir que esa figura está inspirada en mí? Es una teoría muy interesante. Aunque un poco tarde para comprobarla, ¿no cree?

Blue se inclinó hacia él y le dijo con voz tensa:

—Señor Gaffney, ningún Neanderthal auténtico hablaría de una manera tan coherente y amena como lo hace usted. Que esto es así lo demuestra el escaso desarrollo de los lóbulos frontales del cerebro entre los miembros de su pueblo y la unión de los músculos de la lengua.

El hombre retorcido volvió a encogerse de hombros.

—Piense usted lo que quiera. Los de mi propio clan me consideraban muy listo, y además uno aprende algo en cincuenta mil años.

La doctora Saddler estaba radiante.

—Háblales de tus dientes, Clarence.

El hombre retorcido sonrió.

—Llevo dentadura postiza, por supuesto. Mi propia dentadura me duró mucho, pero terminé por perder todos mis dientes cuando aún estaba en el Paleolítico. Después me salió una tercera dentadura, y ésta también la perdí. Entonces tuve que inventar las sopas.

—¿Tuvo que inventar qué?

Esta vez fue Jeffcott, un hombre generalmente taciturno, quien preguntó.

—Tuve que inventar las sopas, para seguir viviendo. Me hice un plato de corteza y lo calentaba con piedras puestas al fuego. Las encías se me volvieron muy resistentes al poco tiempo, pero aun así no me servían para masticar alimentos sólidos. Pero al cabo de unos cuantos miles de años ya estaba harto de sopas y de papillas. Cuando aparecieron los metales, empecé a construirme las primeras prótesis. Las hice con dientes de hueso montados en cobre. Se puede decir que también inventé las dentaduras postizas. Traté de venderlas más de una vez, pero no conseguí introducirlas de verdad hasta mediados del siglo dieciocho. Entonces yo vivía en París, y gané bastante dinero con este negocio antes de mudarme a otro sitio.

Se sacó el pañuelo que asomaba por el bolsillo delantero de su chaqueta para secarse la frente; Blue hizo una mueca cuando llegó a su nariz la oleada de perfume barato.

Entonces dijo, con una nota de sarcasmo:

—Y dígame, señor Halcón Resplandeciente, ¿le gusta nuestra edad de las máquinas?

El hombre retorcido ignoró el tono irónico de la pregunta.

—No está mal. Ocurren muchas cosas interesantes en ella. Pero el mayor problema son las camisas.

—¿Las camisas?

—Exactamente. Vaya usted a una tienda y trate de comprar una camisa con cuello del cuarenta y tres y mangas del setenta y cinco. Me las tengo que hacer a medida. Con el calzado y los sombreros me ocurre tres cuartos de lo mismo. Llevo un sombrero del ocho y medio y calzo el cuarenta y cinco. —Consultó su reloj—. Tengo que volver a Coney para trabajar.

McGannon se levantó de un salto.

—¿Cuándo podría volver a verle, señor Gaffney? Tengo un montón de cosas para preguntarle.

—Por las mañanas estoy libre —contestó el hombre retorcido—. Mi horario de trabajo es de dos de la tarde a doce de la noche durante los días laborables, con un par de horas libres para cenar. Es lo que dispone el sindicato.

—¿Quiere usted decir que hay un sindicato que reúne a los artistas del espectáculo?

—Naturalmente. Pero no lo llaman sindicato, sino asociación, pues se consideran artistas, no trabajadores, y los artistas no tienen sindicato. Pero en el fondo viene a ser lo mismo.

Blue y Jeffcott vieron al hombre retorcido y al historiador dirigirse tranquilamente hacia el metro cogidos del brazo. Blue comentó:

—¡Pobrecillo Mac! Siempre le había considerado un hombre juicioso, pero ahora parece que se ha tragado ese cuento de Gaffney con anzuelo, caña y sedal.

—Yo no estoy tan seguro como tú —dijo Jeffcott, frunciendo el ceño—. En todo este asunto hay algo raro.

—¿Qué? —gritó Blue—. No me digas que crees en esa historia de vivir cincuenta mil años. ¡Vamos, hombre, un troglodita que se perfuma! ¡Santo Dios!

—No —repuso Jeffcott—. No me refiero precisamente a lo de los cincuenta mil años. Pero tampoco me parece que sea un vulgar embustero o un sencillo caso de paranoia. Y lo del perfume es muy lógico, suponiendo que ese hombre diga la verdad.

—¿Cómo?

—Por el olor que despide su cuerpo. La Saddler nos dijo que los perros se alborotan al verlo. Es posible que tenga un olor distinto al nuestro. Nosotros estamos tan acostumbrados a nuestro olor que ni siquiera nos damos cuenta de él, a menos que se trate de una persona que no se bañe. Pero advertiríamos el suyo si él no lo disimulase.

Blue lanzó un bufido.

—A este paso, también terminarás creyendo en él a pies juntillas. Es un evidente caso de desarreglo endocrino, y él se ha inventado esta historia como tapadera. Todas esas pretensiones de que le importa un bledo que le creamos o no son pura comedia. Anda, vamos a comer algo. Oye, ¿no te has fijado en la manera como la Saddler lo mira cada vez que le llama por su nombre? Pone ojos de cordero degollado. Me gustaría saber qué piensa hacer con él.

Jeffcott reflexionó en voz alta.

—No hace falta mucha imaginación para adivinarlo. Y si él dice la verdad, creo que en el Deuteronomio existe alguna prohibición al respecto.

El gran cirujano ponía buen cuidado en presentarse como un gran cirujano, con gafas y corbata de pajarita. Blandió la radiografía ante los ojos del hombre retorcido, señalándole diversos detalles.

—Será mejor que empecemos por la pierna —dijo—. Podríamos operar el jueves próximo. Cuando usted se haya repuesto de la operación, nos ocuparemos del hombro. Hará falta cierto tiempo, como usted puede suponer.

El hombre retorcido dijo que estaba de acuerdo, y después salió de la pequeña

clínica particular arrastrando los pies. En la calle, le esperaba McGannon en su coche. El hombre retorcido le dijo cuál sería el programa de las intervenciones, y añadió que ya había tomado las disposiciones pertinentes para dejar su actual empleo.

—Esas dos operaciones son las principales —dijo—. Me gustaría poder dedicarme de nuevo a la lucha libre en plan profesional y sólo podré hacerlo cuando me arreglen el hombro y pueda levantar el brazo izquierdo por encima de la cabeza.

—¿Cómo sufrió usted esta lesión? —le preguntó el historiador.

—Veamos. A veces mis recuerdos son algo confusos. Esto ya les pasa a las personas que sólo tienen cincuenta años, con que figúrese lo que será en mi caso.

»En el año cuarenta y dos antes de Cristo yo vivía con los bitúrigos en las Galias. Como usted recordará, César capturó a Werkinghetorich, ustedes le llaman Vercingetórix, en Alesia, y la confederación reunió un ejército de socorro bajo el mando de Caswollon.

—¿Caswollon?

El hombre retorcido rió.

—Quería decir Wecaswollon. Caswollon era un britano, ¿no es eso? Siempre les confundo. Sea como fuere, me reclutaron. Creo que es el mejor modo de llamarlo. Yo no quería ir; no me iba ni me venía nada en aquella guerra. Pero me reclutaron porque yo era capaz de doblar los arcos más duros con el doble de fuerza que un hombre normal.

»Cuando se produjo el ataque final contra las empalizadas de César, que formaban varios anillos concéntricos, me enviaron de avanzadilla con otros arqueros, para proteger con nuestras flechas a la infantería. Al menos éste era el plan, pero a decir verdad yo nunca vi en mi vida mayor desbarajuste que aquél. Y antes de que pudiera llegar a tiro de flecha, caí en uno de los fosos cubiertos de los romanos. Por suerte, no caí sobre la estaca afilada, pero me golpeé el hombro contra ella, fracturándomelo. Nadie me prestó ayuda, pues los galos estaban demasiado ocupados huyendo de la caballería de César para entretenerse en recoger a los heridos.

El doctor Dunbar siguió con la mirada a su paciente, cuando éste abandonó el consultorio. Luego preguntó a su ayudante:

—¿Qué piensa usted de él?

—Creo que lo que dice es verdad —repuso el ayudante—. He examinado atentamente esas radiografías. Ese esqueleto desde luego no es de un sapiens. Y tiene más fracturas soldadas de lo que es humanamente posible.

—Hum —musitó Dunbar—. De acuerdo, no es sapiens. Hum. Bueno, y si algo le ocurriese...

El ayudante le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Siempre queda la Sociedad Protectora de Animales.

—Por eso no hay que preocuparse. Hum...

Y el eminente cirujano pensó: «Estás perdiendo facultades; hace más de un año que los periódicos no publican nada importante sobre ti. Pero si tú publicaras una completa descripción anatómica de un hombre de Neanderthal... o si descubrieras por qué su médula le ha otorgado una longevidad tan extraordinaria... Hum. Claro que habría que tomar las precauciones adecuadas...».

—Vamos a almorzar al Museo de Historia Natural —dijo McGannon—. Quiero que algunos de los que trabajan allí le conozcan.

—De acuerdo —dijo el hombre retorcido—. Pero después tengo que ir a Coney. Hoy es mi último día de trabajo. Mañana Pappas y yo iremos a ver a nuestro abogado para rescindir nuestro contrato. El abogado se llama Robinette. Le hago una mala jugada al pobre John, pero desde el primer día le advertí que esto podía suceder.

—Supongo que podremos ir a verle durante su... convalecencia, ¿no es esto? A propósito, ¿ya ha visitado usted el Museo?

—Por supuesto que sí —repuso el hombre retorcido—. Me gusta ver cosas.

—¿Y qué le pareció... lo que tienen en la sala de la Prehistoria?

—Bastante bueno. Pero en uno de esos grandes dioramas hay un pequeño error. El segundo cuerno del rinoceronte lanudo tendría que estar más inclinado hacia adelante. Hasta se me ocurrió escribirles una carta. Pero ya se puede figurar usted lo que pasaría si lo hiciese. Me dirían: «¿Es que estuvo usted allí?», y si yo les respondiese que sí, ellos me mirarían y dirían: «Otro chalado».

—¿Y qué le parecieron las reconstrucciones y los bustos de hombres del Paleolítico?

—Bastante buenos, también. Pero los artistas modernos tienen ideas muy curiosas. Siempre nos representan con pieles atadas a la cintura. En verano no llevábamos ninguna clase de piel, y en invierno nos las echábamos sobre los hombros, pues así nos abrigan de verdad. Y después representan a esos hombres altos que ustedes llaman de Cromañón perfectamente afeitados. Si no recuerdo mal, todos ellos llevaban unas barbas imponentes. ¿Con qué quiere usted que se afeitasen?

—Yo creo —objetó McGannon— que los representan sin barba para... para poder mostrar la forma del mentón. Las barbas les taparían estos detalles anatómicos.

—¿De verdad que éste es el motivo? Pues podían decirlo en los rótulos. —El hombre retorcido se frotó su mentón hundido—. Me gustaría que las barbas volviesen a estar de moda. Mi aspecto es mucho más humano con barba. Nunca estuve mejor que en el siglo dieciséis, cuando todo el mundo llevaba barba.

»Ésta es una de las cosas que me sirven para recordar los sucesos pasados: los peinados y adornos capilares que llevaba la gente. Recuerdo que una vez, camino de Milán, la carreta que yo conducía perdió una rueda y cuatro sacos de harina se desparramaron por el suelo. Eso ocurrió en el siglo dieciséis, antes de irme a Irlanda,

porque recuerdo que entre el gentío que se reunió, la mayoría de los hombres eran barbudos. Un momento... quizá me equivoco y eso ocurriese en el siglo catorce. En ese siglo también había muchas barbas.

—¿Y por qué no se le ocurrió a usted llevar un diario? —preguntó McGannon con un gruñido de exasperación.

El hombre retorcido se encogió de hombros con un gesto muy característico en él.

—¿Y transportar conmigo seis baúles llenos de papeles cada vez que me mudase? No, gracias.

—Pues yo... bien... ¿cree usted que podría explicarme la verdadera historia de Ricardo III y los príncipes encerrados en la Torre de Londres?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? Por aquel entonces yo no era más que un pobre herrero, o un campesino, o un sencillo hombre del pueblo. Yo no alternaba con la nobleza. Desde mucho tiempo antes ya había desechado toda ambición. No tenía más remedio que hacerlo, al ser tan distinto de los demás. Por lo que puedo recordar, el único rey de verdad que pude ver bien de cerca fue Carlomagno, cuando un día se dirigió al buen pueblo de París. Era un hombre alto y majestuoso con una barba de Papá Noel y voz chillona.

A la mañana siguiente, McGannon y el hombre retorcido se reunieron con Svedberg en el Museo. Después McGannon llevó a Gaffney en su coche al bufete del abogado, que estaba en el tercer piso de un cochambroso edificio para oficinas situado en la calle Cincuenta Oeste. James Robinette parecía un artista de cine, aunque tenía ciertos rasgos de ardilla. Consultó su reloj y dijo a McGannon:

—No tardaré mucho. Si no le importa esperarme, después me encantará comer con usted.

La verdad era que sentía una ligera desazón por el hecho de quedarse solo con aquel extraño cliente, aquel monstruo de feria o lo que fuese, con su corpachón que parecía un barril y su voz profunda y pausada.

Ultimado el asunto y cuando el hombre retorcido se hubo marchado con su representante a recoger sus cosas en Coney, Robinette comentó:

—¡Uf! Por su aspecto, parece un retrasado mental, pero le aseguro que no tiene un pelo de tonto. Hubiera tenido que ver usted cómo repasaba las cláusulas del contrato. Ni que hubiera sido el contrato de las obras del metro. Pero, veamos, ese tipo ¿qué es?

McGannon le contó al atónito abogado lo que sabía.

—¿Y usted se cree este cuento? Oh, tomaré jugo de tomate y filete de lenguado con salsa tártara, pero sin la salsa tártara, por favor.

—Para mí lo mismo. En cuanto a lo que me pregunta, Robinette, le diré que sí, que lo creo. La doctora Saddler, también. Y lo mismo puede decir de Svedberg, del Museo. Y ambos son eminencias en sus respectivas disciplinas. La doctora Saddler y

yo le hemos interrogado, y Svedberg le hizo un reconocimiento físico. Aunque, claro, no pasa de ser una opinión. Fred Blue sigue convencido de que es un fraude o bien... algún tipo de demencia. Ninguno de nosotros puede demostrar nada.

—¿Por qué no?

—Pues verá... ¿cómo podemos demostrar, por ejemplo, que vivió hace cien años? Tomemos un caso: Clarence afirma que dirigió una serrería entre mil novecientos seis y mil novecientos siete, en Alaska, y precisamente en la localidad de Fairbanks, con el nombre de Michael Shawn. ¿Cómo podemos averiguar si un hombre llamado así dirigió una serrería en Fairbanks en esa época? Y en el caso de que en un registro apareciese el nombre de Michael Shawn, ¿cómo podríamos saber si él y Clarence fueron la misma persona? No hay ni una posibilidad entre un millón de encontrar una fotografía o una descripción detallada que nos permitieran hacer comparaciones. Y sería difícilísimo, después de tanto tiempo, encontrar a alguien que aún se acordase de él.

»Luego ayer, Svedberg se dedicó a palpar el rostro de Clarence y dijo que ningún Homo sapiens ha tenido jamás un par de arcos cigomáticos como los de nuestro amigo. Pero cuando se lo dije a Blue él se ofreció a enseñarme fotografías de cráneos humanos de las mismas características. Sé lo que pasaría. Blue diría que los arcos son prácticamente los mismos, y Svedberg aseguraría que son totalmente distintos. Y cada uno se quedaría en sus trece.

Robinette musitó:

—Parece extraordinariamente inteligente para ser un hombre mono.

—Es que en realidad no lo es. Los Neanderthales eran una rama separada de los homínidos; en algunos aspectos eran más primitivos que nosotros, pero en otros eran más avanzados. Clarence puede ser lento, pero después de pensar sale casi siempre con la solución correcta. Me imagino que entre los suyos ya destacaba por su inteligencia. Y se ha beneficiado de una experiencia increíble. Lo que sabe da vértigo. Conoce perfectamente a los seres humanos; adivina todos nuestros impulsos y motivos.

El pequeño y sonrosado historiador arrugó la frente.

—Ojalá no le ocurra nada. En su cabezota almacena una cantidad fabulosa de datos valiosísimos. La información que posee no tiene precio. No tanto sobre guerra y política (evitaba estas cosas por puro instinto de conservación), sino sobre la pequeña historia, sobre las costumbres de la gente, sobre lo que los hombres pensaban hace miles de años. A veces se arma ciertas confusiones históricas, pero siempre termina desenredando la madeja, si se le da tiempo.

»Tendré que presentárselo a Pell, el lingüista. Clarence conoce docenas de antiguos idiomas, como el gótico y el galo. Le hice un ligero examen sobre algunos de ellos, como el bajo latín, y ésa fue una de las cosas que me convencieron. Y no hablemos de lo que interesaría este hombre a los arqueólogos y los psicólogos...

»Con tal de que no ocurra algo que lo asuste. Si desapareciese, jamás le

encontraríamos. No sé qué puede pasar... Entre una antropóloga que se vuelve loca por los hombres y un cirujano que quiere hacerse autobombo... no sé cómo terminará todo...

El hombre retorcido entró con aspecto inocente en la sala de espera de la clínica de Dunbar. Como era su costumbre, buscó con la mirada la butaca más cómoda y se arrellanó en ella.

Entró Dunbar y se quedó de pie ante él. Sus ojos de mirada penetrante brillaban con avidez detrás de sus gafas.

—Tendrá usted que esperar una media hora, señor Gaffney —le dijo—. Ahora estamos ocupados. Voy a enviarle a Mahler; él se ocupará de que no le falta nada.

La mirada de Dunbar recorrió amorosamente la rechoncha figura del hombre retorcido. ¿Qué fascinantes secretos descubriría cuando penetrase en su interior?

Mahler hizo su aparición. Era un jovenzuelo de aspecto saludable. ¿En qué podía servir al señor Gaffney? ¿Deseaba algo especial? El hombre retorcido hizo su acostumbrada pausa, en espera de que funcionasen los macizos engranajes de su cerebro. Una extraña intuición le llevó a pedir que le mostrasen los instrumentos que emplearían en la operación.

Mahler tenía sus órdenes, pero esta petición le pareció inofensiva. Así es que desapareció y volvió con una bandeja llena de relucientes instrumentos de acero.

—Mire —dijo—. Éstos se llaman escalpelos.

El hombre retorcido preguntó, cogiendo un instrumento de aspecto peculiar:

—¿Y esto, qué es?

—Oh, éste ha sido inventado por el propio doctor. Sirve para la disección del mesocéfalo.

—¿El mesocéfalo? ¿Y qué hace aquí?

—Pues para la disección de su... Perdón, debe de haber sido un error...

Se formaron unas finísimas arrugas en torno a los singulares ojos color de avellana.

—¿Ah, sí?

Recordó entonces la mirada que le había dirigido Dunbar, y la reputación no muy favorable de que gozaba el cirujano.

—Oiga, ¿podría telefonar?

—Pues... supongo que sí... ¿Para qué quiere telefonar?

—Quiero llamar a mi abogado. ¿Le molesta?

—No, claro que no. Pero aquí no hay teléfono.

—¿Entonces, cómo llama usted a eso?

El hombre retorcido se levantó y se dirigió al aparato, perfectamente visible sobre una mesita. Pero Mahler se le adelantó y le cerró el paso.

—Éste no funciona. Tienen que repararlo.

—¿Me permite que lo pruebe?

—No, le digo que tienen que arreglarlo. No funciona, se lo aseguro.

El hombre retorcido observó al joven interno durante unos segundos.

—De acuerdo, en ese caso, buscaré uno que funcione.

Y se encaminó a la puerta.

—¡Oiga, no puede salir! —gritó Mahler.

—¿Que no puedo? Míreme y verá si puedo.

—¡Eh!

Como invocados por aquel alarido, surgieron más hombres de bata blanca.

Tras ellos apareció el eminente cirujano.

—Sea usted razonable, señor Gaffney —dijo, apaciguador—. No hay motivo para que ahora se vaya. Dentro de poco podremos atenderle.

—¿Dice que no hay motivo para que me vaya? —La enorme cabeza del hombre retorcido se volvió sobre su robusto cuello, y sus ojos color avellana se movieron en sus órbitas. Todas las salidas estaban bloqueadas—. Pues me voy.

—¡Sujétenlo! —ordenó Dunbar.

Los enfermeros avanzaron. El hombre retorcido levantó una pesada butaca como si fuese una pluma. La butaca giró silbando con tanta celeridad, que parecía una ráfaga de color. Fragmentos de madera volaron por la habitación, cayendo por el suelo con un leve chasquido. Cuando el hombre retorcido dejó de blandir la butaca, de la que sólo le quedaba un trozo de pata en ambas manos, un enfermero estaba tendido en el suelo y otro, blanco como el papel, se apoyaba en la pared, gimiendo, con un brazo roto.

—¡Adelante! —gritó Dunbar, dando ánimos a sus hombres.

Los restantes enfermeros se abalanzaron sobre el hombre retorcido, pero inmediatamente retrocedieron. Gaffney había cogido al joven Mahler por los tobillos, y, con ambos pies bien separados, se puso a voltearlo como una maza, sin hacer caso de sus chillidos. De esta manera se abrió paso hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió, hizo girar vertiginosamente a Mahler sobre su cabeza, y por último soltó el cuerpo. Por suerte para él ya había perdido el conocimiento. Mahler salió volando y cayó como un proyectil sobre el grupo de enfermeros, derribándolos en un confuso montón.

Pero aún quedaba uno de pie. Acuciado por Dunbar, se lanzó de un salto hacia el hombre retorcido, que en aquel instante estaba sacando su bastón del paragüero del vestíbulo. El nudoso puño pasó silbando bajo la nariz del enfermero. Éste saltó hacia atrás y cayó sobre una de las víctimas. La puerta de entrada se cerró con un portazo y se oyó un vozarrón que gritaba:

—¡Taxi!

—¡Vamos! —vociferó Dunbar—. ¡Saquen la ambulancia!

James Robinette estaba sentado en su bufete, meditando sobre las cosas que los abogados piensan cuando no tienen nada que hacer, cuando de pronto oyó unos pesados pasos en el corredor, una sorprendida protesta de su secretaria en la recepción, y el extraño cliente de la víspera se plantó ante su mesa, jadeante.

—Soy Gaffney —gruñó entre jadeo y jadeo—. ¿Me recuerda? Creo que me han seguido hasta aquí. Subirán dentro de un momento. Quiero que usted me ayude.

—¿Subirán? ¿A quién se refiere usted?

Robinette se encogió ante el impacto del perfume barato que usaba Gaffney.

El hombre retorcido empezó a contarle sus desventuras. Estaba aproximadamente a la mitad cuando se escucharon nuevas protestas de la señorita Spevak, y el médico irrumpió en el despacho seguido por sus enfermeros.

—Este hombre es nuestro —dijo Dunbar, mientras sus gafas centelleaban.

—Es un hombre mono —dijo el enfermero del ojo morado.

—Es un loco peligroso —dijo el enfermero del labio partido.

—Venimos en su busca —remachó el enfermero de la bata desgarrada.

El hombre retorcido se plantó sobre sus pies separados y empuñó el bastón por su parte inferior, como un bate de béisbol.

Robinette abrió un cajón de su mesa y sacó un pistolón.

—Al que dé un paso más le disparo. El empleo de la violencia está justificado cuando se trata de impedir un delito, en este caso un secuestro.

Los cinco hombres retrocedieron ligeramente. Dunbar dijo:

—Esto no es un secuestro. Sólo se pueden secuestrar personas, pero este individuo no es un ser humano, y yo puedo demostrarlo.

El enfermero del ojo morado soltó una risa burlona y dijo:

—Si desea protección, vale más que se busque a un guardabosques y no a un abogado.

—Esto es lo que usted piensa —repuso Robinette—. Pero usted no es abogado. Según la ley, este señor es un ser humano. Incluso las corporaciones, los idiotas y los niños aún no nacidos se consideran personas jurídicas, y él es mucho más humano que una corporación, un idiota y un niño por nacer.

—Pero es que además es un loco peligroso —dijo Dunbar.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está su orden de detención? Las únicas personas que pueden solicitarla son: a) los parientes próximos del interesado, y b) funcionarios públicos encargados del mantenimiento del orden. Ustedes no son una cosa ni otra.

Dunbar seguía con su obstinación.

—Tuvo un arrebató de locura en mi clínica y dejó malheridos a dos de mis hombres. Creo que esto nos confiere ciertos derechos sobre él.

—Efectivamente —asintió Robinette—. No tiene usted más que dirigirse a la comisaría de policía más próxima y presentar una denuncia. —Se volvió entonces

hacia el hombre retorcido—. ¿Seguimos recitándoles el Código, Gaffney?

—Como usted quiera —dijo su robusto cliente, volviendo a hablar con su habitual lentitud—. Lo único que deseo es tener la seguridad de que esa gentuza me dejará en paz.

—De acuerdo. Ahora escúcheme, Dunbar. El menor gesto de hostilidad por parte de usted y le denunciaremos por retención indebida, agresión con alevosía, intento de raptó, conspiración criminal y escándalo público. Además, presentaremos una querrela criminal por daños y perjuicios, a saber: lesiones, privación de derechos civiles, amenazas, atentado frustrado contra la vida de mi cliente, y unas cuantas cosas más que ya se me irán ocurriendo.

—No conseguirá usted nada —rezongó Dunbar—. Tenemos testigos de todo.

—¿Ah, sí? ¿Y no ha pensado en cómo va a quedar a los ojos de la opinión el gran doctor Dunbar defendiendo actos tan condenables? Algunas de las señoras que se deleitan con sus libros quizá sospecharán que, a fin de cuentas, usted no es el caballero de armadura resplandeciente que ellas soñaban. Podemos hundirle profesionalmente, y usted lo sabe.

—Está usted destruyendo la posibilidad de un gran descubrimiento científico, Robinette.

—El descubrimiento puede irse al cuerno. Mi deber es proteger a mi cliente. Ahora, lárguense todos, antes de que se me ocurra llamar a la policía.

Y movió amenazadoramente su mano izquierda hacia el teléfono.

Dunbar se agarró a una última esperanza.

—Hum... ¿Ya tiene permiso para esa pistola?

—En toda regla. ¿Quiere verlo?

Dunbar suspiró.

—No importa. Desde luego, lo raro sería que no lo tuviese.

Vio que se le estaba escapando de entre las manos la mayor oportunidad de alcanzar la fama que había tenido en su vida. Pero no tenía más remedio que emprender la retirada.

Al ver que se iba, el hombre retorcido le interpeló:

—Hágame un favor, doctor Dunbar. He olvidado mi sombrero en su clínica. Puede enviarlo al señor Robinette. Me resulta muy difícil encontrar sombreros de mi medida.

Dunbar le miró sin pronunciar palabra y salió seguido por sus esbirros.

El hombre retorcido estaba dando más detalles al abogado cuando sonó el teléfono. Contestó Robinette:

—Diga, doctora Saddler. Sí, aquí está... Su amigo el doctor Dunbar se proponía asesinarlo para poder hacerle la disección... De acuerdo. —Se volvió hacia Clarence—. Su amiga, la doctora Saddler, le está buscando. Dice que viene en seguida.

—¡Cáspita! —exclamó Gaffney—. Pues me voy volando.

—¿No quiere usted verla? Estaba llamando desde la esquina. Si ahora se va, se

tropezará con ella. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—Yo le di su número. Supongo que llamó primero a la clínica y a mi pensión, y después a usted como último recurso. Esta puerta comunica con el vestíbulo, ¿verdad? Pues bien, cuando ella entre por la puerta de las visitas, yo me iré por ésta. Pero usted no le diga dónde he ido. He tenido mucho gusto en conocerle, señor Robinette.

—Pero ¿qué le pasa? Ahora ya no tiene por qué huir. Dunbar no puede hacerle nada, y además tiene usted amigos que le defenderán. Yo soy uno de ellos.

—Lo siento, pero me voy. La cosa se está liando demasiado. Si he logrado sobrevivir durante todos estos siglos ha sido gracias a no meterme en complicaciones. Con la doctora Saddler bajé la guardia, y fui al cirujano que ella me recomendó. Primero me encontré con los planes para descuartizarme para saber cómo soy por dentro. Si no hubiese sospechado de aquel instrumento para abrir la cabeza, ahora mi cerebro ya estaría en un tarro de formol. Después se produjo una pelea, y por una suerte increíble no maté a un par de aquellos internos, o como se llamen, con lo que hubiera ido a la cárcel por homicidio. Y ahora Matilda me busca con un interés que va más allá de la simple amistad. Sé lo que significa cuando una mujer le mira a uno así y le llama «querido». Eso no me importaría si ella no fuese una persona importante, de las que están siempre en primer plano de la actualidad, pues tarde o temprano me vería envuelto en nuevas complicaciones. Y como puede usted ver, huyo de ellas como de la peste.

—Pero oiga, Gaffney, yo creo que desorbita las cosas; lo que pasa es que ahora está excitado...

—¡Silencio!

El hombre retorcido recogió su bastón y se dirigió de puntillas a la entrada particular, al oír la clara voz de la doctora Saddler en la recepción. Salió furtivamente; acababa de cerrar la puerta cuando la antropólogo entró en el despacho del abogado.

Matilda Saddler era un caso notable de intuición femenina. Robinette apenas había tenido tiempo de abrir la boca cuando corrió hacia la puerta particular, la abrió y huyó por ella gritando:

—¡Clarence! ¡Vuelve!

Robinette oyó rápidas pisadas en la escalera. Ni el perseguido ni su perseguidora se detuvieron a esperar el desvencijado ascensor. Asomándose a la ventana, el abogado vio como Gaffney saltaba al interior de un taxi. Matilda Saddler salió corriendo tras el vehículo mientras seguía gritando. No había mucha circulación y el taxi arrancó velozmente; era imposible alcanzarlo.

Solo una vez volvieron a tener noticias del hombre retorcido. Tres meses después de que hubieran sucedido estos hechos, Robinette recibió una carta que incluía, para

gran sorpresa por su parte, diez billetes de diez dólares. Era una sola hoja mecanografiada, incluso la firma.

Decía así:

Querido señor Robinette:

Ignoro cuáles son sus honorarios acostumbrados, pero confío en que la cantidad que le incluyo bastará para abonar los valiosos servicios que me prestó en el mes de junio.

Desde que salí de Nueva York he tenido diversos empleos. Tiré de un carro —como solemos decir— en Chicago, y luego hice de pitcher en un equipo de béisbol de segunda división. Hubo un tiempo en que me ganaba la vida matando conejos y otros bichos a pedradas, y aún tengo bastante buena puntería. Y tampoco soy malo manejando un garrote, como un bate de béisbol. Pero mi cojera me resta velocidad para correr de una parte a otra, y pasará algún tiempo antes de que me decida a intentar de nuevo que me operen.

Actualmente tengo un empleo cuyas características no puedo revelarles porque no deseo que localicen mi paradero. No se fije usted en el matasellos; no vivo en Kansas City, pero tengo un amigo allí que se ofreció a echarme esta carta al correo.

Para un hombre en mi peculiar situación sería una locura tener ambiciones. Me doy por satisfecho con un trabajo que me permita cubrir mis necesidades esenciales, ir de vez en cuando al cine y tener algunos amigos con los que pueda tomar una cerveza y charlar.

Lamenté tener que irme de Nueva York sin poder despedirme del doctor Harold McGannon, que se portó muy bien conmigo. Le agradecería que le explicase los motivos que me obligaron a irme tan precipitadamente. Puede ponerse en contacto con él a través de la Universidad de Columbia.

Si Dunbar le envió mi sombrero como le pedí, haga el favor de enviarlo en un paquete a la Central de Correos, Kansas City. Mi amigo lo recogerá allí. En la población donde vivo no he encontrado un solo sombrero de mi medida. Con mi mayor agradecimiento, reciba un cordial saludo de su afectísimo,

HALCÓN RESPLANDECIENTE

Alias CLARENCE ALOYSIUS GAFFNEY

Destructor negro

A. E. van Vogt (1912-2000)^[12]

Astounding Science Fiction, julio

«Destructor negro» fue el primer relato que publicó el canadiense Van Vogt, y le propulsó directamente a la cima del mundo de la ciencia ficción. La suya sería una carrera importante y polémica, caracterizada por la controversia, una larga ausencia de la ciencia ficción (con la pérdida de lo que muchos creen que fueron sus años de mayor potencial creativo) y la producción de numerosas obras de interés decreciente.

Existían centenares de relatos sobre «monstruos espaciales» y BEMS^[13] anteriores a «Destructor negro», donde las criaturas, en su inmensa mayoría, estaban destinadas a asustar y asombrar al lector con sus apariciones. Sin embargo, aquí no hay tentáculos que produzcan sustos ni escalofríos, sólo el hambre insaciable de Coeurl. Van Vogt recogería de nuevo el tema de la amenaza alienígena en numerosas ocasiones, y este relato forma parte de su popular «novela» Los monstruos del espacio (1950)^[14].

(El Astounding de julio de 1939 se toma a veces como punto de partida de las dos décadas de la «Edad de Oro» de la ciencia ficción, cuando John Campbell, en el apogeo de su poderío, era el indiscutido Emperador de la Ciencia Ficción. ¿Por qué este número? Fundamentalmente por «Destructor negro», que tuvo el efecto de una descarga eléctrica sobre aquellos que lo leyeron por primera vez. Lo sé porque lo recuerdo. I. A.)

Coeurl merodeaba de un lado a otro. La noche negra, sin luna y casi sin estrellas, retrocedía reluciente ante el rojo amanecer que iba apareciendo por su izquierda. Era una luz vaga y difusa, que no daba sensación de que irradiara calor alguno, ni comodidad, sino apenas un resplandor frío, que descubría lentamente un paisaje de pesadilla.

Una llanura negra y sin vida, salpicada de rocas, tomó forma ante él a medida que un sol rojo y pálido se iba asomando por encima del grotesco horizonte. Fue entonces cuando Coeurl se dio cuenta de que se encontraba en territorio conocido.

Se detuvo. La tensión sacudió sus nervios. Sus músculos se apretaron con fuerza contra sus huesos. Sus grandes patas delanteras —dos veces el tamaño de las traseras— se movieron con una sacudida temblorosa, que arqueó sus garras afiladas. Los gruesos tentáculos que brotaban de sus hombros dejaron de ondular y se tensaron en estado de alerta.

Meneó la gran cabeza de gato de un lado a otro, ansioso, mientras los tendones peludos que formaban sus orejas vibraban frenéticamente, comprobando cada movimiento de la brisa, cada latido del éter.

Pero no hubo ninguna respuesta, ninguna vibración sacudió su intrincado sistema nervioso. No había la menor señal de que en alguna parte se encontrara el id tan necesario. Desesperanzado, Coeurl se agachó y su enorme sombra felina se recortó contra la línea roja del horizonte, como un reflejo distorsionado de un tigre negro que descansara sobre una roca negra, en un mundo de oscuridad.

Sabía que este día tenía que llegar. Se había acercado a través de siglos de una búsqueda incesante, cada vez más negro y amenazante. Se enfrentaba al momento inevitable en que tendría que regresar al punto de partida de su cacería sistemática, en un mundo casi desprovisto de criaturas id.

La verdad le golpeó con una serie de dolores rítmicos e interminables. Cuando había comenzado la caza, había unas cuantas criaturas-id esparcidas por los alrededores. Ahora Coeurl sabía bien que no se le había escapado ninguna. No quedaba ninguna que comer. En los cientos de miles de millas cuadradas que había hecho suyas por derecho de conquista (pues ningún coeurl vecino se atrevía a cuestionar su soberanía), no quedaba ningún id que alimentara el motor inmortal que era su cuerpo.

Había surcado el territorio palmo a palmo. Reconocía las rocas y el puente que tenía delante, que formaba un extraño túnel a su derecha. En aquel mismo túnel se había agazapado durante días esperando a que la serpentina criatura id se acercase para descansar al sol. Había sido su primera víctima, antes de que se diera cuenta que era absolutamente necesario un exterminio organizado.

Se pasó la lengua por los labios recordando el momento en que sus mandíbulas la redujeron a pedazos. Pero el miedo a un universo desprovisto de id borró el dulce recuerdo, dejándole sólo con la certeza de la muerte.

Rugió diabólico, desafiante. El eco repitió su reto en el aire y en las rocas y un

escalofrío bajó por sus nervios. Era una expresión instintiva de su deseo de vivir.

Y entonces, bruscamente, sucedió.

La vio surgir de la distancia, una mancha brillante que crecía hasta convertirse en una bola de metal. El gran globo resplandeciente silbó por encima de Coeurl, disminuyendo visiblemente su aceleración. Pasó por encima de una negra fila de colinas a la derecha, permaneció casi inmóvil en el aire un segundo y luego se perdió de vista.

Coeurl rompió su asombrada inmovilidad. Con la velocidad de un tigre corrió entre las rocas. Sus ojos negros y redondos ardían de deseo. Los tentáculos de sus orejas vibraban, transmitiendo la presencia de un id de cualidades tan tremendas que su cuerpo sintió los escalofríos de un hambre anormal.

Se ocultó tras una masa rocosa y, desde las sombras, contempló las gigantescas ruinas de la ciudad extendida ante él. El sol era una bola escarlata en el ciclo negro y púrpura. El globo plateado, a pesar de su gran tamaño, parecía irrelevante entre la fantasmal extensión de las ruinas. Sin embargo, a su alrededor había movimiento, signos de vida que después de unos instantes dominaron el panorama. Era una cosa grande y metálica que descansaba en un cráter hecho por su propio peso en la llanura, que empezaba bruscamente en las afueras de la ciudad muerta.

Coeurl observó a los extraños seres de dos patas que se agrupaban en torno a la brillante apertura al pie de la nave. La garganta se le ensanchó con la urgencia de su necesidad. Su cerebro se ensombreció con el primer impulso de abalanzarse y aplastar a aquellas criaturas de aspecto débil cuyos cuerpos emitían vibraciones id.

Los recuerdos detuvieron este loco impulso cuando no era más que electricidad que surcaba sus músculos. Eran recuerdos que provocaban miedo y debilidad, y envenenaban las reservas de su fuerza. Tuvo tiempo de ver que aquellas criaturas tenían algo encima de sus cuerpos verdaderos, un material transparente y brillante que resplandecía emitiendo extraños destellos bajo los rayos del sol.

También recordó aquellos días en que la ciudad que se extendía a sus pies era el centro de una época gloriosa, que se disolvió en el transcurso de un solo siglo, bajo el poder de las armas, antes de que sus poseedores supieran que los supervivientes tendrían una reserva de id cada vez más pequeña.

Fue el recuerdo de aquellas armas lo que le hizo permanecer quieto. Una oleada de terror nubló su razón. Se vio aplastado por las bolas de metal y quemado por las llamas.

La astucia le hizo comprender la presencia de aquellas criaturas. Coeurl razonó por primera vez. Era una expedición científica procedente de otra estrella. En los viejos tiempos, los coeurls habían pensado en hacer viajes espaciales, pero el desastre había llegado demasiado pronto, convirtiendo aquello en poco más que un pensamiento.

Los científicos se dedicarían a investigar, no a destruir. Los científicos, a su modo, estaban locos. Envalentonado por esta idea, salió al descubierto. Vio que las

criaturas advertían su presencia. Se dieron la vuelta y le miraron. Uno, el más pequeño del grupo, sacó una brillante barra de metal que llevaba en una funda y la blandió en la mano. Coeurl se detuvo, asustado por el gesto. Pero era demasiado tarde para retroceder.

El comandante Hal Morton oyó cómo el pequeño Gregory Kent, el químico, se reía con ese gorgoteo azorado con el que siempre anunciaba su inseguridad. Vio cómo Kent jugueteaba con su arma de metal brillante y anunciaba:

—No quiero correr riesgos con una cosa tan grande como ésa.

—Ésa es una de las razones por la que forma parte de esta expedición, Kent —rió el comandante Morton a través del comunicador—. Porque no corre ningún riesgo.

La risa se apagó. Instintivamente, mientras observaba al monstruo acercarse a ellos, se adelantó a los otros. Su corpachón hinchaba el traje de brillante metal transparente. Los comentarios de los hombres resonaban en sus oídos a través de la radio.

—No me gustaría nada encontrarme a una cosa así en un callejón oscuro.

—No seas tonto. Evidentemente es una criatura inteligente. Probablemente un miembro de la raza gobernante.

—No parece más que un gato grande, si no nos fijamos en esos tentáculos que salen de sus hombros, ni en esas patas monstruosas.

—Su desarrollo físico —dijo una voz que Morton reconoció como la de Siedel, el psicólogo— sugiere una adaptación animal, no intelectual, al medio ambiente. Por otro lado, el hecho de que se acerque a nosotros no es un acto animal sino el de una criatura inteligente que es consciente de nuestra posible identidad. Habréis notado que sus movimientos son lentos y cautelosos. Eso demuestra que tiene miedo y que sabe que estamos armados. Me gustaría poder echar un buen vistazo a esos tentáculos. Si terminan en apéndices con los que pueda asir objetos, entonces podemos llegar a la conclusión de que es descendiente de los habitantes de esta ciudad. Nos sería de gran ayuda si pudiéramos entablar comunicación con él. Aunque por su aspecto parece que ha degenerado hasta un estado primitivo.

Coeurl se detuvo cuando se encontraba ya a unos pocos metros de la criatura más cercana. La sensación de id era tan abrumadora que su cerebro se tambaleó, al borde del caos. Notaba como si su cuerpo estuviera cubierto por un líquido fundido. Su visión era borrosa, y la cruda sensualidad de su deseo atravesaba todo su ser.

Los hombres, excepto el pequeño que tenía la barra de metal en las manos, se acercaron. Coeurl vio que le examinaban con atención y curiosidad. Sus labios se movían y sus voces resonaban en sus oídos con un ritmo monótono y sin sentido. Al mismo tiempo tuvo la impresión de que había ondas de frecuencia mucho mayores (las de su propio nivel de comunicación), pero sólo era un tintineo mecánico que sacudía su cerebro. Haciendo un esfuerzo por mostrarse amistoso, emitió su nombre por medio de los tendones de sus oídos mientras se señalaba con uno de los tentáculos curvos.

—Capto en la radio una especie de estática cuando agita esos pelos, Morton —dijo Gourlay, el jefe de comunicaciones—. ¿Cree usted...?

—Es posible —dijo el comandante, respondiendo a la pregunta antes de que la terminara—. Es trabajo para usted, Gourlay. Si habla a través de ondas de radio, puede que no le resulte imposible crear una especie de imagen televisiva de sus vibraciones, o enseñarle el código Morse.

—Ah —dijo Siegel—. Tenía razón. Los tentáculos terminan en siete fuertes dedos. Si el sistema nervioso es suficientemente complicado, esos dedos podrían manejar cualquier máquina con un poco de entrenamiento.

—Creo que lo mejor será entrar a almorzar —dijo Morton—. Tenemos trabajo después. Los encargados del material pueden emplazar sus máquinas y empezar a recopilar datos sobre las posibilidades metálicas de este planeta y todo lo demás. Los otros pueden dedicarse a explorar. Me gustaría hacer un estudio sobre la arquitectura y el desarrollo científico de esta raza, y particularmente sobre cuál fue la causa de su destrucción. En la Tierra las civilizaciones han ido destruyéndose, pero siempre ha habido una nueva que ocupara su lugar. ¿Por qué no ha sucedido eso aquí? ¿Alguna pregunta?

—Sí. ¿Qué hacemos con el gatito? Miren, parece que quiere venir con nosotros.

El comandante Morton frunció el ceño, lo que remarcó la palidez de su rostro.

—Ojalá hubiera algún medio de poderle llevar con nosotros sin tener que capturarlo por la fuerza. ¿Qué le parece, Kent?

—Creo que primero tendríamos que decidir si es un animal o si tiene inteligencia. Yo creo lo segundo. Y en cuanto a llevarle con nosotros... —El pequeño químico sacudió la cabeza—. Imposible. Esta atmósfera está compuesta por un veintiocho por ciento de cloro. Nuestro oxígeno sería dinamita pura en sus pulmones.

El comandante se echó a reír.

—Aparentemente, él no lo cree así.

Vio cómo el monstruo gatuno seguía a los dos primeros hombres, que le miraban ansiosos, hacia la puerta. Morton hizo un gesto con la mano.

—De acuerdo. Abran la segunda escotilla y denle una bocanada de oxígeno. Eso le curará.

Un segundo después, maldecía sorprendido.

—¡Por todos los diablos, ni siquiera nota la diferencia! Eso quiere decir que no tiene pulmones, o que al menos no es el cloro lo que usa. ¡Déjenle pasar! ¡Pueden apostar a que entra! Smith, esto es un tesoro para un biólogo..., parece inofensivo si tenemos cuidado. ¡Qué metabolismo!

Smith, un hombre alto, delgado y huesudo, que tenía una cara larga y triste, dijo con una voz extrañamente fuerte:

—En todos nuestros viajes, sólo hemos encontrado dos formas de vida superior: las que dependen del cloro y las que dependen del oxígeno, los dos elementos que permiten la combustión. Estoy dispuesto a apostar mi reputación a que ningún

organismo complicado podría adaptarse nunca a los dos gases de forma natural. A primera vista parece que nos encontramos ante una forma de vida extremadamente avanzada. Esta raza descubrió hace muchísimo tiempo leyes biológicas que nosotros estamos aun empezando a intuir. Morton, tenemos que evitar que esta criatura se marche.

—Parece que tiene muchas ganas de salirse con la suya —rió el comandante Morton—. El problema será deshacernos luego de él.

Entró en la escotilla con Coeurl y los dos hombres. El mecanismo automático zumbó y pocos minutos después se encontraron al pie de una serie de ascensores que conducían a los camarotes.

—¿Eso viene con nosotros? —preguntó uno de los hombres, señalando con un pulgar en dirección al monstruo.

—Mejor que suba solo si quiere entrar.

Coeurl no opuso resistencia hasta que oyó la puerta cerrarse tras él y la jaula metálica empezó a ascender. Se retorció dando un rugido salvaje. Su capacidad de razonar se convirtió en un caos. Saltó contra la puerta. El metal se dobló bajo su empuje y el dolor desesperado le enloqueció. Ahora no era más que un animal enjaulado. Golpeó el metal con sus zarpas, aplastándolo como si fuera de hojalata. Arrancó los grandes paneles con sus gruesos tentáculos. La máquina chirrió. Hubo una serie de sacudidas mientras la energía ilimitada impulsaba la jaula a pesar de los pedazos de metal que arañaban las paredes exteriores. Y entonces la jaula se detuvo y Coeurl arrancó el resto de la puerta y se precipitó en el pasillo.

Esperó allí hasta que Morton y los hombres se le acercaron, con las armas en la mano.

—Somos idiotas —dijo Morton—. Tendríamos que haberle enseñado cómo funciona. Ha pensado que le habíamos engañado.

Se acercó al monstruo y vio que el brillo salvaje desaparecía de aquellos ojos negros como el carbón, mientras abría y cerraba la puerta con elaborados gestos para mostrarle cómo funcionaba.

Coeurl dio por terminada la lección y se dirigió a una amplia habitación a su derecha. Se tumbó sobre el suelo alfombrado y trató de calmar la tensión eléctrica de sus nervios y músculos. Estaba furioso consigo mismo porque había dejado que el miedo le abrumara. Le parecía que había perdido la ventaja de parecer una criatura mansa y tranquila. Su fuerza tenía que haber asombrado y preocupado a aquellas criaturas.

Esto significaba un peligro mucho mayor que la tarea que tenía que llevar a cabo: matar a toda la tripulación y apoderarse de la nave para dirigirse a su mundo, donde habría ids ilimitados.

Coeurl contemplaba sin parpadear cómo dos hombres retiraban trozos de cascotes

de una puerta de metal de un gran edificio antiguo. Todas las células de su cuerpo le dolían de hambre. La ansiedad fluía por sus músculos y latía en su cerebro como algo vivo. Todos sus nervios deseaban seguir a los hombres que se habían internado en la ciudad. Sabía que uno de ellos marchaba en solitario.

Los minutos fueron pasando lentamente. Coeurl seguía conteniéndose mientras miraba, consciente de que los hombres sabían que les observaba. Sacaron de la nave una máquina de metal y la llevaron flotando a una masa de roca que bloqueaba la gran puerta medio abierta. Nada escapaba de su fiera mirada y lentamente advirtió la simplicidad de la maquinaria.

Sabía lo que iba a suceder cuando la llama desató su violencia incandescente y devoró la dura roca. Pero, a pesar de que ya lo sabía, cuando surgió la llama blanca, saltó deliberadamente y rugió como si tuviera miedo.

Sus tentáculos auditivos oyeron la risa de los hombres y su extraño placer ante su aparente desazón.

La puerta había cedido y Morton se acercó a ella y entró junto con otro hombre, que sacudió la cabeza.

—Todo está en ruinas. Se puede deducir del estado. Obviamente, usaban energía atómica, pero en forma de rueda. Eso es un desarrollo peculiar. En nuestro desarrollo tecnológico, la energía atómica proporcionó las máquinas sin ruedas. Es posible que hayan progresado hasta un nuevo tipo de mecánica de ruedas. Espero que sus bibliotecas estén mejor conservadas, o no lo sabremos nunca. ¿Qué puede haberle sucedido a una civilización para desaparecer así?

Una tercera voz se inmiscuyó en los comunicadores.

—Habla Siedel. He oído tu pregunta, Pennos. Psicológica y sociológicamente hablando, la única razón que explica por qué un territorio queda deshabitado es la falta de alimento.

—Pero siendo tan avanzados científicamente, ¿por qué no desarrollaron el vuelo espacial y buscaron comida en otro sitio?

—Pregúntele a Gunlie Lester —intervino Morton—. Le he oído formular algunas teorías, incluso antes de que aterrizáramos.

El astrónomo contestó a la primera llamada.

—Aún tengo que comprobar todos los datos, pero este planeta desolado es el único que gira en torno a ese miserable sol rojo. No hay nada más. No hay luna. Ni siquiera un planeta menor. Y el sistema estelar más cercano está a novecientos años luz de distancia. Consideremos lo lento que fue nuestro propio desarrollo. Primero, la luna. Luego, Venus. Cada éxito nos condujo al paso siguiente, y después de varios siglos llegamos a las estrellas más cercanas. Y por fin llegamos al antiacelerador que nos permite el viaje galáctico. Considerando todo esto, sostengo que sería imposible para cualquier raza crear una maquinaria así sin ninguna experiencia práctica. Y ya que la estrella más cercana está tan lejos, no tuvieron ningún incentivo para aventurarse a ello.

Coeurl se dirigió hacia otro grupo. Pero ahora no prestó atención a lo que hacían. El hambre le consumía. Recuerdos de conocimientos pasados, sacudidos por lo que había visto, asomaron a su consciencia como un flujo cada vez más vivo.

Corrió de grupo en grupo, convertido en una dinamo nerviosa, cansado y enfermo de hambre. Un pequeño vehículo avanzó y se detuvo ante él, y una formidable cámara zumbó mientras le tomaba una fotografía. Un gigantesco telescopio apuntaba al cielo sobre un montón de rocas. Cerca, una máquina desintegradora lanzaba su fuego hacia un pozo que se iba agrandando cada vez más.

La mente de Coeurl se convirtió en un remolino de sensaciones mientras observaba con atención. Sabía que no podría soportar por más tiempo aquella tortura. Su cerebro luchaba contra una impaciencia irresistible. Su cuerpo ardía de furia y deseos de seguir al hombre que se había internado solo en la ciudad.

No pudo soportarlo por más tiempo. Una espuma verde llenó su boca, enloqueciéndolo. Se dio cuenta de que en ese momento no lo estaba mirando nadie.

Salió disparado como una bala. Corrió a grandes saltos y se ocultó entre las sombras de las rocas. En un minuto, el árido terreno escondió a la nave y los seres de dos patas.

Coeurl olvidó todo, excepto su propósito, como si su cerebro hubiera sido barrido por una escoba mágica que fuera capaz de borrar los recuerdos. Dio un amplio rodeo y luego corrió hacia la ciudad y se internó en las calles desiertas, tomando atajos con la facilidad que da el conocimiento del terreno, atravesando huecos abiertos en los muros de antaño, siguiendo corredores formados por los edificios destrozados. Redujo su avance cuando sus tentáculos captaron las vibraciones del id.

Se detuvo bruscamente y observó por encima de un montón de rocas caídas. El hombre estaba asomado en lo que una vez había sido una ventana, dirigiendo los rayos de su linterna al interior. La apagó. El hombre, un individuo robusto y fornido, se retiró dando pasos rápidos y cautelosos. A Coeurl no le gustó aquello. Presagiaba problemas. Significaba que podía reaccionar rápidamente ante el peligro.

Coeurl esperó hasta que el ser humano desapareció en una esquina y entonces salió de su escondite. Corrió mucho más rápido de lo que lo puede hacer un hombre, porque tenía un plan claramente preparado. Recorrió la calle siguiente como un fantasma y pasó por delante de un bloque de edificios. Giró la primera esquina a gran velocidad y entonces, arrastrando la panza, saltó al espacio abierto entre el edificio y el gran montón de escombros. La calle formaba una especie de valle de ruinas que terminaba en un estrecho cuello de botella, donde se apostó Coeurl.

Sus tentáculos auditivos recibieron las ondas de baja frecuencia de un silbido. El sonido le atravesó, y de pronto el terror atenazó con dedos helados su cerebro. El hombre tenía un arma. Si podía disparar un solo estallido de energía atómica antes de que sus músculos descargaran toda su furia asesina...

Una pequeña lluvia de rocas se deslizó bajo él cuando el hombre se colocó debajo. Coeurl asestó un zarpazo al brillante casco del traje espacial. Se oyó el sonido

de metal desgarrado y el borbotear de la sangre. El hombre se dobló por la mitad. Durante un momento, sus huesos, piernas y músculos se combinaron de forma milagrosa para permitirle seguir en pie. Entonces se desplomó con un estrépito metálico.

Desaparecido el miedo por completo, Coeurl saltó hacia atrás y rápidamente aplastó la coraza de metal y redujo a pedazos el cuerpo que había dentro. Grandes trozos de metal y carne salpicaron el suelo. Los huesos se rompieron. La carne se abrió.

Era fácil localizar las vibraciones del id y crear la violenta desorganización química que la liberaba de los huesos aplastados. Coeurl descubrió que el id estaba principalmente en el hueso.

Se sintió aliviado, casi renacido. Aquí había más alimento del que había conseguido durante todo el año pasado.

Tres minutos más tarde, todo había acabado. Coeurl echó a correr como si huyera de un peligro. Se acercó con cautela al globo brillante por el lado contrario del que había marchado. Los hombres aún estaban enfrascados en su labor. Sin hacer ruido, Coeurl se deslizó sin que nadie se diera cuenta.

Morton contempló el horror de carne masacrada, metal y sangre que tenía a los pies y notó que la garganta se le secaba y le impedía hablar.

—¡Quiso ir solo, maldito sea!

La voz del pequeño químico contenía un sollozo, y Morton recordó que Kent y Jarvey habían sido buenos amigos durante muchos años.

—Lo peor de todo —tembló uno de los hombres—, es que parece un asesinato sin sentido. El cuerpo está convertido en montoncitos de gelatina, pero parece estar completo. Apostaría a que si lo pesáramos, contendría el peso exacto de Jarvis.

Smith intervino. Su cara alargada parecía sombría.

—El asesino atacó a Jarvey y luego descubrió que su carne era alienígena, incomedible. Como nuestro gato. No quiso comer nada de lo que le dimos.

Sus palabras se disolvieron de repente en un extraño silencio.

—Un momento —dijo lentamente—. ¿Y la criatura? Es lo suficientemente grande como para haber hecho esto con sus zarpas.

Morton frunció el ceño.

—Es posible. Después de todo, es el único ser vivo que hemos visto. Pero no podemos ejecutarlo solamente por una simple sospecha.

—Además —dijo uno de los hombres—, nunca le he perdido de vista.

—¿Estás seguro? —intervino Siedel, el psicólogo, antes de que Morton pudiera hablar.

El hombre dudó.

—Bueno, tal vez no lo haya visto durante un par de minutos. Se movía de un lado

a otro, observándolo todo.

—Exactamente —dijo Siedel con satisfacción. Se volvió hacia Morton—. Ya ve, comandante, yo mismo he tenido la impresión de que ha estado siempre por los alrededores. Y sin embargo, al pensarlo, me doy cuenta de que hay momentos, probablemente largos minutos, en que le perdimos completamente de vista.

La cara de Morton se ensombreció mientras pensaba. Kent estalló.

—Muy bien, no corramos riesgos. Matemos al bicho antes de que cause más daños.

—Korita —dijo Morton lentamente—, usted ha estado investigando con Cranessy y Van Horne. ¿Cree que el gato es un descendiente de la raza dominante de este planeta?

El alto arqueólogo japonés miró al cielo como si al hacerlo ordenara sus pensamientos.

—Comandante Morton —dijo respetuosamente—, aquí hay un misterio. Miren la majestuosa línea del horizonte. Observen el perfil casi gótico de la arquitectura. A pesar de la magalópolis que crearon, esta raza estaba apegada al suelo. Los edificios no están ornamentados solamente. Son ornamentales en sí mismos. Aquí tenemos el equivalente de la columna dórica, de la pirámide egipcia, de la catedral gótica brotando del suelo, con orgullo, cumpliendo un destino. Si este mundo desolado puede ser considerado como una tierra madre, entonces la tierra tuvo un lugar espiritual en los corazones de esta raza.

»El efecto se enfatiza por lo tortuoso de las calles. Sus máquinas demuestran que eran matemáticos, pero antes eran artistas. Por eso no crearon las ciudades diseñadas geométricamente, como las metrópolis ultrasofisticadas del mundo. Hay un abandono artístico genuino, una profunda alegría escrita en la curva de las disposiciones antimatemáticas de las casas; un sentido de intensidad, de creencia divina en una certidumbre interna. No es una civilización decadente y hastiada, sino una cultura joven y vigorosa, confiada, llena de propósitos.

»Pero terminó. Bruscamente, como si en este punto la cultura tuviera su batalla de Tours y empezara a colapsarse como la antigua civilización musulmana. O como si de un salto hubiera franqueado siglos y entrado en el período de los Estados en guerra. En la civilización china, este período ocupó del 480 al 230 antes de Cristo, y cuando acabó el Estado de Tsin comenzó el Imperio Chino. Egipto experimentó esta fase entre los años 1780 y 1580 antes de Cristo; el último siglo de ésta era fue la época «hyksos», que quiere decir inmencionable. El mundo clásico la experimentó desde Queronea, en el año 338, y ya al borde del horror, desde Graco, en el 131, hasta Actio, en el 31, siempre antes de Cristo. Los europeos occidentales y los americanos fueron devastados por este período en los siglos diecinueve y veinte, y los historiadores modernos están de acuerdo en que, teóricamente, entramos en la misma fase hace cincuenta años; aunque, naturalmente, nosotros hemos resuelto el problema.

»Se preguntará usted, comandante, qué tiene todo esto que ver con su pregunta.

Mi respuesta es que no existe constancia de una cultura que entre bruscamente en el período de los Estados contendientes. Casi siempre es un desarrollo lento. Y el primer paso comporta la duda implacable de todo lo que antes ha sido sagrado. Las convicciones profundas dejan de existir, se disuelven ante las pruebas de las mentes analíticas y científicas. El escéptico se convierte en el ser supremo.

»Sostengo que esta cultura terminó bruscamente en su época más floreciente. Los efectos sociológicos de tal catástrofe tienen que haber sido la súbita desaparición de la moral, una reversión a la criminalidad bestial, la falta de cualquier tipo de ideales, una total indiferencia ante la muerte. Si este gato es descendiente de esa raza, entonces debe de ser una criatura astuta, un ladrón nocturno, un asesino a sangre fría, que sería capaz de degollar a su propio hermano en su provecho.

—¡Eso es suficiente! —cortó Kent con voz crispada—. Comandante, estoy dispuesto a hacer de verdugo.

—Escuche, Morton, no va usted a matar al gato todavía, aunque sea culpable —interrumpió Smith bruscamente—. Es un tesoro biológico.

Kent y Smith se miraron con furia. Morton frunció el ceño, pensativo.

—Korita, estoy dispuesto a aceptar su teoría como base de trabajo —dijo finalmente—. Pero una pregunta: ¿el gato proviene de un período anterior al nuestro? Es decir, estamos entrando en una etapa de nuestra cultura altamente civilizada, mientras que él se quedó de repente sin historia en su momento más floreciente. Pero ¿es posible que su cultura sea posterior en este planeta que la nuestra en el sistema galáctico que hemos colonizado?

—Es muy posible. Puede que la suya sea la décima civilización de este mundo, mientras que la nuestra es la octava que surge de la tierra. Cada una de las diez, naturalmente, habrá sido edificada sobre las ruinas de la anterior.

—En ese caso, ¿el gato no sabría nada del recelo que nos ha hecho sospechar que es un criminal y un asesino?

—No. Sería literalmente magia para él.

Morton hizo una mueca.

—Entonces creo que se saldrá usted con la suya, Smith. Dejaremos vivir al gato. Si vuelve a ocurrir algo, ahora que le conocemos, será debido a nuestra falta de cuidado. Existe la posibilidad de que estemos equivocados. Como Siegel, también tengo la impresión de que siempre estuvo con nosotros. Pero ahora... no podemos dejar así al pobre Jarvey. Lo meteremos en un ataúd y lo enterraremos.

—¡Todavía no! —exclamó Kent. Se ruborizó—. Le pido disculpas, comandante. No era mi intención. Sospecho que el gato quería algo del cuerpo. Parece que está todo en él, pero puede que falte algo. Voy a averiguar qué es, y voy a acusarle de este asesinato hasta que usted se convenza de que fue obra suya, sin la menor sombra de duda.

Era muy tarde cuando Morton alzó la vista del libro y vio a Kent entrar por la puerta que conducía a los laboratorios de abajo.

Kent llevaba un gran cuenco en las manos; sus ojos cansados escrutaron a Morton.

—¡Ahora, observe! —dijo con voz dura y cansada.

Se acercó a Coeurl, que estaba tumbado sobre la alfombra, haciéndose el dormido.

Morton le detuvo.

—Espere un momento, Kent. En cualquier otra ocasión no pondría en duda sus intenciones, pero tiene usted mal aspecto. Está agotado. ¿Qué es esto que trae?

Kent se dio la vuelta y Morton vio que su primera impresión no había sido más que una leve sombra de la verdad. Tenía profundas ojeras, las mejillas hundidas y los ojos febriles.

—He encontrado el elemento que falta —dijo Kent—. Es el fósforo. No queda ni un miligramo de fósforo en los huesos de Jarvey. Se le ha extraído hasta la última gota. Ignoro por qué superquímica. Siempre hay medios de sacar el fósforo del cuerpo humano. Por ejemplo, recordemos lo que le sucedió al trabajador que ayudó a construir esta nave. Se cayó dentro de quince toneladas de metal fundido (o al menos eso reclamaron sus parientes), pero la compañía no quiso pagar los seguros hasta que se demostrara, tras un análisis, que en el metal hubiera un alto porcentaje de fósforo.

—¿Y qué es la comida de la vasija? —interrumpió alguien.

Los presentes iban dejando libros y revistas y miraban con interés.

—Un preparado de fósforo orgánico. El gato captará su olor, o lo que utilice en vez del olfato...

—Creo que percibe las vibraciones de las cosas —intervino Gourlay perezosamente—. A veces, cuando mueve esos tendones, recibo una onda estática en la radio. Después cesa, como si cambiara a diferentes longitudes de onda más altas o más bajas. Parece que controla las vibraciones a voluntad.

Kent esperó con visible impaciencia a que Gourlay terminara de hablar.

—Muy bien —dijo bruscamente—. Entonces, cuando capte la vibración del fósforo y reaccione ante ella como un animal..., bueno, podremos decidir según su reacción. ¿Puedo continuar, Morton?

—Hay tres cosas erróneas en su plan —dijo Morton—. En primer lugar, parece que asume usted que sólo es un animal; parece olvidar que puede que no tenga hambre después de haberse comido a Jarvey; parece pensar que no sospechará nada. Ponga el cuenco en el suelo. Tal vez su reacción nos diga algo.

Coeurl observó sin pestañear cómo el hombre colocaba el cuenco ante él. Sus tendones auditivos identificaron inmediatamente las vibraciones id de su contenido y no le dirigió ni una segunda mirada.

Reconoció a este ser de dos patas como el que le había apuntado con la pistola por la mañana. ¡Peligro! Se puso en pie con un rugido. Cogió el cuenco con los apéndices en forma de dedos de sus tentáculos y lo vació en la cara de Kent, quien retrocedió dando un alarido.

Coeurl arrojó a un lado el cuenco con furia y agarró al hombre por la cintura. No se preocupó por la pistola que colgaba del cinturón de Kent. Notaba que sólo era un arma de vibraciones, hecha con energía atómica, pero no un desintegrador. Arrojó a Kent contra el asiento más cercano y advirtió que tendría que haberlo desarmado.

No es que el arma fuera peligrosa, pero mientras el hombre se limpiaba la cara con una mano buscaba la pistola con la otra. Coeurl retrocedió. La pistola se alzó lentamente y un rayo blanco voló hacia su cabeza.

Los tentáculos auriculares temblaron mientras anulaban los efectos de la pistola vibradora. Sus ojos negros y redondos se estrecharon al captar el movimiento de los hombres en busca de sus armas. La voz de Morton rompió el silencio.

—¡Alto!

Kent apartó su arma y Coeurl se tumbó, temblando lleno de furia hacia este hombre que le había obligado a revelar parte de su poder.

—Kent —dijo Morton fríamente—, no es usted el tipo de persona que pierde los nervios. Ha intentado matar al gato deliberadamente, sabiendo que la mayoría está a favor de dejarle con vida. Sabe cuáles son las normas: si alguno se opone a mis decisiones, debe decirlo en el momento. Si la mayoría se opone, mis decisiones carecen de validez. En este caso nadie más que usted ha puesto reparos, y por lo tanto, su acción al tomarse la justicia por su mano es reprobable y automáticamente le hace perder su derecho al voto durante un año.

Kent miró sombrío al círculo de rostros que le rodeaba.

—Korita tenía razón cuando dijo que nosotros pertenecíamos a una época altamente civilizada. Es decadente. —La pasión ardía en su voz—. Dios mío, ¿no hay un sólo hombre aquí que pueda ver el horror de esta situación? Jarvey muerto hace solamente unas horas y esta criatura, a quien todos reconocemos como culpable está aquí, suelta, planeando su próximo crimen. Y la víctima está en esta misma habitación. ¿Qué clase de hombres somos? ¿Locos, cínicos, fantasmas? ¿O es que nuestra civilización es tan racional que podemos contemplar un asesinato con simpatía?

Clavó los ojos en Coeurl.

—Tenía usted razón, Morton. Esto no es un animal. Es un demonio surgido del más profundo infierno de este planeta moribundo.

—No se nos ponga melodramático —dijo Morton—. Su análisis, por lo que a mí respecta, está equivocado. No somos cínicos ni fantasmas. Somos simplemente científicos, y el gato va a ser sometido a estudio. Ahora que sospechamos de él, dudo de su habilidad para tendernos una trampa. No tiene una oportunidad entre cien. —Miró a su alrededor—. ¿Hablo en nombre de todos?

—¡Por mí no, comandante! —Fue Smith quien habló. Continuó explicándose mientras Morton le observaba sorprendido—. Con la excitación y la confusión del momento, nadie parece haberse dado cuenta de que cuando Kent le ha disparado con el vibrador, el rayo ha alcanzado a esta criatura directamente en la cabeza... y no le ha hecho daño.

La mirada de asombro de Morton pasó de Smith a Coeurl y a Smith de nuevo.

—¿Está seguro de que le ha alcanzado? Como dice, sucedió todo tan rápidamente... Al ver que el gato no tenía ninguna herida, supuse que Kent había fallado el tiro.

—Le dio en la cara —afirmó Smith—. Un arma de vibraciones, naturalmente, no puede matar a un hombre, pero sí herirle. Sin embargo, el gato no tiene ni rastro de heridas, ni un pelo chamuscado.

—Tal vez su piel sea un buen aislante contra el calor de cualquier tipo.

—Tal vez. Pero en vista de nuestra indecisión, creo que deberíamos encerrarle en una jaula.

—Eso es hablar con sentido, Smith —dijo Kent mientras Morton reflexionaba.

—¿Se quedará usted satisfecho, Kent, si le metemos en una jaula? —preguntó Morton.

Kent consideró la idea un momento.

—Sí —dijo por fin—. Si cuatro pulgadas de microacero no pueden contenerle, será mejor que le demos la nave.

Coeurl siguió a los hombres por el pasillo. Trotó dócilmente cuando Morton, inconfundiblemente, le hizo entrar por una puerta que no había visto antes. Se encontró en una habitación cuadrada y de metal sólido. La puerta se cerró tras él. Notó la corriente de energía cuando la cerradura eléctrica entró en funcionamiento.

Sus labios se abrieron con una mueca de odio al darse cuenta de la trampa, pero no dejó ver ninguna otra reacción. Comprendió que había progresado mucho de la criatura primitiva que, unas cuantas horas antes, había mostrado su miedo en el ascensor. Ahora, mil recuerdos despertaron en su cerebro. Cien siglos de astucia, después de años de olvido, formaban parte de su ser nuevamente.

Se sentó sobre las fuertes ancas en que terminaba su cuerpo. Examinó con sus tentáculos auriculares cuanto le rodeaba. Finalmente, se echó. Sus ojos brillaban llenos de desdén. ¡Idiotas! ¡Pobres idiotas!

Una hora más tarde, oyó al hombre —Smith— manejando algo sobre la jaula. Las vibraciones que emitía le hicieron sentir miedo por un instante. Se puso en pie de un salto, lleno de terror, y entonces se dio cuenta de que las vibraciones eran vibraciones, no explosiones atómicas. Alguien estaba tomando fotos del interior de su cuerpo.

Volvió a recostarse, pero sus tentáculos vibraban y pensó despectivo que el muy idiota se llevaría una sorpresa cuando intentara revelar aquellas fotos.

El hombre se marchó al cabo de un rato y durante largo tiempo oyó que los otros

hacían algo a lo lejos. También ese ruido se fue perdiendo lentamente.

Coeurl se quedó tumbado, esperando, mientras sentía que el silencio se extendía por la nave. Mucho tiempo antes, antes del alba de la inmortalidad, los coeurls también habían dormido de noche. Lo había recordado el día anterior, cuando vio a algunos hombres dando una cabezada. Por fin, la vibración de dos pares de pies fue la única frecuencia humana que registraron sus tentáculos auditivos.

Escuchó el sonido de los dos centinelas. El primero caminaba lentamente junto a la puerta de la jaula. Unos metros después, venía el otro. Coeurl podía sentir que los dos hombres estaban alerta. Sabía que nunca podría sorprenderlos aunque caminaran por separado. Aquello significaba que tendría que ser doblemente precavido.

Volvieron quince minutos después. En el momento en que pasaron puso en funcionamiento sus sentidos hasta el grado más alto. La violencia latente de los motores atómicos comenzó a susurrarle su historia en el cerebro. Las dinamos eléctricas zumbaron su canción de energía pura. Sintió el susurro de la corriente, que recorría los cables de las paredes de su jaula y en la cerradura eléctrica de la puerta. Forzó su tembloroso cuerpo a una tensa inmovilidad mientras trataba de sintonizar aquella sibilante tormenta de energía. De repente, los tentáculos de sus orejas vibraron en armonía. Captó el cambio repentino de aquella onda de fuerza.

Hubo un chasquido de metal contra metal. Con un suave roce de un tentáculo, Coeurl abrió la puerta y salió al pasillo débilmente iluminado.

Durante un momento sintió desprecio, superioridad ante aquellas estúpidas criaturas que se atrevían a medir su inteligencia contra un coeurl. Y en ese momento, pensó súbitamente en los otros coeurls. Un exultante sentido de la raza atravesó su ser; el odio de siglos de despiadada competición remitió ante el orgullo de sentirse parte de los futuros conquistadores de todo el espacio.

De repente, se sintió abrumado por sus limitaciones, por su necesidad de otros coeurls, por su soledad... uno contra cien, con la eternidad en juego. El universo mismo sería la meta de su rapacidad, de su ilimitada ambición. Si fallaba, no habría otra oportunidad. No tendría tiempo de revivir la maquinaria e intentar resolver el secreto del viaje espacial.

Avanzó con cautela por el salón, recorrió los pasillos y llegó a la puerta del primer dormitorio. Estaba entreabierta. Una rápida sincronización de sus músculos, el chasquido de un tentáculo que agarraba la garganta de un hombre dormido y la cabeza sin vida se agitó locamente. El cuerpo se retorció una sola vez.

Siete dormitorios; siete hombres muertos. Fue al saborear el séptimo asesinato lo que le propició un irrefrenable deseo de matar, de recuperar un hábito de milenios por destruir todo lo que contuviera el precioso id.

Cuando el duodécimo hombre se sumergía convulsivamente en la muerte, Coeurl salió de la alegría sensual de la caza al oír pasos.

No estaban cerca... eso fue lo que hizo que oleadas de miedo cayesen sobre el caos en que, de pronto, se había convertido su cerebro.

Los centinelas se acercaban a la jaula donde le habían mantenido prisionero. Dentro de un instante, el primer hombre vería la puerta abierta y haría sonar la alarma.

Coeurl se aferró a los restos de su razón. Con frenética velocidad, sin preocuparse ya de hacer ruido, corrió a lo largo del pasillo de los dormitorios y llegó a la sala. Salió al siguiente pasillo, estremeciéndose por anticipado ante la llama atómica que temía sentir en la cara.

Los dos hombres estaban juntos, uno al lado del otro. Por un instante, Coeurl apenas pudo creer en su buena suerte. El segundo centinela había corrido como un tonto cuando había visto que el primero se detenía ante la puerta abierta. Alzaron la vista, paralizados ante la pesadilla de zarpas y tentáculos, la feroz cabeza gatuna y los ojos cargados de odio.

El primer hombre trató de sacar su pistola, pero el segundo, paralizado por el destino que se cebaba en él, emitió un grito de horror, que se multiplicó por los pasillos y terminó en un extraño gemido cuando Coeurl arrojó los dos cadáveres, con un movimiento irresistible, hasta el otro extremo del pasillo. No quería que encontraran los cuerpos cerca de la jaula. Ésa era su única esperanza.

Estremeciéndose de arriba a abajo, consciente del terrible error que había cometido, incapaz de pensar coherentemente, volvió a entrar en la jaula. La puerta se cerró con un suave clic tras él. La energía fluyó a través de la cerradura eléctrica.

Se acurrucó tenso, simulando dormir, mientras oía el sonido de muchos pies corriendo y captaba la vibración de muchas voces excitadas. Notó que alguien conectaba el audioscopio de la jaula y miraba al interior. Dentro de unos instantes descubrirían los cadáveres.

—¡Siedel muerto! —dijo Morton, anonadado—. ¿Qué vamos a hacer sin Siedel? ¡Y Breckenridge! Y Coulter y... ¡Es horrible!

Se cubrió la cara con las manos, pero sólo por un instante. Alzó la cabeza sombrío, la mandíbula firme, mientras miraba las caras ceñudas que le rodeaban.

—Si alguien tiene alguna explicación, que lo diga.

—¡La locura del espacio!

—Ya he pensado en eso. Pero hace cincuenta años que no se da un caso. El doctor Eggert nos examinará a todos, naturalmente. Ya está examinando a los cuerpos pensando en esa posibilidad.

Mientras decía esto, vio que el médico entraba por la puerta. Los hombres se apartaron para dejarle paso.

—Le he oído, comandante —dijo el doctor Eggert—, y creo que puedo decirle ahora mismo que la teoría de la locura del espacio queda descartada. Las gargantas de esos hombres han sido convertidas en gelatina. Ningún ser humano podría haber ejercido tanta fuerza sin usar una máquina.

Morton vio que los ojos del médico continuaban mirando el pasillo.

—No tiene sentido sospechar del gato, doctor —dijo, moviendo la cabeza—. Está

en la jaula, moviéndose de un lado para otro. Obviamente ha oído el ajetreo y... ¡por todos los santos, no podemos sospechar de él! Esa jaula fue construida para contener literalmente cualquier cosa... Son cuatro pulgadas de microacero, y no hay ni un solo rasguño en la puerta. Kent, ni siquiera usted podrá decir que le matemos basándonos en la sospecha, porque aquí no cabe sospecha de ningún tipo, a menos que nos encontremos con una nueva ciencia más allá de lo que podamos imaginar.

—Al contrario —dijo Smith llanamente—, tenemos todas las evidencias que necesitamos. Utilicé el teleflúor con el gato. Ya sabe, el aparato que tenemos encima de la jaula. Intenté sacar algunas fotos. Salieron veladas. Pero el gato saltó cuando conecté el teleflúor, como si sintiera las vibraciones.

—¿Recuerdan lo que dijo Gourlay? Aparentemente, esta bestia puede recibir y enviar vibraciones de cualquier longitud de onda. La manera como neutralizó la energía del arma de Kent es la prueba definitiva de que tiene una habilidad especial para interferir la energía.

—En nombre de todos los infiernos, ¿qué es lo que tenemos aquí? —rugió uno de los hombres—. ¡Si puede controlar ese poder y emitir cualquier vibración, nada podrá impedir que nos mate a todos!

—Lo cual prueba —dijo Morton—, que no es invencible, o lo habría hecho hace tiempo.

Se dirigió deliberadamente al mecanismo que controlaba la jaula de la prisión.

—¡No va a abrir usted esa puerta! —jadeó Kent, buscando su arma.

—No, pero si acciono este interruptor, la corriente que circulará por el suelo electrocutará a cualquiera que esté dentro. Nunca hemos tenido que utilizarlo antes, así que posiblemente lo han olvidado ustedes.

Accionó el interruptor. Una chispa azul brotó del metal y una hilera de fusibles estalló con un estampido.

Morton frunció el ceño.

—Es curioso. ¡Estos fusibles no tendrían que haberse fundido! Ahora ni siquiera podemos mirar dentro de la jaula. También se ha estropeado el audio.

—Si el gato puede interferir la cerradura eléctrica lo suficiente para abrir la puerta —dijo Smith—, entonces es probable que se haya dado cuenta del posible peligro y haya podido anularlo cuando ha conectado usted el interruptor.

—¡Al menos, eso demuestra que es vulnerable a nuestras energías! —Sonrió Morton con una mueca—. Porque las ha dejado inservibles. Lo importante es que le tenemos detrás de cuatro pulgadas del metal más duro. En el peor de los casos podemos abrir la puerta y matarle con los rayos. Pero primero creo que deberíamos tratar de utilizar los cables de energía del teleflúor...

Un ruido procedente del interior de la jaula interrumpió sus palabras. Un cuerpo pesado se arrojó contra la pared, seguido de un golpe sordo.

—¡Sabe lo que intentamos hacer! —le dijo Smith a Morton—. Y apostaría a que está muy nervioso. ¡Ha sido un estúpido al volver a la jaula y ahora se da cuenta!

La tensión cedía; los hombres sonreían nerviosamente. Alguno incluso soltó una risita ante el cuadro que Smith había hecho del desconcierto del monstruo.

—Lo que me gustaría saber —dijo Pennons, el ingeniero—, es por qué el registrador del teleflúor ha oscilado y marcado el máximo de energía cuando el gato ha hecho ese ruido. ¡Lo tengo aquí, bajo mi nariz, y el dial saltó como un resorte!

El silencio reinó dentro y fuera de la jaula.

—Tal vez eso signifique que va a salir —dijo Morton—. Todo el mundo atrás, y tengan las armas preparadas. Ese gatito ha sido un estúpido al creer que podría vencer a un centenar de hombres, pero es, con diferencia, la criatura más formidable de todo el sistema galáctico. Preferirá salir por esa puerta antes de morir como una rata. Y es capaz de llevarse a algunos de nosotros por delante... si no tenemos cuidado.

Los hombres retrocedieron, convertidos en un solo cuerpo.

—Es curioso —dijo uno—, me ha parecido oír el ascensor...

—¿El ascensor? —repitió Morton—. ¿Está seguro?

—Lo estuve por un momento —dudó el hombre—. Estábamos moviéndonos todos y...

—Lleve a alguien con usted y vayan a ver. Traigan aquí a quien se atreva a ir por ahí solo...

Hubo una terrible sacudida cuando el gigantesco corpachón de la nave se inclinó bajo sus pies. Morton cayó al suelo con una violencia aturdidora. Luchó por recobrar la consciencia. Otros hombres yacían a su alrededor.

—¿Quién demonios ha puesto esos motores en marcha? —gritó.

La espantosa aceleración continuaba. Arrastrando los pies con un terrible esfuerzo, se acercó al audioscopio más cercano y apretó el número de la sala de máquinas. La imagen que apareció en la pantalla le hizo dar un grito.

—¡Es el gato! ¡Está en la sala de máquinas... y nos dirigimos al espacio!

La pantalla se apagó mientras hablaba y ya no pudo ver más.

Fue Morton quien se precipitó primero hacia la sala donde se guardaban los trajes espaciales. Después de colocarse tambaleante el suyo, anuló los efectos de la torturante aceleración y llevó los otros trajes a los hombres semiinconscientes. Instantes después, le ayudaban otros hombres. Y luego ya sólo fue cuestión de minutos antes de que todos estuvieran enfundados en metalita, con los motores antiaceleración a media marcha.

Después de mirar en la jaula, Morton abrió la puerta y vio que en la pared trasera había un agujero abierto en el metal, que aparecía retorcido y con varios bordes dentados. El agujero daba a otro corredor.

—Juro que eso es imposible —susurró Pennons—. El martillo de diez toneladas del taller no podría hacer más que una muesca de un solo golpe en cuatro pulgadas de microacero... y no oímos más que uno. Un desintegrador atómico tardaría por lo

menos un minuto en hacer eso. Morton, ¡nos enfrentamos a un superser!

Morton vio que Smith examinaba el agujero.

—¡Si Breckenridge no hubiera muerto! —exclamó el biólogo—. Nos hace falta un metalúrgico que explique esto. ¡Miren!

Tocó el borde roto del metal. Un pedazo se le quedó en el dedo y cayó al suelo reducido a una fina lluvia de polvo. Morton advirtió entonces que había un pequeño montón de polvo y desechos metálicos.

—Tiene razón —asintió Morton—. No hay nada de magia en todo esto. El monstruo usó sus poderes especiales para interferir en las tensiones electrónicas que sustentan el metal. Eso explicaría también la oscilación del cable de energía del teleflúor que advirtió Pennos. Esa cosa usó la energía de su cuerpo como transformador, atravesó la pared, siguió el corredor hasta los ascensores y llegó a la sala de máquinas.

—Mientras tanto, comandante —dijo suavemente Kent—, nos encontramos ante un superser que controla la nave, domina completamente la sala de máquinas, su energía es casi ilimitada, y es dueño de la mayor parte de los talleres.

Morton notó el silencio mientras los tripulantes sopesaban las palabras del químico. Su ansiedad era algo tangible, que se reflejaba pesadamente en sus rostros; en cada cara se notaba que aquél era un momento crucial en sus vidas: su existencia estaba en juego, y tal vez mucho más. Morton expresó los pensamientos de todos.

—¿Y si nos vence? Es completamente despiadado, y probablemente se ha dado cuenta que tiene a su alcance un poder galáctico.

—Kent se equivoca —intervino el navegante jefe—. Esa cosa no domina la sala de máquinas. Aún tenemos la sala de mando, y eso nos da el control primario de todas las máquinas. Puede que no conozcan ustedes los dispositivos mecánicos que tenemos. Pero aunque eventualmente pueda desconectarnos, nosotros podemos desconectar en el acto todos los interruptores de la sala de máquinas. Comandante, ¿por qué no cortó usted la corriente en vez de ponernos los trajes espaciales? Al menos, podría haber ajustado la nave a la aceleración.

—Por dos razones: individualmente, estamos más seguros dentro del campo de fuerza de nuestros trajes. Y no podemos arriesgarnos a perder nuestra ventaja en un momento de pánico.

—¿Qué otras ventajas tenemos?

—Sabemos algunas cosas de él —replicó Morton—. Y ahora mismo vamos a hacer una prueba. Pennos, ponga cinco hombres en cada una de las entradas de la sala de máquinas. Usen desintegradores atómicos para abrir las puertas. Me he dado cuenta de que están todas cerradas. Se ha encerrado dentro.

»Selenski, suba a la sala de control y desconéctelo todo, menos los motores. Conéctelos con el interruptor principal y córtelos todos a la vez. Una cosa: deje la aceleración al máximo. No debe aplicarse antiaceleración a la nave, ¿comprendido?

—¡Sí, señor! —saludó el piloto.

—E infórmeme por los comunicadores si alguna de las máquinas vuelve a ponerse en marcha. —Se volvió hacia los demás hombres—. Voy a dirigir el grupo principal. Kent, tome usted el segundo. Smith, el tercero, y Pennons el cuarto. Vamos a averiguar si nos enfrentamos con una ciencia ilimitada o con una criatura limitada como cualquiera de nosotros. Apuesto por esto último.

Morton tuvo la sensación de que caminaba sin fin mientras se movía, gigantesco dentro de su armadura transparente, a lo largo del brillante tubo de metal que era el pasillo principal que conducía a la sala de máquinas. La lógica le decía que la criatura ya había demostrado tener pies de barro, aunque sentía que era invencible.

Habló por el comunicador.

—No tiene sentido disimular nuestro ataque. Probablemente es capaz de oír la caída de un alfiler. Ajusten sus unidades. No lleva el tiempo suficiente en la sala de máquinas como para poder hacer nada.

»No podemos permitirnos fallar ahora, antes de que tenga tiempo de prepararse. Pero, aparte de la posibilidad de que podamos destruirle inmediatamente, tengo una teoría.

»Más o menos es la siguiente: las puertas han sido construidas para poder soportar explosiones atómicas accidentales, y los desintegradores necesitarán al menos quince minutos para derribarlas. Durante ese período, el monstruo no dispondrá de energía. El motor, desde luego, estará en marcha, pero es una pura explosión atómica. Mi teoría es que no puede tocar cosas así. En unos minutos verán ustedes lo que quiero decir... espero.

Su voz se tornó crispada.

—¿Listo, Selensky?

—Listo.

—¡Corte el interruptor principal!

El pasillo (toda la nave, en realidad) quedó sumido en la oscuridad. Morton encendió la luz de su traje espacial. Los demás hicieron lo mismo. Sus rostros estaban pálidos y demacrados.

—¡Disparen! —rugió Morton a través del comunicador.

Los desintegradores zumbaron y entonces la pura llama atómica se cebó en el duro metal de la puerta. La primera gota de metal fundido empezó a resbalar lentamente, no hacia abajo, sino hacia arriba. La segunda fue más normal y siguió un tembloroso curso hacia abajo. La tercera rodó hacia ambos lados, pues se trataba de fuerza pura, no sujeta a la gravitación. Otras gotas las siguieron, hasta que una docena de rastros se esparció lentamente en todas direcciones. Eran gotas de fuego, brillantes como esmeraldas, vivas con la furia de los átomos torturados, y corriendo a ciegas, locamente.

Los minutos pasaron con la lentitud del ácido. Por fin, Morton preguntó roncamente:

—¿Selensky?

—Todavía nada, comandante.

—¡Pero debe de estar haciendo algo! —murmuró Morton—. ¡No puede estar esperando ahí dentro como una rata acorralada! ¿Selensky?

—Nada, comandante.

Pasaron siete minutos, ocho, doce.

—¡Comandante! —Era la voz de Selensky, preocupada—. ¡Ha puesto en funcionamiento la dinamo eléctrica!

Morton inspiró profundamente y oyó que uno de sus hombres decía:

—Es curioso. No podemos profundizar más. Jefe, eche un vistazo a esto.

Morton miró. Los arroyos tintineantes se habían congelado. La ferocidad de los desintegradores luchaba en vano contra un metal que se había vuelto de pronto invulnerable.

Morton suspiró.

—Nuestra prueba se acabó. Que dos hombres vigilen cada pasillo. Los demás, a la sala de control.

Pocos minutos después, se sentó ante el gran tablero de control.

—Hasta el momento, nuestra prueba ha sido un éxito. Sabemos que de todos los aparatos de la sala de máquinas, el más importante para el monstruo es la dinamo eléctrica. Tiene que haber trabajado lleno de terror mientras estábamos intentando abrir las puertas.

—Por supuesto, es fácil ver lo que hizo —dijo Pennons—. En cuanto dispuso de energía, incrementó las tensiones electrónicas de la puerta al grado máximo.

—Lo importante es que trabaja con vibraciones y que tiene que tomar la energía del exterior —intervino Smith—. No puede manejar la energía atómica en su forma pura, porque no es una vibración.

—En mi opinión, lo principal es que nos ha detenido en seco —dijo Kent sombríamente—. ¿De qué nos sirve saber que su control sobre las vibraciones fue lo que lo hizo? Si no podemos atravesar esas puertas con nuestros desintegradores atómicos, estamos acabados.

Morton sacudió la cabeza.

—Acabados, no. Pero tenemos que preparar un plan. Primero, pondré en marcha los motores. Le será más difícil controlarlos cuando estén funcionando.

Conectó el interruptor principal. Se oyó un zumbido y docenas de máquinas cobraron vida en la sala situada debajo. Los ruidos se apagaron al convertirse en una vibración de energía.

Tres horas más tarde, Morton se movía de un lado a otro ante sus hombres reunidos en el salón. Estaba despeinado y la típica palidez espacial de su rostro quedaba realzada por la agresividad de su mandíbula. Cuando habló, su voz profunda tenía un tono brusco.

—Para asegurarnos de que nuestros planes están perfectamente coordinados, voy a pedir a cada uno de los expertos que relate su parte en el ataque a esa criatura.

Primero Pennons.

Pennons se levantó de inmediato. No era un hombre grande, pero lo parecía, tal vez por su aire de superioridad. Morton le había oído hablar del desarrollo de la maquinaria a través de su evolución, desde el simple juguete a los complicadísimos instrumentos modernos. Había estudiado el desarrollo de la maquinaria en un centenar de planetas, y no había nada que no supiera sobre ellas. Pennons podía hablar horas y horas sin haber tocado apenas la materia. Por eso fue extraño oírle decir brevemente:

—Hemos instalado un relé en la sala de control que pondrá en marcha y parará rítmicamente todos los motores. La palanca de conexión funcionará cien veces por segundo, y el efecto será crear todo tipo de vibraciones. Es posible que alguna de las máquinas acabe estallando, por el principio de los soldados al cruzar un puente marcando el paso. Sin duda conocen ustedes la historia. Pero en mi opinión no hay peligro auténtico de que un metal tan duro se rompa. El propósito principal es, simplemente, interceptar la interferencia de la criatura y derribar las puertas.

—A continuación, Gourlay —dijo Morton.

Gourlay se puso perezosamente en pie. Parecía soñoliento, como si todo el proceso le aburriera, aunque Morton sabía que le gustaba que la gente pensase que era un vago, que no servía para nada, que pasaba los días durmiendo. Era ingeniero jefe de comunicaciones, pero sus conocimientos se extendían hasta el campo vibratorio y era posiblemente, con la excepción de Kent, el pensador más rápido de toda la nave. Morton advirtió que cuando habló lo hizo con voz lenta, con aquel tono deliberado que tenía un efecto calmante sobre los hombres: las caras ansiosas se relajaron, los cuerpos se echaron hacia atrás, más relajados.

—Hemos instalado pantallas de vibración de fuerza pura que detendrán todo lo que emita. Funcionan por el principio de reflexión, de forma que todo lo que emita será reflejado de vuelta. Además, tenemos gran cantidad de energía eléctrica en reserva, que podremos transmitirle a través de conductores móviles de cobre. Tiene que haber un límite en su capacidad para manejar energía con esos nervios aislados que tiene.

—¡Selensky! —llamó Morton.

El piloto jefe estaba ya de pie, como si hubiera anticipado la llamada de Morton. Los nervios de aquel hombre, reflexionó Morton, tenían una firmeza pétrea que era el primer requisito necesario para poder controlar los movimientos de una nave; sin embargo, esa misma firmeza parecía dinamita dispuesta a explotar a voluntad de su poseedor. No era un hombre de grandes conocimientos, pero «reaccionaba» a los estímulos con tanta rapidez que siempre parecía estar anticipándose a todo.

—La impresión que tengo del plan es que tiene que ser acumulativo. En cuanto la criatura crea que no puede soportar más, ocurrirá otra cosa que aumentará su confusión. Cuando la tensión esté en su punto culminante, tengo que cortar los antiaceleradores. El comandante cree, junto con Gurnie Lester, que esta criatura no

sabrán nada de la antiaceleración. Es un desarrollo puro y simple del vuelo interestelar, y no puede haber sido desarrollado de otra forma. Creemos que cuando la criatura sienta los primeros efectos de la antiaceleración (recuerden la sensación de vacío que experimentaron el primer mes), no sabrá qué hacer o pensar.

—Korita.

—Sólo puedo ofrecerles mi ánimo —dijo el arqueólogo—, en base a mi teoría de que el monstruo tiene todas las características de los criminales de las primeras eras de todas las civilizaciones, complicadas con una aparente regresión al estado primitivo. Smith sugiere que su conocimiento de la ciencia es asombroso, y eso podría significar que estamos tratando con un habitante verdadero y no un descendiente de los pobladores de la ciudad muerta que hemos visitado. Esto implicaría que nuestro enemigo es prácticamente inmortal, una posibilidad que en parte se apoya en su habilidad para respirar oxígeno y cloro, o nada. Pero eso no tiene ninguna importancia. Procede de una era determinada de su civilización, y ha degenerado tanto que sus ideas son meros recuerdos de aquella época.

»A pesar de todos los poderes de su cuerpo, perdió la cabeza en el ascensor la primera vez, hasta que recordó. Se colocó en una situación que le obligó a revelar sus poderes especiales contra las vibraciones. Hace unas pocas horas cometió todos esos asesinatos en masa. Todo esto se debe a la baja astucia de las mentes egoístas y primitivas que tienen poca o ninguna concepción de la vasta organización con la que se enfrenta.

»Es como el antiguo soldado germano, que se sentía superior al erudito romano, aunque éste formaba parte de una poderosa civilización ante la que los germanos de aquella época se maravillaban.

»Me dirán que el saqueo de Roma por los germanos poco después va en contra de mi argumento; sin embargo, los historiadores modernos están de acuerdo en que el «saqueo» fue un accidente histórico, y no historia en el sentido auténtico de la palabra. El movimiento de los «pueblos del mar», que se lanzaron contra la civilización egipcia desde el 1400 antes de Cristo sólo tuvo éxito en lo que se refiere a la isla de Creta..., sus poderosas expediciones contra las costas de Libia y Fenicia, acompañadas por las flotas vikingas, fracasaron igual que las de los hunos contra el Imperio Chino. En cualquier caso, Roma habría sido abandonada. La antigua y gloriosa Samarra quedó desolada en el siglo diez; Patali-putra, la gran capital de Asoka, era una enorme extensión de casas deshabitadas cuando el viajero chino Hsinan-tang la visitó hacia el 635 de nuestra era.

»Nos encontramos, por tanto, ante un ser primitivo, que ahora está en el espacio, completamente apartado de su hábitat natural. Digo que entremos y vencamos.

—Puede que usted hable del saqueo de Roma como un accidente —gruñó uno de los hombres—, y que ese ser es primitivo, pero los hechos son los hechos. Me parece que Roma está a punto de caer, y no será un primitivo quien lo haga. Esa cosa es peligrosa.

Morton sonrió al tripulante con una mueca.

—Ya lo veremos... ¡ahora mismo!

Coeurl trabajaba como un esclavo en la deslumbrante brillantez del gigantesco taller. La nave de doce metros y con forma de cigarro estaba ya casi terminada. Con un gruñido de esfuerzo, completó la laboriosa instalación de los motores y se detuvo a contemplar su nave.

El interior, visible a través de una apertura en el casco, era dolorosamente pequeño. No había sitio más que para los motores... y un estrecho espacio para él.

Volvió frenéticamente al trabajo al oír que los hombres se aproximaban y notar el cambio repentino del tronar de los motores: un zumbido rítmico que se conectaba y se desconectaba, agudo, estridente, más estremecedor que el ronco golpeteo que la había precedido. De repente, los desintegradores volvieron a golpear las grandes puertas.

Luchó contra ellos, pero sin apartarse de su tarea. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron mientras cargaba herramientas, máquinas e instrumentos y los introducía en su nave. No había tiempo para colocar nada en su sitio, no había tiempo para nada, no había tiempo... no había tiempo.

El pensamiento nublabla su razón. Se sintió extrañamente cansado por primera vez en su larga y vigorosa existencia. Con un último esfuerzo, colocó la gigantesca placa de metal en la abertura de la nave y se quedó allí durante un terrible minuto, balanceándose precariamente.

Sabía que las puertas iban a caer. Media docena de desintegradores concentrados sobre un punto devoraban irresistiblemente los pocos centímetros restantes. Concentró su atención en la pared exterior, de un metro de espesor, hacia la que apuntaba la proa de su nave.

Su cuerpo se estremeció por la energía que fluía de la dinamo eléctrica. Los tentáculos de sus orejas apuntaban hacia la pared que resistía. Todo su interior ardía, y sabía que estaba peligrosamente cerca del límite.

Y seguía allí, estremeciéndose de dolor, sosteniendo la plancha de metal con los tentáculos crispados. La enorme cabeza apuntaba hacia la pared, fascinado por la resistencia que le ofrecía.

Oyó que una de las puertas caía. Los hombres gritaron. Los desintegradores avanzaron, su energía era libre por completo. Coeurl oyó sisear el suelo de la sala de máquinas, protestando cuando los rayos atómicos se abrieron paso. Las máquinas se acercaron más; las siguieron pisadas cautelosas. Dentro de un momento estarían ante las puertas que separaban la sala de motores del taller.

De pronto, Coeurl se sintió satisfecho. Con un rugido de odio y un brillo de triunfo en sus ojos salvajes, saltó hacia su nave y colocó en su lugar la plancha de metal como si fuera una compuerta.

Los tentáculos de sus oídos zumbaron mientras reblandecía los bordes del metal sobrante. En un instante, la placa estuvo más que soldada, era parte de su nave, una parte del conjunto compuesto por metal opaco excepto dos zonas transparentes, delante y detrás.

Uno de sus tentáculos agarró la palanca de energía casi con ternura. La frágil máquina se lanzó hacia adelante, hacia la gran pared exterior de los talleres de la nave. La proa la tocó y la pared se disolvió convertida en una reluciente lluvia de polvo.

Coeurl sintió el movimiento retardado y luego la proa de la máquina salió al frío del espacio, se volvió y se lanzó en la dirección de donde la gran nave había venido horas antes.

Los hombres vestidos con las armaduras espaciales se asomaron a la abertura. Poco a poco iban haciéndose más pequeños. Luego desaparecieron y sólo quedó la nave con sus mil portillas iluminadas. La esfera se encogió increíblemente, demasiado pequeña para que fuera ya visible.

Casi frente a él, Coeurl vio una tenue y diminuta luz rojiza. Advirtió que era su propio sol. Se dirigió hacia él a toda velocidad. Allí habría cuevas donde podría esconderse y construir junto con otros coeurls una nave con la que pudieran explorar otros planetas, pues ahora sabía cómo hacerlo.

El cuerpo le dolía por la agonía de la aceleración, pero no se atrevía a frenar. Miró hacia atrás, temeroso. El globo seguía allí, un puntito de luz en la inmensa negrura del espacio. Súbitamente parpadeó y desapareció.

Durante un breve instante tuvo la inquietante impresión de que, antes de desaparecer, se había movido. Pero no podía ver nada. No podía evitar pensar que habían apagado las luces y le seguían en la oscuridad. Preocupado e inseguro, miró a través de la placa transparente de delante.

Un temblor de inquietud se apoderó de él. El sol al que se dirigía no se hacía más grande. Se hacía más pequeño a cada instante. Durante los siguientes cinco minutos se redujo de tamaño, convertido en un punto rojo en el cielo, y desapareció como la nave.

El miedo barrió su ser y le llenó de una sensación desconocida. Miró frenéticamente el espacio, buscando algún punto de referencia. Pero en el espacio sólo brillaban las remotas estrellas, puntos inmóviles contra un fondo aterciopelado de inconmensurable distancia.

¡Un momento! Uno de los puntos se hacía más grande. Con todos los músculos en tensión, Coeurl vio que el punto se convertía en una bola de luz roja que se hacía cada vez más grande. De repente, la luz titiló y se volvió blanca. Y allí, ante él, con todas las luces brillando por cada portilla, estaba la gran nave espacial, que había desaparecido a su espalda pocos minutos antes.

Algo le ocurrió a Coeurl en ese momento. Su cerebro giraba como una noria, cada vez más rápido, más incoherente. De repente, la noria se rompió en un millón de

fragmentos dolorosos. Los ojos casi se le salieron de las órbitas y, como un animal enloquecido, descargó toda su furia contra su pequeña nave.

Sus tentáculos agarraron los preciosos instrumentos y los despedazaron insensatamente. Sus garras aplastaron llenas de furia las paredes de la nave. Finalmente, en un último destello de cordura, supo que no podría soportar el inevitable fuego de los desintegradores atómicos.

Era fácil crear la violenta desorganización que liberaría hasta la última gota de vida de sus órganos vitales.

Le encontraron muerto en medio de un pequeño charco de fósforo.

—Pobre gato —dijo Morton—. Me pregunto qué pensó cuando nos vio aparecer ante él, después de que desapareciera su sol. Al no saber nada de los antiaceleradores, no pudo saber que podíamos detenernos en seco en el espacio, mientras que él necesitaría más de tres horas para desacelerar. Mientras tanto, se alejaba más y más del lugar al que quería ir. No pudo saber que al pararnos pasamos a su lado a millones de kilómetros por segundo. Naturalmente, no tenía la menor oportunidad desde el momento en que abandonó nuestra nave. El universo entero tuvo que parecerle trastornado.

—¡Dejémonos de compasiones! —Oyó que decía Kent tras él—. Tenemos trabajo... hemos de matar a todos los gatos de ese miserable mundo.

—Eso será fácil —murmuró Korita suavemente—. No son más que criaturas primitivas. No tenemos más que esperar sentados y vendrán a nosotros, esperando engañarnos astutamente.

—¡Me ponen ustedes enfermo! —estalló Smith—. El gato ha sido el tipo más duro con el que nos hemos enfrentado. Tenía todo lo necesario para derrotarnos...

Morton sonrió mientras Korita interrumpía suavemente.

—Exactamente, mi querido Smith, excepto que reaccionaba siguiendo los impulsos biológicos de su tipo. Su derrota estuvo escrita desde el momento en que le catalogamos, inequívocamente, como criminal de una cierta era de su civilización —añadió el arqueólogo japonés, con la antigua cortesía de su raza—. Fue la historia, honorable señor Smith, nuestro conocimiento de la historia lo que le derrotó.

El halo equivocado

Henry Kuttner (1915-1958)

Unknown, agosto

El difunto Henry Kuttner hizo grandes logros en el transcurso de su excesivamente corta vida, pero muchos de ellos fueron subestimados debido a que la mayoría de los comentaristas de la ciencia ficción creían que «sus» mejores obras eran las hechas en colaboración con su esposa, la muy dotada Catherine L. Moore, bajo el nombre de «Lewis Padgett». Pese a que resultaba verdaderamente imposible distinguir quién había hecho qué en aquellas colaboraciones, a muchos les pareció que Moore era más responsable que Kuttner de su éxito. Esto resulta siempre un problema con las colaboraciones, y es una lástima porque Kuttner, pese a que había producido cierta cantidad de relatos para los pulps de los que incluso él no se sentía satisfecho, fue un escritor de gran talento, especialmente de «fantasía científica».

Su especialidad particular era un uso muy efectivo de la ironía, un recurso más exigente y problemático que cualquier otro en la literatura. «El halo equivocado» es un ejemplo excelente.

(Sólo me encontré con Henry Kuttner en una ocasión, a mediados de los años cuarenta y en una fiesta que casi se hunde debido al escándalo general producido por Bob Heinlein, Sprague de Camp y un servidor. Él permaneció sentado calladamente durante todo el rato, cogido de la mano con su mujer y escuchando con un asombro patente. Seguramente dijo algo, pero no recuerdo de qué podía tratarse. I. A.)

Apenas se podría culpar al ángel más joven por el error. Le habían dado una aureola flamante y brillante y le habían señalado el punto de destino. Él había obedecido sin rechistar, muy orgulloso de la responsabilidad. Era la primera vez que encomendaban otorgar la santidad a un humano, al ángel más joven.

Así que bajó a la Tierra, localizó Asia y se detuvo en la entrada de una caverna, que se abría en la ladera de un pico del Himalaya. Entró en la caverna con el corazón desbocado, dispuesto a materializarse y a entregar al lama su merecida recompensa. Durante diez años el asceta tibetano Kai Yung había permanecido inmóvil, sumido en pensamientos sagrados. Durante más de diez años había vivido en la cima de una columna, acumulando más méritos. Y en la última década había vivido como ermitaño en esta caverna, desdeñando las cosas terrenales.

El ángel más joven cruzó el umbral y se detuvo asombrado. Obviamente se había equivocado de lugar. Un abrumador olor a sake le penetró por la nariz, y miró confuso al hombrecillo viejo y borracho que estaba junto al fuego mientras asaba un trozo de carne de cabra. ¡Un antro de pecado!

Naturalmente, el ángel más joven, que conocía poco de las cosas terrenales, no podía entender qué había hecho perder al lama su gracia. El gran cuenco de sake que alguien había dejado ante la boca de la caverna con ambigua piedad, era una ofrenda. El lama lo había probado una y otra vez y en este momento, ciertamente, ya no era un candidato apropiado para la santidad.

El ángel más joven dudó. Las instrucciones eran claras. Pero sin duda este borracho no podía ser el destinatario de una aureola. El lama hipó ruidosamente y se bebió otro tazón de sake. El ángel se decidió; desplegó las alas y se marchó con un aire de dignidad ofendida.

Ahora bien, en un Estado del Medio Oeste de Estados Unidos hay una ciudad llamada Tibbett. ¿Quién puede culpar al ángel de descender allí y descubrir, tras una breve búsqueda, a un hombre aparentemente perfecto para recibir la aureola de santo, cuyo nombre, según se podía leer en la puerta de su pequeña casa en las afueras, era K. Young?

Habré entendido mal, pensó el ángel más joven. Dijeron que era Kai Yung. Pero esto es Tibbett, sin duda. Él debe de ser el hombre. En todo caso, parece bastante santo.

Bien, allá va. Veamos, ¿dónde está esa aureola?

El señor Young estaba sentado en la cama, con la cabeza baja, pensando. Un espectáculo deprimente. Al fin se levantó y se vistió. Luego se afeitó, lavó y peinó y bajó la escalera para desayunar.

Jill Young, su esposa, estaba sentada leyendo el periódico y bebiendo un zumo de naranja. Era una mujer pequeña, bastante joven y muy bonita. Había renunciado a entender la vida hacía ya mucho tiempo. Había llegado a la conclusión de que era demasiado complicada; continuamente ocurrían cosas raras. Lo mejor era hacer de espectador y dejar que sucedieran. Gracias a esta actitud, conservaba un hermoso

rostro sin arrugas y añadía numerosas canas a la cabeza del marido.

Más tarde haremos referencia a la cabeza del señor Young. Ciertamente, había cambiado durante la noche. Pero todavía no se había dado cuenta. Jill bebía su zumo de naranja y aprobaba plácidamente el sombrero estrafalario de un anuncio del periódico.

—Hola, *Roña* —dijo Young—. Buenos días.

No se dirigía a su esposa. Un terrier escocés, pequeño e impulsivo, acababa de aparecer y correteaba histéricamente alrededor de los pies de su amo, y cuando el hombre le tiraba de las orejas peludas enloquecía completamente. El impulsivo animal inclinó la cabeza sobre la alfombra y patinó por la habitación apoyándose en el hocico, y soltando sofocados chillidos de placer. Cuando por fin se cansó, el perro, a quien llamaban *Roña McFe*, empezó a golpearse la cabeza contra el suelo con el aparente propósito de descerebrarse.

Young ignoró ese espectáculo cotidiano. Se sentó, desplegó la servilleta y examinó el desayuno. Con un ligero gruñido de aprobación empezó a comer.

Notó que su esposa le observaba con una expresión extraña y distante. Rápidamente, se pasó la servilleta por los labios. Pero Jill seguía mirándole. Young se examinó la camisa. Si bien no estaba inmaculada, al menos no había manchas de huevo o de tocino. Miró a su esposa, y comprendió que ella estaba mirando algo por encima de su cabeza. Miró hacia arriba.

Jill se sobresaltó ligeramente.

—Kenneth —susurró—. ¿Qué es eso?

Young se alisó el cabello.

—Eh... ¿Qué, querida?

—Eso que tienes sobre la cabeza.

El hombre se tocó la calva con los dedos.

—¿La cabeza? ¿A qué te refieres?

—Brilla —explicó Jill—. ¿Qué diablos te has hecho?

El señor Young se enfadó un poco.

—No me he hecho nada... La calvicie nos llega a todos.

Jill frunció el ceño y bebió zumo de naranja. Volvió a mirar fascinada.

—Kenneth —dijo por fin—, quisiera que...

—¿Qué...?

Ella señaló un espejo en la pared.

Young se levantó con un gruñido de disgusto y se miró en el espejo. Al principio no vio nada extraño. Era la misma cara que los espejos le mostraban desde hacía años. No era una cara extraordinaria —de aquellas que se señalan con orgullo, como diciendo: Mirad—, pero tampoco era uno de estos rostros que causan piedad. Una cara normal, limpia, bien afeitada y sonrosada. Con los años, el señor Young había desarrollado una cierta admiración por su rostro, algo más que una simple tolerancia.

Pero coronada por una aureola adquiría un aire perturbador.

La aureola colgaba en el aire a unos quince centímetros de la cabeza. Medía tal vez veinte centímetros de diámetro, y parecía un aro reluciente, luminoso, de luz blanca. Era impalpable; Young le pasó varias veces las manos, asombrado.

—Es una... aureola —articuló por fin, y se volvió hacia Jill.

Roña se dio cuenta de su existencia. Inmediatamente se interesó por aquello. Desde luego no sabía qué era, pero podía ser que fuera comestible. No era un perro muy inteligente.

Roña se irguió y gimoteó. Le ignoraron. Ladrando estrepitosamente, brincó hacia adelante y trató de subir por el cuerpo de su amo en un intento desesperado por apoderarse de la aureola. Ya que la aureola no hacía ningún movimiento hostil, sería sin duda una presa fácil.

Young se defendió, cogió el perro por el cuello y se lo llevó, mientras *Roña* aullaba, a otra habitación. Lo dejó allí y regresó. Miró a Jill.

—Los ángeles llevan aureola —observó ella, por fin.

—¿Tengo aspecto de ángel? —pregunto Young—. Es un hecho científico. Como esa chica cuya cama brincaba de un lado al otro. Tú lo has leído.

Jill lo había leído.

—Lo hacía con los músculos.

—Bueno, yo no —dijo rotundamente Young—. ¿Cómo podría hacerlo? Es algo científico. Muchas cosas brillan por sí mismas.

—Oh, sí. Los hongos venenosos.

El hombre torció la cara en una mueca y se rascó la cabeza.

—Gracias, querida. Supongo que te das cuenta de que no estás colaborando en nada.

—Los ángeles tienen aureola —dijo Jill con una terrible obstinación.

Young se miró de nuevo en el espejo.

—Querida, ¿te importaría callarte un rato? Estoy terriblemente asustado, y tú no me estás ayudando mucho, que digamos.

Jill empezó a llorar, salió de la cocina, y poco después se le oyó hablar en voz baja con *Roña*.

Young terminó el café de mala gana. No estaba tan atemorizado como había dicho. El fenómeno era extraño, inquietante, pero de ningún modo terrible. Unos cuernos, tal vez, le habrían causado horror y consternación, pero una aureola... El señor Young leía los suplementos dominicales de los periódicos, y había aprendido que todo lo inexplicable se podía atribuir a los extravagantes trabajos de la ciencia. En alguna parte había oído que toda la mitología está basada en hechos científicos. Esto le tranquilizó un poco hasta la hora de ir a trabajar.

Se puso un bombín; pero lamentablemente la aureola era demasiado ancha, el sombrero parecía tener dos alas, la de arriba blanca y resplandeciente.

—¡Maldita sea! —exclamó Young irritado.

Buscó en el armario y se probó un sombrero tras otro. Ninguno tapaba la aureola.

Evidentemente no podía subir a un autobús atestado en estas condiciones.

Un objeto peludo y grande le llamó la atención. Lo recogió y lo examinó con disgusto. Era un sombrero deforme, gigantesco y lanudo, parecido a un chacó, que una vez había formado parte de un disfraz. El traje había desaparecido hacía tiempo, pero el sombrero había quedado para comodidad de *Roña*, que a veces se acostaba en él.

Pero, al menos ocultaría la aureola... De mala gana, Young se puso esa monstruosidad en la cabeza y se acercó al espejo. Con una mirada era suficiente. Articuló una breve plegaria, abrió la puerta y escapó.

Elegir entre dos males es difícil con frecuencia. Más de una vez, durante el horrible viaje al centro de la ciudad, Young se arrepintió de la elección. Pero no se había decidido a quitarse el sombrero y pisotearlo, aunque se moría de ganas de hacerlo. Acurrucado en un rincón del autobús, se miraba las uñas y deseaba estar muerto. Oía murmullos y risas sofocadas, y sentía las miradas inquisitivas sobre su cabeza.

Un niño desgarró el corazón de Young y hurgó en su herida con dedos rosados e inmisericordes.

—Mamá —dijo en voz alta el niño—. Mira qué gracioso.

—Sí, querido —contestó una voz femenina—. Cállate.

—¿Qué tiene en la cabeza? —preguntó la criatura.

Hubo un silencio muy significativo.

—Bueno, realmente no sé —dijo al fin la mujer asombrada.

—¿Para qué se lo puso?

No hubo respuesta.

—¡Mamá!

—Sí, querido.

—¿Está chiflado?

—Cállate —dijo la mujer evitando la pregunta.

—Pero ¿qué es?

Young no aguantó más. Se levantó y se abrió paso dignamente, con ojos vidriosos. De pie frente a la puerta, desvió sus ojos de la mirada fascinada del cobrador.

Cuando el autobús llegaba a la parada, Young notó que le tomaban el brazo. Se volvió. La madre del niño estaba frente a él con el ceño fruncido.

—¿Sí? —preguntó Young con voz cortante.

—Es Billy —dijo la mujer—. Trato de no ocultarle nada. ¿Le importaría decirme qué es esto que lleva en la cabeza?

—Es la barba de Rasputín —gritó Young—. Me la dejó en herencia.

Saltó del autobús ignorando una nueva pregunta de la asombrada mujer, y trató de perderse en la multitud.

Fue difícil. El notable sombrero era un foco de atención. Pero afortunadamente

Young estaba cerca de la oficina, y por fin, jadeando, entró en el ascensor, clavó una mirada asesina en el ascensorista y dijo:

—Piso noveno.

—Disculpe, señor Young —dijo tímidamente el joven—. Tiene algo en la cabeza.

—Lo sé —replicó Young—. Yo mismo me lo he puesto.

Esto pareció dar por terminada la cuestión. Pero cuando el pasajero bajó, el ascensorista sonrió de oreja a oreja. Minutos más tarde, al encontrar al portero, le dijo:

—¿Conoces al señor Young? El tipo...

—Le conozco. ¿Por qué?

—Está totalmente borracho.

—¿Él? Estás loco.

—Como una cuba —declaró el joven—. Dios me libre...

Mientras, el santificado señor Young se dirigía a la oficina del doctor French, un médico al que conocía de vista pues trabajaba en el mismo edificio. No tuvo que esperar mucho. La enfermera, después de mirar con perplejidad el sombrero, entró en el despacho y casi inmediatamente reapareció para hacer pasar al señor Young.

El doctor French, un hombre corpulento y gordo de bigote lustroso y amarillo, saludó a Young casi efusivamente.

—Adelante, adelante. ¿Cómo está hoy? Ningún problema, espero. Deme su sombrero, por favor.

—Espere —dijo Young, eludiendo al médico—. Antes, deje que le explique. Tengo algo en la cabeza.

—¿Corte, magulladura o fractura? —preguntó el poco imaginativo médico—. Le curaré en un abrir y cerrar de ojos.

—No estoy enfermo —dijo Young—. Espero que no, al menos. Tengo una... eh, una aureola.

—Ja, ja —se mofó el doctor French—. Un aureola, ¿eh? No creo que su bondad llegue a tanto...

—¡Oh, al cuerno! —barbotó Young y se sacó el sombrero; el doctor retrocedió y luego, interesado, se acercó y trató de palpar la aureola, pero no pudo.

—Maldita sea mí... Qué raro —dijo por fin—. Parece una aureola de verdad, ¿no?

—¿Qué es? Eso es lo que quiero saber.

French titubeó. Se acarició el bigote.

—Bien, en realidad no está dentro de mi especialidad. Un físico podría... No. Quizá Mayo's. ¿Se lo puede quitar?

—Claro que no. Ni siquiera se puede tocar.

—Ah, entiendo. Bueno, me gustaría contar con la opinión de algunos especialistas. Mientras, déjeme ver...

Una multitud de enfermeros entró en el despacho. El corazón, la temperatura, la

presión, la sangre, la saliva, la orina y la epidermis, todo fue analizado y aprobado.

—Goza de excelente salud —dijo por fin el médico—. Venga mañana a las diez. Llamaré a otros especialistas.

—Usted... eh, ¿podrá librarme de esto?

—Oh, todavía no conviene intentarlo. Obviamente es una forma de radiactividad. Quizá sea necesario un tratamiento de radio...

Young dejó al hombre farfullando sobre rayos alfa y gamma. Abatido, se puso el extraño sombrero y bajó a su oficina.

La Agencia de Publicidad Atlas era la más tradicionalista de todas las agencias de publicidad. Dos hermanos de patillas blancas habían fundado la empresa en 1820, y la compañía parecía usar todavía respetables patillas mentales. Los cambios irritaban a la dirección, que sólo en 1938 se había convencido de que la radio estaba destinada a perdurar y había aceptado contratos para hacer anuncios radiofónicos. Una vez, un joven vicepresidente fue despedido por usar corbata roja.

Young entró sigilosamente en la oficina. Estaba desierta. Se sentó en la silla de su escritorio, se quitó el sombrero y lo miró con odio. Le parecía aún más detestable que al principio. Se estaba deshilachando, y para colmo despedía un característico olor a perro sucio.

Tras examinar la aureola y comprobar que aún seguía firmemente instalada en su lugar, Young se puso a trabajar. Pero los dioses del destino se habían ensañado con él. Casi inmediatamente se abrió la puerta y entró Edwin G. Kipp, el presidente de Atlas. Young apenas tuvo tiempo de agachar la cabeza bajo el escritorio y esconder la aureola.

Kipp era un tipo pequeño, aseado y serio, que usaba gafas y llevaba una barba puntiaguda con el aire de un pez congelado. Le rodeaba un aura casi visible, no de belleza, sino de conservadurismo gris.

—Buenos días, señor Young —dijo—. Eh... ¿Es usted?

—Sí —dijo el invisible Young—. Buenos días. Me estoy atando los cordones de los zapatos.

La única respuesta de Kipp consistió en un carraspeo casi inaudible. Pasaron unos instantes. El escritorio estaba en silencio.

—Eh... ¿Señor Young?

—Todavía... estoy aquí —dijo el desdichado Young—. Ya están atados. Los cordones, quiero decir. ¿Me necesita?

—Sí.

Kipp esperó con creciente impaciencia. No parecía que Young tuviera intención de incorporarse. El presidente consideró la posibilidad de acercarse al escritorio y mirar debajo. Pero la idea de mantener una conversación en una posición tan grotesca era ultrajante. Simplemente desistió y le dijo a Young lo que quería.

—Acaba de telefonar el señor Devlin. Llegará muy pronto —comentó Kipp—. Desea conocer la ciudad, según sus palabras.

El invisible Young asintió. Devlin era uno de los mejores clientes. O mejor dicho, lo había sido hasta el año anterior, cuando de pronto comenzó a tratar con otra empresa para disgusto de Kipp y la dirección.

El presidente continuó:

—Me dijo que no estaba muy convencido respecto el nuevo contrato. Había planeado dárselo a World, pero me he escrito con él y sugirió que tal vez fuera conveniente una entrevista personal. De modo que visitará nuestra ciudad. Y desea... hum, echar una ojeada. —Kipp se puso confidencial—. Añadiré que el señor Devlin me explicó con bastante claridad que prefiere una firma menos tradicionalista. «Aburrída» fue la palabra. Cenará conmigo esta noche, y yo intentaré convencerle de que somos los más indicados para él. No obstante... —Kipp carraspeó otra vez—, no obstante, la diplomacia es importante, desde luego. Le agradecería que hoy acompañara al señor Devlin.

El escritorio, que había guardado silencio durante el discurso, gimió por fin, convulsivamente.

—Estoy enfermo. No puedo...

—¿Se siente mal? ¿Quiere que llame a un médico?

Young se apresuró a rechazar la oferta, pero permaneció oculto.

—No, yo... pero me refiero a...

—Se comporta usted de modo extravagante —dijo Kipp con apreciable moderación—. Hay algo que usted debería saber, señor Young. Aún no tenía intención de decírselo, pero... sea como fuere, la dirección se ha fijado en usted. Hemos discutido durante la última reunión, y resolvimos ofrecerle una vicepresidencia en la empresa.

El escritorio quedó mudo de sorpresa.

—Usted se ha comportado irreprochablemente durante quince años —dijo Kipp—. Su persona jamás fue asociada con ningún escándalo. Le felicito, señor Young.

El presidente se adelantó y extendió una mano. De debajo del escritorio emergió un brazo, estrechó la mano de Kipp y desapareció rápidamente.

No ocurrió nada más. Young se obstinaba en permanecer en su santuario. Kipp comprendió que, a menos que le sacara a rastras, no habría manera de ver a Kenneth Young de cuerpo entero, al menos por el momento. Se retiró con un gruñido exhortativo.

El desdichado Young se levantó, gesticulando para distender sus músculos entumecidos. Se había metido en un buen lío. ¿Cómo acompañaría a Devlin con aquella aureola? Y era vital entretenerle. De lo contrario, la vicepresidencia se esfumaría inmediatamente. Young sabía demasiado bien que los empleados de la Agencia de Publicidad Atlas pisaban caminos peligrosos.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por la brusca aparición de un ángel sobre la biblioteca. No era una biblioteca muy alta, y el visitante sobrenatural estaba tranquilamente sentado, meciendo las piernas y encogiendo las alas. Su indumentaria

de ángel consistía solamente en una exigua túnica de seda blanca, además de una aureola brillante que a Young le causó náuseas de sólo verla.

—Esto es el final —dijo, intentando contenerse—. Una aureola puede ser la causa de hipnotismo masivo. Pero si empiezo a ver ángeles...

—No temas —dijo el otro—. Soy real.

Young le miró con ojos desorbitados.

—¿Y cómo lo puedo saber? Es obvio que estoy hablando con el aire. Esto es esquizoalgo. Lárgate.

El ángel arqueó los dedos de los pies un poco turbado.

—No puedo, todavía no. Lo cierto es que he cometido un serio error; habrás notado que tienes una pequeña aureola, ¿verdad...?

Young soltó una risita amarga.

—Oh, sí. Claro que lo he notado.

Antes que el ángel pudiera replicar se abrió la puerta. Kipp se asomó, vio que Young estaba hablando, murmuró una excusa y salió.

El ángel se rascó los rizos dorados.

—Bien. Tu aureola estaba destinada a otra persona... Un lama tibetano, para ser exactos. Pero una serie de circunstancias me llevaron a creer que tú eras el candidato a santo. Así es que...

El visitante hizo un gesto de comprensión.

Young estaba desconcertado.

—Yo no...

—El lama... Bien, pecó. Ningún pecador puede llevar la aureola. Y, como digo, te la he dado a ti por error.

—¿Entonces puedes quitármela?

Una sombra de alivio alteró la expresión de Young. Pero el ángel alzó una mano benévola.

—No temas. He consultado con el ángel administrador. Has llevado una vida intachable. Como recompensa, se te permitirá conservar la aureola de santidad.

Young se levantó horrorizado, braceando débilmente, como si nadara.

—Pero... pero... pero...

—La paz y la bendición sean contigo —dijo el ángel, y desapareció.

Young se desplomó en la silla y se frotó la cabeza dolorida. Simultáneamente, Kipp abrió la puerta y se quedó en el umbral. Por fortuna, Young consiguió tapar la aureola con las manos.

—Ha llegado el señor Devlin —dijo el presidente—. Eh... ¿Quién era el de la librería?

Young estaba demasiado abrumado para inventar mentiras creíbles.

—Un ángel —musitó.

Kipp cabeceó satisfecho.

—Sí, claro... ¿Qué? Un ángel, dice usted... ¿Un ángel? ¡Oh, cielo santo!

El hombre palideció y se marchó precipitadamente.

Young miró su sombrero. El objeto estaba todavía encima del escritorio, algo encogido ante la mirada amenazante de su dueño. Ir por la vida con una aureola en la cabeza era tan insoportable como el tener que llevar este sombrero. Young dio un puñetazo airado encima de la mesa.

—¡No lo soportaré! Yo... Yo no tengo... —Se interrumpió de golpe, y le brillaron los ojos—. Seré... ¡Eso es! No tengo que soportarlo. «Ningún pecador puede llevar aureola...». ¡Seré un pecador, pues! Infringiré todos los Mandamientos...

La cara de Young se transformó en una máscara de maldad absoluta.

Reflexionó. En ese momento no podía recordar cuáles eran. «No desearás a la mujer de tu prójimo». Ése era uno.

Young recordó a la mujer de su vecino, su prójimo más cercano. Era una tal señora Clay, una dama gigantesca, con cincuenta primaveras y una cara que parecía un pastel disecado. Ése era un pecado que Young no tenía intención de cometer...

Pero tal vez un pecado contundente haría volver al ángel rápidamente en busca de la aureola. ¿Qué crímenes acarreaban los menores inconvenientes? Young arrugó el entrecejo.

No se le ocurrió nada. Decidió dar un paseo. Sin duda se le presentaría alguna oportunidad pecaminosa.

Se obligó a ponerse el sombrero. Acababa de llegar ante el ascensor cuando una voz ronca bramó a sus espaldas. Un hombre gordo corría a lo largo del vestíbulo.

Instintivamente, Young supo que era el señor Devlin.

El adjetivo «gordo» le quedaba corto a Devlin. El hombre sobresalía por todas partes. Los pies, estrangulados dentro de unos zapatos de color amarillo bilioso, sobresalían bajo los tobillos como flores a punto de brotar. Las piernas parecían cobrar un nuevo ímpetu en su ascenso hacia la cintura, para manifestarse allí de forma plena y abrumadora. La silueta de Devlin recordaba una piña enferma de elefantiasis. Una enorme masa de carne brotaba del cuello y formaba un bulto pálido y lánguido en el que Young distinguió algo vagamente parecido a una cara.

Así era Devlin. Trotaba a lo largo del vestíbulo con pasos de mamut, haciendo retumbar el suelo con estrépito.

—¡Usted es Young! —jadeó—. Casi no me encuentra, ¿eh? Estuve esperándole en la oficina. —Devlin se interrumpió al ver, fascinado, el sombrero. Luego, esforzándose por ser cortés, rió falsamente y desvió los ojos—. Bien, estoy listo y ansioso por entrar en acción.

Young se sintió dolorosamente empalado en las astas del dilema. Si no acompañaba a Devlin, perdería la vicepresidencia. Pero la aureola le pesaba como una plancha en la cabeza palpitante. Una necesidad implacable le acuciaba: tenía que librarse de esa cosa bendita.

Después confiaría en la suerte y la diplomacia. Evidentemente, salir ahora con su huésped sería un error, una locura. Sólo con el sombrero ya sería fatal.

—Lo siento —gruñó Young—. Tengo un compromiso importante. Vendré a buscarle en cuanto pueda.

Con una risa sibilante, Devlin le cogió el brazo con firmeza.

—De ninguna manera. ¡Me enseñará la ciudad! ¡Ahora mismo!

Un inconfundible olor a alcohol inundó la nariz de Young, quien pensó rápidamente.

—De acuerdo —dijo por fin—. Venga conmigo. Abajo hay un bar. Tomaremos un trago, ¿eh?

—Así se habla —dijo el jovial Devlin, casi lisiando a Young con una palmada amistosa en la espalda—. Aquí está el ascensor.

Entraron. Young cerró los ojos y empezó a sufrir mientras miradas curiosas examinaban el sombrero. Cayó en un estado comatoso del que sólo se recuperó en la planta baja, cuando Devlin le arrastró fuera del ascensor en dirección al bar.

El plan de Young era éste: echaría un trago tras otro en el voluminoso gaznate de su compañero, y esperaría la oportunidad de escabullirse inadvertidamente. Era un plan astuto, pero tenía un fallo: Devlin se negaba a beber solo.

—Uno para usted y uno para mí —decía—. Es lo justo. Tómese otro.

Young no pudo negarse dadas las circunstancias. Lo peor de todo era que el alcohol parecía filtrarse por cada célula del descomunal cuerpo de Devlin, manteniéndole en el mismo estado de felicidad radiante que cuando estaba sobrio. En cambio, el pobre Young, para decirlo de una manera suave, estaba ligeramente borracho.

Sentado en silencio, miraba con ira a Devlin. Cada vez que se acercaba el camarero, Young veía como sus ojos no se apartaban del sombrero. Y en cada ronda la situación empeoraba un poco más.

Además, Young estaba preocupado por la aureola. Imaginaba pecados: incendio, robo, sabotaje, asesinato, desfilaron por su mente aturdida. Una vez intentó robarle el cambio al camarero, pero el hombre estaba demasiado atento. Rió agradablemente y puso un vaso lleno delante de Young, quien lo miró con odio.

De pronto tomó una decisión. Se levantó y se dirigió dando tumbos hacia la puerta. Devlin le alcanzó en la acera.

—¿Qué pasa? Tomemos otro...

—Tengo trabajo que hacer —dijo Young, hablando con dificultad.

Le arrebató el bastón a un transeúnte y gesticuló amenazadoramente hasta que la víctima dejó de protestar y echó a correr. Con el bastón en la mano, pensaba sombríamente.

—Pero ¿para qué trabajar? —preguntó Devlin—. Enséñeme la ciudad.

—Tengo asuntos importantes que atender.

Young examinó a un niño que se había detenido junto a la acera, y le devolvía la mirada con interés. Se parecía bastante a la criatura impertinente del autobús.

—¿Importantes? —preguntó Devlin—. Asuntos importantes, ¿eh? ¿Cómo cuál?

—Como pegar niños —dijo Young.

Se abalanzó sobre el sorprendido niño blandiendo el bastón; el chico soltó un alarido y huyó. Young le persiguió unos metros y luego se topó con una farola. La farola, descortés y tiránica, le cerró el paso. Young protestó y rezongó, pero fue inútil.

El niño había desaparecido hacía rato. Después de dedicarle un buen sermón a la antipática farola, Young se volvió.

—En nombre del cielo, ¿qué pretende hacer? —preguntó Devlin—. Ese policía nos está mirando. Vamos.

Tomó del brazo a Young y le condujo por la acera atestada.

—¿Que qué pretendo hacer? —se burló Young—. Es obvio, ¿no? Quiero pecar.

—Eh... ¿Pecar?

—Pecar.

—¿Por qué?

Young se tocó el sombrero significativamente, pero Devlin interpretó el gesto de manera totalmente errónea.

—¿Está chiflado?

—¡Oh, cálese! —gritó Young en un arrebato de furia.

Metió el bastón entre las piernas de un director de banco que pasaba y al que conocía de vista. El pobre hombre cayó pesadamente en el suelo, pero se levantó herido solamente en su dignidad.

—¿Qué demonios hace? —gritó.

Young había empezado a gesticular de manera extraña. Había corrido hasta un escaparate y estaba haciendo cosas increíbles con su sombrero; parecía que intentaba levantarlo para mirarse la cabeza, e intentaba esconderse de las miradas indiscretas. Al final maldijo en voz alta, se volvió, clavó una mirada de desprecio en el director de banco y echó a correr arrastrando al asombrado Devlin como un globo cautivo.

Young no cesaba de murmurar entre dientes:

—Tengo que pecar... Pecar de veras. Algo grande. Incendiar un orfanato. Matar a mi suegra. ¡Matar a cualquiera! —Se volvió hacia Devlin, que se encogió aterrado. Pero finalmente Young soltó un gruñido de insatisfacción—. No, demasiada grasa. No servirían una pistola ni un cuchillo. Tengo que destruir... ¡Mire! —dijo aferrando el brazo de Devlin—. Robar es un pecado, ¿no?

—Claro que sí —convino diplomáticamente Devlin—. Pero usted no irá...

—No —dijo Young, meneando la cabeza—. Aquí hay demasiada gente. No sirve de nada ir a la cárcel.

Siguió caminando. Devlin le siguió. Y Young cumplió su promesa de mostrarle la ciudad, aunque después ninguno de los dos pudiera recordar qué había sucedido exactamente. Devlin entró en una bodega para aprovisionarse, y salió con todo de botellas que asomaban por los bolsillos de su traje.

Transcurrieron las horas en medio de una bruma de alcohol. Para el desgraciado Devlin, la vida se escurrió en un ambiente irreal. No tardó en caer en un estado

semiinconsciente y percibió vagamente los acontecimientos que se desarrollaron a lo largo de la tarde y al anochecer. Por fin, se despejó lo suficiente para darse cuenta que estaba junto con Young frente a un indio de madera. La vieja reliquia del pasado parecía mirar con sus turbios ojos el puñado de cigarros de madera que sostenía en su mano.

Young ya no llevaba el sombrero. Y Devlin, de pronto, notó algo francamente peculiar en su compañero.

—Tiene aureola —dijo en voz baja.

Young se sobresaltó ligeramente.

—Sí —respondió—. Tengo aureola. Este indio...

Devlin observó la imagen, disgustado. Para su cerebro algo aturdido el indio de madera era aún más espantoso que la asombrosa aureola. Tiritó y apartó la mirada de los ojos del indio.

—Robar es pecado —jadeó Young.

Con un grito exultante, se agachó para levantar al indio. El peso le hizo caerse inmediatamente, y mientras intentaba librarse de la carga recitó un rosario de insultos y juramentos.

—Pesa mucho —dijo cuando por fin se levantó—. Ayúdeme.

Hacía rato que Devlin había renunciado a entender los actos de este demente. Young estaba firmemente dispuesto a pecar, y el hecho que llevara una aureola era algo inquietante, incluso para el borracho de Devlin. A fin de cuentas, los dos hombres siguieron caminando calle abajo cargando con el peso de un indio de madera.

El propietario de la tienda salió a la calle. Loco de alegría vio cómo se llevaban la estatua mientras se frotaba las manos.

—Hace diez años que quiero librarme de esa cosa —susurró feliz—. Y ahora... ¡Ajá!

Entró en la tienda y encendió un cigarro para celebrar su buena suerte.

Calle abajo, Young y Devlin encontraron una parada de taxis. Había un taxi; dentro, el chófer fumaba un cigarrillo y escuchaba la radio. Young le llamó.

—¿Taxi, señor?

El chófer despertó a la vida, brincó fuera del coche y abrió la puerta de un manotazo. Quedó paralizado y los ojos empezaron a moverse frenéticamente.

Nunca había creído en fantasmas. En realidad era un personaje bastante escéptico. Pero ante ese vampiro bulboso y ese ángel decadente que cargaban el cadáver de un indio, tuvo de golpe la terrible revelación de que más allá de la vida hay un abismo negro donde viven los horrores más inimaginables. Con un gemido, el aterrado taxista se metió en el coche de un salto, arrancó y desapareció como el humo ante la tormenta.

Young y Devlin se miraron consternados.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Devlin.

—Bueno —dijo Young—. No vivo lejos de aquí. A unas diez calles. ¡En marcha!

Era muy tarde y había pocos peatones en la calle. Estos pocos, para preservar su equilibrio mental, procuraban ignorar a los dos hombres y se desviaban por otras calles. De esta manera Young, Devlin y el indio llegaron a su destino.

La puerta de la casa de Young estaba cerrada con llave, y él no podía encontrar la suya. No quería despertar a Jill. Pero, por alguna extraña razón, le parecía vital ocultar al indio de madera. El sótano era el lugar más indicado. Arrastró a sus dos compañeros hasta una ventana que daba abajo, la rompió lo más silenciosamente que pudo, y deslizó la estatua por el agujero.

—¿De veras vive aquí? —preguntó Devlin, quien tenía sus dudas.

—¡Chist! —advirtió Young—. ¡Venga!

Siguió al indio de madera. Y aterrizó estruendosamente en una pila de carbón. Devlin siguió detrás, entre bufidos y gruñidos. No estaba oscuro. La aureola iluminaba tanto como una bombilla de veinticinco vatios.

Young dejó a Devlin masajeándose las magulladuras y se puso a buscar al indio de madera. Había desaparecido inexplicablemente. Pero al fin lo encontró, tendido bajo una bañera, lo arrastró y lo instaló en un rincón. Luego retrocedió para mirarlo, contoneándose un poco.

—Eso sí es un pecado —rió—. El robo. Lo que importa no es la cantidad. Es una cuestión de principios. Un indio de madera es tan importante como un millón de dólares, ¿eh, Devlin?

—Me gustaría hacer trizas a ese indio —dijo fervorosamente Devlin—. Me lo hizo cargar durante cinco kilómetros —se interrumpió para escuchar mejor—. Dios, ¿qué es eso?

Un pequeño tumulto se acercaba. *Roña*, que a menudo había sido instruido sobre sus deberes de perro guardián, ahora tenía su oportunidad. Había ruidos en el sótano. Rateros, sin duda. El impulsivo terrier se lanzó escalera abajo en una vorágine de terribles amenazas y juramentos. Ladrande como un perro rabioso su intención de destrozar a los intrusos, se arrojó sobre Young, quien se apresuró a gemir algo que pudiera calmar la furia desatada del perro.

Pero *Roña* tenía otras ideas. Giraba como un derviche, sediento de sangre. Young se tambaleó, trató de aferrarse al aire y cayó al suelo. Quedó de bruces, y *Roña*, al ver la aureola, se le tiró encima y pisoteó la cabeza de su amo.

El desdichado Young sintió que los fantasmas de generosas raciones de alcohol se elevaban para enfrentarse a él. Quiso golpear al perro pero se equivocó y, en cambio, se aferró a los pies del indio de madera. La figura empezó a moverse peligrosamente. *Roña* la miró con miedo y huyó por encima del cuerpo de su amo, pero se detuvo a mitad de camino al recordar sus obligaciones. Ladró algo parecido a un insulto y mordió la parte de Young que tenía más cerca, luchando para arrancarle los pantalones.

Mientras, Young seguía de bruces, asiendo los pies del indio de madera con

desesperación.

Un trueno estalló y una luz blanca inundó el sótano. Apareció el ángel.

A Devlin se le aflojaron las piernas. Cayó sentado, cerró los ojos y se puso a charlar tranquilamente consigo mismo. *Roña* insultó al intruso, trató inútilmente de morder una de las alas y retrocedió arrepentido, gruñendo de disgusto. El ala tenía una desagradable falta de solidez.

El ángel se detuvo ante Young. Sus ojos dorados centelleaban y una bondadosa expresión de placer moldeaba sus nobles facciones.

—Esto —dijo tranquilamente— será considerado como tu primera buena acción desde que recibiste la aureola —un ala rozó la cara oscura y ceñuda del indio. De repente, el indio desapareció—. Has aligerado el corazón de un prójimo. No es mucho... sin duda, pero es algo. Y a costa de muchísimos afanes de tu parte.

»Has estado luchando un día entero con este tipo para redimirlo, pero no has sido recompensado por ello.

»Sigue adelante, K. Young, porque tu recompensa y protección contra todos los pecados es esta aureola.

El joven ángel desapareció sin hacer ningún ruido, algo que Young agradeció, ya que empezaba a dolerle la cabeza, y había temido una retirada estruendosa.

Roña ladró y volvió a empezar sus ataques contra la aureola. Young, muy a pesar suyo, permaneció en pie. Aunque las paredes y tuberías giraban a su alrededor como una noria, al menos *Roña* no podía bailar encima de su cabeza.

Despertó más tarde, sobrio y lamentando este hecho. Yacía entre sábanas blancas, observando cómo el sol de la mañana entraba por la ventana. Todas las sensaciones se astillaban en pequeños fragmentos en su cerebro. Su estómago intentaba abrirse paso espasmódicamente hacia la garganta inflamada.

Al despertarse comprendió tres cosas: seguía sin la recompensa de perder la aureola; ésta todavía estaba encima de su cabeza; y ahora entendía las palabras de despedida del ángel.

Gruñó furioso. El dolor de cabeza pasaría, pero la aureola, no. Sólo el pecado le haría indigno de ella, pero esta brillante protección le distinguía de otros hombres. Todos sus actos tenían que ser buenos; sus obras, una ayuda para los hombres. ¡No podía pecar!

Respirador de éter

Theodore Sturgeon (1918-1984)^[15]

Astounding Science Fiction, septiembre

Hasta principios de los setenta, Theodore Sturgeon (Edward H. Waldo) fue el escritor más intensamente reeditado en todo el universo de la ciencia ficción. Era un honor sobradamente merecido, pues había producido una secuencia tan larga como remarcable de relatos hábilmente escritos y con personajes memorables. Trabajó los géneros de la ciencia ficción y la fantasía, alcanzando un nivel excelente en ambos, e influyó sobre toda una generación de escritores, Ray Bradbury incluido.

Aquí está su primer relato publicado, en el que ya se muestra todo el talento que desarrollaría y fortalecería en años posteriores.

(¡Santo cielo! Conozco a Ted Sturgeon desde hace cuarenta años y nunca supe hasta ahora que ése no era su verdadero nombre. ¿Estás seguro, Marty? De todas formas, un editor me preguntó en una ocasión: «Si tuvieras que publicar una recopilación de relatos de Theodore Sturgeon, ¿qué título le pondrías?». Lo pensé durante un rato y dije: «¡Caviar!». El editor le dijo triunfalmente a alguien que estaba también en la oficina: «¡¡¡Ves!!!», y ése fue justamente el título de la recopilación^[16]. I. A.)

Sí, Isaac, estoy seguro. Se cambió el nombre legalmente por Sturgeon cuando su madre volvió a casarse.

Era «La Concha». Tenía que haber sido «La Concha». La escribí primero como relato corto y la rechazaron. Luego la convertí en novela corta, y después en una novela. Luego en un ultracorto. A continuación en un episodio de tres líneas. Y seguía sin venderlo. Reescribir «La Concha» se convirtió en una especie de fetiche. Tras una temporada, los editores se acostumbraron tanto a ella que la rechazaban nada más verla. Yo tenía suficientes cartas de rechazo como para empapelar todas las habitaciones de mi casa. Así que cuando la vendí... bueno, fue casi como la muerte de un amigo. No me gustó perderla.

Entonces era una obra de teatro, pero no había cambiado mucho. Seguía siendo la misma historia blanda sobre una pareja de niños que crecen y se encuentran sólo tres veces a medida que pasan los años, y una pequeña concha que pasa de mano en mano cada vez que se encuentran. La trama, si es que la tenía, no importa mucho. Los diálogos eran... bueno, blandos. Ingenuos. Nada sofisticados. Muy agradables, y prácticamente imposibles de vender. Pero llamó la atención a un joven redactor de la Associated Television Inc., que estaba buscando algo de esa especie, que pudiera ser catalogado como «artístico»; algo que no requiriera mucho esfuerzo mental por parte de la audiencia, para que pudiera relajarse y apreciar la nueva técnica polícroma de la retransmisión. Ya saben: blando.

Mientras me recostaba en mi viejo sillón-reliquia aquella noche y contemplaba la versión de mi hijo retrasado, tuve que admirar la forma en que la habían adaptado. Aquella «Concha», en la pantalla, era casi buena. Era muy adecuada para la ocasión. Era un programa patrocinado por una casa de perfumes y se trataba de conseguir que la nueva transmisión en color fuera un medio publicitario. Me gustaron los dos primeros actos. Fue en el intermedio, al cabo de la media hora, cuando recibí la primera patada en la espinilla. Era una pausa de dos minutos para emitir el anuncio.

Una pareja alta y elegante estaba sentada en unas escalinatas de mármol, en un decorado salón de un teatro. Y ella le dice a él:

—¿Qué le parece la obra, señor Robinson?

Y él le dice a ella:

—Apesta.

Exactamente así. Como cualquier otro espectador, estoy acostumbrado a no prestar ninguna atención a los anuncios. Pero ése me hizo saltar de la silla. Después de todo, era mi obra, aunque fuera «La Concha». No podían hacerme eso.

Pero la muchachita sonriente que aparecía en la pantalla del televisor parecía no tenerlo muy en cuenta. Dijo suavemente:

—Eso me parece a mí también.

Él la miró melosamente a los ojos.

—¿Qué perfume usa, querida? —preguntó.

—*Doux Rêves*, de Berbelot... ¿Qué le parece?

—Ya ha oído lo que opino de la obra.

No esperé a que terminara el anuncio, la identificación de la emisora y el acto

tercero. Corrí al vidrófono y marqué el número de la Associated. Estaba echando chispas.

—¡Ponme con Griff! ¡Rápido! —ordené, cuando la secretaria de rostro petulante apareció en mi pantalla.

—El señor Griff está comunicando, señor Hamilton —canturreó—. ¿Quiere esperar o le vuelvo a llamar?

—Nada de eso, Dorothe —rugí. Dorothe y yo habíamos ido juntos al instituto; en realidad, fui yo quien le consiguió el trabajo con Griff, que era el jefe de los guionistas de la Associated—. No me importa con quién esté hablando Griff. Córtalo y ponme en comunicación con él. No puede hacerme esto. Le demandaré, eso es lo que voy a hacer. Arruinaré a la compañía. Les...

—Tranquilízate, Ted —dijo ella—. ¿Qué es lo que le pasa hoy a todo el mundo? Por si lo quieres saber, el hombre que está hablando ahora con Griff es el mismísimo Berbelot. Parece que también quiere demandar a la Associated. ¿Qué es lo que pasa?

Pero yo estaba ya prácticamente diciendo incoherencias.

—Berbelot, ¿eh? Le demandaré también. ¡Maldita rata! Sucio y rastrero... Pero ¿de qué te ríes?

—¡Quiere demandarte a ti! —rió ella—. Y apuesto a que Griff también lo hará, con tal de que Berbelot se calle. ¡Esto puede acabar siendo realmente gracioso!

Antes de que me diera tiempo a asimilar lo que decía, me puso con Griff.

Griff se estaba secando la frente con un pañuelo.

—¿Bien? —preguntó con voz preocupada.

—¿Qué es lo que eres, un chistoso? —estallé—. ¿Qué clase de gracias has introducido en el anuncio de mi obra? Además, ¿de quién fue la idea? ¿De Berbelot? ¿Qué demonios...?

—Tranquilo, Hamilton, no te excites de esta forma —dijo Griff suavemente. Pude ver que le temblaban las manos; evidentemente el viejo Berbelot se había puesto duro—. No ha sucedido nada extraño. Tienes que estar equivocado. Te lo aseguro.

—Sociófago pomposo —rugí, desperdiciando con él una magnífica palabra de dos dólares—, no me llames mentiroso. He estado viendo el programa y sé bien lo que he oído. Voy a demandarte. Y a Berbelot. Y si intentas pasarles la pelota a los actores del anuncio, también les demandaré. Y si vuelves a decir que estoy equivocado, voy a ir para allá y te romperé los dientes. Luego te demandaré en persona, a ti y a la Associated.

Colgué y regresé al televisor, echando humo. El programa continuaba como si no hubiera pasado nada. Mientras me enfriaba —y me enfrió despacio— empecé a darme cuenta de que la segunda mitad de «La Concha» era aún mejor que la primera. Ya saben, la perdición del escritor es enamorarse de su propia obra; pero, qué demonios, a veces uno se encuentra con una obra que es realmente buena. Uno intenta ser crítico y no puede. La secuencia de «La Concha» en Punta Delgada era así:

La chica estaba en un crucero y el chico en una fragata. Se encuentran en las Islas Azores. Muy enternecedor. La última vez que se vieron todavía eran unos adolescentes, pero mientras tanto han tenido sus sueños. ¿Captan la idea? Muy blando. Y lo hicieron muy bien. Las tomas de Punta Delgada y el escenario de las Azores eran magníficas. Llegó el momento, después de cuatro minutos de diálogo intrascendente, en que él la mira, la luz del amor maduro y verdadero resplandeciendo en su joven cara.

—Bueno... —decía ella tímidamente.

Ahora bien, su diálogo, tal como estaba escrito (y yo debo de saber cómo era, ¿no?), decía:

—Rosalind... eres tú, ¿verdad? Oh, tengo miedo. —La cogía por los hombros... —. Tengo miedo de que todo esto no sea real. He visto a gente que se te parece tantas veces, sin que lo fuera... Rosalind, Rosalind, ángel de la guarda, razón de mi vida, amada... amada...

Abrazo.

Bueno, como digo, así estaba escrito, incluyendo el abrazo. Pero entonces vino la sorpresa. Él separó sus labios de los de ella, enterró su cara en su cuello y dijo claramente:

—Odio tus ----- tripas.

Y esa «-----» era el adjetivo obsceno mejor pronunciado que he oído en mi vida.

No puedo explicar con exactitud lo que sucedió a continuación. Supongo que me puse hecho una fiera. Esparcí los restos de un televisor de doscientos veinte dólares por las tres habitaciones de mi apartamento. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en un vehículo de presión, dirigiéndome al rascacielos de trescientos pisos que albergaba a la Associated Televisión. Nunca antes había notado que uno de esos vehículos de presión, impulsados con aire comprimido por tubos situados bajo la ciudad, se moviera tan lentamente, pero puede que haya sido mi imaginación. Si de mí dependiera, iba a ver un guionista jefe muerto allá arriba.

A quien me encontré en el piso veintinueve era nada más y nada menos que el viejo Berbelot en persona. El rey del perfume tenía los ojos inyectados en sangre. A través de la neblina de furia que me rodeaba, empecé a darme cuenta de que las cosas se iban a poner muy duras para Griff. Y estaba dispuesto a echar una mano en lo que pudiera.

Berbelot me vio en el mismo instante, y pareció leer mis pensamientos.

—Vamos —dijo brevemente, y cruzamos juntos la caterva de secretarias y ayudantes e irrumpimos en el despacho de Griff.

Griff se puso en pie y trató de aparentar dignidad, pero con poco éxito. Me incliné sobre la mesa de cristal y le agarré por las solapas de su chaqueta hasta que empezó a boquear.

Berbelot parecía estar disfrutando.

—No le mate, Hamilton —dijo después de un rato—. Quiero hacerlo yo.

Le solté. Se derrumbó en el suelo, jadeando. Parecía un niño asustado. Era gracioso.

Le dejamos recuperar el aliento. Se puso en pie, se sentó ante la mesa y alargó la mano hacia toda una serie de interruptores. Berbelot agarró un abrecartas de metal y apuntó maliciosamente a la mano, que se retiró.

—¿Puedo preguntar por el motivo de esta agresión no provocada? —preguntó Griff pesadamente.

Berbelot me guiñó un ojo.

—¿Puede?

—Puede explicarnos de qué va toda esta historia —dije yo.

Griff se aclaró dolorosamente la garganta.

—Ya les dije a ambos por teléfono... hum... caballeros, que en lo que a mí respecta, no ha habido nada anómalo en nuestra interpretación de su obra, señor Hamilton, ni en la publicidad de la emisión, señor Berbelot. Después de sus protestas, yo mismo fui a ver la segunda parte de la emisión. No pasó nada raro. Y como es la primera emisión comercial en color, ha sido grabada. Si no están satisfechos con lo que digo, les invito a que vean la grabación ahora mismo.

¿Qué más podíamos pedir? Los dos pensamos que Griff estaba diciendo la verdad y que creía que estábamos locos. Yo mismo empecé a pensarlo.

—Griff —dijo Berbelot—, ¿ha oído usted el diálogo final, cuando los dos protagonistas estaban en la playa?

Griff asintió.

—Recuérdelo —continuó Berbelot—. ¿Qué le dijo el chico a la chica cuando acercó la cara a su pelo?

—«Te quiero» —dijo conscientemente Griff, y se ruborizó—. Lo dijo dos veces.

Berbelot y yo nos miramos.

—Vamos a ver esa grabación —dije yo.

Bien, así lo hicimos, en la lujosa sala particular de proyección de Griff. Espero no tener que volver a vivir otra hora como aquélla. Si no fuera por el hecho de que Berbelot estaba viendo lo mismo que yo y se sentía igual, habría ido a un psiquiatra. Porque el programa que emitía el proyector de Griff era completamente inocuo. Mi guion estaba tal cual; el anuncio de Berbelot era correcto. Aquel anuncio que lo había empezado todo, cuando el hombre y la mujer esperaban en el vestíbulo del teatro, tenía el siguiente diálogo:

—¿Qué le parece la obra, señor Robinson?

—Encantadora... y eso va también por usted. ¿Qué perfume usa?

—*Doux Rêves*, de Berbelot. ¿Qué le parece?

—Ya ha oído lo que opino de la obra.

Bien, ahí lo tienen. En la grabación, el guion de la secuencia de las Azores era tal como decía Griff. Me quedé de piedra.

—Creo que puedo hablar en nombre del señor Hamilton cuando digo que, si ésta

es una grabación real, le debemos una disculpa —le dijo Berbelot a Griff cuando terminó—. También le quiero decir que no aceptaremos su evidencia hasta que la haya confrontado con la mía. Grabé el programa, como grabo todos mis anuncios. Le veremos mañana y traeremos una copia del sonido. ¿Nos vamos, señor Hamilton?

Asentí y nos marchamos, dejando a Griff mordiéndose los labios.

Me gustaría resumir brevemente la pesadilla de aquella noche. Berbelot recogió en el camino a un cámara experto y revelamos la película una hora después de llegar a la fantástica «Casa construida por el Perfume». Si yo estaba loco, también lo estaba Berbelot. Y si él lo estaba, también lo estaba el cámara. El maldito programa apareció en la pantalla de Berbelot exactamente como yo lo vi en mi aparato y él lo había visto en el suyo. Si hay alguien a quien haya maldecido de lejos, ése fue Griff aquella noche. Supusimos, naturalmente, que nos había proyectado una falsificación para que no pudiéramos demandarlo. Haría lo mismo ante un tribunal. Se lo dije a Berbelot y él sacudió la cabeza.

—No, Hamilton, no podemos llevarle a un tribunal. La Associated me concedió esa emisión, la primera en color, con la condición de que descartaría cualquier responsabilidad por «una emisión incompleta, inadecuada o insatisfactoria del programa». No se fiaban mucho del nuevo aparato, ya ve.

—Bien, entonces yo les demandaré por los dos.

—¿Le compraron todos los derechos?

—Sí... ¡maldición! ¡También me tienen atrapado! Tienen derecho legal a hacer lo que quieran.

Tiré el cigarrillo a la chimenea eléctrica y me dirigí al gran televisor de Berbelot y conecté la emisora XZB de la Associated.

No sucedió nada.

—¡Eh! ¡Su televisor está estropeado! —dije.

Berbelot se levantó y empezó a manejar el dial. Yo estaba equivocado. Al aparato no le pasaba nada. Sus cuatro estaciones habían perdido la señal. Nos miramos mutuamente.

—Sintonice la XZW —dijo Berbelot—. Es una afiliada encubierta de la Associated. Tal vez podamos...

La XZW apareció cuando hice girar el dial. Era un programa de baile. De repente, apareció un locutor en la pantalla.

—Un boletín del Servicio de Noticias Iconoscópicas —dijo en tono coloquial—. La FCC ha clausurado la Associated Televisión y sus estaciones. No se han explicado las razones, pero parece que tiene que ver con el vocabulario un poco fuerte utilizado en el estreno mundial de la nueva transmisión en color de la Associated. Eso es todo.

—Me lo esperaba —sonrió Berbelot—. Me pregunto cómo va a explicarse Griff ahora. Si intenta usar la grabación que tiene, gustosamente entregaré la mía al

gobierno y podremos demandarle por perjurio.

—Parece que la Associated lo tiene difícil, ¿eh?

—No demasiado. Ya conoce esas grandes corporaciones. La Associated consigue millones de sus cuatro cadenas, pero esos millones son sólo una gota en un vaso de agua comparado con los otros pasteles donde tiene metidos los dedos. Esa técnica del color, por ejemplo. Ahora que no pueden utilizarlo durante una temporada, ¿cuántos otros grupos perderán la oportunidad de pujar por el método y el equipo? Perderán algunos contratos de publicidad, y ahorrarán dinero al no emitir. Ni siquiera lo sentirán. Apuesto a que veremos transmisiones en color dentro de cuarenta y ocho horas en cualquier cadena rival.

Tenía razón. Dos días después, Cinerradio programó una emisión en color y se armó el taco. Lo que hicieron con el espacio de Berbelot y mi «Concha» fue realmente moderado.

El programa estaba patrocinado por una de las industrias antigraedad; he olvidado cuál era. Habían contratado a Raouls Stavisk, el compositor, para que tocara una de las antiguas óperas francesas que había rescatado. Era una obra llamada «Carmen», y había sido olvidada durante prácticamente dos siglos. La noticia había creado una conmoción entre los amantes de la música, aunque a mí personalmente no me llamó la atención. Era demasiado primitiva. Demasiado difícil de escuchar cuando uno se ha acostumbrado a oír cinco compases toda la vida. Y los antiguos no habían oído hablar del cuarto de tono.

De todas formas, fue un suceso importante. Lo transmitieron en directo desde el gran Auditorium Ciudadano, que tenía algo más de media entrada, unas ciento treinta mil personas. Prácticamente todos los aficionados a la música de esa parte de la ciudad. Sí, ciento treinta mil pares de ojos vieron el espectáculo allí mismo, e incontables millones lo vieron en sus pantallas. Recuerden eso.

Por lo que he oído, los que lo vieron en el Auditorium salieron satisfechos de haber gastado su dinero en eso. Vieron la ópera entera; la vieron desarrollarse según estaba previsto. La soprano, María Jeff, tenía una voz perfecta, y la orquesta de Stavisk interpretó perfectamente los antiguos compases. ¿Y entonces, qué?

Pues que los que lo presenciaron en casa vieron la primera mitad del programa a medida que se retransmitía... naturalmente. Pero —y apunten el dato—, vieron que María Jeff, en primer plano, en mitad de un aria, echaba hacia atrás la cabeza, dejaba de cantar y decía desdeñosamente:

—¡Al infierno con esto! ¡Dadle marcha, tíos!

Oyeron a la orquesta interrumpir aquella vieja música de dos por cuatro («Habanera», creo que la llamaban), y ponerse a tocar una vieja balada picante sobre «Alice la alcohólica», la chica que no creía en la eugenesia. Vieron a María Jeff dar unos cuantos pasos por el escenario y quitarse la ropa... no es que la acuse de nada por eso; se supone que era muy suya, y tal vez hacía calor. Pero hubo algo raro en la forma en que lo hizo.

Nunca había visto nada parecido. Al principio, pensé que era parte de la ópera, porque, por lo que aprendí en la escuela, sé que los antiguos solían hacer cosas así. No estoy seguro. Pero supe que no se trataba de ópera cuando el viejo Stavisk saltó al escenario y empezó a bailar con la «prima donna». Las cámaras se dirigieron al público, y allí estaban todos, bailando por los pasillos. Y quiero decir bailando. ¡Guau!

Bien, pueden imaginar los problemas que causó todo esto. Los de Cinerradio Inc. se quedaron de piedra cuando la FCC les obligó a clausurar las emisiones, igual que a la Associated. Igual de sorprendidos quedaron las ciento treinta mil personas que habían visto la ópera y habían pensado que era buena. Nadie había visto a Stavisk saltar al escenario. No tenía sentido.

Cinerradio, naturalmente, tenía una grabación. Y también la FCC. Cada una de las grabaciones apoyó a su grupo respectivo. La de Cinerradio, registrada por un magnetofón allí mismo, en el Auditorium, mostraba un programa musical. La de la FCC, grabada por orden gubernamental, registraba el jaleo que yo y millones de otras personas habíamos visto en el televisor. Era demasiado para mí. Me fui a ver a Berbelot. El viejo tenía mucho sentido común, y había visto el principio de esta historia de locos.

Pareció alegrarse cuando vio mi cara en el televisor de su casa.

—¡Hamilton! —exclamó—. ¡Venga! ¡He telefonado a cinco distritos enteros intentando localizarle!

Pulsó un botón en la puerta y el recibidor se cerró a mis espaldas. Fui llevado directamente a sus habitaciones. Su combinación de recibidor y ascensor es un artilugio curioso.

—Imagino que no tengo que preguntarle por qué ha venido —dijo mientras nos dábamos la mano—. Cinerradio se ha encontrado con un hueso duro de roer, ¿no?

—Sí y no —contesté—. Estoy empezando a pensar que Griff tenía razón cuando decía que, por lo que sabía, el programa era correcto. Pero si tenía razón, ¿de qué va todo esto? ¿Cómo puede un programa llegar a quien lo transmite en perfecto estado, y aparecer por todos los receptores de la nación como la idea que un bromista tiene de lo que es el paraíso?

—No lo sé —dijo Berbelot, y se frotó la barbilla pensativo—. Pero ha sucedido. Tres veces.

—¿Tres? ¿Cuándo...?

—Ahora mismo, antes de que llegara. El Secretario de Estado estaba haciendo un discurso en la XZM, de Consolidated Atomic, ya sabe. La ZXM consiguió el equipo en color de Cinerradio, en cuanto la FCC les obligó a cerrar. Bien, el honorable Secretario repitió lo de siempre durante doce minutos y medio. De repente se paró, sonrió a la cámara y dijo: «Oigan, ¿saben ustedes el chiste del granjero viajante y la hija del vendedor?».

—Yo lo sé —dije—. Dios santo, no me diga que lo contó.

—Exacto. Con todo lujo de detalles a través de las ondas. Llamé inmediatamente, pero no pude conseguir la conexión. Las líneas de la ZXM estaban saturadas. Una secretaria de aspecto muy preocupado conectó no sé cuántas líneas y dijo: «Si están ustedes llamando por el discurso del Secretario, no pasa nada raro. ¡Ahora despejen las líneas, por favor!».

—Bien —dije yo—, veamos lo que tenemos. Primero, la emisión sale de los estudios tal como está escrita y programada. ¿Aceptamos eso?

—Sí. Además, ya que ninguna emisión en blanco y negro ha sido afectada, tenemos que considerar que esta extraña conducta está limitada a la técnica en color.

—¿Y qué hay de las grabaciones de los estudios? Eran en color y no fueron alteradas.

Berbelot pulsó un botón y una mesa automática salió de su nicho y se detuvo ante nosotros. Nos servimos tabaco y bebida, y la mesa volvió a su sitio.

—La grabación de Cinerradio no era televisiva, Hamilton. Era un magnetófono. Y en cuanto a la Associated... ¡lo tengo! ¡La grabación de Griff fue transmitida a sus monitores de grabación por cable desde los estudios! ¡No salió al aire!

—Tiene usted razón. Entonces podemos suponer que los únicos programas afectados son aquéllos en color que se transmiten al exterior de la emisora. Bien, ¿pero adónde nos lleva eso?

—A ningún sitio —admitió Berbelot—. Pero tal vez podamos averiguarlo. Venga conmigo.

Entramos en un ascensor y bajamos tres pisos.

—No sé si ha oído que soy un entusiasta de la televisión —dijo mi anfitrión—. Aquí está mi laboratorio. Me precio de que no existe uno más completo en el mundo.

No pude dudarlo. Nunca en mi vida había visto una cosa así. Era en parte museo y en parte taller. Tenía copias y reliquias auténticas de cada una de las fases de la televisión a través de los años, desde los antiguos aparatos de disco a los últimos receptores atómicos tridimensionales. En un rincón había una masa de aparatos extraordinariamente complicada que reconocí como un transmisor policromo.

—Un hermoso trabajo, ¿verdad? —dijo Berbelot—. Fue desarrollado aquí mismo por uno de los muchachos que ganó la beca Berbelot.

No lo sabía. Empecé a respetar de verdad a aquel hombre sorprendente.

—¿Cómo funciona? —le pregunté.

—Hamilton, tenemos trabajo que hacer. Me llevaría toda la noche contárselo. Pero la idea general es que las vibraciones enviadas por el transmisor están fuera de fase unas con otras. El receptor consigue sintonizarlas por ciertas fusiones de estas vibraciones fuera-de-fase cuando salen de este equipo. El efecto es una especie de vibración irregular..., una vibración en las propias ondas electromagnéticas, que da como resultado un nuevo tipo de onda que un receptor estándar puede captar.

—Ya veo —mentí—. Bien, ¿qué planea hacer?

—Voy a transmitir desde aquí a mi casa de campo, que está a unos mil doscientos

kilómetros al norte, lo que debe ser suficiente. Mis señales serán recibidas y automáticamente nos serán devueltas por cable. —Indicó un receptor que había cerca—. Si hay alguna diferencia entre lo que enviemos y lo que recibamos, tal vez podamos averiguar cuál es el problema.

—¿Y la FCC? —pregunté yo—. Supongamos..., suena gracioso, pero supongamos que recibimos el tipo de tacos que salieron al aire durante la emisión de mi «Concha».

Berbelot sonrió.

—Ya me he encargado de eso. La emisión será direccional. Ningún receptor podrá captarla, excepto el mío.

¡Qué tipo! Pensaba en todo.

—Muy bien —dije—. Adelante.

Berbelot conectó un par de interruptores principales y nos sentamos delante del receptor. Las luces destellaron, y a través de una hilera de botones que tenía en el brazo de su asiento, Berbelot manipuló la transmisión de forma que podíamos ver y ser vistos sin que tuviéramos que volver la cabeza. A una señal de Berbelot, me adelanté y conecté el receptor.

Berbelot miró su reloj.

—Si las cosas salen bien, pasarán entre diez y treinta minutos antes de que recibamos alguna interferencia.

Su voz sonaba un poco metálica. Me di cuenta de que provenía del receptor.

Las imágenes se aclararon en la pantalla a medida que el aparato empezó a calentarse. Vi que Berbelot y yo estábamos sentados uno al lado del otro, igual que si estuviéramos delante de un espejo, sólo que las imágenes no estaban invertidas. Me dediqué algunas burlas y mi imagen devolvió el cumplido.

—Tranquilo, chico —dijo Berbelot—. Si recibimos el mismo tipo de interferencia que las otras emisiones, su imagen hará algo raro.

Se echó a reír.

—Ciertamente, maldición —dijo el receptor.

Berbelot y yo nos miramos y luego nos volvimos a la pantalla. La cara de Berbelot era la misma, pero la mía tenía una sonrisa maligna. Berbelot comprobó su reloj tranquilamente.

—Ocho cuarenta y seis —dijo—. Menos tiempo en cada emisión. Si esto sigue así, muy pronto la interferencia empezará automáticamente con la emisión.

—No, a menos que empiece a emitir siguiendo un horario regular —dijo la imagen de Berbelot.

Aparentemente se había dissociado por completo de Berbelot. Me quedé de una pieza.

—¿Ve? —me susurró Berbelot—. Tarda un minuto en sincronizarse. Hasta que lo haga, es mi imagen.

—¿Qué significa todo esto? —jadeé.

—A mí que me registren —dijo el rey del perfume.

Nos sentamos y esperamos. Y lo mismo hicieron nuestras imágenes, Dios me ayude. ¡Nos estaban mirando!

Berbelot intentó una pregunta directa.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Quiénes parecemos? —dijo mi imagen, y los dos soltaron una ruidosa carcajada.

La imagen de Berbelot dio una palmada a la mía.

—Les tenemos hechos polvo, ¿eh, amigos? —rió.

—¡Déjense de tonterías! —dijo Berbelot bruscamente.

Sorprendentemente, las risas cesaron.

—Oh —dijo mi imagen quejumbrosamente—. No se enfaden. No tenemos mala intención. Divirtámonos. Yo me estoy divirtiendo.

—¡Vaya, son como niños! —dije yo.

—Creo que tiene usted razón —repuso Berbelot.

—Miren —habló a las imágenes, que se quedaron allí sentadas, a la expectativa, haciendo pucheros—. Antes de divertirnos, quiero que me digan quiénes son, y cómo aparecen en el receptor, y cómo embarullaron tres emisiones antes de ésta.

—¿Hemos hecho algo malo? —preguntó mi imagen inocentemente.

La otra soltó una risita.

—Son unos hijos de perra graciosos, ¿eh? —dijo Berbelot—. Bien, ¿van a contestar ustedes a mis preguntas, o interrumpo la emisión?

—¡Contestaremos! ¡Contestaremos! —gritaron a coro, frenéticamente—. ¡Por favor, no desconecte!

—¿Cómo demonios se le ocurrió eso? —le susurré a Berbelot.

—Un golpe a ciegas —contestó—. Evidentemente, les gusta aparecer así, y no pueden hacerlo por otro medio que no sea las ondas policromas.

—¿Qué quieren saber? —preguntó la imagen de Berbelot, con los labios temblorosos.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Nosotros? Somos... no lo sé. No tienen ustedes un nombre para nosotros, así que ¿cómo puedo decírselo?

—¿Dónde están?

—Oh, en todas partes. Por ahí.

Berbelot, impaciente, dirigió la mano hacia el interruptor.

—¡No! ¡No lo haga! —gimieron las imágenes—. ¡Esto es divertido!

—Con que divertido, ¿eh? —gruñí yo—. ¡Vamos, cuéntenos la historia o les desconectaremos!

—Por favor, créannos —suplicó mi imagen—. Es la verdad. Estamos en todas partes.

—¿Qué aspecto tienen? —pregunté—. ¡Muéstrense tal como son!

—No podemos —dijo la otra imagen—. Porque no tenemos ningún aspecto. Somos sólo... somos, eso es todo.

—No reflejamos la luz —añadió mi imagen.

Berbelot y yo intercambiamos una mirada de perplejidad.

—O bien se están burlando de nosotros, o nos hemos topado con algo completamente nuevo, de lo que nadie hasta ahora había oído hablar —dijo.

—Desde luego —dijo llena de orgullo la imagen de Berbelot—. Hace mucho que les conocemos..., tal como cuentan ustedes el tiempo.

—Sí —continuó el otro—. Sabemos de ustedes desde hace algo más de doscientos años. Habíamos sentido sus vibraciones mucho antes, pero no supimos quiénes eran hasta entonces.

—Doscientos años... —musitó Berbelot—. Eso fue en la época de los primeros televisores atómicos.

—¡Eso es! —dijo mi imagen—. Rozaron nuestras corrientes cerebrales y pudimos ver y oír. Sin embargo, no pudimos contactar con ustedes hasta hace poco, cuando nos enviaron esa tontería de la concha.

—Eh, cuidado con lo que dice —espeté furioso.

Berbelot se echó a reír.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó.

—Uno, y muchos. Somos finitos e infinitos. No tenemos forma ni tamaño tal como ustedes los entienden. Simplemente... somos.

Lo aceptamos sin hacer más comentarios. Fue un duro golpe.

—¿Cómo cambiaron los programas? ¿Cómo están cambiando éste? —preguntó Berbelot.

—Esas emisiones pasan directamente a través de nuestras corrientes cerebrales. Nuestros pensamientos las cambian mientras lo hacen. Antes era imposible. Éramos conscientes, pero no podíamos hacernos oír. Esta nueva onda nos lo permite. Sus convulsiones están en fase con nuestro ser.

—¿Por qué eligieron esa forma particular de intervenir? —pregunté yo—. Me refiero a todas esas bufonadas.

Por primera vez, una de las imágenes, la de Berbelot, pareció ruborizarse.

—Queríamos agradecer. Queríamos entrar en contacto con ustedes y hacerles reír. Sabíamos cómo. Doscientos años escuchando las emisiones simples, privadas y públicas, nos han enseñado su lenguaje y sus emociones y sus pautas de pensamiento. ¿De verdad que hemos hecho algo malo?

—Parece que nos hemos topado con un sentido del humor cósmico —me recalcó Berbelot, y se dirigió a su imagen—. Sí, en cierto modo lo han hecho. Han hecho que tres grandes compañías hayan tenido que clausurar sus emisiones. Han puesto en ridículo a un hombre llamado Griff y a un Secretario de Estado. Han hecho que mi amigo se enfade mucho. Eso no está nada bien, ¿no?

—No —dijo mi imagen. Y se ruborizó de veras—. No lo haremos más.

Estábamos equivocados. Lo sentimos.

—Oh, vale ya —dije yo. También me sentía confundido—. Todo el mundo comete errores.

—Eso está muy bien de su parte —dijo mi imagen en la pantalla del televisor—. Nos gustaría hacer algo por usted. Y por usted también, señor...

—Berbelot —dijo el aludido.

¡Imagínense, presentándose a un aparato de televisión!

—No pueden hacer nada por nosotros —dije yo—, excepto dejar de embarullar las emisiones en color.

—Entonces, de verdad quieren que lo dejemos. —Mi imagen se dirigió a la de Berbelot—. Hemos hecho mal. Hemos herido sus sentimientos y les hemos puesto furiosos.

Se volvió a nosotros.

—No les molestaremos más. ¡Adiós!

—¡Esperen un momento! —grité.

Pero era demasiado tarde. La pantalla mostraba las dos mismas figuras, pero habían perdido su vida peculiar. Éramos Berbelot y yo. Nada más.

—Mire lo que ha hecho —acusó Berbelot.

Empezó a dirigirse al transmisor.

—¡Llamando al interceptor de la onda policroma! ¿Puede oírme? ¿Puede oírme? Llamando...

Se interrumpió y me miró con disgusto.

—Idiota... —dijo suavemente, y tuve ganas de acurrucarme en un rincón y echarme a llorar.

Bien, eso es todo. Los juicios del FCC emitieron un veredicto de «persona o personas desconocidas» y las emisiones en color se convirtieron en una realidad universal. El mundo no ha conocido, hasta ahora, la historia real de aquel asunto. Berbelot se pasó los tres meses siguientes intentando contactar sin éxito con aquella inteligencia del éter. ¿Lo entienden ustedes? ¡Durante doscientos años esperó la oportunidad de entrar en contacto, y luego se molestó y se marchó!

Es culpa mía, desde luego. Pero admitirlo no sirve de nada. Ojalá pudiera hacer algo...

Peregrinación

Nelson Bond (1908-2006)^[17]

Amazing Stories, octubre

Conocido básicamente por los personajes de sus series (*Lancelot Biggs*, *Meg*, la sacerdotisa, *Pat Pending*), Nelson Bond era un profesional serio y competente que logró en ocasiones resultados brillantes. Lo mejor de su obra puede encontrarse —si se encuentra un ejemplar del libro— en *Ningún tiempo como el futuro* (1954)^[18].

«*Meg*, la sacerdotisa» fue una serie significativa consistente en sólo tres relatos que aparecieron entre 1939 y 1941 (todos en revistas diferentes). Fue una de las primeras series protagonizadas por un personaje femenino, y en este relato empezaron sus aventuras.

(Me encontré con Nelson Bond sólo en una ocasión, que yo sepa, y fue durante la primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, en 1939. Sin embargo, me hizo un gran favor algún tiempo después. Yo era incapaz de olvidar que era un aficionado y discutía con los lectores sobre mis relatos en las secciones de cartas al director de las revistas, hasta que Nelson me mandó una nota diciendo: «Ahora eres un escritor, Isaac. Deja que los lectores tengan sus opiniones». Y yo seguí su consejo. I. A.)

En el duodécimo verano la enfermedad cayó sobre Meg y ella sintió miedo. Al mismo tiempo, notaba un extraño sentimiento de exaltación, que no se parecía a nada que hubiera conocido antes. Ahora era una mujer. Y sabía, repentina y completamente, lo que se esperaba de ella a partir de este día. Lo sabía... y lo temía.

Se dirigió inmediatamente al *hoam* de la Madre. Así era la ley. Pero mientras recorría el camino, contemplaba, con ojos llenos de una nueva curiosidad, a los Hombres junto a los que pasaba, a sus cuerpos pálidos y piadosamente lampiños, a sus manos suaves e inútiles y sus débiles bocas. Uno que se apoyaba ante la puerta del *hoam* de 'Ana le devolvió la mirada descaradamente e hizo un pequeño gesto incitador. Meg se encogió de hombros y le dedicó una mueca burlona con los labios.

Hasta ayer mismo había sido una niña. Ahora, de repente, era una mujer. Y por primera vez veía a la gente tal como era en realidad.

Las guerreras del Clan. Observó con disgusto la tensa angulosidad de sus cuerpos, las piernas fornidas, las mandíbulas firmes, los ojos fríos, los brazos musculosos, llenos de cicatrices hasta el hombro, los pechos pequeños y aplastados contra las corazas de cuero. Eran guerreras, y nada más.

Esto no era lo que ella quería.

Vio también a las madres. Los labios carnosos, los pechos llenos para amamantar a los niños, las pieles suaves y blancas como las de los Hombres. Sus ojos eran húmedos, limpios y desprovistos de toda expresión. De anhelos demasiadas veces despertados, saciados con demasiada frecuencia. Cuando caminaban, sus cuerpos abultados se mecían de un lado a otro, como el grano que maduraba en una tierra fértil. Vivían solamente para que la tribu pudiera subsistir, para que pudiera continuar existiendo. Reproducían.

Esto no era lo que ella quería.

Y luego estaban las trabajadoras. Sus cuerpos conservaban un vestigio de la gracia y la nobleza de la feminidad, pero si sus cinturas eran delgadas, sus manos eran gruesas y toscas. Sus hombros estaban curvados por el peso del trabajo, toscos por el uso de la azuela y el arado. Sus caras eran ceñudas debido a la lucha continua con la tierra. Y la tierra, de la que se habían convertido en un apéndice, se había vuelto, a cambio, parte de ellas. La piel de las trabajadoras estaba llena de tierra y sus cuerpos apestaban con la suciedad y la mugre del sudor.

No, nada de esto era lo que quería. No iba a ser nada de esto, estaba decidida.

Tan grande era la concentración de Meg que entró en el *hoam* de la Madre sin anunciarse, como se requería. Así, descubrió a la Madre haciendo gran magia ante los dioses.

La Madre tenía un palo en la mano derecha. Con él, rascaba una superficie suave hecha de piel. De vez en cuando dejaba que el palo se empapara en un cuenco donde había un poco de medianoche. Cuando lo acercaba de nuevo a la superficie, dejaba una huella: una línea negra como el flujo de una araña.

Durante un largo instante Meg se quedó de pie y observó, maravillada. Entonces

el miedo se apoderó de ella y se echó a temblar. De repente pensó en las diosas. En la austera Jarg, su guía; en la delgada Ibrim y la taciturna Taamuz. En la distante Tedhi, cuya risa se repetía en las tormentas de verano. ¿Qué ira descargarían sobre quien espicara sus secretos?

Se cubrió los ojos y se arrodilló. Pero oyó pasos ante ella y sintió las manos de la Madre sobre sus hombros. Hubo un amable reproche en la voz de la Madre cuando habló.

—Hija mía, ¿no conoces la ley? ¿No sabes que todas deben gritar antes de entrar en el *hoam* de la Madre?

Los temores de Meg se disiparon. La Madre era buena. Era ella la que alimentaba y vestía al Clan; los calentaba en el oscuro invierno y encontraba carne para ellos cuando la comida era escasa. Si ella, que era la portavoz de las diosas en la tierra, no veía ningún mal en lo que Meg había curioseado sin intención...

Meg se atrevió a mirar de nuevo al palo mágico. Había una pregunta en sus ojos. La Madre la respondió.

—Es «escritura», Meg. Hablar sin palabras.

¿Hablar-sin-palabras? Meg se arrastró hasta la mesa y acercó una oreja curiosa a las marcas de la araña. Pero no oyó nada.

—No, no, hija mía —dijo la Madre tras ella—. No habla al oído, sino a los ojos. Escucha y yo haré que hable a través de mi boca.

Leyó en voz alta.

—Informe del mes de junio del año 3478. No ha habido cambios en el Clan de Jinnia. Aún somos sesenta y siete, con nueve Hombres, doce vacas y treinta caballos. Pero hay motivos para creer que 'Ana y Sahle aumentarán pronto nuestro número.

»La semana pasada Darthee, Lina y Alis atravesaron el territorio de Clina en busca de caza. Se encontraron con varios miembros del Clan Drum e intercambiaron regalos de sal y *bacca*. Se hicieron votos de amistad. En el viaje de regreso, Darthee fue atacada por uno de los Salvajes, pero sus compañeras la rescataron antes de que fuera demasiado tarde. El Salvaje fue destruido.

»Tenemos en nuestro pueblo una visitante de las Delwurs del este, que dice que en su territorio los Salvajes casi han desaparecido. Explica que la enfermedad ha diezmado a sus Hombres y suplica que le preste uno o dos durante unos meses. Estoy pensando en dejar que se lleve a Jak y Ralg, que son sementales probados...

La Madre se detuvo.

—Hasta aquí había llegado, hija mía, cuando entraste.

Los ojos de Meg estaban desorbitados de asombro. Era cierto que Darthee, Lina y Alis habían regresado hacía poco de un viaje a Clina. Y que ahora había una visitante en el campamento. Pero ¿cómo podía saber, decir estas cosas el habla-sin-palabras?

—Pero Madre, ¿no olvidará el habla-sin-palabras?

—No, Meg. Nosotras olvidamos. Los libros recuerdan siempre.

—¿Libros, Madre?

—Éstos son libros. —La Madre se dirigió a la parte de su *hoam* donde dormía y seleccionó uno de una montaña de rollos de piel de becerro—. Aquí están los archivos de nuestro Clan desde épocas pasadas, desde el tiempo de las Antiguas. No todos están aquí. Algunos se han perdido. Otros se estropearon con las inundaciones, o los destruyó el fuego.

»Pero es el deber de la Madre mantener estos archivos. Por eso la Madre tiene que conocer el arte de hacer el habla-sin-palabras. Es un trabajo duro, pequeña mía. Y una labor inacabable...

Los ojos de Meg brillaban. El problema que la había preocupado había desaparecido. En su lugar, se había establecido una idea. Un pensamiento tan grande, tan osado, que Meg tuvo que abrir dos veces la boca antes de que le salieran las palabras.

—¿Es..., es muy difícil convertirse en una... Madre? —preguntó sin aliento.

La Madre sonrió con amabilidad.

—Es una tarea muy importante, Meg. Pero no debes pensar en esas cosas. Aún no es tiempo de que decidas... —Se detuvo y miró a Meg de una manera extraña—. ¿O sí, hija mía?

Meg se ruborizó y bajó la mirada.

—Sí, Madre.

—Entonces no temas, hija mía. Conoces la ley. En este importante momento, eres tú quien tiene que decidir qué estación de la vida será tuya. ¿Cuál es tu deseo, Meg? ¿Serás una guerrera, una trabajadora o una madre criadora?

Meg miró atrevidamente a la guía del Clan.

—¡Quiero ser una Madre! —exclamó, y luego añadió suavemente—: Pero no una madre criadora. Quiero decir una Madre del Clan..., ¡como tú, oh, Madre!

La Madre se la quedó mirando. Entonces la sonrisa se le borró de la cara y dijo, pensativa:

—Tres veces antes se me ha hecho esa petición, Meg. Las tres veces la he rehusado. Fue Beth quien lo pidió primero, hace muchos años. Se convirtió en guerrera, y murió valientemente en el asedio de Loovil...

»Luego lo hizo Haizl. Y la última vez fue Hein. Cuando rehusé, se convirtió en el otro tipo de madre.

»Pero entonces yo era más joven. Ahora soy vieja. Y es justo que haya alguien que ocupe mi lugar cuando me vaya...

Miró a la muchacha intensamente.

—No es fácil, hija mía. Hay mucho trabajo por hacer. Trabajo no del cuerpo, sino de la mente. Hay que resolver muchos problemas, tomar muchos votos y emprender una dura peregrinación...

—¡Haré todo eso alegremente, Madre! —juró Meg—. Si me dejas... —Su voz se quebró de repente—. Pero no puedo convertirme en nada más. No seré una guerrera, dura y amargada. Ni una trabajadora llena de suciedad. Y las criadoras... ¡antes me

aparearía con uno de los Salvajes que con un Hombre! ¡Sólo pensar en sus manos blandas...!

Se encogió de hombros. Y la Madre del Clan asintió, comprendiendo.

—Muy bien, Meg. Mañana te trasladarás a este *hoam*. Vivirás conmigo y estudiarás para convertirte en la próxima Madre del Clan de Jinnia.

Así empezó el aprendizaje de Meg. La Madre no se equivocaba al decir que la tarea no era fácil. Meg lloró amargamente muchas veces mientras se esforzaba por aprender lo que tenía que saber una Madre. Estaba el habla-sin-palabras, que Meg aprendió a llamar «escritura». Parecía una magia simple cuando la hacía la Madre. Pero aquel fino palo, que se movía tan fluidamente bajo los viejos dedos de la Madre, resbalaba, se torcía y hacía feas manchas de medianoche en la piel cada vez que Meg intentaba hacer marcas de araña.

Meg aprendió que aquellas líneas ondulantes tenían significados. Cada línea estaba compuesta por «frases», cada frase de «palabras», y cada palabra de «letras». Y cada letra tenía un mismo sonido, y cada combinación de letras formaba una palabra hablada.

Todo esto era extraño y confuso. Una sola letra, cambiada de lugar, cambiaba a menudo todo el significado de la palabra. Pero la determinación de Meg era grande. Por fin llegó el día en que la Madre le permitió escribir el informe mensual sobre la historia del Clan. Meg tenía entonces trece años. Pero ya era mayor en sabiduría que las otras mujeres de su Clan.

Fue entonces cuando la Madre empezó a enseñarle otra magia. Era la magia de los «números». Si bien había veintiséis «letras», los números eran solamente diez. Pero su magia era muy peculiar. Juntos, formaban otros números mayores. Y estos mismos números, aparte de los otros, formaban aún un tercer grupo. Meg no llegaba a aprender el nombre de estas magias. Eran términos extraños, mágicos, sin significado. «Multiplicación» y «resta». Pero aprendió a hacerlas.

Su aprendizaje resultó aún más difícil, pues en esta época los Malvados enviaron un diablillo del dolor para atormentarla. Se introdujo en ella a través de un oído mientras dormía. Y durante muchos meses habitó en su cabeza, sobre sus ojos. Cada vez que se sentaba a estudiar la magia de los números, el diablillo empezaba a danzar arriba y abajo intentando detenerla. Pero Meg persistió. Y finalmente el diablillo murió o se marchó. Y Meg aprendió los números...

Tenía que aprender ritos y rituales: la Canción Sagrada, que tenía que saber de memoria. Esta canción no tenía música, pero se acompañaba con el sonido de los tambores de la tribu. Sus palabras eran extrañas y terribles; repetían la majestad de las diosas en sus frases crípticas.

—¡Oh, Sakan! ¡Tú que eres vista por Tedhi con su Luz primera...!

Era una gran canción. Una magia poderosa. Era la única canción tribal que

aprendió Meg que se atrevía a mencionar a una de las deidades. Y tenía que ser cantada reverentemente, o de otro modo Tedhi se enfadaría y mostraría sus monstruosos dientes, y destruiría a la invocadora con sus truenos.

Meg también aprendió la canción tribal del Clan de Jinnia. La conocía desde la infancia, pero sus palabras habían sido oscuras. Ahora había aprendido lo suficiente para entenderla. No conocía el significado de algunas de las palabras olvidadas, pero tenía sentido en su mayor parte cuando la tribu se reunía en las noches de fiesta para cantar: «Vuelve sobre Jinnia...».

Y Meg creció en edad, estatura y sabiduría. En su decimosexto verano sus piernas eran largas, firmes y rectas como la lanza de una guerrera. Su cuerpo era esbelto; bronceado por el sol, excepto en las zonas donde sus ropas dejaban la piel blanca. Suelto, su pelo habría caído hasta el suelo, pero lo llevaba sobre la cabeza, recogido en un moño que arreglaban las viejas madres, que eran demasiado ancianas para parir.

El dios de la vanidad había muerto hacía mucho tiempo, y Meg no tenía manera de saber que era hermosa. Pero a veces, al ver su reflejo en el estanque cuando se bañaba, aprobaba las suaves curvas de su esbelto cuerpo y se alegraba de haberse convertido en la neófita de la Madre. Le gustaba que su cuerpo fuera así, aunque no sabía por qué, aunque se alegraba de que no se hubiera vuelto flaco y duro como aquellas mujeres de su edad que se habían convertido en guerreras. O seco, como el de las trabajadoras. O suave y blando como el de las madres criadoras. Su piel era del color del bronce, y oro puro donde la luz del sol acariciaba sus brazos y piernas, entre sus pechos altos y firmes.

Y por fin llegó el día en que la Madre dejó a Meg dirigir los ritos de la Fiesta de la Primavera. Era julio, y Meg había cumplido entonces diecisiete años. Era una gran ocasión, y una gran prueba. Pero Meg no fracasó. Dirigió el elaborado rito de principio a fin, sin cometer un solo error.

Aquella noche, en la tranquilidad del *hoam*, la Madre hizo una última magia. Sacó de su colección de antiguos trofeos una piel de cuero. La bendijo y la tendió a Meg.

—Ahora ya estás preparada, hija mía —dijo—. Partirás por la mañana.

—¿Partir, Madre? —preguntó Meg.

—Para la prueba definitiva. Esto que te doy es un mapa. Un indicador-de-sitios. Verás que aquí, en la unión de esta montaña y este río, está nuestra aldea, en el corazón del territorio Jinnia. Muy lejos, hacia el oeste y hacia el norte, está el Lugar de los Dioses. Es aquí donde tienes que ir en peregrinación, antes de regresar para ocupar tu puesto como Madre.

Ahora, en este último momento, Meg se sintió confundida.

—Pero ¿y tú, Madre? Si yo me convierto en Madre, ¿qué será de ti?

—Lo demás será bienvenido, hija. Es bueno saber que la tarea no se interrumpirá. —La anciana Madre reflexionó—. Todavía hay muchas cosas que no sabes, Meg. Me está prohibido decírtelo hasta que hayas estado en el Lugar de los Dioses. Allí verás y

comprenderás...

—¿Los... los libros? —gimió Meg.

—Cuando regreses podrás leer los libros, igual que yo los leí cuando regresé. Y todo se aclarará. Incluso ese secreto último, que el clan no debe conocer...

—No entiendo, Madre.

—Lo harás, hija mía... más tarde. Y ahora, a dormir. Mañana al amanecer empezará tu peregrinación.

En las lejanas colinas un perro salvaje aulló tristemente mientras despedía a la luna, que moría. Su canción sacudió el silencio de los árboles, el movimiento incesante del bosque. Meg se despertó con aquel llanto y vio que el rojo filo del amanecer teñía el cielo por el este.

Bajó de la ancha rama en la que había pasado la noche. Su caballo ya estaba despierto y pisoteaba con impaciencia la escasa hierba de los alrededores del gigantesco roble. Meg aflojó sus correas y se dirigió al manantial que había encontrado la noche anterior.

Bebió y se bañó lo mejor que pudo en el chorro que brotaba del manantial. Terminadas sus abluciones, empezó a preparar el desayuno. No había mucha comida en sus alforjas. Un poco de conejo que había conservado de la última cena. Dos panes que ahora estaban algo secos. Un precioso puñado de sal. Los comió ansiosa, resuelta a acampar pronto esa noche para poder colocar unas cuantas trampas y preparar otra hornada de pan.

Aclaró una zona, limpiando de hojas y raíces un amplio círculo de tierra, y luego caminó tres veces en torno al círculo para espantar al demonio del fuego. Entonces frotó el pedernal contra una pieza de metal negro de la ciudad de las Antiguas —un regalo de la Madre—, y encendió un pequeño fuego.

Habían transcurrido dos semanas desde que Meg saliera del territorio Jinnia. Había dejado atrás las montañas de su tierra natal y había atravesado los valles del Clan Hyan. Había cometido un error en los llanos de la región de Yana. Su mapa mostraba la ruta claramente, pero se había topado con una carretera construida por las Antiguas. Era una carretera aún en buen estado. Y ya que era más fácil viajar por ella que abrirse paso entre la jungla, se había dirigido hacia el sur.

No se dio cuenta hasta que llegó al pueblo de Sollie y las amistosas Zuries le indicaron su error. Entonces tuvo que regresar de nuevo al noroeste, remontando el Gran Río hasta el territorio de los Demoyes.

El mapa señalaba que ahora estaba en territorio Braska. Dos semanas más —tal vez incluso menos—, y habría alcanzado su meta, el Lugar sagrado de los Dioses.

Meg olvidó sus especulaciones cuando algo chasqueó en el bosque, a sus espaldas. Se dio la vuelta rápidamente, sacó la espada y encaró el lugar del que había procedido el ruido. Pero los matojos no se movieron; no se repitió ningún otro

chasquido. Disipados sus temores, se dedicó de nuevo al importante asunto de asar el conejo.

Siempre era necesario permanecer alerta. Meg había aprendido pronto esa lección, antes incluso de que en su segundo día de viaje dejara atrás el territorio Jinnia; ya que, como la Madre le había advertido, aún había muchos Salvajes sueltos por la tierra, en busca de comida y de los preciosos metales de fuego de los pueblos destruidos de las Antiguas..., y sobre todo en busca de pareja. Había pocas hembras entre ellos. La mayoría de los Salvajes eran machos. Pero había muy poco en sus cuerpos aplastados, sus caras brutales y en sus músculos nudosos que recordara a los Hombres.

Un Salvaje la había atacado en su segunda acampada. Afortunadamente, aún no estaba dormida, o su peregrinación habría terminado bruscamente. No la habría matado. Los Salvajes no mataban a las mujeres que capturaban. Se las llevaban a sus madrigueras. Meg había oído toda clase de historias. Una sacerdotisa no podía cruzar su linaje con un Salvaje y convertirse en una Madre.

Por eso Meg había luchado fieramente y había salido victoriosa. Los huesos del Salvaje yacían ahora en las colinas de Jinnia, convertidos en pasto para los buitres. Pero desde entonces, Meg había pasado la noche en lo alto de los árboles con la espada en la mano.

La comida ya estaba lista. Meg la apartó de la espeta, sopló y empezó a comer. Tenía muchas cosas en la mente. El final de su peregrinación estaba cercano. Dentro de poco entraría en el Lugar de los Dioses y aprendería el último secreto tan cuidadosamente guardado.

Por eso sus sentidos la traicionaron. Por eso ni siquiera se dio cuenta de la presencia del Salvaje que merodeaba por los alrededores, hasta que saltó sobre ella con un gruñido de satisfacción y la agarró con una fuerte tenaza.

Fue una pelea dura, pero silenciosa. A pesar de ser esbelto, el cuerpo de Meg era fuerte. Luchó como una pantera, usando todas las armas con que las diosas la habían dotado: puños, piernas, dientes.

Pero la fuerza del Salvaje era tan grande como su ardor. Con brutalidad, aplastó a Meg contra él; el olor de su sudor lastimó su olfato. Sus brazos arañaron sus pechos y le hicieron perder el aliento. Un brazo peludo se tensó en torno a su garganta, privándola del precioso aire.

Meg se revolvió y logró liberarse momentáneamente. Clavó sus fuertes dientes en su brazo. Un gruñido de dolor y furia brotó de los labios del Salvaje. Meg echó mano a la espada, pero una vez más el Salvaje se arrojó sobre ella, esta vez con los puños extendidos. Meg vio una mano como un martillo que se cernía sobre ella y sintió la fuerza del Salvaje. Una luz destelló. El suelo saltó a recibirla. Entonces todo quedó en silencio.

Se despertó gimiendo débilmente. La cabeza le dolía y notaba los músculos entumecidos. Intentó ponerse en pie y descubrió con un estallido de alegría que podía

moverse. ¡No estaba atada! Entonces el Salvaje...

Buscó a su alrededor. Aún se encontraba en el claro del bosque donde había sido atacada. El sol había recorrido la mitad de su camino por el cielo y se arrastraba sobre el horizonte, dibujando un rastro de luz a través del pequeño claro. Su hoguera aún crepitaba. Y al lado se encontraba un... un...

Meg no pudo decidir lo que era. Parecía un Hombre, pero naturalmente eso era imposible. Su cuerpo era tan suave y casi tan lampiño como el suyo propio, bronceado por el sol. Pero no se trataba del cuerpo pálido y suave de un hombre. Era musculoso, duro, firme; más alto y más fuerte que una guerrera.

El primer pensamiento de Meg fue huir. Pero su curiosidad fue aún mayor que su miedo. Esto era un misterio. Y tenía la espada junto a ella. Quienquiera que fuera esta Cosa, no parecía que quisiera hacerle daño. Le habló.

—¿Quién eres? —preguntó Meg—. ¿Y dónde está el Salvaje?

El extranjero alzó la cabeza y una expresión de felicidad se extendió por sus rasgos. Señaló brevemente la espesura. Meg siguió su gesto y vio que allí yacía el cadáver del Salvaje. Volvió a mirar perpleja al Hombre-cosa.

—¿Le mataste? ¿Entonces no eres uno de los Salvajes? No comprendo. No eres un hombre...

—Hablas demasiado —dijo el Hombre-cosa con la voz más grave que Meg había oído en su vida—. ¡Siéntate y come, Mujer!

Arrojó a Meg un pedazo de conejo. Inconsciente de que lo hacía, Meg lo cogió y empezó a comer. Observó al extranjero que terminaba su propia ración y se limpiaba las manos en su ropa y se acercaba a ella. Meg soltó su desayuno a medio comer, se puso rápidamente en pie y se abalanzó sobre su espada.

—¡No me toques, Peludo! —advirtió—. Soy una sacerdotisa del Clan de Jinnia. No te corresponde...

El extranjero pasó a su lado sin molestarse siquiera en escuchar sus palabras. Se dirigió al lugar donde el caballo había permanecido atado y sacudió un trozo de rienda rota.

—¡Mujeres! —Escupió—. ¡Bah! ¡No sabéis ni domar a un caballo! ¡Mira! ¡Se ha escapado!

Meg se enfureció y notó que su cara enrojecía, pese a que los rayos del sol eran ya débiles.

—Hombre-cosa, ¿no conoces un modo mejor de dirigirte a una Mujer y Señora? Por Jarg que haré que te den de latigazos...

—¡Hablas demasiado! —repitió cansinamente el Hombre-cosa. Una vez más se sentó en el suelo y la estudió pensativo—. Pero me interesas. ¿Quién eres? ¿Qué haces tan lejos del territorio de Jinnia? ¿Adónde vas?

—Una sacerdotisa no responde a las preguntas de un Hombre-cosa... —dijo Meg fríamente.

—No soy un Hombre-cosa —regañó el extranjero—. Soy un Hombre. Un

Hombre de la tribu Kirki que vive a muchas millas al sur de aquí. Soy Daiv, conocido como El-que-aprende. Así que contéstame, Mujer.

Su franqueza confundió a Meg. A su pesar, descubrió que las palabras salían de sus labios.

—Yo... soy Meg. Voy en peregrinación al Lugar de los Dioses. Es mi última tarea antes de convertirme en Madre del Clan.

Los ojos del Hombre la evaluaron con una franqueza turbadora.

—¿Madre del Clan? Meg, ¿no sería mejor que te quedaras conmigo y te convirtieras en madre de nuestro propio clan?

Meg jadeó. Los Hombres eran la pareja de las Mujeres, sí. Pero ningún Hombre había tenido nunca la audacia de sugerir tal cosa. La Madre preparaba los apareamientos con el consentimiento de la Mujer, este Hombre, obviamente, tendría que saber que las sacerdotisas no se apareaban.

—¡Hombre! —exclamó—. ¿No conoces la Ley? Pronto voy a convertirme en Madre del Clan. Vigila tus palabras o la ira de los dioses...

El Hombre, Daiv, emitió de nuevo unos sonidos de felicidad.

—Fui yo quien te salvó del Salvaje, no los Dioses. En mi tierra, Mujer Dorada, pensamos que preguntar no hace daño. Pero si no quieres... —Se encogió de hombros—, te dejaré.

Sin añadir nada más, se puso en pie y empezó a marcharse. Meg se ruborizó.

—¡Hombre! —gritó furiosa.

Él se dio la vuelta.

—¿Sí?

—No tengo caballo. ¿Cómo voy a llegar al Lugar de los Dioses?

—A pie, Mujer Dorada. ¿O es que las Mujeres sois demasiado débiles para hacer un viaje semejante?

Volvió a reírse, y se marchó.

Meg le observó durante un largo instante, contemplando cómo las ramas de los árboles se cerraban tras él, sintiendo cómo la completa soledad se ceñía en torno a ella y la envolvía. Entonces hizo algo que no pudo comprender. Pisoteó el suelo, furiosa.

El sol estaba en lo alto y era cada vez más cálido. El viaje hasta el Lugar de los Dioses, ahora que se había quedado sin montura, le resultaría más largo. Pero la peregrinación era una obligación sagrada. Meg apagó las cenizas de su hoguera. Se cargó las alforjas al hombro y se dirigió al oeste, emprendiendo la marcha.

El día fue largo, caluroso y aburrido. Antes de que el sol desapareciera, Meg se cubrió de polvo y sudor. Los pies le dolían por el ejercicio desacostumbrado. Por la tarde, cada paso era una agonía. Y cuando el sol era aún demasiado-fuerte-para-mirarlo, encontró un arroyuelo de agua fresca y decidió acampar allí para pasar la

noche.

Colocó dos trampas para animales pequeños, sacó la harina y la sal de las alforjas y se dispuso a preparar una hornada de pan. Se acercó al arroyo mientras las rocas se calentaban y metió los pies en él, dejando que el dios-agua lamiera la fibra de sus plantas lastimadas.

Regresó al campamento... y descubrió que el Hombre, Daiv, estaba acurrucado una vez más junto a su hoguera. Vigilaba un cuenco que había sobre las piedras. De vez en cuando sacudía el cuenco con un palo largo. Al acercarse, Meg vio que en el interior había una extraña agua marrón que producía un olor aromático. Iba a llamar la atención del Hombre, pero él la vio primero.

—¡Hola, Mujer Dorada!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Meg glacialmente.

El Hombre se encogió de hombros.

—Soy Daiv, el-que-aprende. Me puse a pensar en ese Lugar de los Dioses, y decidí que yo también me acercaría a verlo. —Olisqueó el líquido marrón burbujeante y pareció satisfecho. Sirvió un poco en un cuenco y lo tendió a Meg—. ¿Quieres?

Meg se acercó con cautela. Podía tratarse de un truco. Tal vez aquel líquido extraño y aromático era una droga. La Madre del Clan tenía el secreto de ese tipo de bebidas. Había una que embotaba la cabeza, reseca la boca y aflojaba los pies...

—¿Qué es? —preguntó recelosa.

—K'fé, por supuesto. —Daiv parecía sorprendido—. ¿No lo sabes? No, claro..., supongo que la planta no crece en el norte. Se da cerca de mi tierra. En los territorios Sippe y Weezian. ¡Bébelo!

Meg lo probó. Era como su olor, fuerte y amargo, pero extrañamente agradable. Su calor la atravesó, barriendo el cansancio de su cuerpo, como el agua del arroyo lo había hecho con el ardor de sus pies.

—Está bueno, Hombre.

—Daiv —dijo el Hombre—. Mi nombre es Daiv, Mujer Dorada.

Meg arqueó las cejas.

—No es adecuado que una sacerdotisa llame a un Hombre por su nombre.

Daiv parecía dado a hacer sonidos felices.

—Hoy has hecho muchas cosas que no parecen adecuadas para una sacerdotisa, Mujer Dorada. Ahora no estás en Jinnia. Las cosas son diferentes aquí. Y en cuanto a mí... —Se encogió de hombros—. Mi pueblo hace también las cosas de modo diferente. Somos una de las tribus elegidas, ya sabes. Venimos de la tierra de la Huida.

—¿La Huida? —preguntó Meg.

—Sí. —Daiv se puso a trabajar mientras hablaba. Sacó un trozo de carne de su bolsa y empezó a envolverla en una masa que colocó al fuego. También tenía algunas patatas, que Meg no probaba desde hacía muchas semanas. Les quitó la piel, las cortó

en rodajas con su cuchillo de caza y colocó las piezas sobre un trozo de roca plana y caliente—. La Huida de los Antiguos, ya sabes.

—Creo... creo que no te entiendo.

—Ni yo. Sucedió hace muchos años. Antes del pueblo del padre del padre de mi padre. Hay libros en el *hoam* del Señor de la tribu que lo cuentan. He visto algunos...

»Una vez las cosas fueron diferentes, ya sabes. En los días de los Antiguos, los Hombres y las Mujeres eran iguales. En realidad, los Hombres eran los Señores. Pero los Hombres eran belicosos y fieros...

—¿Quieres decir como los Salvajes?

—Sí, pero no hacían la guerra con palos y lanzas como ellos. La hacían con grandes catapultas que disparaban fuego y explotaban. Con arcos pequeños que disparaban puntas de flecha de hierro. Con humos que destruían y aguas que quemaban la piel.

»Hubo batallas en la tierra y en el mar, e incluso en el aire. Pues en aquellos tiempos los Antiguos tenían alas, como los pájaros. Volaban muy alto y hacían grandes truenos. Y cuando peleaban, dejaban caer enormes huevos de fuego que mataban a los otros.

—¡Oh! —exclamó Meg bruscamente.

—¿No me crees?

—¡Las patatas, Daiv! ¡Se están quemando!

—¡Oh! —Daiv puso cara feliz y les dio cuidadosamente la vuelta. Luego continuó.

—Se dice que por fin sucedió la mayor guerra de todas. Fue un conflicto no sólo entre los Clanes, sino entre las fuerzas de toda la tierra. Sucedió en el año que llaman mil novecientos sesenta... sea lo que sea lo que eso significa.

—¡Yo lo sé! —dijo Meg.

Daiv la miró con súbito respeto.

—¿De verdad? Entonces el Señor de mi tribu tiene que conocerte y...

—Eso es imposible. Continúa.

—Muy bien. Esta guerra duró muchos años. Pero ningún bando pudo ganar. En esos tiempos, eran los Hombres los que luchaban, mientras que las Mujeres se quedaban en el *hoam* para cuidar las casas de los Hombres. Pero los Hombres morían a millares. Y llegó un día en que las mujeres se cansaron.

»Se unieron... todas las que vivían en los lugares civilizados. Y decidieron deshacerse de los brutales Hombres. Dejaron de enviarles suministros y huevos-de-fuego a los Hombres. Construyeron fortalezas y se ocultaron en ellas.

»La guerra terminó cuando los Hombres descubrieron que no tenían nada más con que combatir. Volvieron a sus *hoams* en busca de sus Mujeres. Pero las Mujeres no quisieron recibirlos. Una vez más, hubo una amarga batalla... entre los sexos. Pero las Mujeres conservaron sus ciudades amuralladas. Y así...

—¿Sí?

—Los Hombres se convirtieron en los Salvajes de los bosques. Sin pareja, excepto las pocas Mujeres que pudieron raptar, su número se fue reduciendo. Los Clanes crecieron. Sólo en algunos lugares, como en Kirki, mi tierra, la humanidad no se convirtió en un matriarcado.

Miró a Meg.

—¿Me crees?

Meg sacudió la cabeza. De repente sintió mucha pena por el extranjero, Daiv. Ahora sabía por qué no la había obligado a convertirse en su compañera. Estaba loco. Completamente loco.

—¿Comemos, Daiv? —dijo amablemente.

Loco o no, fue un placer tener compañía durante las largas y agotadoras jornadas de su peregrinación. Meg no hizo ningún esfuerzo por desanimar a Daiv de su deseo de acompañarla. Era inofensivo, y resultaba una compañía agradable... para ser un Hombre. Y su charla, por descabellada que pareciera algunas veces, servía para que las horas de aburrimiento pasaran más rápidamente.

Cruzaron el territorio de Braska y entraron por fin en el de 'Kota. El Lugar de los Dioses estaba aquí... sólo que en el extremo occidental, cerca de Yomin. Y los días se convirtieron en semanas. Los primeros días no avanzaron mucho, pues los pies de Meg eran débiles y sus miembros estaban llenos de diablillos del dolor. Pero cuando la dura marcha destruyó a los diablillos, viajaron más rápido. Y el momento se acercaba.

—Empezaste a hablarme de la Huida una vez, Daiv —dijo Meg una noche—. Pero no terminaste. ¿Cuál es la leyenda de la Huida?

Daiv se tumbó lánguidamente ante el fuego. Sus ojos eran soñadores.

—Sucedió en el territorio Zoni. No muy lejos de las tierras de mi tribu. En aquellos días había un Hombre-dios llamado Renn, que previo la muerte de los Antiguos. Construyó un gigantesco pájaro de metal e introdujo en su panza dos docenas de Hombres y Mujeres.

»Y se marcharon volando hasta la estrella de la noche. —Daiv señaló un punto blanco en el cielo—. Pero se dice que algún día volverán. Por eso nuestra tribu trata de conservar las costumbres de los Antiguos. Mientras que tribus equivocadas, como la tuya, mantiene los archivos...

La cara de Meg se tornó roja.

—¡Ya basta! —exclamó—. He escuchado demasiadas historias tuyas sin hacer ningún comentario, Daiv. Pero ahora te ordeno que no me cuentes más historias. Todo esto es... ¡es una blasfemia!

—¿Blasfemia?

—¿No te pareció locura suficiente cuando hablaste de los días en que los Hombres mandaban en la tierra? ¡Ahora hablas de un Hombre-dios!

—Pero Mujer Dorada —dijo Daiv; parecía preocupado—, creí que comprendías que todos los dioses eran Hombres...

—¡Daiv! —Sin saber por qué lo hacía, Meg se volvió hacia él de repente y le cubrió la boca con las manos. Escrutó temerosa la oscuridad e hizo un gesto en silencio y musitó una plegaria—. ¡No tienes la ira de los dioses! Soy una sacerdotisa y lo sé. ¡Todos los Dioses son, tienen que ser, Mujeres!

—Pero ¿por qué?

—Porque... ¡porque lo son! No podría ser de otra forma. Todas las mujeres saben que los dioses son grandes, buenos y fuertes. ¿Cómo podrían ser hombres entonces? Jarg, e Ibram, y Taamuz. Y la poderosa Tedhi...

Daiv entrecerró los ojos, pensativo.

—No conozco sus nombres —murmuró—. No son los dioses de nuestra tribu. Y sin embargo... Ibrim... Tedhi...

—Hemos sido compañeros en un largo viaje, Daiv —suplicó Meg; había pena en su voz—. Nunca antes, desde que el mundo empezó, se han tratado un Hombre y una Mujer como tú y yo. A menudo has dicho cosas locas, imposibles. Pero te he perdonado porque... bueno, porque sólo eres un Hombre, después de todo.

»Pero mañana, o pasado mañana, llegaremos al Lugar de los Dioses. Entonces terminará mi peregrinación y aprenderé el último secreto. Tendré que regresar a mi Clan para convertirme en Madre. Así que no estropeemos nuestras últimas horas de camaradería con discusiones inútiles.

Daiv suspiró.

—Los antiguos han desaparecido y sus leyendas dicen muy poco. Tal vez tengas razón, Dorada. Pero tengo el presentimiento de que mi tribu no se equivoca. Meg... te lo he pedido una vez antes. Ahora vuelvo a pedírtelo. ¿Quieres ser mi compañera?

—Es imposible, Daiv. Las Sacerdotisas y Madres no se aparean. Si quieres, te llevaré conmigo de vuelta a Jinnia. Y me encargaré de que cuiden siempre de ti, como se debe cuidar a todo Hombre.

Daiv sacudió la cabeza.

—No puedo, Meg. Nuestros caminos no son iguales. Hay una costumbre en mi tribu... una costumbre de apareamiento que no conoces. Déjame enseñarte...

Se inclinó suavemente sobre ella. Meg sintió el poder de sus bronceados brazos cerrándose en su torso, atrayéndola. Y entonces él tocó su boca con los labios. El contacto fue brutal, terrible.

Se revolvió y trató de gritar, pero la boca de él la quemaba. La furia la atravesó como una llama. Pero no era furia, era algo más que daba vida a aquella llama. Su corazón empezó a latir fuertemente y jadeó como el cautivo que quiere ser libre. Sus puños le golpearon los hombros vanamente, pues había poca fuerza en ella.

Entonces él la soltó y ella cayó hacia atrás, exhausta. Sus ojos brillaban con furia y su voz era ronca. Intentó hablar y no pudo. Y en ese momento una terrible debilidad se apoderó de ella. Supo, temerosa, que si Daiv quería aparearse con ella ni todo el

poder de las diosas podría salvarla. En su interior latía un ansia que odiaba su hombría... ¡pero la deseaba!

Pero también Daiv se retiró.

—¿Meg? —dijo en voz baja.

Ella se frotó la boca con el dorso de la mano. Su voz vibraba.

—¿Qué magia es ésa, Daiv? ¿Qué costumbre? ¡Te odio! Yo...

—Es el toque-de-las-bocas, Mujer Dorada. El derecho del Hombre con su compañera. Te suplico que no entres en el Lugar de los Dioses y vuelvas conmigo a Kirki para convertirte en mi compañera.

Por un momento, Meg se sintió indecisa.

—¡No! Tengo que ir al Lugar de los Dioses.

Y eso fue todo. Al día siguiente Meg marcó en el indicador-de-sitios el último punto de su peregrinación. Y al atardecer, cuando el sol arrojaba largos rayos sobre las colinas rodeadas de oscuridad, ella y Daiv llegaron ante la puerta, que se decía era el principio del camino hacia el Lugar de los Dioses.

—No conozco ninguna Ley que prohíba a los Hombres entrar en el Lugar de los Dioses, Daiv. Puedes hacer lo que quieras. Pero no está bien que entremos juntos. Por tanto, te pido que esperes aquí mientras entro sola. Aprenderé el secreto y después saldré por otro camino y regresaré a Jinnia.

—¿Te irás... sola?

—Sí, Daiv.

—Pero si... —insistió él.

—Si por cualquier causa cambio de opinión, volveré contigo. Aquí. Pero no es probable. Por tanto, no esperes.

—Esperaré, Mujer Dorada —dijo sobriamente Daiv—, hasta que toda esperanza esté muerta.

Meg se dio la vuelta. Entonces dudó y volvió a girarse. Sentía una gran pena en su interior. No sabía por qué. Pero conocía una magia que sanaría su corazón.

—Daiv... —susurró.

—¿Sí, Mujer Dorada?

—Nadie lo sabrá. Antes de dejarte para siempre... ¿no podríamos hacer una vez más... el toque-de-las-bocas?

Así lo hicieron. Después, con el recuerdo de un momento de gloria en su corazón, Meg se dirigió orgullosamente al Lugar de los Dioses.

Era un lugar salvaje y desolado. Áridas colinas de arena se alzaban por todas partes y no había más vegetación que algunos matojos y maleza, que florecían tristemente bajo el aire gélido.

El terreno era duro y salado bajo sus pies, y no había ningún pájaro que cantara en la soledad. A lo lejos, un perro salvaje aullaba al cielo. Las grandes colinas repitieron su lamento.

Una colina sobrepasaba a las demás. Meg se dirigió hacia ella sin vacilación. No

sabía qué le aguardaba. Tal vez se le apareciera un grupo de vírgenes cantando y la guiarían al altar secreto, ante el que se arrodillaría y aprendería el último misterio.

Era posible que los propios dioses reinaran aquí, y que cayera de hinojos ante la austera Jarg para oír de los propios labios de la diosa el secreto por el que había venido hasta tan lejos.

Fuera lo que fuese lo que le iba a ser revelado, Meg estaba preparada. Otras habían encontrado este lugar y habían sobrevivido. No temía a la muerte. Pero... ¿y la muerte en vida? ¿Venir al Lugar de los Dioses con una blasfemia en el corazón? ¿Con el recuerdo de la boca de un hombre sobre la suya?

Meg sintió miedo por un instante. Había traicionado su cualidad de sacerdotisa. Su cuerpo permanecía inviolado, pero ¿no escrutarían los dioses su alma y sabrían que su corazón había olvidado la Ley y se había unido a un Hombre?

Si la muerte iba a ser su destino... que así fuera. Continuó andando.

Así, Meg llegó a un camino serpenteante que bajaba entre dos tortuosos macizos de roca y entró por fin en el Lugar de los Dioses. No podría haber elegido momento mejor para hacerlo. El disco del sol había alcanzado ya el horizonte occidental.

Aún había luz. Y los ojos de Meg buscaron aquella luz. Buscaron y vieron. Y entonces, con el corazón lleno de espanto, cayó de rodillas.

¡Había visto aquello-que-no-podía-ser-visto! A los propios Dioses con su omnipotente majestad sobre la cima de la montaña más alta.

Meg permaneció arrodillada durante unos instantes, susurrando, trémula, las plegarias rituales de perdón. Esperaba oír en cualquier momento la voz de Tedhi, o sentir en el hombro la mano de Jarg. Pero no había más sonidos que los frenéticos latidos de su corazón, el suave rumor de la hierba y el viento ululando entre las rocas.

Alzó la cabeza una vez más...

¡Eran ellos! Su instinto le dijo que no se había equivocado. Éste era, realmente, el Lugar de los Dioses. Y aquéllos eran los Dioses: duros, implacables, todopoderosos. Tallados en roca eterna por las manos de aquellos que habían desaparecido hacía mucho tiempo.

Aquí estaban, los Cuatro Grandes. Jarg y Taamuz, con las caras firmes y severas rodeadas de rizos. Ibrim, con las mejillas enjutas y un ojo hueco.

Tedhi, que miraba a lo lejos con aquellos ojos ocultos tras los gigantescos telescopios, y tenía los labios dispuestos como si fuera a soltar una descarga de su risa atronadora.

¿Y el Secreto?

En el mismo instante en que la pregunta saltó a su mente, supo la respuesta. De repente, Meg supo que no iba a suceder nada. No habría ningún círculo de vírgenes cantoras, ninguna comunicación por parte de aquellos grandes labios de piedra. Pues el Secreto que le había indicado la Madre, el Secreto que las Mujeres del Clan no podían conocer, era aquel que Daiv le había revelado durante las largas etapas de la peregrinación.

¡Los Dioses... eran Hombres!

¡Oh, no hombres como Jak o Ralf, cuyos cuerpos pálidos no eran más que los instrumentos con los que se fertilizaban a las madres criadoras! No criaturas masculinas como los Salvajes, sino Hombres como Daiv. Enjutos y de mandíbula firme, de músculos fuertes, de cuerpo robusto.

Ni siquiera los rizos podían ocultar la inherente masculinidad de Jarg y Taamuz. Y los labios de Tedhi estaban cubiertos de pelo, claramente recortado sobre su boca sonriente. Y las mejillas de Ibrim tenían pelo, igual que lo había tenido Daiv de vez en cuando, antes de ejecutar su recorte mágico con un agudo cuchillo.

Los dioses, los gobernadores, los señores de los Antiguos habían sido hombres. Había ocurrido tal como había dicho Daiv: muchos años antes, las Mujeres se habían rebelado. Y ahora seguían su rumbo frío y sin amor, excepto en los pocos lugares — como la tierra de Kirki— donde se conservaba aún la vieja tradición.

Era un gran conocimiento, y amargo. Ahora Meg comprendía por qué la Madre estaba siempre tan triste. Porque sólo ella podía saber lo artificial que era esta nueva vida, lo pronto que morirían los Salvajes y los Hombres cautivos. Cuando llegara ese día, ya no habría más jóvenes. Más Hombres ni Mujeres. Más civilización...

Los Dioses lo sabían. Por eso permanecían aquí en las colinas grises de 'Kota, tristes, serios, olvidados. Los dioses moribundos de una raza moribunda. Y todo por causa de una humanidad vengativa que se estaba destruyendo a sí misma, lentamente.

No había esperanza. Ahora que ya sabía el Secreto, Meg tenía que regresar al Clan con los labios sellados. Allí, como la Madre antes que ella, tendría que contemplar con los ojos espantados el lento declive de su pequeño grupo, ver cómo los débiles restos del Hombre morían. Hasta que por fin...

¡La esperanza no había muerto! La Madre estaba equivocada, pues no había sido tan afortunada como Meg en su peregrinación. No había llegado a saber que había aún sitios en el mundo donde el Hombre se había preservado a imagen de los Antiguos. A imagen de los Dioses.

¡Pero ella, Meg, lo sabía! Y al saberlo, tenía ante ella la mayor oportunidad que una Mujer podía esperar.

Podía volver al valle y regresar a su Clan. Entonces se convertiría en la Madre y guiaría y guardaría a su pueblo hasta su muerte. Sería sabia, todopoderosa, importante. Pero sería virgen hasta la muerte, estéril por la santidad de la tradición.

Esto era lo que debía hacer. Pero había otro camino. Y Meg alzó los brazos pidiendo a los Dioses que la oyeran y decidieran sobre su problema.

Los Dioses no hablaron. Sus rasgos solemnes, agravados por el peso del tiempo, no se movieron para hablarle. Pero mientras escrutaba piadosamente sus caras, en busca de una respuesta para su desesperación, Meg recordó algo. Era un pasaje de la Oración a Ibrim. Y mientras sus labios musitaban aquellas palabras, le pareció que los rayos del sol moribundo se centraban en la cansada cara de Ibrim y que aquellos grandes ojos de piedra cobraban vida por un momento llenos de comprensión... y

beneplácito.

—... no pereceremos de la tierra, sino que tendremos Vida para siempre...

Entonces Meg, la sacerdotisa, decidió. Dando un grito, dio la vuelta y corrió. No hacia el valle, sino hacia atrás, hacia atrás, ansiosa y expectante. Dejó a su espalda la sombra colosal del Monte Rushmore y atravesó la gruta desolada que conducía a la puerta donde esperaba el Hombre que le había enseñado el toque-de-las-bocas.

Oh, estrella brillante

Jack Williamson (1908-2006)^[19]

Argosy, noviembre

Jack Williamson ha sido testigo del desarrollo de la ciencia ficción moderna como lector, escritor y académico. Ha producido una sólida obra literaria que se extiende a lo largo de un total de cincuenta años, y no ha tenido demasiados problemas para hacer frente a la competencia. Todavía en activo como escritor, siempre será recordado por sus relatos de «La legión del espacio»^[20] y «Seetee» (conocidos también como el ciclo de la antimateria), si bien tiene muchas más cosas en su haber, especialmente Los humanoides (1949)^[21] y esa maravillosa novela de fantasía que es Más oscuro de lo que pensáis (1940, y como libro en 1948)^[22]. Lo mejor de sus relatos breves de ficción puede encontrarse en The Best of Jack Williamson (1978).

Jack no incluyó el presente relato en la recopilación anterior, aunque sí lo escogió para My Best Science Fiction Story (Mi mejor relato de ciencia ficción) en 1949. Debería haberlo hecho, pues aunque los gustos cambien, este relato sobre la esperanza, la desesperación y sobre una forma posible de realizarse sigue estando lleno de fuerza.

(Una vez que John Campbell se hizo cargo de Astounding y empezó a remodelar la ciencia ficción, muchos de los escritores estelares de la década anterior cayeron por el camino. Hubo el tipo de exterminio que se asocia a la extinción de los mudos y la aparición de los que saben hablar. Quedó algún superviviente, pese a todo, y uno de los más remarcables fue Jack Williamson, cuya obra La legión del espacio había iluminado mis años de adolescente, y que en aquel entonces se estaba adaptando sin esfuerzo al nivel exigido por Campbell. I. A.)

El señor Jason Peabody bajó del autobús. Tras inspirar aliviado el aire libre, empezó a recorrer Bannister Hill. Sus ojos preocupados vieron surgir la primera estrella en el cielo.

Aquello le hizo retroceder a los días olvidados de su infancia, a la magia de las palabras que había conocido. Susurró el cántico de poder:

*Estrella brillante, brillante estrella,
la primera estrella que esta noche veo.
Ojalá pudiera, ojalá pudiera
cumplir el deseo que esta noche quiero.*

El señor Peabody era un hombre bajito, anodino y calvo. Aunque caminaba erguido y desafiante, sus delgados hombros traicionaban aún la inclinación que habían cogido después de veinte años de trabajar encorvado sobre máquinas calculadoras y libros mayores. Su cara, normalmente dulce, tenía ahora una expresión lastimera y desesperada.

—Ojalá...

Con los ojos fijos en la estrella, lleno de esperanza, el señor Peabody dudó. Su mente volvió al doloroso paisaje doméstico del que acababa de escaparse. Una sonrisita amarga se asomó a su cara preocupada.

—¡Ojalá pudiera hacer milagros! —le dijo a la estrella.

La estrella empezó a titilar con un tono rojo y pícaro.

—Hay que hacer milagros para mantener una familia con el sueldo de un contable —añadió el señor Peabody—. Es decir, una familia como la mía.

La estrella parpadeó con un tono verde de promesa.

El señor Peabody aún debía más de trece mil dólares de la pequeña casa de estuco, situada a dos manzanas de distancia de la parada de autobuses de la línea que pasaba por la avenida Locust. Dentro de diez años, la casa sería suya. Esta tarde, Ella le estaba esperando en la puerta y le recibió con un beso húmedo.

Ella era la señora Peabody, una rubia escultural que medía unos pocos centímetros más que él, y tenía una voz notable. Su beso le hizo sentirse incómodo. Supo instantáneamente, después de veintidós años de experiencia, que aquello significaba que quería algo.

—Qué bien sienta volver a casa, querida. —Intentó comenzar una contraofensiva—. Las cosas no han ido bien hoy en la oficina. —Su suspiro de cansancio fue bastante real—. El viejo Berg ha reducido el número de empleados y ahora estamos haciendo el trabajo de dos hombres. No sé quién será el siguiente.

—Lo siento, querido. —Ella le volvió a besar, y su voz fue tierna y simpática—. Ve a lavarte ahora. Quiero cenar temprano, porque esta noche es la Liga Delfiana.

Su voz era demasiado dulce. El señor Peabody se preguntó qué quería. Siempre tardaba un buen rato en llegar a su punto. Cuando lo alcanzaba, era invencible. Hizo

otro débil esfuerzo.

—No sé qué más puede pasar. —Se encogió de hombros cansinamente—. Berg está intentando reducir la paga. Con el seguro, los plazos de la casa y los chicos, no sé cómo vamos a poder vivir.

Ella Peabody volvió junto a él y le rodeó suavemente con un brazo. Olía levemente al perfume que había utilizado la noche anterior, no a cocina.

—Nos las arreglaremos, querido —dijo valientemente.

Empezó a hablar vivamente de los pequeños hechos del día. Mientras lo hacía, no interrumpió su labor en la cocina. Su voz llegaba con claridad, aunque hablaba a través de la puerta cerrada del baño.

Con una exagerada muestra de fatiga, el señor Peabody se acomodó en su sillón. Encontró el periódico de la mañana, que nunca tenía tiempo de leer hasta la noche, lo abrió y luego lo dejó caer sobre sus rodillas como si estuviera demasiado cansado para leer. Intentó débilmente cambiar de conversación y preguntó:

—¿Dónde están los chicos?

—William ha ido a ver al encargado por lo de su coche.

El señor Peabody olvidó su fatiga.

—Le dije a William que no podía tener coche —dijo, algo acalorado—. Le dije que es demasiado joven e irresponsable. Si insiste en comprar un montón de chatarra, tendrá que pagársela él. No me preguntes cómo.

—Y Beth —continuó la voz de la señora Peabody—, está en el salón de belleza. —Se acercó a la puerta de la cocina—. ¡Pero tengo una noticia sorprendente para ti, querido!

La alegría en su voz le hizo esperar lo peor. El temido momento había llegado. Desesperado, alzó el papel de sus rodillas y se sumergió en él.

—Sí, querida —dijo—. Mira, veo que el campeón va a tomar parte en esta competición australiana si...

—Querido, ¿me has oído? —La penetrante voz de la señora Peabody no podía ser ignorada—. Voy a leer un artículo esta noche en la Liga Delfiana sobre el Renacimiento Trascendental. ¿No es una oportunidad maravillosa?

El señor Peabody soltó el periódico. Estaba anonadado. La chispa líquida en la voz de ella era prueba suficiente de que su momento de victoria estaba al caer. Sin embargo, aún no conocía su propósito.

—Ella, querida —preguntó suavemente—, ¿qué sabes tú del Renacimiento Trascendental?

—No te preocupes por eso, querido. El joven de la biblioteca hizo la investigación y escribió el artículo por mí, y sólo por diez dólares. Pero es tan dulce por tu parte que quieras ayudarme... Hay una cosa que puedes hacer.

El señor Peabody se removió incómodo en el sillón. La trampa se cerraba y no podía ver ninguna escapatoria.

—Sabría que lo entenderías, querido. —Su voz tenía una vibración tierna—. Y

sabes que no tengo nada decente que ponerme. Querido, he comprado el jersey azul que estaba en el escaparate del Famous. Costaba sesenta y nueve con ochenta, pero el encargado me lo dejó por sólo cuarenta y nueve con noventa y cinco.

—Lo siento muchísimo, querida —dijo lentamente el señor Peabody—. Pero me temo que, simplemente, no podemos permitirnoslo. Me temo que tendrás que devolverlo.

Los ojos de Ella se agrandaron y empezaron a brillar.

—¡Querido! —El arrullo de su voz se rompió—. Querido, tienes que comprender. No puedo leer mi artículo con esos harapos que llevo. Además, ya lo he adaptado a mi talla.

—Pero querida..., es que no tenemos dinero.

El señor Peabody volvió a coger su periódico, esta vez invertido. Tras veintidós años, sabía lo que vendría a continuación: una serie de llorosas llamadas a su amor, su orgullo y su deber. Luego seguiría una agonía de sentimientos, hasta que se rindiera.

Y no podía rendirse: ése era el problema. En veintidós años, su afecto por su mujer y sus hijos no había variado. Le habría dado el dinero alegremente. Pero tenía que pagar las facturas a la mañana siguiente.

Suspiró con un alivio momentáneo cuando un coche desconocido tocó el claxon. William Peabody entró por la puerta trasera, desgarrado e indolente.

William era un joven flaco y pecoso, con el pelo amarillo y unos prominentes dientes saltones. Curiosamente, a pesar de que continuamente pedía dinero para comprar ropa, llevaba siempre la misma cazadora de cuero sucia y los mismos pantalones.

Todos los esfuerzos por enviarle a la universidad, a una escuela de televisión o a una academia de peluquería habían fracasado por la falta de cooperación de William.

—Hola, Gob —dijo mientras llenaba una pipa negra, propia de un intelectual—. Hola, mamá. ¿Está lista la cena?

—No me llames Gob —pidió mansamente el señor Peabody. Se levantó y se acercó a la ventana—. ¡William! —dijo con voz grave—. ¿De quién es ese coche rojo que hay aparcado ante la puerta?

William se dejó caer en el sillón que el señor Peabody acababa de dejar vacante.

—Oh, ¿el coche? —Exhaló una nube de humo azul—. Vaya, ¿no te lo ha dicho mamá, Gob? Acabo de recogerlo.

El cuerpecito del señor Peabody se enderezó.

—De modo que has comprado un coche. ¿Quién va a pagarlo?

William agitó la pipa descuidadamente.

—Son sólo veinte al mes. Y es un buen coche, Gob. Tiene sólo ciento veintiocho mil kilómetros, y lleva radio incorporada. Mami dijo que podrías permitirlo. Será mi regalo de cumpleaños, Gob.

—Tu cumpleaños no es hasta dentro de seis meses.

La voz de la señora Peabody, engolada y suave, flotó desde la cocina.

—Pero aún estarás pagándolo cuando sea su cumpleaños, Jason. Así que le dije a Bill que estaría bien. Un chico está tan mal visto hoy día si no tiene coche... Si quieres darme ahora el dinero para el traje...

El señor Peabody iba a empezar a replicar cuando se detuvo de repente. Su hija Beth entró por la puerta principal. Beth era su ojito derecho. Era una muchacha alta y delgada, con unos hermosos y suaves ojos marrones. Sus cabellos del color de la miel brillaban con rizos exquisitos.

Tal vez era natural que un padre sintiera fervor por su hija. Pero el señor Peabody no podía evitar contrastar su alegría con la pereza de William. Estaba estudiando empresariales para poder llevar los libros del doctor Rex Brant después de casarse.

—Hola, papá. —Se acercó a él y le rodeó con sus suaves brazos y le dio un apretón lleno de afecto—. ¿Qué te parece mi nueva permanente? Me la hice porque tengo una cita con Rex esta noche. No tenía dinero suficiente, así que dije que le pagaría los otros tres dólares a la señora Larkin antes de las siete. ¿Tienes tres dólares, papá?

—Llevas un peinado muy bonito, querida.

El señor Peabody palmeó el hombro de su hija y se llevó alegremente la mano al bolsillo. No le importaba darle dinero a Beth... cuando lo tenía. A menudo lamentaba no tener más para darle.

—Gracias, papá —susurró ella mientras le besaba la frente—. ¡Te quiero!

William volvió a coger su pipa y miró a su madre.

—Lo que hay que ver —se quejó—. Si fuera Beth la que quiere un coche...

—Te lo he dicho, hijo —declaró firmemente el señor Peabody—. No voy a pagar ese automóvil. Simplemente no tenemos dinero.

William se puso en pie lánguidamente.

—Una cosa, Gob. No querrás perder tu equipo de pesca, ¿no?

La cara del señor Peabody se estiró llena de ansiedad.

—¿Mi equipo de pesca?

En veintidós años, el señor Peabody no había encontrado tiempo y dinero suficientes más que para hacer tres excursiones de pesca. Sin embargo, aún se consideraba un ardiente pescador. A veces se había privado de su almuerzo, durante semanas, para poder ahorrar y comprar una caña, o un carrete o anzuelos especiales. A veces se pasaba las horas en el patio de atrás lanzando la caña a una marca en el suelo.

Intentando mirar a William, preguntó bruscamente:

—¿Qué pasa con mi equipo de pesca?

—Jason —interrumpió la suave voz de la señora Peabody—. No te alteres así. Sabes que no has usado ese viejo equipo durante los últimos diez años.

El señor Peabody, envarado, se dirigió a su hijo.

—William, ¿qué es lo que has hecho con él?

William estaba llenando su pipa otra vez.

—Tranquilo, Gob —advirtió—. Mamá dijo que estaría bien. Y tenía que conseguir pasta para pagar el primer plazo del coche. No te sulfures. Te daré los recibos.

—¡Bill! —La voz de Beth sonó aguda, llena de reproche—. ¡No te habrás...!

El señor Peabody emitió un gemido incoherente. Se encaminó a ciegas hacia la puerta principal.

—¡Jason! —La voz de Ella estaba llena de dulzura y razón—. Contrólate, Jason. No has cenado todavía y...

El señor Peabody cerró violentamente la puerta a sus espaldas.

No era la primera vez en veintidós años que el señor Peabody huía a la libertad de Bannister Hill. Ni siquiera era la primera vez que pedía un deseo a una estrella. Tenía una fe ciega en aquella superstición de su infancia y aún pensaba que era una idea muy agradable.

Un instante después de murmurar las palabras, vio la estrella errante. Era un brillante punto de luz que surcaba hacia arriba el anochecer púrpura. No era blanca, como la mayoría de las estrellas fugaces, sino verde pálida.

Recordó otra vieja creencia, muy parecida a la primera. Si se ve una estrella fugaz y se formula un deseo antes de que la estrella desaparezca, el deseo se vuelve realidad. Ansiosamente, tomó aliento.

—¡Desearía poder hacer milagros! —repitió.

Acabó las palabras a tiempo. La estrella aún brillaba. De repente, se dio cuenta que su verde resplandor aumentaba.

¡Aumentaba! ¡Y explotaba!

Entonces, bruscamente, la vaga satisfacción del señor Peabody se convirtió en pánico. Advirtió que un fragmento del meteoro verde, como una bala celestial, venía derecho hacia él. Hizo un frenético esfuerzo por apartarse, por protegerse la cara con las manos...

El señor Peabody se despertó. Estaba tumbado de espaldas en la colina. Gimió y alzó la cabeza. La luna había salido. Sus rayos rielaban en la hierba.

El señor Peabody se sintió envarado y aterido. Tenía las ropas húmedas por el rocío. Y le pasaba algo en la cabeza. En la base de su cerebro, muy adentro, sentía un dolor extraño. No era intenso, pero tenía una pulsación lenta y desagradable.

Se palpó la frente y notó una franja de sangre seca y luego el borde de una pequeña herida.

Dio un gritito y se llevó la mano a la nuca. Pero no tenía sangre en el pelo. El dolor parecía estar cerca de donde había puesto la mano, pero no había ninguna herida en la superficie.

—¡Santo Dios! —susurró el señor Peabody—. ¡Se ha metido en mi cerebro!

La evidencia era bastante clara. Había visto al meteoro dirigirse directamente hacia él. Había un agujerito en su frente, por donde tendría que haber entrado. No había ninguno por donde pudiera haber salido.

¿Por qué no lo había matado? Tal vez porque el calor había cauterizado la herida. Recordó haber leído una de esas historias increíbles acerca de un hombre que había vivido muchos años con una bala en el cerebro.

¡Un meteoro alojado en su cerebro! La idea le hizo temblar. Ella y él habían tenido sus más y sus menos, pero su vida había sido bastante corriente. Podía imaginar que le disparaba un atracador o le atropellaba un taxi. Pero esto...

—Será mejor que vaya a ver al doctor Brant —susurró.

Se tocó la frente llena de sangre y esperó que la herida se curara. Cuando intentó levantarse, sintió un desmayo. La sed le quemó la garganta.

—¡Agua! —jadeó.

Mientras se echaba hacia atrás y se apoyaba en los codos, la sed dibujó en su mente la imagen de un brillante vaso de agua. Éste apareció sobre una roca plana, brillando a la luz de la luna. Parecía tan tangible que alargó la mano y lo cogió.

Bebió sin sorprenderse. Unos pocos sorbos aliviaron su sed y su mente volvió a aclararse. Entonces, la súbita comprensión de lo increíble le hizo temblar de pánico.

El vaso cayó de su mano y se hizo añicos en la roca. Los fragmentos brillaron burlonamente bajo la luz de la luna. El señor Peabody parpadeó.

—¡Era real! —susurró—. ¡Lo hice real! ¡Lo saqué de la nada! Un milagro... ¡He realizado un milagro!

La palabra era extrañamente confortable. En realidad, no sabía mucho más que antes de tener la palabra con que definirlo. Sin embargo, gran parte de aquella turbadora extrañeza desapareció.

Recordó una película que había escrito aquel inglés, H. G. Wells. Trataba de un hombre que podía realizar los milagros más sorprendentes. El señor Peabody recordó que terminó destruyendo el mundo.

—No quiero nada parecido —susurró un poco alarmado, y luego se dispuso a comprobar su don.

Primero intentó levantar mentalmente la roca sobre la que había aparecido el vaso milagroso.

—¡Arriba! —ordenó bruscamente—. ¡Arriba!

La roca, sin embargo, se negó a moverse. Intentó forjar una imagen mental de la roca levantándose. De repente, donde había intentado imaginarla, apareció otra roca aparentemente idéntica.

La piedra milagrosa cayó instantáneamente contra su gemela y se rompió. Los fragmentos golpearon al señor Peabody en la cara. Comprendió que su don, fuera cual fuese su naturaleza, era potencialmente peligroso.

—Lo que he conseguido, es diferente de lo que tenía el hombre de la película —se dijo—. Puedo hacer cosas. Al menos cosas pequeñas. Pero no puedo moverlas. —

Se sentó sobre la hierba mojada—. ¿Puedo... puedo deshacerlas?

Fijó los ojos en los fragmentos del vaso roto.

—¡Vete! —ordenó—. ¡Vete..., desaparece!

Los fragmentos brillaron a la luz de la luna, inmutables.

—No —concluyó el señor Peabody—. No puedo deshacer cosas.

Aquello, en cierto sentido, era una lástima.

Tomó nota mentalmente de otra precaución. Tenía que evitar todo tipo de animales grandes y criaturas peligrosas. Se dio cuenta, de repente, que tiritaba. Se frotó las manos contra el cuerpo y deseó una taza de café.

—Bien... ¿y por qué no? —Intentó forzar la voz contra la aprensión que le dominaba—. ¡Quiero una taza de café!

No pasó nada.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Café!

Siguió sin pasar nada. Y la duda regresó. Probablemente estaba atontado por el meteoro. Pero las alucinaciones parecían tan completamente reales... Aquel vaso de agua, brillando sobre la roca...

¡Y allí estaba otra vez!

O al menos otro igual. Tocó el vaso, inseguro, y tomó un sorbo de agua helada. Era real. El señor Peabody sacudió la cabeza calva y dolorida. Resopló.

—El agua es fácil —murmuró—. Pero ¿cómo conseguir café?

Dejó que su mente creara la imagen de una gran taza blanca, junto con su plato, humeando sobre la roca. La imagen tembló extraña, medio real.

Hizo un esfuerzo. Notaba una especie de rumor en su cabeza, más allá del latido doloroso. Y de repente la taza se hizo real.

La levantó con dedos espantados y temblorosos. El café hirviente sabía igual que el que Ella compraba, el más barato, cada vez que tenía problemas con el presupuesto. Pero era café.

Ahora sabía cómo crear la leche y el azúcar. Simplemente creó una imagen de la jarra y los tres terrones e hizo aquel esfuerzo especial... y allí aparecieron. Momentáneamente, se sintió débil, con una fatiga desconocida.

Hizo una cucharilla y movió el café. Estaba aprendiendo a usar su don. No había diferencia en lo que dijera. Sólo tenía poder para realizar las cosas que dibujara en su mente. Requería un esfuerzo especial, y el acto venía acompañado de aquel poderoso y distante rumor en sus oídos.

Los objetos milagrosos, además, tenían todas las imperfecciones de sus imágenes mentales. Había un agujero irregular en el plato, donde no había completado su imagen.

El señor Peabody, sin embargo, no reflexionó demasiado sobre los detalles de su don. Tal vez el doctor Brant podría explicarlo: era un cirujano joven y brillante. El señor Peabody se concentró en sus preocupaciones más inmediatas.

Estaba tiritando de frío. Decidió no encender un fuego milagroso y se dispuso a

crearse un abrigo. Esto resultó más difícil de lo que había supuesto. Fue necesario dibujar mentalmente las fibras de lana, los detalles de los botones y los ojales, la forma de cada una de las piezas y las costuras.

El proceso de materializarlo, además, resultó muy agotador. Pronto empezó a tambalearse, preso de un extraño cansancio. El dolor en la base de su cerebro latió más rápidamente. Una vez más, sintió el rumor, como un Niágara de poder sobrenatural.

Sin embargo, el abrigo quedó terminado finalmente. Al intentar ponérselo, el señor Peabody descubrió que le sentaba muy mal. Los hombros eran grotescamente anchos. Lo que era peor, había hecho que las mangas estuvieran pegadas.

Cansado, se lo puso sobre los hombros como si fuera una capa. Estaba seguro de que con un poco de cuidado y práctica, podría hacerlo mejor. Sería capaz de hacer todo lo que quisiera.

Sintiendo una cansada satisfacción, el señor Peabody regresó por Bannister Hill. Ahora podía regresar triunfante y en paz a casa. Su cuerpo helado anticipaba las comodidades de su casa y de su cama. Imaginó la alegría que sentiría Ella, William y Beth cuando se enteraran de su don.

Tiró el abrigo a un contenedor de basura y subió al autobús. Al buscar dinero suelto para pagar la tarifa de veinte centavos, sólo encontró una moneda de diez. Una réplica milagrosa resolvió el problema. Se relajó en su asiento con un suspiro de silenciosa satisfacción.

Su hijo, William, fue la primera persona a quien intentó revelar su extraño don. William estaba tumbado en el sillón más cómodo. Se despertó con un sobresalto. Sus ojos se volvieron vidriosos. Al ver al señor Peabody, sonrió lleno de alivio.

—Hola, Gob —saludó—. ¿Se te pasó el berrinche?

La consciencia de su don confería al señor Peabody una nueva autoridad.

—No me llames Gob. —Su voz era más fuerte que de ordinario—. No tenía un berrinche. —Sintió una repentina aprensión—. ¿Qué te ha pasado, William?

—Un tipo chocó conmigo —rezongó el muchacho—. Un idiota con un Buick nuevo. Dice que yo iba en dirección contraria. Llamó a los polis y tuve que volver en autobús. Supongo que te demandarán por los daños, Gob. A menos que quieras pagar la factura. El chapista dijo que la factura serían unos novecientos... ¿Tienes tabaco, Gob?

La vieja furia fruto de la indefensión hirvió en el interior del señor Peabody. Empezó a temblar y crispó los puños. Un instante después, sin embargo, la consciencia de su nuevo poder le permitió sonreír. A partir de ahora las cosas iban a ser diferentes.

—William —dijo gravemente—. Me gustaría ver un poco más de respeto en tus modales en el futuro. —Se estaba preparando para llegar a la dramática revelación de su don—. El coche era tuyo y el accidente también. Arréglalo como quieras.

William hizo un gesto descuidado con su pipa.

—Te equivocas, como de costumbre, Gob. Verás, no quisieron venderme el coche. Tuve que hacer que mamá firmara los papeles. Así que no puedes desentenderte de esto tan fácilmente. Eres el responsable. ¿Tienes tabaco?

Una segunda oleada de furia sacudió al señor Peabody de arriba a abajo. Sin embargo, una vez más, la consciencia de su don vino a rescatarle. Decidió hacer un milagro de duplicación. Eso pondría a William en su sitio.

—Aquí tienes tu tabaco. —Hizo un gesto hacia el centro vacío de la mesa de la biblioteca—. ¡Mira! —Se concentró en la imagen mental de la cajetilla de hojalata roja—. ¡Presto!

La escasa curiosidad que William sentía se convirtió rápidamente en simulada sorpresa. Estiró perezosamente la mano hacia la cajetilla.

—Muy bueno, Gob —rezongó—. Pero aquel mago del Palace hizo el mismo truco el año pasado con más rapidez y con más habilidad. —Alzó la vista de la cajetilla abierta con un reproche triunfante—. Vacía, Gob. Qué truco más malo.

—Lo olvidé. —El señor Peabody se mordió el labio—. Encontrarás una cajetilla medio llena en mi cajón.

Mientras William salía de la habitación, el señor Peabody se dedicó a un proyecto más importante. Con la excitación general que le invadía, no se había puesto a considerar la limitación que las leyes imponían a sus actos de creación, milagros o lo que fueran.

Vació de su flaca cartera lo que quedaba de la paga de la semana. Seleccionó un flamante billete de diez dólares y se concentró en él. Su primera copia salió con el reverso en blanco. La segunda apareció borrosa por los dos lados. Después, sin embargo, consiguió cogerle el truco.

Cuando William volvió arrastrando los pies y encendiendo la pipa, había un pequeño montón de dinero milagroso sobre la mesa. El señor Peabody se recostó en su sillón y cerró los ojos. El dolor punzante disminuyó de nuevo, y el rumor del poder fue apagándose.

—Toma, William —dijo con cansado triunfo—. Dijiste que necesitabas novecientos dólares para pagar el accidente.

Contó los billetes mientras William le miraba con la boca abierta y los ojos brillantes.

—¿Qué es esto, Gob? —jadeó. Había una nota de alarma en su voz—. ¿Dónde has estado esta noche, Gob? ¿El viejo Berg dejó abierta la caja fuerte?

—Si quieres el dinero, cógelo —dijo el señor Peabody bruscamente—. Y cuida lo que dices, hijo.

William recogió los billetes. Los contempló con incredulidad durante unos instantes, y luego se los metió en el bolsillo y salió corriendo de la casa.

Con la mente nublada por la fatiga, el señor Peabody se relajó en el sillón. Una profunda satisfacción le invadía. Esta vez, la utilización de su don no había salido mal. Sobraba suficiente dinero milagroso para poder darle a Ella los cincuenta dólares

que quería. Y podría hacer más, sin límite.

Una mosca vino volando y se colocó bajo la lámpara. Al verla deambular sobre una caja de bombones que había sobre la mesa y por encima de la imagen de una cereza, el señor Peabody decidió hacer otro experimento. ¡Tras un simple instante de esfuerzo creó otra mosca!

Sólo había salido mal una cosa con el insecto milagroso. Por lo que podía ver, era exactamente igual al original. Pero, cuando alargó la mano hacia ella, la mosca no se movió. No tenía vida.

¿Por qué? El señor Peabody se quedó ligeramente asombrado. ¿Le faltaba algún truco imprescindible para crear vida, o aquello era algo completamente fuera del alcance de su poder, algo misteriosamente prohibido?

Se dedicó a experimentar. El problema continuó sin resolverse, aunque la mesa quedó llena de moscas sin vida y las formas inertes de una cucaracha, una rana, un gorrión. Entonces oyó ruido en la puerta principal.

La señora Peabody entró. Llevaba puesto el vestido azul nuevo. Las líneas lisas parecían dar una nueva juventud a su amplia figura, y el señor Peabody pensó que parecía casi hermosa.

Ella estaba aún enfadada. Correspondió a su saludo con un envarado movimiento de cabeza y se dirigió a la escalera, ignorándole. El señor Peabody la siguió ansiosamente.

—¿Ése es tu vestido nuevo, Ella? Te sienta muy bien.

—Gracias, Jason. —Su voz era fría—. No pude pagarle al muchacho porque no tenía dinero. Fue una situación muy embarazosa. Se marchó cuando le prometí que iría por la mañana a la tienda para pagarle.

El señor Peabody sacó diez billetes milagrosos.

—Aquí tienes, querida —dijo—. Y cincuenta más.

Ella se quedó mirándole con la boca abierta.

El señor Peabody le sonrió.

—De ahora en adelante, querida —le prometió—, las cosas van a ser muy distintas. Ahora podré darte todo lo que siempre te has merecido.

La alarma y la sorpresa tensaron la cara de Ella Peabody.

—¿Qué estás diciendo, Jason? —preguntó mientras se acercaba a él.

Vio las moscas sin vida que había creado, y luego emitió un gritito de desagrado y dio un paso atrás, apartándose de la cucaracha, la rana y el gorrión.

—¿Qué son estas cosas? —Su voz era un chillido—. ¿Qué estás haciendo?

Un latido de angustia golpeó el corazón del señor Peabody. Se dio cuenta de que a las otras personas les iba a resultar difícil comprender su don. Probablemente, lo mejor sería hacer una cándida demostración.

—Observa, Ella. Te lo enseñaré.

Se dirigió a las revistas que había en el otro extremo de la mesa. Había descubierto que era difícil materializar bien las cosas confiando sólo en la memoria.

Necesitaba un modelo.

—Esto es. —Encontró un anuncio que mostraba un brazalete de platino engarzado de diamante—. ¿Te gustaría tener esto, querida?

La señora Peabody se apartó de él, pálida.

—Jason, ¿estás loco? —Su voz era rápida y turbada—. Sabes que apenas puedes pagar las pocas cosas que necesitamos. Y ahora esto... dinero... diamantes. ¡No te comprendo!

El señor Peabody dejó la revista sobre sus rodillas. Mientras intentaba cerrar los oídos a la penetrante voz de Ella, empezó a concentrarse en la joya. Resultó más difícil que el dinero. La cabeza le resonaba de dolor. Pero completó aquel esfuerzo final y lo consiguió.

—Bien, ¿te gusta, querida?

Le tendió el brazalete. El platino, blanco y resplandeciente, tenía un peso satisfactorio. Los diamantes brillaban con fulgor genuino. Pero ella no hizo ningún ademán para cogerlo.

—Jason, ¿de dónde has sacado ese brazalete?

—Yo... lo he hecho. —Su voz era suave y tímida—. Es... milagroso.

La expresión de ella hizo que su argumento pareciera muy débil, incluso para el propio señor Peabody.

—¿Milagroso? ¡Mentira! —Ella olfateó el aire—. ¡Jason, creo que estás borracho! —Avanzó de nuevo hacia él—. Ahora quiero saber la verdad. ¿Qué has hecho? ¿Has estado... robando?

Ella le arrancó el brazalete de las manos y lo agitó amenazadoramente ante él.

—¿De dónde has sacado esto?

Al mirar intranquilamente a su alrededor, el señor Peabody vio que la puerta de la cocina se abría muy despacio. William se asomó con mucha cautela. Estaba pálido y las manos le temblaban. En ellas tenía un largo cuchillo de cocina.

—¡Mamá! —exclamó con un ronquido—. ¡Mamá, ten cuidado! El Gob está actuando de manera muy extraña. Intentó hacerme algunos trucos de magia, y luego me dio un montón de billetes falsificados.

Sus ojos ligeramente saltones captaron el resplandor del brazalete y se sorprendió.

—Cosa fina, ¿eh? —Su voz se hizo más dura por la indignación—. Gob, ¿te acuerdas de cuando ésta era una familia respetable y decente? ¡Pasando dinero falso! ¿Cómo has podido?

—¿Falso? —La palabra salió de la garganta reseca del señor Peabody como un áspero susurro—. ¿Qué quieres decir con... falso?

—El chiste del inocente, ¿eh? —replicó William—. Bien, Gob, déjame explicártelo. El dinero falso es ilegal. Pensé que el montón que me diste tenía un aspecto extraño. Así que fui a ver a un tipo en la sala de apuestas que está acostumbrado a manejarlo. Un ciego podría darse cuenta. No vale ni el níquel con que está hecho un dólar. ¡Dice que es un pasaporte seguro para que te caigan quince

años!

Los acontecimientos habían tomado un giro que el señor Peabody no esperaba. Un instante de reflexión le dijo que, al no haber distinguido la pieza de valor del valor en sí, ya era culpable.

—Ilegal...

Miró atontado las caras tensas y suspicaces de su mujer e hijo. Un escalofrío de frustración le invadía. Reunió fuerzas para combatirlo.

—Yo no... no pensé —tartamudeó—. Tendremos que quemar también el dinero que te di, Ella.

Se secó el sudor de la frente y contuvo la respiración.

—Pero, mirad —dijo en voz alta—. Aún tengo el don. Puedo hacer cualquier cosa que quiera... puedo sacarlo de la nada. Os lo enseñaré. Os haré... os haré un lingote de oro.

Su esposa retrocedió, con la cara blanca y estirada por el miedo. William hizo un gesto de amenaza con el cuchillo y le observó con recelo.

—De acuerdo, Gob. Haz tu numerito.

No podía haber ningún crimen en fabricar oro auténtico. Pero el proyecto resultó ser más difícil de lo que el señor Peabody había supuesto. Los primeros contornos del lingote empezaron a desvanecerse y se sintió mareado y enfermo.

El latido de dolor constante llenaba toda su cabeza, más fuerte que nunca. El rumor del poder invisible se convirtió en un huracán que borraba toda su consciencia. Desesperado, se agarró al respaldo de una silla.

El enorme lingote amarillo brilló de verdad bajo la lámpara. Secándose mansamente el sudor de la cara, el señor Peabody hizo un gesto de cansado triunfo y se sentó.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó su esposa ansiosamente—. Pareces tan blanco y cansado. ¿Estás enfermo?

Las manos de William se cebaron rápidamente sobre el lingote dorado. Alzó con esfuerzo un extremo y lo dejó caer. El lingote dio un golpe sólido.

—¡Cielos, Gob! —susurró William—. ¡Es oro! —Sus ojos se abrieron como platos y luego se empequeñecieron con recelo—. Será mejor que dejes de intentar engañarnos, Gob. Has forzado una caja fuerte esta noche.

—Pero lo he hecho. —El señor Peabody se levantó en una ansiosa protesta—. Me visteis.

Ella le cogió por un brazo y le obligó a sentarse.

—Lo sabemos, Jason —dijo suavemente—. Pero pareces tan cansado..., será mejor que te vayas a la cama. Te sentirás mejor por la mañana.

William rascó el lingote de oro con su navaja y exclamó:

—¡Eh, mamá! Mira...

La señora Peabody se llevó un dedo a los labios e hizo un ademán significativo para hacer callar a su hijo. Ayudó al señor Peabody a subir la escalera, le llevó a la

puerta de su dormitorio y luego regresó corriendo junto a William.

El señor Peabody se desnudó cansinamente y se puso el pijama. Con un suspiro, se metió bajo las sábanas y cerró los ojos.

Naturalmente que había cometido unos cuantos errores al principio, pero ahora estaba seguro de que todo saldría bien. Con un poquito más de práctica, podría darles a su mujer y a sus hijos todo lo que se merecían.

—¿Papaíto?

El señor Peabody abrió los ojos y vio que Beth estaba de pie ante su cama. Sus ojos marrones parecían anchos y extraños, y su voz sonaba ansiosa.

—Papaíto, ¿qué cosa espantosa te ha sucedido?

El señor Peabody estiró la mano bajo la sábana y tomó la de ella. La notó tensa y fría.

—Una cosa maravillosa, Bee, querida. No tiene nada de espantosa. Simplemente tengo un don milagroso. Puedo crear cosas. Quiero hacer algo por ti. ¿Qué te gustaría, Bee? ¿Tal vez un collar de perlas?

—¡Papá...!

Su voz estaba ahogada por la preocupación. Se sentó a su lado en la cama y observó ansiosamente su cara. Su mano fría temblaba en la suya.

—Papá, ¿estás... enfermo?

El señor Peabody sintió un temblor de aprensión incontrolable.

—Naturalmente que no, hija. ¿Por qué?

—Mamá y Bill me han estado diciendo cosas terribles —susurró ella, mirándole—. Dicen que estabas jugando con moscas muertas y una cucaracha, y que decías que podías obrar milagros, y que les diste dinero falso, y una joya robada y un lingote de oro falso...

—¿Falso? —jadeó él—. No; era oro de verdad.

Beth sacudió la cabeza.

—Bill me lo enseñó —susurró—. Parece oro por fuera. Pero al rascarlo sólo es plomo.

El señor Peabody se sintió enfermo. No pudo contener las lágrimas de frustración que anegaban sus ojos.

—Lo intenté —gimió—. No sé por qué todo sale mal. —Inspiró con determinación y se sentó en la cama—. Pero puedo hacer oro..., oro auténtico. Te lo demostraré.

—¡Papá! —La voz de Beth era baja, seca y sin aliento—. Papá, estás enfermo. —Se llevó las manos a la cara, temblando—. Mamá y Bill tenían razón. Pero la policía... ¡oh, no puedo soportarlo!

—¿La policía? —El señor Peabody saltó de la cama—. ¿Qué pasa con la policía?

La chica retrocedió lentamente, mirándole con una expresión sombría y temerosa.

—Mamá y Bill les telefonearon. Creen que estás loco, y además mezclaron algunos crímenes horribles. Te tienen miedo.

Retorciendo las manos, el señor Peabody se acercó temeroso a la ventana. Tenía un miedo instintivo a la ley, y sus amplias lecturas de historias de detectives le habían transmitido el horror por el interrogatorio de tercer grado.

—¡No pueden detenerme! —exclamó roncamente—. No creerán lo de mi don. Nadie lo hace. Me encarcelarán por lo del dinero falso, y el lingote de oro y el brazalete. ¡Me encerrarán! —Tembló convulsivamente—. ¡Bee, tengo que irme!

—Papá, no puedes. —Ella le agarró por el brazo, protestando—. Te cogerán al final. Escapar sólo hará que crean que eres culpable.

Él apartó su mano.

—Te digo que tengo que marcharme. No sé adónde. Si tan sólo hubiera alguien que pudiera entender...

—¡Papá, escucha! —Palmeó Beth, y él dio un respingo ante el sonido—. Tienes que ir a ver a Rex. Él puede ayudarte. ¿Irás, papá?

Tras un instante, el señor Peabody asintió.

—Es médico. Puede que comprenda.

—Le llamaré por teléfono para que te espere. Vístete.

El señor Peabody se estaba poniendo los zapatos cuando ella regresó corriendo a la habitación.

—Hay dos policías abajo —susurró—. Rex dice que te esperará. Pero ahora no puedes salir...

Se calló llena de sorpresa cuando una cuerda apareció mágicamente sobre la alfombra. El señor Peabody anudó rápidamente un extremo a una pata de la cama y arrojó el otro por la ventana.

—Adiós, Bee —jadeó—. El doctor Rex ya te llamará.

Ella se giró rápidamente hacia la puerta, pues habían empezado a llamar autoritariamente al otro lado. La notable voz de la señora Peabody atravesó la hoja.

—¡Jason! Abre la puerta inmediatamente. ¡J-a-s-o-n!

El señor Peabody estaba aún a varios metros del suelo cuando la cuerda mágica se rompió inesperadamente. Se levantó como pudo y vio el sedán negro de la policía aparcado delante de la casa.

Recorrió la ciudad, huyendo y temblando por el miedo y el esfuerzo, y encontró abierta la puerta del modesto apartamento de dos habitaciones del doctor Brant. El joven soltó el libro que estaba leyendo, y se levantó, sonriendo, para saludarle.

—Me alegra verle, señor Peabody. ¿No quiere sentarse y contarme lo que le pasa?

Sin aliento, el señor Peabody se apoyó contra la puerta cerrada. Pensó que Brant se comportaba con demasiada amabilidad, y que a la vez estaba en guardia. Comprendió que tenía que moverse con mucha cautela para no meterse en un lío aún mayor del que acababa de escapar.

—Beth probablemente le previno para que esperase a un lunático —empezó a decir—. Pero no estoy loco, doctor. Todavía no. Sucede simplemente que he adquirido un don único. La gente no quiere creer que existe. Recelan de mí.

A pesar de sus esfuerzos por parecer seguro y confiado, su voz temblaba llena de amargura.

—¡Y ahora mi propia familia ha lanzado a la policía contra mí!

—Sí, señor Peabody. —La voz del doctor Brant era muy tranquilizadora—. Siéntese, ¿quiere? Póngase cómodo. Y cuéntemelo todo.

Tras echar el cerrojo a la puerta, el señor Peabody se permitió hundirse cansinamente en el cómodo sillón del doctor Brant. Miró al médico a los ojos.

—No tenía ninguna intención de hacer nada malo. —Su voz aún tenía un tono de protesta—. No soy culpable de ningún crimen deliberado. Sólo intentaba ayudar a las personas que amo.

—Lo sé —le tranquilizó el doctor.

La alarma hizo que el señor Peabody se enderezase. Se dio cuenta de que los modales profesionales de Brant tenían por fin calmar a un loco peligroso. Las palabras no le servirían de nada.

—Beth debe de haberle dicho lo que piensan —dijo desesperadamente—. No quisieron creerlo, pero puedo crear cosas. Déjeme demostrárselo.

Brant le sonrió, amablemente y sin un escepticismo evidente.

—Muy bien, adelante.

—Le haré una pecera.

Miró una pequeña estantería, que estaba abarrotada con las pipas y las revistas médicas del doctor y se concentró en aquel esfuerzo peculiar. El dolor y el rumor pasaron y la pecera se hizo real. Miró interrogante la suave cara de Brant.

—Muy bien, señor Peabody. ¿Puede poner peces dentro?

—No. —El señor Peabody se apretó la cabeza con las manos—. Parece que no puedo crear nada vivo. Ésa es una de las limitaciones que he descubierto.

—¿Eh?

Los ojos de Brant se ensancharon un poco. Se acercó lentamente al pequeño recipiente de cristal, lo tocó con curiosidad y metió un dedo en el agua. Abrió la boca.

—Bien —repitió la palabra con énfasis creciente—. ¡Bien, bien, bien!

Sus ojos grises se clavaron en el señor Peabody.

—¿Está siendo sincero conmigo? ¿Me da su palabra de que no hay ningún truco? ¿Materializó este objeto sólo con un esfuerzo mental?

El señor Peabody asintió.

Ahora le tocaba a Brant el turno de excitarse. Mientras el señor Peabody permanecía sentado, recuperando la respiración, el joven médico recorrió la habitación de arriba abajo. Encendió su pipa y dejó que se apagara, y preguntó una andanada de cuestiones con voz tensa.

El señor Peabody, cansado, trató de responder a sus preguntas. Hizo nuevas manifestaciones de su don, materializando un clavo, una cerilla, un terrón de azúcar y una pulsera supuestamente de plata. Al comentar el color plomizo de esto último, recordó sus desgracias con el lingote de oro.

—Una dificultad menor... asumiendo siempre que sea un hecho.

Brant se quitó las gafas y las limpió nerviosamente.

—Probablemente es debido a la falta de costumbre con la estructura atómica...

¡Pero, Dios Santo!

Una vez más, empezó a recorrer la habitación.

Exhausto por la fatiga, el señor Peabody por fin pudo arrastrarse a la cama del doctor Brant. A pesar de aquel pequeño latido en su cerebro, durmió como un tronco.

Y arriba en el cielo una estrella brillante parpadeó en verde.

Brant, si llegó a dormir, lo hizo en el sofá. A la mañana siguiente, arrugado, ojeroso y sin afeitarse, despertó al señor Peabody. Refrescó su asombrada memoria mostrándole el clavo, la cerilla, el terrón de azúcar y la pulsera de plomo y le preguntó frenéticamente si aún poseía el don.

El señor Peabody se sentía atontado y pesado. El dolor de cabeza era peor que nunca, y se sintió remiso a intentar ningún otro milagro. Sin embargo, consiguió servirse una taza de café inexplicable.

—¡Bien! —exclamó Brant—. ¡Bien, bien, bien! Toda la noche he estado dudando de mis propios sentidos. Dios Santos... es increíble. ¡Pero qué oportunidad para la ciencia médica!

—¿Eh? —El señor Peabody se agitó, temeroso—. ¿Qué quiere decir?

—No se alarme —le tranquilizó Brant—. Naturalmente, tendremos que mantener su caso en secreto, al menos hasta que tengamos datos suficientes para hacer una declaración oficial. Pero, tanto por su bien como por el de la ciencia, tiene que permitirme que estudie su nuevo poder.

Nervioso, empezó a limpiarse las gafas.

—Es usted mi tío —declaró bruscamente—. Se llama Homer Brown. Vive en Pottsville. Está pasando conmigo unos cuantos días, mientras le examinan en el hospital.

—¿Hospital?

El señor Peabody inició una débil protesta. Desde que nació Beth, le aterrizaron los hospitales. Insistía en que incluso el olor bastaba para ponerle enfermo.

Sin embargo, en medio de sus objeciones, se encontró en el interior de un taxi.

Brant le condujo al enorme edificio gris, entre enfermeras e internos. Le hicieron una interminable serie de exámenes. Desde la amabilidad remota y alerta que le rodeaba, el señor Peabody se dio cuenta de que le trataban como si estuviera loco. Por fin, Brant le llevó a una pequeña sala de consulta y cerró la puerta.

—Señor Peabody, tengo que pedirle disculpas por todas mis dudas —dijo—. Los rayos X prueban lo increíble. Tenga, véalo usted mismo.

Sentó al señor Peabody ante dos espejos que reflejaban un cráneo de aspecto extraño. Las dos imágenes se fundieron en una. En la base del cráneo, más allá de las cuencas de los ojos, Brant señaló un objeto negro.

—Eso es.

—¿Quiere decir que es el meteoro?

—Es un cuerpo extraño. Naturalmente, no podemos determinar su auténtica naturaleza sin recurrir a la cirugía cerebral. Pero los rayos X muestran las cicatrices de su paso a través del tejido cerebral y el hueso frontal... milagrosamente sanados. Sin duda, es el objeto que le golpeó.

El señor Peabody se puso en pie, jadeando sin voz.

—¡Cirugía cerebral! —gimió roncamente—. ¡No van...!

Brant sacudió muy despacio la cabeza.

—Ojalá pudiéramos —dijo gravemente—. Pero la operación es imposible. Envolvería toda una sección del cerebro. Ningún cirujano que conozco se atrevería a intentarlo.

Tomó del brazo amablemente al señor Peabody. Bajó la voz.

—Sería injusto ocultarle que su caso es extremadamente serio.

Las rodillas del señor Peabody temblaron.

—Doctor, ¿qué quiere decir?

—Ese cuerpo extraño es radiactivo —dijo deliberadamente—. Me di cuenta de que la película tendía a velarse, y el contador Geiger se volvió loco cuando se lo acercamos.

La cara del doctor estaba blanca y tensa.

—Comprenda que no puede ser retirado. Y el efecto destructivo de las radiaciones sobre el tejido cerebral será inevitablemente fatal dentro de unas pocas semanas.

Meneó la cabeza mientras el señor Peabody le miraba sin comprender.

La sonrisa de Brant era tensa, amarga.

—Parece que su vida es el precio que debe pagar por su don.

El señor Peabody dejó que Brant le condujera de vuelta al apartamento. El latido en su cabeza era un recordatorio incesante de que los rayos de la piedra estaban destruyendo su cerebro. La desesperación le invadió y se sintió desfallecer de dolor.

—Ahora que voy a morir —le dijo al médico—, hay algo que tengo que hacer. Tengo que usar el don para conseguir el dinero suficiente para que mi familia no quede desatendida.

—Estoy seguro de que podrá hacerlo —coincidió Brant. Llenó una pipa y se acercó al sillón del señor Peabody—. No quiero despertarle falsas esperanzas —dijo lentamente—, pero quiero sugerirle una posibilidad.

—¿Eh? —El señor Peabody se incorporó a medias—. ¿Quiere decir que se me puede quitar la piedra?

Brant negó con la cabeza.

—No puede hacerse con ninguna técnica quirúrgica. Pero estaba pensando una cosa: su extraordinario poder sanó la herida que produjo la piedra al atravesar el cerebro. Si puede adquirir control sobre la creación y manipulación de la materia viviente, podríamos intentar la operación... dependiendo de su don para sanar la

sección.

—No hay ninguna posibilidad. —El señor Peabody se hundió cansinamente en el cómodo sillón del doctor Brant—. Lo he intentado y no puedo crear nada vivo. Ese poder, simplemente, no se me ha concedido.

—Tonterías —le dijo Brant—. Probablemente, la dificultad consiste en que usted no sabe suficiente biología. Un poco de formación en bioquímica, anatomía y fisiología podrían remediarlo.

—Lo intentaré —accedió el señor Peabody—. Pero primero tengo que solucionar el problema de mi familia.

Después de que el doctor le instruyera sobre los últimos descubrimientos en estructura atómica y molecular, pudo crear objetos de metales preciosos sin que ninguno de ellos se convirtiera en plomo, como el lingote de oro.

Durante dos días se esforzó al máximo creando oro y platino. Moldeó los metales en forma de cajas de relojes, joyas antiguas, piezas dentales y medallas, de forma que pudiera utilizarlas sin despertar sospechas.

Brant llevó algunos objetos a un tratante de oro viejo. Regresó con cinco mil dólares y la seguridad de que el lote completo, puesto a la venta gradualmente, valdría varios miles.

El señor Peabody enfermó por el dolor y el cansancio que le provocaba su trabajo de creación, y aún sentía miedo a la ley. Supo por los periódicos que la policía vigilaba su casa, y ni siquiera se atrevió a telefonar a su hija Beth.

—Todos piensan que estoy loco, incluso Beth —le dijo a Brant—. Probablemente nunca volveré a ver a ninguno. Quiero que guarde usted el dinero y se lo dé cuando yo ya no esté.

—Tonterías —dijo el joven doctor—. Cuando tenga un poco más de control sobre su don, podrá solucionarlo todo.

Pero incluso Brant tenía que admitir que la enfermedad progresiva del señor Peabody amenazaba con interrumpir la investigación antes de que alcanzaran el éxito.

Pálido y ojeroso, murmurando acerca de «conversión de energía», «entropía-reversa» y «capacidad psitelúrgica», Brant pasaba despierto noche tras noche mientras el señor Peabody dormía, investigando en gruesos tomos sobre la relatividad, física atómica y parapsicología, con el afán de descubrir una explicación racional al don.

—Creo que ese rumor que dice que oye —le dijo al señor Peabody— no es sino una sensación de la energía radiante libre del espacio cósmico. La piedra radiactiva, de alguna manera, ha capacitado su cerebro..., tal vez estimulando la facultad psicofísica, que es rudimentaria en todos nosotros..., le ha permitido concentrarse y convertir esa energía difusa en átomos materiales.

El señor Peabody sacudió su cabeza enfebrecida.

—¿De qué me sirve su teoría? —La desesperación le hizo exponer amargamente su caso—. Puedo obrar milagros, pero ¿qué bien me ha hecho el don? Me ha

separado de mi familia. Me ha convertido en un fugitivo de la justicia. Me ha vuelto una especie de conejillo de indias para sus experimentos. No es más que un dolor de cabeza... uno auténtico, quiero decir. Y al final, va a matarme.

—No, si puede aprender a crear materia viva —le aseguró Brant.

Sin mucha esperanza, pues el dolor y la debilidad que acompañaban sus milagrosos esfuerzos aumentaban día a día, el señor Peabody siguió las lecciones de Brant sobre anatomía y fisiología. Materializó porciones de protoplasma, células simples y pedazos de tejido.

El doctor, evidentemente, tenía ideas grandiosas sobre un ser humano milagroso. Hizo que el señor Peabody estudiara y creara miembros y órganos humanos. Tras unos cuantos días, el cuarto de baño quedó lleno de extraños montones de residuos milagrosos que flotaban en una solución preservativa.

Entonces el señor Peabody se rebeló.

—Me estoy debilitando demasiado, doctor. Mi poder está... desapareciendo. A veces parece que las cosas van a desvanecerse en vez de hacerse reales. Sé que no puedo crear algo tan grande como un ser humano.

—Bien, haga algo pequeño —le dijo Brant—. Recuerde que si se rinde, perderá la vida.

Con un manual de biología marina sobre las rodillas, el señor Peabody formaba pequeños peces de colores en la pecera que había creado la noche de su llegada. Eran brillantes, perfectos... excepto que siempre flotaban en la superficie del agua, muertos.

Brant había salido. El señor Peabody estaba solo ante la pecera cuando Beth entró silenciosamente en el apartamento. Parecía pálida y nerviosa.

—¡Papá! —exclamó ansiosamente—. ¿Cómo estás? —Se acercó a él y cogió sus manos temblorosas—. Rex me advirtió por teléfono de que no viniera; temía que la policía pudiera seguirme. Pero no creo que me hayan visto. Y tenía que venir, papá. Estaba tan preocupada... Pero ¿cómo estás?

—Creo que me pondré bien —mintió sin fuerzas el señor Peabody, mientras intentaba ocultar el temblor en su voz—. Me alegro de verte, querida. Háblame de tu madre y de Bill.

—Están bien. Pero papá, pareces tan enfermo...

—Toma, tengo algo para ti. —El señor Peabody sacó los quinientos dólares de su cartera y se los puso en la mano—. Habrá más... más tarde.

—Pero papá...

—No te preocupes, querida. No es falso.

—No es eso. —Su voz era nerviosa—. Rex ha intentado hablarme de esos milagros. No lo comprendo, papá; no sé qué creer. Pero sí sé que no queremos el dinero que haces con ellos. Ninguno de nosotros.

El señor Peabody trató de ocultar su dolor.

—Pero querida, ¿cómo vais a vivir?

—Voy a ponerme a trabajar la semana que viene. Voy a ser la recepcionista de un dentista... hasta que Rex tenga su propia consulta. Y mamá va a aceptar dos inquilinos en la habitación libre.

—Pero ¿y William?

—Bill tiene ya un trabajo —le informó Beth—. ¿Te acuerdas del tipo con el que chocó? Bien, pues tiene un garaje. Dejó que Bill trabajara para él. Bill gana cincuenta a la semana, y paga treinta por el accidente. Bill lo está haciendo muy bien.

La forma en que lo dijo aclaró al señor Peabody que había habido un espíritu guiando la notable reforma de su familia... y que Beth tenía mucho que ver con ello. El señor Peabody sonrió agradecido para demostrar que comprendía, pero no dijo nada.

Ella rehusó verle demostrar su don.

—No, papá. —Se retiró casi horrorizada de la pecera con los peces de colores sin vida flotando en ella—. No me gusta la magia, y no creo que se dé algo a cambio de nada. Siempre hay un precio.

Se le acercó y volvió a cogerle las manos, ansiosa.

—Papá —suplicó suavemente—, ¿por qué no renuncias a ese don? Sea lo que sea. ¿Por qué no se lo explicas a la policía y a tu jefe e intentas recuperar tu antiguo trabajo?

El señor Peabody sacudió la cabeza con una sonrisita amarga.

—Me temo que explicarlo no será tan fácil. Pero estoy dispuesto a renunciar al don... si puedo.

—No te comprendo, papá. —Su cara temblaba—. Ahora tengo que irme. Espero que la policía no me viera. Volveré en cuanto pueda.

Cinco minutos más tarde la puerta se abrió bruscamente. El señor Peabody alzó la vista sorprendido. Y el fantasma brillante de un pececito, medio materializado, parpadeó y desapareció.

El señor Peabody había esperado ver a Brant de regreso. Pero cuatro policías, dos de ellos de paisano, irrumpieron en la habitación. Triunfantes, le informaron que estaba arrestado y empezaron a registrar el apartamento.

—¡Eh, sargento! —gritó uno de ellos, lleno de excitación, desde el cuarto de baño—. Parece que el doctor Brant también está en el ajo. Y no es sólo robo de joyas, fraude y falsificación. ¡Es asesinato... con mutilación!

Los sorprendidos oficiales se acercaron cuidadosamente al señor Peabody haciendo oscilar las esposas. El señor Peabody, sin embargo, parecía curiosamente relajado para tratarse de un hombre al que acababan de arrestar acusado de los mayores crímenes. La sombra acechante de dolor desapareció de su cara y sonrió felizmente.

—¡Eh, han desaparecido! —Era el patrullero del cuarto de baño. Su excitación llena de horror se había convertido en una consternación incrédula—. Los vi hace un minuto, lo juro. Pero ahora no hay nada más que agua.

El sargento miró receloso al señor Peabody, quien parecía inexpresivo pero exhausto. Luego hizo unas cuantas observaciones al policía y finalmente maldijo con mucha convicción.

Los ojos del señor Peabody se cerraron. La sonrisa de su cara se suavizó, llena de cansada relajación. El sargento le cogió cuando empezó a caerse. Se había quedado dormido.

Se despertó a la mañana siguiente en una cama del hospital. El doctor Brant se encontraba junto a la cama. En respuesta a la primera pregunta alarmada del señor Peabody, sonrió tranquilizándole.

—Es usted mi paciente —explicó—. Ha estado bajo mi cuidado por un extraño caso de amnesia. Una amnesia muy conveniente. Y se está recuperando muy bien.

—¿La policía?

Brant hizo un amplio gesto.

—No tiene nada que temer. No hay ninguna evidencia de que fuera culpable de ningún acto criminal. Naturalmente, se preguntan cómo pudo llegar usted a poseer dinero falso; pero desde luego no pueden probar que usted lo hiciera. Ya les he dicho que, como víctima de la amnesia, usted no podrá decirles nada.

El señor Peabody suspiró y se estiró bajo las sábanas, agradecido.

—Ahora tengo que hacerle un par de preguntas —dijo Brant—. ¿Qué pasó con los residuos del cuarto de baño? ¿Y la piedra de su cabeza? Los rayos X demuestran que ha desaparecido.

—Simplemente los deshice —contestó el señor Peabody.

Brant inspiró y asintió muy lentamente.

—Ya veo —dijo por fin—. Supongo que la contrapartida inevitable de la creación debe ser la aniquilación. Pero ¿cómo lo hizo?

—Se me ocurrió cuando entró la policía. Estaba creando otro de esos malditos peces de colores y estaba demasiado cansado para acabarlo. Cuando oí la puerta, hice un pequeño esfuerzo para... Bueno, para dejarlo ir.

Suspiró de nuevo, feliz.

—Así sucedió. El pez desapareció de la existencia. Hizo una explosión en mi cabeza, como una bomba. Eso me dio la idea de deshacer. Aniquilación, lo llama usted. Es mucho más fácil que crear en cuanto se le coge el truco. Me deshice de las cosas del baño y de la piedra de mi cabeza.

—Ya veo. —Brant dio una vuelta por la habitación y volvió a preguntar—. Ahora que la piedra se ha ido... supongo que su notable poder se ha... ¿perdido?

Pasaron varios segundos antes de que el señor Peabody replicara. Entonces dijo suavemente:

—Se ha perdido.

Esto último, sin embargo, era mentira. El señor Peabody había aprendido algunas lecciones. La aniquilación de la piedra meteórica había acabado con su dolor. Pero, tal como se había asegurado con la creación y la destrucción instantánea de un

pececillo bajo las sábanas, su poder continuaba intacto.

El señor Peabody sigue trabajando como contable y en gran medida continúa siendo el mismo hombre que era aquella noche desesperada en que se acercó a Bannister Hill. Sin embargo, hay una sutil diferencia en él.

Una nueva confianza en sí mismo ha hecho que el señor Berg le haya aumentado sus responsabilidades y su sueldo. Los misterios aún no resueltos relacionados con su ataque de amnesia hacen que su familia y sus vecinos le traten con cierto temor. William ahora le llama «Gob» muy de tarde en tarde.

El señor Peabody continúa practicando muy discretamente su don. A veces, cuando está solo, se atreve a proporcionarse un cigarrillo milagroso. Una vez, en mitad de la noche, un mosquito que le había atormentado más allá de lo tolerable simplemente desapareció.

Y, de alguna manera, ha llegado a poseer un equipo de pesca que es la envidia de sus amigos... un equipo que ahora encuentra tiempo de usar.

Su don lo reserva, principalmente, para ejecutar trucos inexplicables que son la delicia de sus dos nietos, y para crear juguetes pequeños y milagrosos.

Todo esto, les alecciona estrictamente, no debe ser revelado a Beth ni al doctor Brant, sus padres.

Inadaptado

Robert A. Heinlein (1907-1988)^[23]

Astounding Science Fiction, noviembre

El segundo relato publicado por Heinlein (el primero apareció unos meses antes el mismo año y pertenece a su Historia del futuro^[24]), «Inadaptado», contiene todos los elementos que le hicieron mayor: el cuidado de los detalles, la agilidad narrativa, un protagonista joven y una extrapolación social interesante. El «Cuerpo de Construcción Cósmica» tiene una deuda obvia con los Civilian Conservation Corps (Cuerpos de Protección Civil) de la Depresión.

(Nadie ha dominado nunca el campo de la ciencia ficción como lo hizo Bob durante los primeros años de su carrera. Fue un fenómeno de un solo hombre que probablemente no se repita nunca. El género ha crecido demasiado, su naturaleza se ha vuelto demasiado variada y sus escritores son demasiados para que una sola persona pueda eclipsarlo todo. I. A.)

«... con el objetivo de conservar y mejorar nuestros recursos interplanetarios, y proporcionar ocupaciones útiles y saludables a la juventud de este planeta».

Extracto del Acta de Permiso, Autonomía 7118,
estableciendo el Cuerpo de Construcción Cósmica.

¡Atentos a la revista! —Desde la plaza de armas sonó la voz de un sargento primero de la Marina Espacial, cortando la niebla y la llovizna de una sucia mañana de Nueva Jersey—. Cuando oigan sus nombres, contesten «Aquí», adelántense con su equipaje y embarquen. ¡Atkins!

—¡Aquí!

—¡Austin!

—¡Aquí!

—¡Ayres!

—¡Aquí!

Uno a uno fueron abandonando la formación, se echaban al hombro los cincuenta kilos de pertenencias personales que se les permitía llevar y subían fatigosamente la escalerilla. Eran jóvenes, ninguno pasaba de los veintidós años, y en algunos casos el peso del equipaje sobrepasaba al del propietario.

—¡Kaplan!

—¡Aquí!

—¡Keith!

—¡Aquí!

—¡Libby!

—¡Aquí!

Un tipo delgado y rubio se separó de la fila, se sonó la nariz apresuradamente y recogió sus pertenencias. Se echó una gruesa bolsa de lona al hombro, la aseguró, y levantó una maleta con la mano libre. Empezó a subir la escalerilla con paso irregular, y en ese momento tropezó con la maleta. Se tambaleó, inclinándose sobre alguien delgado y de corta estatura, vestido con el color azul pólvora de la Marina Espacial. Dedos poderosos le asieron del brazo y evitaron que cayera.

—Calma, hijo. Así será más fácil.

Otra mano aseguró la bolsa de lona en su hombro.

—Oh, perdone, eh... —El aturdido joven contó automáticamente las cuatro cintas plateadas bordadas bajo el cometa—, capitán. Yo no...

—Es mejor que suba a bordo, hijo.

—Sí, señor.

Las entrañas de la nave de transporte estaban a oscuras. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio a un artillero, con los galones de sargento, que señalaba con el pulgar una puerta neumática abierta.

—Allí. Busquen su taquilla y esperen allí.

Libby se apresuró a obedecer. Una vez dentro, se encontró con una confusión de equipajes y hombres en un amplio compartimento de techo muy bajo. Una hilera de extractores de aire se extendía desde la unión del mamparo y el techo, dividiendo en tres partes a este último. El apagado ruido de los extractores era el ruido de fondo de todas las voces de sus compañeros de nave. Se abrió paso por entre el barullo de equipajes y localizó su taquilla, la siete uno cero, en la pared opuesta exterior. Rompió el precinto de la cerradura de combinación, echó un vistazo a las cifras, y la abrió. La taquilla era muy pequeña, en el centro de una hilera de tres. Pensó en lo que debería conservar allí. Un altavoz hizo acallar los murmullos y exigió su atención:

—¡Atención! Primera sección aseguren todo el equipaje. Despegue en doce minutos. Cierren los compartimentos estancos. Comunicaciones interrumpidas a menos de dos minutos. Órdenes especiales para los pasajeros; coloquen todos los bultos en la cubierta, y acuéstense cuando aparezca la luz roja. No se muevan hasta que se dé el aviso. Los sargentos de guardia deben comprobar el exacto cumplimiento de las órdenes.

El sargento entró, dio un vistazo alrededor y comenzó inmediatamente a supervisar la nueva puesta en orden del equipaje. Los objetos pesados fueron asegurados con cuerdas y se cerraron las puertas herméticas. Cuando todos los hombres habían encontrado un lugar en la cubierta y el sargento se colocó correctamente una almohadilla bajo su cabeza, las luces se volvieron rojas y el altavoz atronó:

—¡Atención todo el mundo! ¡Vamos a despegar! Preparados para aceleración.

El sargento se reclinó de mala gana contra dos bolsas de viaje, y contempló la sala. Los altavoces enmudecieron y se produjo un silencio de muerte durante dos interminables minutos. Luego, la cubierta tembló y un sonido similar al de vapor escapándose a alta presión martilleó los tímpanos de sus orejas. Libby se sintió de repente muy pesado, con algo aplastándole el pecho y el corazón. Pasó un tiempo indefinido antes de que las luces adquirieran una tonalidad blanca. Un altavoz volvió a rugir:

—¡Retiren todos los pertrechos de la cubierta! ¡Ritmo regular, primera sección!

Los extractores habían recobrado la vida. El sargento se levantó, restregó sus nalgas y golpeó sus brazos.

—Muy bien, muchachos —dijo.

Dio unos pasos y abrió la puerta del compartimento estanco. Libby se puso en pie... y se precipitó contra un mamparo, a punto de caerse. Sus brazos y piernas seguían dormidos, pese a que se sentía alarmantemente ligero, como si se hubiera quitado de encima la mitad de su escaso peso.

En las dos horas siguientes no tuvo ni un momento para pensar o para sentir

nostalgia. Había que llevar todas las maletas, cajas y bolsas a la cala inferior, y amarrarlas para prevenir los efectos de la aceleración angular. Localizó y aprendió a utilizar un lavabo sin agua. Encontró su litera y se enteró de que sólo le pertenecía ocho horas de cada veinticuatro, porque otros dos compañeros debían usarla también. Las tres secciones comían en tres turnos, cada una de ellas dividida a su vez en tres grupos: veinticuatro jóvenes y un sargento sentados en una larga mesa que casi llenaba el estrecho compartimento de la cocina.

Después de la comida, Libby volvió a ordenar su taquilla. Estaba de pie ante ella, contemplando una fotografía que intentaba colocar en la parte interior de la puerta, cuando sonó una orden en el compartimento.

—¡Atención!

Junto a la puerta se hallaba el capitán, flanqueado por el sargento.

—Descansad, muchachos —empezó a hablar el capitán—. Sentaos. McCoy, llame a control y diga que acondicionen la sala para fumar.

El aludido corrió hasta el comunicador que había en el mamparo y habló en voz baja. Casi al mismo tiempo el zumbido de los extractores se hizo más audible.

—Podéis fumar si queréis —prosiguió el capitán—. Quiero hablaros.

»Muchachos, estáis participando en la misión más importante de vuestras vidas. De ahora en adelante sois hombres, con una de las tareas más duras a las que nunca antes se ha enfrentado un hombre. Lo que debemos hacer forma parte de un plan general. Vosotros, y cientos de miles como vosotros, vais a ser pioneros en la adaptación del sistema solar, que permita a los seres humanos utilizarlo de la mejor forma posible.

»Igualmente importante es el hecho de que se os está dando una oportunidad para convertirlos en ciudadanos útiles y felices de la Federación. Por diversas razones no estabais correctamente preparados para vivir en la Tierra. Algunos de vosotros os encontrasteis con que los trabajos para los que fuisteis entrenados habían sido suprimidos por nuevos ingenios. Otros no supisteis qué hacer durante el tiempo de ocio de la época moderna. En cualquier caso, estabais inadaptados. Tal vez os han llamado inútiles y constáis como tales en cualquier lugar al que vayáis.

»Sin embargo, todos y cada uno de vosotros empezáis hoy. En esta nave no consta otra cosa que no sea vuestro nombre al principio de una hoja en blanco. Vosotros rellenaréis esta hoja.

»En cuanto a nuestro trabajo... No tenemos uno de esos fáciles trabajos de reparaciones y reacondicionamientos en la Luna, con fines de semana en Luna City y con todas las comodidades del hogar. Ni hemos conseguido un planeta de alta gravedad en el que un hombre puede hartarse de comida y aguantarla dentro. No. Vamos a ir al asteroide HS-5388 y a convertirlo en la estación espacial T-M3. No tiene atmósfera, y su gravedad es sólo un dos por ciento de la superficie de la Tierra. Vamos a ser moscas humanas durante, al menos, seis meses, sin chicas para conquistar, sin televisión, sin otras diversiones que las que vosotros mismos ideéis, y

con un trabajo muy duro cada día. El espacio os pondrá enfermos, podréis saborear vuestra nostalgia, y tendréis pánico a los lugares públicos. Las radiaciones os abrasarán si no tenéis cuidado. El estómago os atormentará, y os lamentaréis ante Dios por haberos enrolado.

»Pero si os domináis, y escucháis el consejo de un veterano del espacio, saldréis de allí fuertes y saludables, con una pequeña renta en el banco, y con un acopio de conocimientos y experiencias que no podríais obtener en cuarenta años de vivir en la Tierra. Os haréis hombres, y lo sabréis.

»Una última cosa. Será muy desagradable para los que no estén acostumbrados. Sed considerados con vuestros compañeros y todo irá bien. Si tenéis quejas y no podéis solucionarlas, venid a verme. Creo que eso es todo. ¿Alguna pregunta?

—¿Capitán? —dijo uno de los jóvenes con timidez, levantando su mano.

—Hable fuerte, muchacho, y dé su nombre.

—Rogers, señor. ¿Podremos recibir cartas de casa?

—Sí, pero no muy a menudo. Quizá una vez al mes. El correo llegará con el capellán y con todas las naves de inspección o suministro.

El altavoz volvió a retumbar:

—¡A todo el personal! Vuelo libre en diez minutos. Preparados para perder peso.

El sargento supervisó los cordajes, apretando todos los que estaban flojos, y todos los hombres recibieron una pequeña bolsa de plástico. Apenas terminado el reparto, Libby se sintió ligero de peso. Una sensación idéntica a la de un ascensor a gran velocidad cuando se detiene de repente al subir. Pero la sensación proseguía y se hacía más intensa. Al principio fue una novedad agradable, luego penosa. La sangre se agolpó en sus oídos y sus pies estaban fríos y húmedos. La saliva fluyó en cantidades anormales. Intentó tragar, se atragantó y tosió. Su estómago se estremeció y se contrajo en un reflejo violento, penoso, convulsivo. Sintió unas náuseas repentinas y espantosas. Tras el primer espasmo agudo, oyó gritar a McCoy:

—¡Hey! Utilicen las bolsas tal como les dije. No las pongan al alcance de los extractores.

Aunque vagamente, Libby comprendió que la advertencia le incluía. Buscó a tientas su bolsa de celulosa justo cuando le sobrevinía un segundo estremecimiento, pero se las arregló para colocar la bolsa bajo su boca antes del espasmo. Luego se dio cuenta de que estaba flotando cerca del techo y junto a la puerta. El sargento, tambaleándose, habló con McCoy.

—¿Cómo va todo? —le preguntó.

—Bastante bien. Algunos de los chicos olvidaron sus bolsas.

—Bien. Límpienlo todo. Pueden usar el compartimento de estribor.

Se deslizó hacia afuera y McCoy tocó el brazo de Libby.

—Aquí, Pulgarcito, empieza a cazar mariposas —dijo.

McCoy le alargó un puñado de algodón, cogió otro él mismo, y fue recogiendo con destreza los grumos de viscosas inmundicias que flotaban en el compartimento.

—Asegúrense de que la bolsa está bien cerrada. Cuando se sientan mal, lo único que deben hacer es pararse y esperar a que pase todo.

Libby le imitó lo mejor que pudo. Al cabo de pocos minutos habían limpiado lo peor de todas aquellas inmundicias humanas. McCoy miró a su alrededor.

—Ahora —dijo—, quítense la ropa sucia y cambien sus bolsas. Tres o cuatro de ustedes llévenlo todo al compartimento estanco de estribor.

Una vez allí, dejaron las bolsas dentro, se cerró la puerta interior y se abrió la exterior. Cuando la primera volvió a abrirse, las bolsas habían desaparecido, expulsadas al espacio con el aire que se había escapado.

—¿Debemos hacer lo mismo con la ropa sucia? —preguntó alguien a McCoy.

—Eh, bueno, sólo le daremos una dosis de vacío. Métenla dentro y sujétenla en esos ganchos de los mamparos. Átenla bien fuerte.

El compartimento volvió a cerrarse por segunda vez, ahora durante cinco minutos. Cuando la puerta interior se abrió, toda la ropa estaba perfectamente seca; toda la humedad había ido a parar al vacío del espacio. Todo lo que quedaba de los desagradables vómitos era un residuo polvoriento y esterilizado. McCoy hizo un gesto de aprobación.

—Muy bien —comentó—. Vuelvan a llevarlo todo al compartimento, y cepíllenlo, muy fuerte, frente a los extractores.

Los siguientes días fueron de una penuria interminable. Los malestares espaciales monopolizaron la atención de todos y no hubo tiempo para la nostalgia. El capitán garantizó quince minutos de suave aceleración para cada uno de los nueve turnos de comida, pero la tregua acentuó la agonía. Libby iba a comer débil y con un hambre voraz. La comida sólo duraba en el estómago hasta que se reanudaba el vuelo libre. Luego, las náuseas volvían a estremecer todo su cuerpo.

El cuarto día, cuando se hallaba recostado contra un mamparo, disfrutando de los pocos minutos de gravedad que restaban al último turno de comida, McCoy se aproximó y tomó asiento junto a él. El ayudante del capitán se ajustó un filtro de humo en su cara y encendió un cigarrillo. Aspiró profundamente y empezó a charlar.

—¿Cómo va, novato?

—Bien, supongo. Esta enfermedad del espacio... McCoy, dígame, ¿cómo ha podido acostumbrarse a esto?

—Es cuestión de tiempo. El cuerpo va adquiriendo nuevos reflejos, al menos eso me explicaron. Una vez has aprendido a tragar sin ahogarte, todo va bien. Incluso es agradable. Es algo sosegado y relajante. Cuatro horas durmiendo son tan buenas como diez.

Libby agitó tristemente su cabeza.

—No creo que me acostumbre nunca —dijo.

—Sí, lo harás. Será mejor que lo hagas, en cualquier caso. Hablando claro, nuestro asteroide no tendrá ninguna gravedad. El jefe de brigadas dice que ni siquiera llegará al dos por ciento de la terrestre. Esto no será suficiente para curar los mareos. Y allí no habrá ninguna aceleración durante las comidas.

Libby se estremeció y sostuvo su cabeza con ambas manos.

Localizar un asteroide entre varios miles no es tan fácil como encontrar Trafalgar Square en Londres. Y todavía es menos fácil si se tiene en cuenta que allí el telón de fondo es el enjambre de estrellas de la galaxia. Se sale de la Tierra con una velocidad orbital de cerca de treinta y un kilómetros por segundo. Se intenta tomar una curva conoide mixta que no sólo intersecte la órbita del diminuto y veloz asteroide, sino que también lleve a una cita exacta. El asteroide HS-5388, «el ochenta y ocho», se hallaba a dos coma dos unidades astronómicas del Sol, algo más de trescientos veinte millones de kilómetros. Cuando la nave de transporte partió se encontraba detrás del Sol, a más de cuatrocientos ochenta millones de kilómetros. El capitán Doyle dio instrucciones al oficial de navegación para seguir el elipsoide básico, con exactitud, en vuelo libre alrededor del Sol a través de una distancia media de unos quinientos cuarenta millones de kilómetros. El principio es el mismo que el usado por un cazador para alcanzar a un pato en el aire «dejando» que el ave siga volando. Pero supongamos que el cazador tiene el sol enfrente en el momento de disparar; supongamos que la presa no puede ser vista desde su posición. En ese caso, el cazador puede apuntar basándose únicamente en su recuerdo de dónde estaba el pato cuando lo vio por última vez.

El noveno día de viaje, el capitán Doyle acudió a la sala de navegación y empezó a manipular el ordenador. Luego envió a su ayudante para que transmitiera sus felicitaciones al oficial de navegación y para que le hiciera venir a la sala. Pocos minutos después, una figura alta y delgada penetró en el compartimento, se aseguró en un asidero y saludó al capitán.

—Buenos días, capitán.

—Hola, Blackie. —El hombre mayor levantó la mirada desde el lugar en que estaba amarrado, en la silla del integrador—. He estado comprobando sus correcciones para las aceleraciones durante los turnos de comida.

—Es molesto tener a bordo a un montón de marineros de agua dulce, señor.

—Sí, lo es, pero debemos darles la oportunidad de comer, o serán inútiles cuando lleguemos allí. Bien, quiero decelerar a partir de las diez en punto, según el horario de la nave. ¿Cuáles son nuestras coordenadas y velocidad a las ocho en punto?

El oficial de navegación extrajo un cuaderno de su túnica.

—Quinientos setenta y tres kilómetros por segundo. Curso de ascensión en quince horas, ocho minutos, veintisiete segundos. Declinación menos siete grados, tres

minutos. Distancia solar trescientos siete millones novecientos sesenta y ocho mil kilómetros. Nuestra posición radial es de doce grados sobre el curso, y casi ajustados al ecuador celeste. ¿Quiere saber las coordenadas del Sol?

—No, por el momento.

El capitán se inclinó sobre el ordenador, frunció el entrecejo y se mordió la lengua mientras manejaba los controles.

—Quiero que disminuya la aceleración cuando estemos a un millón seiscientos mil kilómetros de la órbita del ochenta y ocho. No me gusta desperdiciar el combustible, pero el anillo está lleno de chatarra y esta maldita roca es tan pequeña que nos obligará a tomar una órbita de búsqueda. Desacelere durante veinte horas y empiece a cambiar el curso al cabo de otras ocho. Utilice un acercamiento asintótico normal. Mantenga la nave en una trayectoria circular alrededor del ochenta y ocho, de forma que estemos paralelos a su órbita mañana a las seis en punto. Quiero que me llamen a las tres.

—Perfecto, señor.

—Déjeme ver sus cifras cuando las tenga. Mandaré las órdenes arriba más tarde.

La nave de transporte aceleró según lo previsto. Poco después de las tres de la mañana el capitán entró en la sala de mandos y entornó los ojos en la oscuridad. El sol aún se hallaba oculto por el casco de la nave y la negrura de la medianoche sólo quedaba alterada por el azul pálido de los instrumentos indicadores y la luz que brotaba sobre la carta de navegación. El oficial de navegación se volvió ante la silueta familiar.

—Buenos días, capitán.

—Buenos días, Blackie. ¿Ya a la vista?

—Aún no. Hemos topado con media docena de rocas, pero ninguna conocida.

—¿Hemos estado muy cerca de alguna?

—Sin peligro. Hemos levantado un poco de arena, eso es todo.

—Eso no puede perjudicarnos, al menos mientras sigamos la estela de nuestro objetivo. Si los pilotos creyeran que los asteroides se desplazan en direcciones determinadas y a velocidades constantes, no pasaría nunca nada. —Hizo una pausa para encender un cigarrillo—. La gente dice que el espacio es peligroso. Claro, suele serlo. Pero no conozco un solo caso en los últimos veinte años que no pueda ser achacado a alguna imprudencia temeraria.

—Tiene razón, capitán. Ah, hay café debajo de la carta de navegación.

—Gracias. Tenía una taza ahí debajo.

Paseó por entre las pantallas de los estereoscopios y del radar y contempló la oscuridad salpicada de estrellas. Tres cigarrillos después, el estereoscopio más cercano se iluminó.

—¡Objeto a la vista!

—¿A qué distancia?

Su compañero leyó los indicadores externos del estereoscopio.

—Más cero punto dos, uno punto tres a popa, ligero desplazamiento hacia atrás.

—Se movió hacia el radar y añadió—: Distancia siete nueve... cuatro tres.

—¿Concuerdan esos datos?

—Es posible, capitán. ¿Cuál es su contorno? —preguntó con voz apagada el oficial de navegación.

Los controles de la primera pantalla empezaron a ser manipulados, pero el capitán le empujó a un lado.

—Yo lo haré, muchacho.

El capitán miró a través del binocular y examinó una pequeña esfera plateada, una luna en miniatura. Con mucho cuidado, centró la imagen bajo una finísima trama iluminada, hasta que los bordes de ésta fueron exactamente tangente de los extremos superior e inferior de la esfera.

—¡Lectura!

La observación fue anotada y pasada al oficial de navegación que se había apartado durante un instante, con evidente cansancio.

—Es el nuestro, capitán.

—Bien.

—¿Debo hacer una triangulación óptica?

—Que lo haga el oficial de guardia. Vaya abajo y descanse. Yo lo iré siguiendo hasta que podamos usar el buscador óptico.

—Se lo agradezco.

Al cabo de pocos minutos, toda la nave se enteró de que se había localizado al ochenta y ocho. Libby, apretujado entre el tropel de excitados compañeros en la cubierta de estribor, intentó vislumbrar su futuro hogar desde una portilla. McCoy enfrió su excitación.

—Cuando esa roca sea lo bastante grande como para que la veamos a simple vista, estaremos todos en nuestras posiciones de aterrizaje. El asteroide tiene únicamente ciento sesenta kilómetros de diámetro, ¿lo sabíais?

Y así fue. Muchas horas después el altavoz de la nave anunció:

—¡Atención todos! Ocupen sus posiciones de aterrizaje. Cierren todos los compartimentos estancos. Permanezcan atentos para desconectar los extractores cuando se ordene.

McCoy les obligó a tumbarse durante las dos horas que siguieron. Los ligeros estremecimientos del cohete se alternaron con las nauseabundas pérdidas de peso. Luego se detuvieron los extractores y se dispararon los cierres de seguridad de todos los asientos. La nave cayó libremente durante algunos momentos, hubo una ligera sacudida final, otros cinco segundos de caída, y un choque breve, suave y ruidoso. En

el altavoz sonó una solitaria nota de atención, y los extractores volvieron a zumbar.

McCoy se puso en pie tambaleándose hasta que pudo asegurar su equilibrio.

—Todos afuera, muchachos —dijo—. Hemos llegado al final.

Un mozalbete bajito y rechoncho, más joven que la mayoría, le imitó con torpeza, saltando hacia la puerta.

—¡Adelante, compañeros! —gritó—. ¡Salgamos afuera y veamos lo que hay!

El oficial le hizo callar.

—No tan de prisa, chico —le advirtió—. Aparte de que ahí afuera no hay aire, puedes salir si quieres. Hervirás y te morirás de frío al mismo tiempo, y explotarás como un tomate maduro. Jefe de escuadra, elija seis hombres para repartir los trajes espaciales. Los demás, seguid aquí y esperad.

Los hombres seleccionados volvieron en seguida cargados con un montón de voluminosos envoltorios. Libby soltó los cuatro paquetes que llevaba y contempló cómo flotaban hacia la cubierta. McCoy abrió con un gesto enérgico la envoltura de uno de los trajes, y empezó a darles instrucciones.

—Se trata de un modelo normal, el Mark IV en su segundo diseño. —Asió el traje por los hombros y lo agitó de forma que colgara, semejando una prenda interior para climas fríos muy rigurosos, con el casco colgando fláccidamente entre las hombreras—. Se autoabastece durante ocho horas, disponiendo de una reserva de oxígeno para ese período. También posee un tanque de nitrógeno y un filtro de dióxido de carbono y vapor de agua.

Siguió hablando con un tono monótono, repitiendo prácticamente al pie de la letra la descripción e instrucciones dadas en las normas de entrenamiento. McCoy conocía estos trajes tan bien como su lengua conocía su paladar. Este conocimiento le había salvado la vida en más de una ocasión.

—El traje está hecho de fibra de vidrio laminada con celulita de amianto. La tela resultante es flexible y muy duradera. Rechaza todas las radiaciones normales más allá de la órbita de Mercurio. Se utiliza encima de la ropa normal, pero fijaos en estos pliegues en las principales junturas. Su finalidad es mantener casi constante el volumen interno del traje cuando se mueven los brazos o las piernas. De otra forma, la presión interior tendería a inflar al máximo el traje, manteniéndolo en una posición forzada, y los movimientos se harían dificultosos.

»El casco está construido de silicona transparente, preparado y polarizado para resistir una radiación demasiado potente. Se adapta a visores externos de cualquier tipo que se precise. Las órdenes señalan que hay que usar, como mínimo, un ámbar número dos sobre este espesor. Además, una placa de plomo cubre el cráneo y se extiende por toda la parte de atrás, tapando completamente la columna vertebral.

»El traje está equipado con dos sistemas telefónicos. Si la radio falla, como suele ocurrir, podéis hablar poniendo en contacto vuestros cascos. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo se come y se bebe durante las ocho horas?

—No estaréis ocho horas con el traje puesto. Podéis llevar terrones de azúcar en

un artilugio del casco, pero vosotros, muchachos, siempre comeréis en la base. En cuanto al agua, hay una tetilla en el casco, cerca de la boca, a la que podéis llegar volviendo la cabeza hacia la izquierda. Está conectada a un depósito interior. Pero bebed sólo la justa cuando llevéis el traje puesto, porque no hay ningún desagüe.

Cada hombre recibió su traje y McCoy les enseñó a ponérselo. Extendió boca arriba uno de los trajes, abrió la cremallera frontal, que se extendía desde el cuello a la bragadura, y se sentó dentro de esta abertura una vez la parte inferior estuvo plegada como si fueran unas medias. Con un culebreo de los brazos llegó hasta las manoplas, flexibles y pesadas, desarrugándolas y ajustándolas en su lugar. Por último, un encogimiento del cuello, con los hombros encorvados, le permitió meter la cabeza dentro del casco.

Libby siguió los movimientos de McCoy y se levantó con el traje puesto. Examinó la cremallera que cerraba la única abertura. Estaba montada sobre dos rellenos muy suaves, que se ponían en contacto al cerrar la cremallera y que quedaban asegurados por la presión interna del aire. Dentro del casco había una pieza bucal, conectada con el filtro, para permitir la respiración.

McCoy se paseó de un lado a otro, observando lo que hacían, apretando un cinturón de vez en cuando, instruyéndoles en el uso de los controles externos. Con satisfacción, informó a la sala de navegación que su sección recibió la instrucción básica y estaban preparados para desembarcar. Inmediatamente llegó el permiso para que salieran al exterior durante un período de treinta minutos de aclimatación.

De seis en seis, los fue llevando afuera, pasando por el compartimento presurizado. Libby entornó los ojos ante el desacostumbrado resplandor del sol sobre la roca. Aunque el sol se hallaba a más de trescientos veinte millones de kilómetros y bañaba el asteroide con una radiación sólo una quinta parte de la que recibía la madre Tierra, la falta de atmósfera producía un brillo que le obligó a mirar de soslayo. Se alegró de estar protegido por su visor ámbar. Por encima suyo, reducido al tamaño de un penique, el sol brillaba en el centro de un cielo oscuro en el que las estrellas, sin centelleos, se apretaban unas contra otras y contra el mismo sol.

Libby escuchó la voz de un compañero por sus auriculares.

—¡Jeepers! —decía—. Ese horizonte parece estar muy cerca. Apostaría a que está a menos de dos kilómetros.

Libby miró hacia el fondo de la lisa y desnuda llanura y calculó inconscientemente la distancia.

—Aún menos —comentó—. Menos de quinientos metros.

—¿Qué diablos sabes tú de esto, Pulgarcito? Y, además, ¿quién te ha preguntado tu opinión?

—En realidad —respondió Libby, a la defensiva—, son quinientos nueve metros, suponiendo que mis ojos se hallen a metro sesenta del suelo.

—¡Castañas! Pulgarcito, siempre te gusta demostrar lo mucho que crees saber.

—No es cierto —protestó Libby—. Si el asteroide tiene ciento sesenta kilómetros

de diámetro y es tan redondo como parece, por lógica el horizonte debe estar precisamente a esa distancia.

—¿Quién lo dice?

McCoy interrumpió la discusión.

—¡Basta ya! Libby tiene mucha más razón que tú.

—Tiene toda la razón —intervino una voz extraña—. Debí preguntarlo al oficial de navegación antes de abandonar los controles.

—¿Es cierto? —volvió a intervenir McCoy—. Si el jefe de brigadas dice que tienes razón, Libby, es que la tienes. ¿Cómo pudiste saberlo?

—Yo... no lo sé —respondió aturdido Libby—. No tengo ninguna explicación.

El ayudante del capitán y el sargento se quedaron mirándole fijamente, pero no insistieron en el tema.

Al final del «día» (según el horario de la nave, porque el ochenta y ocho tenía un período de rotación de ocho horas y trece minutos), el trabajo estaba muy adelantado. La nave de transporte había aterrizado muy cerca de una serie de colinas. El capitán eligió una depresión entre ellas, de unos trescientos metros de largo y la mitad de ancho, para establecer un campamento permanente. Había que construir un techo, una pared a su alrededor, y crear una atmósfera en el interior.

En la colina que se hallaba entre la nave y el valle tenían que construirse los cuarteles; dormitorios, comedores, sala de oficiales, enfermería, sala de diversiones, oficinas, almacenes, etc. Había que taladrar un túnel en la colina, conectando los emplazamientos de todos los locales, y enlazarlo con un tubo metálico y hermético, de unos tres metros, empotrado en el compartimento estanco de babor de la nave. Tanto este tubo como el túnel debían ser equipados con una cinta transportadora apta para personas y cargamento.

Libby fue asignado al grupo del techado. Ayudó a un fundidor a subir la colina con su herramienta atómica, difícil de manejar porque teniendo una masa de trescientos sesenta kilos aquí sólo pesaba siete. El resto del destacamento encargado del techado extendió y se preparó para trasladar manualmente la enorme tela translúcida que sería el «cielo» de aquel pequeño valle.

El fundidor localizó una marca horizontal hecha en la falda interior del valle, puso en acción el calentador, y empezó a cortar un saliente o peldaño rocoso muy notable. Mantuvo la máquina siempre al mismo nivel, siguiendo la señal de tiza trazada a lo largo de la pared rocosa. Libby se interesó por la forma en que el trabajo había sido tan rápidamente preparado.

—Muy fácil —le respondió el otro—. Dos de los sargentos acoplaron un proyector lumínico a un teodolito ajustado a quince metros sobre el suelo del valle. Luego uno de ellos corrió a toda velocidad alrededor del borde, señalando con tiza la altura que iba recorriendo el rayo de luz.

—¿El techo tendrá precisamente quince metros de alto?

—No, tal vez alcance los treinta. La presión del aire lo combará hacia arriba en el centro.

—¿La presión normal terrestre?

—La mitad.

Libby se concentró por un instante. Después pareció sorprendido.

—Escuche —prosiguió—. Este valle mide trescientos metros de largo y más de ciento cincuenta de ancho. A la mitad de un kilo por centímetro cuadrado, y sin tener en cuenta el arco del techo, será una carga de cuatrocientos cincuenta millones de kilos. ¿Qué material puede resistir eso?

—Las telarañas.

—¿Las telarañas?

—Sí, las telarañas. El material más fuerte del mundo, más que el acero de mejor calidad. Tela de araña sintética. Esta tela que utilizamos para el techo tiene una resistencia a la tensión de setecientos kilos por centímetro.

Libby vaciló un momento antes de replicar:

—Comprendo. Con un contorno de unos siete mil metros, la tensión máxima en el punto de amarre será de ciento diez kilos por centímetro. Un excelente margen de seguridad.

El forjador se inclinó sobre su herramienta y asintió.

—Algo así —dijo—. Eres muy rápido con los números, ¿eh?

—Me gusta tener las cosas claras —contestó Libby, medio asombrado.

Trabajaron con rapidez en torno a la ladera, abriendo un surco liso y perfecto que permitiría amarrar y afirmar la «telaraña». La roca arrancada, en forma de lava, se deslizó lentamente por la falda de la colina. Un vapor castaño surgió de la hirviente superficie de la roca fundida, se levantó un metro en el aire y se solidificó de repente en el vacío, cayendo al suelo en forma de polvo. El fundidor señaló hacia ese polvillo.

—Esto podría causarnos silicosis si lo dejáramos ahí y lo respiráramos más tarde.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó Libby.

—Eliminarlo con los extractores de la planta de aire acondicionado.

Libby aprovechó para preguntar otra cosa.

—Señor... —empezó.

—Mi nombre es Johson. Lo de señor no es necesario.

—Bien; Johson, ¿de dónde vamos a sacar el aire para llenar todo este agujero, por no hablar también de los túneles? Supongo que necesitaremos sesenta millones de decímetros cúbicos o más. ¿Lo fabricaremos?

—No, es demasiado complicado. Lo trajimos con nosotros.

—¿En la nave?

—Ajá, a cincuenta atmósferas.

—Entiendo... —Libby pensó en torno al problema—. De esa forma podría ir en

una habitación de veinticuatro metros de ancha.

—La verdad es que se halla en tres recipientes especialmente contruidos... tres botellas gigantes. Esta nave llevó oxígeno a Ganimedes. Yo estaba a bordo entonces; como recluta, pero también en el pelotón de superficie.

El campamento quedó listo para su ocupación al cabo de tres semanas, y la nave de transporte quedó liberada de su misión. Las salas de almacenaje quedaron repletas de herramientas y suministros. El capitán Doyle trasladó sus oficinas administrativas bajo tierra, firmó sus órdenes al primer oficial, y le dio permiso para proceder con la «tarea asignada», en este caso volver a la Tierra con una tripulación reducida al mínimo.

Libby contempló el despegue desde su privilegiada posición en la colina. Una nostalgia irresistible se adueñó de él. ¿Volvería al hogar alguna vez? Creyó con toda sinceridad que llegaría un momento en el que cambiaría el resto de su vida por treinta minutos con su madre y con Betty.

Descendió por la colina, dirigiéndose hacia la compuerta del túnel. Por lo menos la nave llevaba cartas para ellas, y con algo de suerte pronto vendría el capellán con cartas de la Tierra. Pero mañana y los días que siguieran no iban a ser muy divertidos. Le había gustado formar parte del pelotón de superficie, pero mañana debía volver al suyo propio. Y esta idea no le seducía. Los chicos de su pelotón eran buena gente, suponía, pero él no encajaba allí.

La compañía del Cuerpo de Construcción Cósmica empezó su tarea más grandiosa; llenar al asteroide ochenta y ocho de cohetes, de tal forma que el capitán Doyle pudiera empujar aquella bola de ciento sesenta kilómetros fuera de su órbita y colocarla en una nueva entre la Tierra y Marte. El ochenta y ocho sería usado entonces como estación espacial: un refugio para naves en apuros, un asilo para lanchas salvavidas, un lugar donde reponer combustible, una avanzadilla naval.

A Libby le correspondió un trabajo como fundidor en el pozo H-16. Su tarea consistía en taladrar los emplazamientos cuidadosamente calculados en los que, después, los dinamiteros colocarían las pequeñas cargas que efectuarían la mayor parte del trabajo de excavación. Fueron asignados dos pelotones al H-16, bajo la supervisión general de un veterano artillero. Este último solía sentarse en el borde del pozo, manoseando los planos y haciendo cálculos de vez en cuando con una regla circular, que colgaba de una correa alrededor de su cuello.

Un día, cuando Libby acababa de hacer un taladro triple para una coladura y estaba esperando a los barreneros, sus auriculares recogieron las instrucciones del artillero en cuanto al tamaño de la carga. Apretó el botón de comunicación.

—¡Señor Larsen! —gritó—. ¡Ha cometido un error!

—¿Quién ha dicho eso?

—Soy Libby. Se ha equivocado con la carga. Si hace estallar esa carga no va a

quedar nada del pozo ni de nosotros.

El artillero de marina Larsen desplazó la reglilla de su instrumento antes de replicar.

—Te estás preocupando por nada, hijo. Esta carga es correcta.

—No es cierto, señor —insistió Libby—. Ha multiplicado en lugar de dividir.

—¿Has tenido alguna experiencia en este tipo de trabajo?

—No, señor.

—Coloquen la carga —ordenó Larsen a los barreneros.

Empezaron a hacerlo. Libby tragó saliva y se mojó los labios con la lengua. Sabía lo que tenía que hacer, pero le daba miedo. Con dos alocados saltos se plantó junto a los barreneros, los apartó, y arrancó los electrodos del detonador. Mientras lo hacía, una sombra se abalanzó sobre él, y Larsen cayó flotando a su lado. Una mano le asió el brazo.

—No deberías haber hecho eso, muchacho —le dijo—. Esto es una clara desobediencia. Deberé dar parte.

Larsen empezó a recomponer las conexiones y Libby sintió que se sonrojaba hasta las orejas, pero contestó de nuevo con el coraje de un tímido acorralado:

—Debí hacerlo, señor. Insisto en que está equivocado.

Larsen se detuvo y observó aquel terco rostro.

—Bien —respondió—, estamos perdiendo el tiempo, pero no quiero que estés delante de una carga que te da miedo. Volvamos a efectuar los cálculos juntos.

El capitán Doyle estaba sentado cómodamente en su despacho, con los pies sobre el escritorio. Contempló fijamente un vaso vacío que tenía cerca.

—Es una buena cerveza, Blackie. ¿Supone que podremos hacerla nosotros cuando se termine?

—No lo sé, capitán. ¿Trajimos levadura?

—Averígüelo, ¿quiere? —Se volvió hacia un corpulento hombre sentado en una tercera silla—. Bien, Larsen, me alegra que no fuese peor de lo que ha sido.

—Lo que me inquieta, capitán, es pensar cómo pude cometer un error así. Hice dos veces los cálculos. Si hubiera sido nitroglicerina, me habría enterado del error demasiado tarde. Y si este chico no hubiera tenido un presentimiento, la habría hecho explotar.

El capitán Doyle dio una palmada en el hombro al viejo oficial.

—Olvédelo, Larsen. No habría herido a nadie, por eso ordené que se evacuaran los pozos incluso para pequeñas voladuras. Estos isótopos explosivos son un peligro en el mejor de los casos. Recuerde lo que pasó en el pozo A-9. Diez días de trabajo perdidos con una carga, y fue el mismo oficial artillero el que dio la orden. Pero quiero ver a ese chico. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Libby, A. J.

Doyle tocó un botón de su escritorio. Llamaron a la puerta. Un sonoro «¡Entre!» hizo aparecer a un mozalbete luciendo el brazal de asistente del Cuerpo.

—Haga que se presente el recluta Libby.

—A la orden, señor.

Pocos minutos después Libby fue introducido en la cabina del capitán. Miró intranquilo a su alrededor, y observó la presencia de Larsen, algo que no contribuyó a calmarle.

—Recluta Libby, señor —se presentó, con una voz apenas audible.

—Bien, Libby —dijo el capitán mientras le observaba—, he sabido que tú y el señor Larsen tuvisteis diferencia de opiniones esta mañana. Infórmame sobre eso.

—Yo... yo no quería causar problemas, señor.

—Claro que no. No estás metido en ningún problema. Nos hiciste un buen servicio esta mañana. Dime, ¿cómo supiste que el cálculo era erróneo? ¿Tenías alguna experiencia en minería?

—No, señor. Sólo me di cuenta de que él se había equivocado.

—Pero ¿cómo?

—Bueno, señor —Libby se removió intranquilo—, parecía equivocado... No encajaba.

—Un momento, capitán —intervino el teniente de navío «Blackie» Rhodes—. ¿Puedo hacer un par de preguntas a este joven?

—Claro que sí, adelante.

—¿Eres tú el recluta al que llaman «Pulgarcito»?

—Sí, señor —fue la avergonzada respuesta.

—He oído algunos rumores sobre este muchacho. —Rhodes se levantó de la silla, se dirigió hacia una estantería, y extrajo un grueso libro. Lo ojeó, se detuvo en una página, y preguntó a Libby—: ¿Cuál es la raíz cuadrada de noventa y cinco?

—Nueve coma siete cuatro siete.

—¿Y la raíz cúbica?

—Cuatro coma cinco seis tres.

—¿Cuál es su logaritmo?

—¿Cómo dice, señor?

—¡Dios mío! ¿Cómo puede haber salido un joven de la escuela hoy en día sin saberlo?

—No tuve mucha educación, señor —repuso Libby, sintiéndose cada vez más nervioso—. Mis padres no aceptaron el Convenio hasta que mi padre murió, y sólo entonces fui a la escuela.

—Comprendo. Un logaritmo es una potencia a la que se eleva un número dado, llamado base, para obtener el número cuyo logaritmo es, precisamente, esa base. ¿Está claro?

Libby pensó en la explicación.

—No lo acabo de comprender, señor —respondió por fin.

—Lo intentaré de nuevo. Si elevas diez a la segunda potencia, al cuadrado, el resultado es cien. Por tanto, el logaritmo de cien en base diez es dos. En la misma forma, el logaritmo de mil en base diez es tres. ¿Cuál es, pues, el logaritmo de noventa y cinco?

Libby permaneció confuso por un momento. Luego respondió:

—No puedo decirlo muy exacto, es una fracción.

—Perfecto.

—Entonces, es uno coma nueve siete ocho, aproximadamente.

—Creo que esto lo confirma, señor —se dirigió Rhodes al capitán.

—Sí —asintió pensativamente Doyle—. El muchacho parece poseer un conocimiento intuitivo de las relaciones aritméticas. Pero veamos qué otras cosas sabe.

—Me temo que deberemos devolverlo a la Tierra para averiguarlo con exactitud.

Libby captó el significado de esta última opinión.

—Por favor, señor —intervino—, ¿no me mandarán otra vez a casa? Mi madre se enfadaría mucho conmigo.

—No, no, nada de eso. Cuando llegue el momento, quiero que te hagan una prueba en los laboratorios psicométricos. Mientras tanto, no me desprendería de ti ni por el doble de mi paga. Preferiría dejar de fumar. Pero veamos qué otras cosas puedes hacer.

En la hora siguiente, el capitán y oficial de navegación examinaron a Libby: deducción del teorema de Pitágoras, deducción de las leyes del movimiento de Newton y de las leyes planetarias de Kepler a partir de las condiciones en que ellos las obtuvieron, indicación a simple vista, con error mínimo, de longitud, superficie y volumen. Durante las preguntas, Libby fue conociendo la idea de la relatividad y del continuo espacio-tiempo no rectilíneo, y empezó a desarrollar pensamientos más rápidos que su lenguaje. En ese momento, Doyle levantó una mano.

—Ya es suficiente, hijo. Vas a ponerte enfermo. Vete derecho a la cama, y ven a verme por la mañana. Quiero decir, fuera del trabajo normal.

—Sí, señor.

—¡Ah!, ¿cuál es tu nombre completo?

—Andrew Jackson Libby, señor.

—No, tus padres no habrían firmado el Convenio. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Cuando se hubo ido, los dos hombres discutieron su descubrimiento.

—¿Qué le parece, capitán?

—Bien, es un genio, por supuesto... uno de esos talentos innatos que aparecen una vez cada siglo. Voy a meterlo de lleno con mis libros y ya veremos el resultado. No me sorprendería que pudiera leer una página en un segundo.

—Lo que me extraña es que lo hayamos encontrado entre esta gente... y no entre los que están normalmente en la Tierra.

—Sí —asintió Doyle—, ése fue el problema con estos chicos. Nadie les necesitaba en la Tierra.

El asteroide ochenta y ocho se desplazaba a cientos de miles de kilómetros del sol. Su superficie fue llenándose de perforaciones cada vez más numerosas, que fueron revestidas con durita, ese extraño producto sintético de laboratorio que, normalmente, podría resistir hasta la desintegración atómica. Más tarde, el ochenta y ocho recibió una serie de suaves empujones, siempre en contra de su curso normal. En pocas semanas las explosiones de los cohetes cumplieron su cometido y el asteroide se precipitó en una órbita hacia el sol.

Cuando llegara a una distancia tres décimos superior a la existente entre la Tierra y el sol, otra serie de explosiones lo situarían en una órbita circular. A partir de entonces sería conocido como la T-M3, la Estación Espacial Fija Tierra-Marte número tres.

A millones de kilómetros de distancia, otras dos compañías del Cuerpo de Construcción Cósmica obligaban a otros dos planetoides a dejar sus antiguos rumbos y deslizarse entre la Tierra y Marte para acabar en órbitas semejantes a la del ochenta y ocho. Uno de los asteroides debía alcanzar una órbita ciento veinte grados avanzada con respecto a la del ochenta y ocho, y el segundo otra con ciento veinte grados de retraso. Cuando las T-M1, T-M2 y T-M3 llegaran a su destino, ninguna nave, recorriendo las rutas entre la Tierra y Marte, se encontraría nunca muy alejada de un lugar donde repostar... o que permitiera su eventual rescate.

En los meses que el ochenta y ocho cayó en vuelo libre hacia el sol, el capitán Doyle redujo las horas de trabajo de su tripulación y la dedicó a la tarea, comparativamente más ligera, de construir un hotel y convertir el pequeño valle con su techo en un jardín. Se eliminó la parte rocosa del subsuelo, se aplicaron fertilizantes, y se plantaron cultivos de bacterias anaerobias. Luego se plantaron semillas, acondicionadas durante treinta generaciones a la baja gravedad de la Luna, y recibieron todos los cuidados posibles. A excepción de la baja gravedad, el ochenta y ocho empezó a parecerse al hogar.

Cuando el asteroide se aproximó a una curva tangente a la hipotética futura órbita del T-M3, la compañía volvió a la rutina de maniobra, guardia tras guardia, y el capitán sorbió café tras café, durmiendo a ratos en la cabina de navegación.

Libby fue asignado al ordenador balístico, una masa metálica de tres toneladas de maquinaria pensante que dominaba la sala de navegación. Le gustaba aquella inmensa máquina. El oficial de control le dejó que ayudara en los ajustes y que se cuidara de ella. Libby llegó a pensar, sin darse cuenta, que aquel aparato era una persona, una persona muy parecida a él.

En el último día de aproximación, las sacudidas fueron muy frecuentes. Libby ocupó la silla derecha del ordenador y fue anunciando con voz monótona las

sucesivas explosiones, mientras se deleitaba con la precisión que exhibía la máquina. El capitán Doyle iba de un lado a otro, muy nervioso, deteniéndose de vez en cuando para atisbar por encima del hombro del oficial de navegación. Como era lógico, las cifras eran correctas, pero... ¿y si fracasaba todo? Nadie había movido antes una masa tan inmensa. ¿Y si continuaba adelante, adelante... y adelante? ¡No! No podía suceder eso. Pero estaría muy satisfecho cuando pasasen la velocidad crítica. Un ordenanza le tocó el codo.

—Mensaje de la nave insignia, señor.

—Léalo.

—Nave insignia a ochenta y ocho. Mensaje privado. Capitán Doyle. Espero verle llegar triunfante. Kearney.

Doyle sonrió. Un detalle agradable de aquel vejestorio, pensó. En cuanto aseguraran la órbita estable, invitaría al almirante a que aterrizara para comer y para enseñarle los jardines.

Se oyó otra explosión, más fuerte que ninguna de las anteriores. La sala tembló con violencia. Al instante empezaron a llegar los informes de los observadores de superficie.

—¡Carga nueve, fuera! ¡Carga diez, fuera!

Pero la voz de Libby ya no se oía. El capitán Doyle se volvió hacia él.

—¿Algún problema, Libby? ¿No hay más datos? Llama a las estaciones polares. Debo tener un paralaje.

—Capitán... —La voz de Libby era débil y temblorosa.

—¡Habla de una vez, hombre!

—Capitán... la máquina está averiada.

—¡Spiers!

La grisácea pelambreira del oficial de control apareció detrás del ordenador.

—Voy a comprobarlo, señor. Deme un segundo.

Desapareció de nuevo. Al cabo de dos larguísimos minutos se asomó por segunda vez.

—El giroscopio ha saltado —informó—. El trabajo de ajuste durará doce horas, por lo menos.

El capitán no dijo nada, pero dio media vuelta y caminó hasta el extremo opuesto de la sala. El oficial de navegación le siguió con la mirada. El capitán rehízo el camino, contempló el cronómetro, y se dirigió al oficial de derrota:

—Bien, Blackie, si no disponemos de esos datos de disparo en siete minutos, nos vamos a pique. ¿Alguna sugerencia?

Rhodes negó con la cabeza, sin decir una sola palabra.

—¿Capitán? —pregunto con timidez Libby.

—¿Sí? —Doyle se volvió automáticamente.

—Los datos de disparo son: carga trece, siete punto seis tres. Carga doce, seis punto nueve cero. Carga catorce, seis punto ocho nueve.

—¿Estás seguro de eso, hijo? —preguntó Doyle, mientras estudiaba su cara.

—¡Tiene que ser así, capitán!

Doyle permaneció unos instantes sin moverse. Esta vez no miró hacia Rhodes sino a un punto indefinido. Aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo.

—Apliquen esos datos —dijo con voz firme—. Disparen cuando se ordene.

Cuatro horas después, Libby continuaba recitando datos, con la cara pálida y los ojos cerrados. Se había desvanecido una vez, pero cuando le reanimaron todavía estaba pronunciando cifras. De vez en cuando el capitán y el oficial de navegación se fueron relevando, pero no hubo relevo para él.

Las explosiones fueron oyéndose cada vez más seguidas, pero las sacudidas fueron haciéndose más suaves. Tras una de ellas, Libby se quedó mirando el techo.

—Eso es todo, capitán —dijo.

—¡Llame a las estaciones polares!

Los informes llegaron en seguida:

—Paralaje constante, relación solar constante.

—Bien, Blackie —dijo el capitán, dejándose caer en una silla—, lo hicimos. ¡Gracias a Libby! —Luego observó el rostro preocupado y pensativo de Libby—. ¿Qué ocurre ahora, muchacho? ¿Nos hemos equivocado?

—Capitán, ¿recuerda que el otro día dijo que le gustaría tener gravedad normal en el jardín?

—Sí. ¿Por qué?

—Si ese libro de gravitación que me prestó está en lo cierto, creo que sé una forma de lograrlo.

—Libby —le respondió el capitán mirándole, como si le viera por primera vez—, ya no me sorprende nada de lo que digas. ¿Puedes parar tu cabeza el tiempo suficiente como para comer con el almirante?

—¡Caramba, capitán, eso sería estupendo!

El circuito de radio de comunicaciones empezó a transmitir.

—Mensaje de la nave insignia: «Bien hecho, ochenta y ocho».

—Es una agradable confirmación —comentó Doyle, mientras sonreía abiertamente a todos.

La radio se dejó oír por segunda vez:

—Mensaje de la nave insignia: «Anulen último mensaje. Esperen corrección».

Un gesto de sorpresa y preocupación emergió en el semblante de Doyle. Luego se oyó de nuevo la radio:

—Mensaje de la nave insignia: «Bien hecho, T-M3».

1940

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad fue otro año malo. La guerra que había empezado en 1939 continuaba, y el 9 de abril Alemania invadió Noruega y Dinamarca. El 10 de mayo, sometido a grandes presiones, Neville Chamberlain cogió su paraguas y se marchó a casa tras disolver el gobierno británico, que fue reemplazado por otro liderado por Winston S. Churchill. El mismo día, Alemania invadió Bélgica y Holanda. En el plazo de tres días, el ejército holandés se había rendido y Churchill, viendo que cundía el desánimo en muchos corazones ingleses, respondió con su famoso discurso «Trabajo, sangre, sudor y lágrimas». No tuvo efecto sobre los beligerantes, pues Bélgica se rindió el día 28 y la Fuerza Expedicionaria británica fue evacuada de las playas de Dunkerke escapando a duras penas de la destrucción a manos de las avanzadillas alemanas.

El 14 de junio los alemanes entraron en París y Francia capituló formalmente el día 22. La batalla de Inglaterra bramó durante las horas diurnas durante todo el mes de agosto, alcanzando su cénit la semana del 11 al 18 con la RAF luchando por su supervivencia; los alemanes eligieron las ciudades como sus objetivos favoritos el día 23, empezando en el bombardeo de Londres. El 3 de septiembre los Estados Unidos se acercaban al conflicto mientras Roosevelt ultimaba los detalles de un «Tratado de ayuda» con los ingleses, en el que se intercambiaban destructores americanos por autorizaciones para cesiones a largo plazo de bases en Terranova y el Caribe.

El 16 de septiembre entraron en vigor las leyes de Entrenamiento Selectivo y Servicio Militar en Estados Unidos y empezó el reclutamiento. No se escatimaron esfuerzos.

El 3 de noviembre, Franklin Delano Roosevelt derrotó a Wendell Wilkie y se dispuso para su tercer período de mandato como presidente de los Estados Unidos.

Durante 1940, Albert Einstein publicó un artículo en el que argumentaba que no existía ninguna teoría que pudiese proveer de base lógica a la física tal como ésta era formulada. Carl Jung publicó La interpretación de la personalidad. Tom Harmon, de la universidad de Michigan, ganó el trofeo Heisman. Darius Milhaud compuso Medea. Ernest Hemingway causó un gran revuelo con Por quién doblan las campanas, mientras que Minnesota se hizo con el campeonato de la Federación Nacional de Fútbol. Charlie Chaplin dirigió y protagonizó El gran dictador (Hitler no se sintió impresionado). Existían 32 400 000 coches privados en los Estados Unidos. El récord en la carrera de la milla estaba todavía en 4:06.4, logrado por Sydney Wooderson en 1937.

Se empezó a construir el primer ciclotrón en la Universidad de California. George Santayana publicó El reino de lo espiritual. Whistler pintó «Miss Laura Ridly». Alice Marble era todavía la mejor jugadora de tenis y Joe Louis era todavía el campeón de los pesos pesados. Igor Stravinsky compuso una de sus sinfonías. La

obra maestra de Eugene O'Neill, *El largo viaje hacia la noche* fue escrita en este año, pero tendría que esperar dieciséis años para ser estrenada en un escenario. Lawson Little ganó el Open americano de golf mientras que el gran Jimmy Demaret se impuso en el Torneo de los Maestros.

Rebeca, de Alfred Hitchcock, y *Candilejas* fueron dos de las mejores películas del año. Bajo la dirección de Howard Florey, un equipo de investigadores desarrolló la penicilina. La canción más cantada del año fue «Lili Marlene» del ejército alemán. James Stewart y Ginger Rogers ganaron los Oscar de la Academia. Johnny Mize encabezó las clasificaciones con 43 carreras (Hank Greenberg hizo 41), mientras que Debs Garms se hizo con el título de bateador con un 35,5% de promedio. Se produjeron 264 000 divorcios en Estados Unidos. La muerte se llevó a Leon Trotsky (de un derrame cerebral) y Neville Chamberlain (tanto de desilusión como de cáncer).

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

Pero en el mundo real fue nuevamente un buen año.

En el mundo real se celebró la segunda Convención Mundial de Ciencia Ficción (la Chicon) en la lejana Chicago. En el mundo real, a la edad de diecinueve años, Fred Pohl se convirtió en el director (a cambio de diez dólares semanales) de dos nuevas revistas de ciencia ficción, *Astonishing Stories* y *Super Science Stories*, mientras que otras tres nuevas revistas, *Captain Future*, *Science Fiction Quaterly* y *Comet Stories*, vieron la luz también por vez primera.

En el mundo real, más gente importante hizo su primer viaje a la realidad: en febrero, Leigh Brackett con «*Martian Quest*» (*Búsqueda en Marte*), y H. B. Fife con «*Locked Out*» (*Encerrado fuera*); en marzo, James Blish con «*Emergency Refueling*» (*Reaprovisionamiento de emergencia*); en abril, C. M. Kornbluth y Richard Wilson con «*Stepsons of Mars*» (*Hijastro de Marte*); y en julio, Frederick Pohl como coautor de «*Before the Universe*» (*Antes del Universo*).

Más cosas portentosas ocurrieron en el mundo real: *Typewriter in the Sky* (*Máquina de escribir en el cielo*), de L. Ron Hubbard, y *Más oscuro de lo que pensáis*, de Jack Williamson, fueron publicadas en *Unknwon*. *Astounding Science Fiction* tuvo tres grandes series: «*Si esto continúa*»^[25], de Robert A. Heinlein, *Final Blackout* (*Apagón final*), de L. Ron Hubbard (qué buen escritor podía haber sido), y *la inmortal Slan*^[26], de A. E. van Vogt.

La muerte se llevó a los escritores de fantasía E. F. Benson y Talbot Mundy, así como a Farnsworth Wright, el gran editor de la inmortal *Weird Tales*.

Pero empezaron a batir alas lejanas al nacer Angela Carter, Thomas Disch, Peter Haining, Alexei Panshin y Norman Spinrad.

Visitemos el venerado año de 1940 y disfrutemos de los mejores relatos que nos ha legado el mundo real.

La pistola automática

Fritz Leiber (1910-1992)^[27]

Weird Tales, mayo

Fritz Leiber está logrando evitar el asesinato desde hace muchos años, en el sentido que es un escritor de ciencia ficción de primera fila que escribe fundamentalmente fantasía. Había ganado seis premios Hugo y dos Nébula por relatos y novelas como «Voy a probar suerte» (1967)^[28] y La gran hora (1958)^[29], pero sus relatos de «Fafhrd y el Ratonero Gris» son los que tienen la audiencia más entusiasta. Dos de sus primeras novelas se han convertido en clásicos: Conjure Wife (Esposa hechizera), publicada por entregas en Unknown en 1943, y ¡Hágase la oscuridad!^[30], publicada originalmente en Astounding como un serial de tres partes en 1943. Pocos escritores han mantenido un nivel tan alto durante un período de tiempo tan largo.

«La pistola automática» es uno de sus mejores relatos cortos, aunque fuera pasado por alto en The Best of Fritz Leiber en 1974.

(Lo más absolutamente injusto de Fritz Leiber —y me he quejado de ello por escrito anteriormente— es que es alto, distinguido y agraciado. Parece un actor shakesperiano y, en realidad, su padre lo fue, y uno muy bueno. ¿Por qué es injusto? Porque se supone que los escritores deben ser excéntricos y peculiares, maldita sea. Yo consigo librarme del asesinato debido a ello. Puedo ir desaliñado y hacer tonterías y todo el mundo sonrío y dice comprensivamente: «Bueno, ya sabes cómo son los escritores». Entonces ven a Fritz y de pronto me siento obligado a mantener un nivel imposiblemente alto. Bueno... I. A.)

Negro Kozacs jamás dejaba que nadie, salvo él mismo, cogiera o siquiera tocara su pistola automática. Era de un negroazulado, bastante pesada, y con sólo apretar una vez el gatillo, ocho balas del calibre 45 salían disparadas una tras otra.

En lo que atañía a su automática, Negro era algo así como un mecánico. La desarmaba y la volvía a armar, y de vez en cuando limaba cuidadosamente el interior de la llave del gatillo.

En cierta ocasión, Cuatro Ojos le dijo:

—La volverás tan sensible que se te disparará en el bolsillo y te arrancará los dedos de los pies. No tendrás más que pensarlo y comenzará a disparar ella sola.

Recuerdo que Negro sonrió al oír el comentario. Era un hombre pequeño, delgado pero fuerte, de tez pálida; por más que se afeitase, jamás lograba quitarse de la cara el negroazulado de su barba. También tenía el pelo negro. Hablaba con acento extranjero, pero jamás logré descifrar de qué país. Se había unido a Antón Larsen justo después de decretarse la prohibición, en la época en que en la bahía de Nueva York y en la costa de Jersey, los esquifes con motores adaptados de automóvil servían de señuelo a los guardacostas; nadie usaba luces, para que el juego fuera más difícil. Larsen y Negro Kozacs descargaban el licor de un vapor y lo introducían por un lugar cerca de Twin Lights, en Nueva Jersey.

Fue entonces cuando Cuatro Ojos y yo comenzamos a trabajar para ellos. Cuatro Ojos, que parecía un cruce de profesor universitario y vendedor de coches, venía de no sé qué parte de la ciudad de Nueva York, y yo había sido policía en una pequeña ciudad local hasta que decidí llevar una vida menos hipócrita. Solíamos llevar la mercancía de vuelta a Newark en un camión.

Negro siempre nos acompañaba; Larsen, de vez en cuando. Ninguno de los dos hablaba demasiado; Larsen, porque no le encontraba sentido a la charla a menos que fuera para darle una orden a un tipo o hacerle una proposición a una chica; y Negro, bueno, supongo que era porque no se sentía demasiado a sus anchas hablando en inglés. Cuando Negro nos acompañaba, no pasaba un solo viaje sin que sacara su automática y la acariciara y le murmurara cosas a media voz. En cierta ocasión, cuando íbamos tranquilamente por la autopista, Cuatro Ojos le preguntó, amable pero inquisitivo:

—¿Qué es lo que te hace sentir tanto apego a ese revólver? Al fin y al cabo, debe de haber miles idénticos a ése.

—¿Te parece? —contestó Negro, echándonos a ambos una rápida mirada con sus pequeños y fulgurantes ojos negros, y soltándonos por primera vez un discurso—. Te diré una cosa, Cuatro Ojos, en el mundo no hay dos cosas iguales. Ni la gente, ni los revólveres, ni las botellas de *whisky* escocés, nada. Todo es diferente en este mundo. Cada hombre tiene unas huellas digitales distintas; y de todos los revólveres que se hicieron en la misma fábrica que éste, no hay ninguno como el mío. Sería capaz de distinguir al mío de entre cientos. Sí, aunque no le hubiera limado la llave del gatillo podría distinguirlo.

No le contradijimos. La cosa tenía sentido. Quería a su revólver, eso era seguro. Dormía con él debajo de la almohada. Creo que en vida de Negro, el arma no llegó a separarse de él más de un metro.

En cierta ocasión en que Larsen viajaba con nosotros, comentó sarcásticamente:

—Es una pistola muy bonita, Negro, pero ya empiezo a cansarme de oír cómo le hablas, sobre todo porque nadie entiende lo que le dices. ¿Ella no te contesta nunca?

Negro le sonrió y repuso:

—Mi revólver sólo conoce ocho palabras, y todas son parecidas.

La respuesta fue tan ocurrente que todos soltamos la risotada.

—Deja que le echemos un vistazo —dijo Larsen tendiendo la mano.

Pero Negro volvió a metérsela en el bolsillo y no la sacó durante el resto del viaje.

Después de aquello, Larsen siempre se mofaba de Negro y de su revólver, para irritarlo. Era un tipo persistente y tenía un sentido del humor muy peculiar; siguió con la broma durante tanto tiempo que ya había perdido la gracia. Finalmente, comenzó a comportarse como si quisiera comprársela, ofreciéndole a Negro sumas desorbitantes de cien o doscientos dólares.

—Te doy doscientos setenta y cinco dólares, Negro —le dijo una tarde, cuando pasábamos traqueteando por Bayport con un cargamento de coñac y de *whisky* irlandés—. Es mi última oferta, y será mejor que la aceptes.

Negro sacudió la cabeza e hizo un ruido extraño que casi se asemejaba a un gruñido. Luego, para mi sorpresa (casi me salgo de la calzada con el camión), Larsen perdió los estribos.

—¡Dame ese maldito revólver! —aulló, agarrando a Negro por los hombros y sacudiéndolo.

Casi me tiran del asiento. Hasta podíamos habernos hecho daño, si un policía en motocicleta no nos hubiera detenido en ese preciso instante para pedirnos su correspondiente soborno. Cuando se hubo marchado, Larsen y Negro ya se habían enfriado hasta el punto de congelación, y no hubo más discusiones. Llevamos el cargamento hasta el depósito sin más contratiempos, y nadie dijo una palabra.

Después, cuando Cuatro Ojos y yo nos tomábamos una taza de café en un pequeño restaurante abierto toda la noche, le dije:

—Esos dos están locos, y no me gustan nada. ¿Por qué diablos actúan así, ahora que el negocio marcha viento en popa? No soy tan inteligente como Larsen, pero jamás me verás pelear por un revólver como si fuera un crío.

Cuatro Ojos se limitó a sonreír mientras echaba en la taza media cucharada exacta de azúcar.

—Además, Negro está como está —proseguí—. De verdad te lo digo, Cuatro Ojos, no es natural ni normal que un hombre sienta eso por un pedazo de metal. Comprendo que le tenga apego y que se sienta perdido sin él. Me pasa lo mismo con mi medio dólar de la suerte. Es la forma en que lo mimaba lo que me pone nervioso. Y ahora Larsen actúa de la misma manera.

Cuatro Ojos se encogió de hombros.

—Todos nos estamos poniendo un poco nerviosos, aunque no lo admitamos —dijo—. Demasiados atracadores. Por eso empezamos a ponernos nerviosos y a discutir por tonterías, como las pistolas automáticas.

—Puede que tengas algo de razón.

Cuatro Ojos me hizo un guiño.

—Claro que sí, Desnarigado —dijo, aludiendo a lo que me habían hecho una vez con un bate de béisbol—. Además, tengo incluso otra explicación para los hechos de esta tarde.

—¿Cuál?

Se inclinó hacia adelante y, adoptando un aire misterioso, susurró:

—Quizá ese revólver tenga algo extraño.

En un lenguaje poco amable lo mandé a paseo.

Sin embargo, a partir de aquella noche las cosas cambiaron. Larsen y Negro Kozacs dejaron de dirigirse la palabra y sólo se hablaban para tratar asuntos de trabajo. No se volvió a mencionar el revólver, ni en broma ni en serio. Negro lo sacaba solamente cuando Larsen no estaba presente.

Fueron pasando los años. El contrabando de licor continuó en buenas condiciones, excepto por el hecho de que los atracadores habían aumentado; en un par de ocasiones, Negro pudo demostrarnos lo bien que sonaba su automática. Además, nos metimos en una trifulca con unos competidores dirigidos por un irlandés llamado Luke Dugan, y tuvimos que irnos con mucho ojo y cambiar de ruta un viaje sí y otro no.

A pesar de todo, el negocio marchaba. Yo seguía manteniendo a casi todos mis parientes. Y Cuatro Ojos ahorra unos cuantos dólares al mes para lo que él denominaba el Fondo para el Gato Persa. Con respecto a Larsen, me parece que se gastaba casi todo lo que tenía en mujeres y en lo que éstas traen aparejado. Era la clase de tipo que se daba todos los placeres de la vida sin una sonrisa, pero que, a pesar de todo, vivía para ellos.

En cuanto a Negro Kozacs, jamás supimos qué hacía con el dinero que ganaba. Nunca nos enteramos de que gastara mucho, por lo que dedujimos que debía de estar ahorrando, probablemente en billetes que guardaba en una caja de seguridad. Tal vez planeara regresar a la madre patria, dondequiera que eso estuviera, para ser alguien. De todos modos, jamás nos lo dijo. Por la época en que el Congreso nos dejó sin profesión, Negro debía de tener una cantidad extraordinaria de pasta. No nos habíamos hecho de oro, pero habíamos tenido mucho cuidado.

Finalmente, transportamos el último cargamento. De todos modos, habríamos tenido que dejar el negocio muy pronto, porque cada semana que pasaba los sindicatos exigían más dinero en concepto de protección. Al pequeño empresario independiente no le quedaban muchas salidas, aunque fuera tan listo como Larsen. De modo que Cuatro Ojos y yo nos tomamos un par de meses de vacaciones antes de

pensar qué íbamos a hacer, él para continuar con sus gatos persas y yo con los ineptos de mis parientes. Por el momento, seguimos juntos.

Entonces, una mañana, leí en el periódico que a Negro Kozacs lo habían enviado al otro barrio. Había sido encontrado acribillado a balazos en un vertedero de basuras cerca de Elizabeth, Nueva Jersey.

—Me imagino que al final Luke Dugan logró echarle el guante —aventuró Cuatro Ojos.

—Vaya suerte perra —dije—, especialmente si se piensa en todo ese dinero del que no pudo disfrutar. Cuatro Ojos, me alegro de que tú y yo no seamos lo bastante importantes como para que Dugan se ocupe de nosotros... Eso espero.

—Oye, Desnarigado, ¿dice el artículo si encontraron el revólver de Negro?

Le contesté que el periódico decía que el muerto iba desarmado y que en el lugar no se habían encontrado armas.

Cuatro Ojos comentó que resultaba extraño pensar que el revólver de Negro se hallara en el bolsillo de cualquier otra persona. Yo opinaba igual que él, y nos pasamos un rato preguntándonos si Negro habría tenido ocasión de defenderse.

Al cabo de unas dos horas nos llamó Larsen y nos pidió que nos reuniéramos con él en nuestro escondite. Nos informó que Luke Dugan también lo estaba buscando para matarlo.

El escondite era una casita de madera, de tres habitaciones; junto a ella había un enorme garaje de plancha de hierro ondulada. El garaje era para el camión, y a veces solíamos almacenar un cargamento de licor cuando nos enterábamos de que la policía, para variar, iba a efectuar algunas detenciones. Estaba cerca de Bayport, aproximadamente a una milla de la bahía y de la pequeña ensenada en la que ocultábamos nuestra barca. La hierba marina, erguida y de bordes afilados, alta como un hombre, llegaba casi hasta la casa, por el lado de la bahía, que quedaba al norte, y también por el oeste. Debajo de la hierba marina el suelo era pantanoso, aunque cuando hacía calor y la marea no estaba alta, formaba una costra seca, surcada aquí y allá por arroyos de agua de mar. Incluso la más leve brisa hacía que las briznas de hierba marina chocasen entre sí produciendo un curioso ruido seco.

Hacia el este había unos campos, y más allá estaba Bayport. Bayport era una especie de ciudad de veraneo, y debido a las mareas y a las tormentas, algunas de las casas estaban construidas sobre empalizadas. Había una pequeña laguna para las barcas de los pescadores que salían a buscar cangrejos.

Hacia el sur del escondite estaba el camino de tierra que conducía a la carretera asfaltada. La casa más cercana se encontraba a una media milla de distancia.

Cuatro Ojos y yo llegamos bien entrada la tarde. Llevamos comida para un par de días, pues pensamos que Larsen querría quedarse. Entonces, casi al ponerse el sol, oímos llegar el coche de Larsen, y yo salí a meterlo en el garaje vacío y a llevar la maleta de Larsen hasta la casa. Cuando regresé, éste estaba hablando con Cuatro Ojos. Era un hombre corpulento, y tenía los hombros muy anchos, como los de un

luchador. Estaba casi calvo, y el poco pelo que le quedaba era de un color rubio apagado. Tenía los ojos pequeños, y su cara no era muy dada a la expresión. Y así se quedó, inexpresiva, cuando dijo:

—Pues sí, Negro la palmó.

—Los pistoleros de Luke Dugan son unos chalados y ciertamente muy rencorosos —comenté.

Larsen asintió con la cabeza y frunció el entrecejo.

—Negro la palmó —repitió, recogiendo su maleta y encaminándose hacia el dormitorio—. Pienso quedarme aquí durante unos días, por si también van tras de mí. Quiero que Cuatro Ojos y tú os quedéis conmigo.

Cuatro Ojos me hizo un guiño extraño y comenzó a preparar algo para comer. Encendí las luces y eché las cortinas, lanzando una mirada preocupada hacia el camino, que estaba desierto. Eso de esperar en una casa solitaria a que una banda de pistoleros viniera a buscarte no me hacía ni pizca de gracia. Y supuse que tampoco a Cuatro Ojos. A mí me parecía mucho más sensato que Larsen pusiera tierra de por medio entre él y Nueva York. Pero, conociendo a Larsen, me cuidé muy bien de hacer comentario alguno.

Después de comernos la carne enlatada con las judías y de bebernos la cerveza, nos sentamos a la mesa a tomar el café.

Larsen sacó del bolsillo una automática y comenzó a jugar con ella; de inmediato me di cuenta de que era la de Negro. Durante unos cinco minutos nadie dijo palabra. Cuatro Ojos jugaba con su café, iba echándole la crema gota a gota. Yo amasé un trozo de pan y lo convertí en bolitas que cada vez iban adquiriendo un aspecto menos apetitoso.

Finalmente, Larsen levantó la vista y nos dijo:

—Es una pena que Negro no llevara esto consigo cuando lo enviaron al otro barrio. Me lo dio justo antes de que decidiera viajar a la madre patria. Ahora que se ha acabado el trabajo, ya no lo quería.

—Me alegro de que no se lo haya quedado el tipo que lo mató —se apresuró a comentar Cuatro Ojos. Lo dijo nervioso, y en su peor estilo de profesor universitario. Pude adivinar que no deseaba que volviera a reinar el silencio—. Resulta extraño que Negro se deshiciera de su revólver, pero comprendo lo que debió de sentir. Mentalmente asociaría el revólver con nuestro oficio y acabado éste, el arma dejó de interesarle.

Larsen gruñó, lo cual significaba que Cuatro Ojos debía callarse.

—¿Qué pasará con la pasta de Negro? —inquirí.

Larsen se encogió de hombros y siguió jugueteando con la automática; alojaba un casquillo en la recámara, amartillaba el arma, y así sucesivamente. Me recordaba tanto la forma en que Negro solía manejarlo que me inquieté y empecé a imaginar que oía a los pistoleros de Luke Dugan avanzando lentamente a través de la hierba marina. Finalmente, me puse en pie y comencé a pasearme por la habitación.

Fue entonces cuando ocurrió el accidente. Después de amartillar el revólver, Larsen levantó el pulgar para dejar que el percutor bajara suavemente, cuando se le resbaló de la mano. Al golpear en el suelo se disparó y produjo un estallido y un fognazo, y una bala avanzó por el suelo abriendo un pequeño canal y pasando demasiado cerca de mi pie para mi gusto.

En cuanto advertí que no me había dado, grité sin pensar:

—¡Le dije a Negro miles de veces que estaba haciendo demasiado sensible el gatillo de su revólver! ¡Maldito idiota!

Larsen se quedó sentado; sus ojitos de cerdo miraban fijamente el revólver allí donde había caído, entre sus pies. Luego, lanzó un extraño resoplido, lo recogió y lo puso sobre la mesa.

—Habría que tirar ese revólver. Es demasiado peligroso de manejar. Trae mala suerte —le dije a Larsen, y en ese instante deseé no haberlo dicho, porque me lanzó una sucia mirada y unas cuantas blasfemias imaginativas en sueco.

—Cierra la boca, Desnarigado —terminó ordenándome—, y no me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer. Puedo cuidar de ti y puedo cuidar del revólver de Negro. Ahora me voy a la cama.

Cerró la puerta del dormitorio tras de sí, y dejó que Cuatro Ojos y yo adivináramos que se suponía que debíamos sacar nuestras mantas y dormir en el suelo.

Pero no queríamos irnos a dormir en seguida, siquiera fuese porque seguíamos pensando en Luke Dugan. De modo que sacamos una baraja y empezamos a jugar una partida de póquer abierto, hablando en voz muy baja. El póquer abierto es igual que el normal, sólo que se descubren cuatro de las cinco cartas, que se reparten boca arriba y una a la vez.

Se apuesta cada vez que se da una carta, de este modo una suma considerable de dinero tiende a cambiar de manos, incluso cuando se juega con un límite de diez centavos, como hacíamos nosotros. Es un juego muy indicado para desplumar a los incautos, y Cuatro Ojos y yo nos pasábamos horas enteras jugando cuando no teníamos nada mejor que hacer. Pero dado que los dos éramos igual de listos, ninguno lograba ganar por mucho tiempo.

Todo estaba en silencio, excepto por los ronquidos de Larsen, el murmullo de la hierba marina y el tintineo ocasional de una moneda de diez centavos.

Al cabo de una hora más o menos, por casualidad Cuatro Ojos le echó un vistazo a la automática de Negro, que estaba al otro lado de la mesa, y por la forma en que su cuerpo dio un respingo, yo también reparé en ella. De inmediato presentí que había algo que no funcionaba, pero no pude precisar qué era; una sensación extraña me recorrió la nuca. Entonces, Cuatro Ojos tendió dos delgados dedos, le dio media vuelta al revólver, y me di cuenta de qué era lo que no funcionaba. Cuando Larsen había dejado el revólver sobre la mesa, me pareció que apuntaba hacia la puerta exterior; pero cuando Cuatro Ojos y yo lo miramos, apuntaba en dirección a la puerta

del dormitorio. Cuando se está intranquilo, la memoria suele engañar.

Media hora más tarde notamos que el revólver volvía a apuntar hacia la puerta del dormitorio. En esta ocasión, Cuatro Ojos le dio la vuelta rápidamente, y a mí me entraron unos nervios en toda regla. Cuatro Ojos silbó por lo bajo, se puso en pie y probó a colocar el revólver en distintos puntos de la mesa; luego la sacudió para ver si el revólver se movía.

—Ya veo lo que ha ocurrido —murmuró finalmente—. Cuando el revólver está de lado, es como si se balanceara sobre la aleta del seguro como resulta que esta mesita está un poco desequilibrada y se bambolea, cuando jugamos a las cartas el bamboleo es lo bastante persistente como para hacer que el revólver se mueva en círculo.

—Me tiene sin cuidado —respondí en un susurro—. No quiero que me dispare mientras duermo sólo porque la mesa tiene un bamboleo persistente. Creo que el retumbo de un tren que pasara a tres kilómetros de aquí sería suficiente como para que este delicado gatillo se disparase. Dame la pistola.

Cuatro Ojos me la pasó y, cuidándome mucho de apuntarla siempre hacia el suelo, la descargué, volví a colocarla sobre la mesa y me metí las balas en el bolsillo de la chaqueta. Después intentamos seguir jugando a las cartas.

—Mi corazón rojo apuesta diez centavos —dije, refiriéndome a mi as.

—Mi rey sube diez centavos —repuso Cuatro Ojos.

Pero no hacía caso. Entre la automática de Negro y pensar en Luke Dugan, no podía concentrarme en el juego.

—Cuatro Ojos, ¿te acuerdas de aquella tarde en que me comentaste que quizá el revólver de Negro tenía algo extraño? —dije.

—Suelo hablar mucho, Desnarigado, y a veces no vale la pena recordar lo que digo. Será mejor que nos concentremos en las cartas. Mi pareja de sietes apuesta cinco centavos.

Seguí su consejo, pero no tuve mucha suerte, y perdí cinco o seis dólares. A eso de las dos de la madrugada los dos estábamos bastante cansados y ya no nos sentíamos tan nerviosos; sacamos las mantas, nos envolvimos en ellas y tratamos de dormir un poco. Me puse a escuchar el ruido de la hierba marina y el pitido de una locomotora a unos tres kilómetros de distancia, y me atormenté un rato pensando en las posibles actividades de Luke Dugan, pero finalmente me quedé dormido.

Debió de ser casi al amanecer cuando el ruido del piñoneo me despertó. A través de las persianas se colaba una luz débil y verdosa. Me quedé quieto, sin saber exactamente qué era lo que estaba oyendo, pero estaba tan nervioso que no me di cuenta del intenso picor que me recorría el cuerpo por haber dormido sin sábanas, ni de la comezón que sentía en la cara y las manos por las picaduras de mosquito. Luego volví a oírlo, y no sonaba a otra cosa que al agudo piñoneo del percutor de un revólver cuando estalla en la recámara vacía. Lo oí dos veces. Parecía provenir del interior de la habitación. Me quité las mantas de encima y sacudí a Cuatro Ojos para

que despertara.

—Es la maldita automática de Negro —murmuré, hecho un manojito de nervios—. Está tratando de dispararse.

Cuando una persona despierta de repente y antes de lo debido, tiende a sentirse como yo me sentí en ese momento y a decir insensateces sin pensarlo. Cuatro Ojos se me quedó mirando durante un momento, luego se restregó los ojos y sonrió. A duras penas logré ver la sonrisa en la escasa luz, pero puede sentirla en su voz cuando me dijo:

—Desnarigado, te estás poniendo verdaderamente susceptible.

—Podría jurártelo —insistí—. Era el piñoneo del percutor de un revólver.

Cuatro Ojos bostezó y repuso:

—Sólo falta ahora que me digas que ese revólver era el espíritu protector de Negro.

—¿Qué espíritu protector? —le pregunté, rascándome la cabeza y empezando a mosquearme.

Hay veces en que el aire de profesor universitario de Cuatro Ojos me agota.

—Desnarigado —continuó—, ¿has oído hablar alguna vez de las brujas?

Me dirigí a todas las ventanas y espí desde detrás de las cortinas para asegurarme de que no había nadie afuera. No vi a nadie. En realidad, no esperaba que hubiera nadie.

—¿Qué quieres decir? —pregunté a mi vez—. Claro que sí. De hecho, conocí a un tipo, un holandés de Pennsylvania, que me habló sobre las brujas que le echan a la gente lo que él llamaba el mal de ojo. Me dijo que a su tío le habían echado el mal de ojo y que después murió. Era viajante; me refiero al holandés que me lo contó.

Cuatro Ojos asintió con un movimiento de cabeza y luego continuó con tono soñoliento, sin levantarse del suelo:

—Pues bien, Desnarigado, el diablo solía darle a cada bruja un gato o un perro negro como amuleto, o quizá un sapo, para que siguiera a su dueña a todas partes, la protegiera y vengara los agravios. Esas criaturitas se llamaban espíritus protectores, siervos enviados por el Gran Jefe a velar por sus elegidas, podríamos decir. Las brujas les hablaban en una lengua que nadie más comprendía. Te diré a dónde quiero ir a parar. Los tiempos cambian, los estilos cambian, y también varía el estilo de los espíritus protectores. El revólver de Negro es también negro, ¿no? Y acostumbraba a murmurarle cosas en una lengua que no comprendíamos, ¿no? Y...

—Estás loco —le dije, pues no quería que me tomara el pelo.

—Vamos, Desnarigado —repuso—, tú mismo me decías hace un momento que pensabas que el revólver tenía vida propia, que podía amartillarse solo y dispararse solo sin ninguna ayuda humana. ¿O no?

—Estás loco —repetí, empezando a sentirme como un tonto redomado y a desear no haber despertado a Cuatro Ojos—. Fíjate, el revólver está aquí, en el sitio donde lo dejé, sobre la mesa, y las balas siguen en mi bolsillo.

—Por suerte —repuso él con un tono teatral que intentaba parecerse al de un empresario de funeraria—. Bueno, ya que me has despertado temprano, me daré una vuelta por ahí y veré si puedo apropiarme del periódico del vecino. Mientras tanto, puedes prepararme el baño.

Esperé hasta estar seguro de que se había ido, porque no quería que volviera a ponerme en ridículo. Entonces me acerqué al revólver y lo revisé. En primer lugar, busqué la marca o el nombre del fabricante. Descubrí un sitio limado, donde podía haber habido alguna marca, pero eso fue todo. Hubiera jurado que antes de aquello habría podido decir la marca, pero en aquel momento ya no podía. No era que, en general, no pareciera una automática como cualquier otra; eran los detalles —la empuñadura, el guardamonte, la aleta del seguro— lo que resultaba extraño. Imaginé que sería de alguna marca extranjera que jamás había visto.

Después de estar tocándola durante unos dos minutos, comencé a notar algo raro en relación con el tacto del metal. Por lo que podía ver se trataba de acero azulado común, pero en cierta manera era demasiado suave y bruñido, y hacía que quisiera seguir acariciando el cañón una y otra vez. No puedo explicarlo mejor; el metal no me parecía normal. Finalmente, me di cuenta de que el revólver me estaba poniendo muy nervioso y me hacía imaginar cosas, de modo que lo dejé sobre la repisa de la chimenea.

Cuando regresó Cuatro Ojos el sol ya había salido y él había dejado de sonreír. Me arrojó un periódico al regazo y me hizo una seña. Estaba abierto por la página cinco. Leí:

ANTON LARSEN BUSCADO
CON RELACIÓN A LA MUERTE DE KOZACS

La policía cree que el excontrabandista de licor
fue eliminado por su compañero.

Levanté la mirada y vi que Larsen estaba de pie, en el umbral de la puerta del dormitorio. Llevaba puestos los pantalones del pijama, se le veía enfermizo y amarillento, tenía los párpados hinchados y sus ojitos de cerdo nos miraban fijamente.

—Buenos días, jefe —saludó Cuatro Ojos lentamente—. Acabamos de enterarnos por el periódico de que tratan de jugarte una mala pasada. Dicen que has sido tú y no Dugan quien ha matado a Negro.

Larsen gruñó, se acercó a nosotros y tomó el periódico. Le echó una rápida mirada, volvió a gruñir y se dirigió hasta la pila para remojarse la cara con agua fría.

—Entonces —dijo, volviéndose hacia nosotros—, es mejor que permanezcamos aquí, en el escondite.

Aquel día fue el más largo y el más nervioso que haya pasado jamás. Por algún motivo, Larsen parecía no haber despertado del todo. Si hubiera sido un extraño,

habría diagnosticado que se hallaba bajo los efectos del láudano. Se quedó sentado por ahí, con los pantalones del pijama puestos, de modo que al mediodía todavía tenía el aspecto de haberse levantado de la cama en aquel mismo instante. Lo peor era que no quería hablar ni contarnos nada de sus planes. Claro que nunca hablaba demasiado, pero esta vez había una diferencia. Sus cómicos ojitos de cerdo empezaban a ponerme histérico; por más quieto que se estuviera, los ojos no dejaban de moverse, como los de un tipo que ha tomado láudano y le entran pesadillas y está a punto de darle un ataque de frenética locura.

Finalmente, empezó a poner nervioso a Cuatro Ojos, lo cual me sorprendió, porque normalmente Cuatro Ojos sabía tomarse las cosas con calma. Comenzó a hacer pequeñas sugerencias, a decir que deberíamos conseguir un periódico de una edición posterior, que debíamos llamar a cierto abogado de Nueva York, que yo debía hacer que mi primo Jake se diera una vuelta por la comisaría de Bayport para cerciorarse de si había ocurrido algo, y así sucesivamente. Cada vez que comentaba algo, Larsen lo mandaba callar rápidamente.

En un momento dado pensé que Larsen le iba a asestar un golpe. Y Cuatro Ojos, como un idiota, siguió fastidiando. Vi que se avecinaba una bien gorda; estaba tan claro como que me faltaba la nariz. No lograba imaginarme qué inducía a Cuatro Ojos a hacerlo. Supongo que cuando los que dan el tipo de profesor universitario se ponen histéricos se trastornan más que los imbéciles como yo. Tienen el cerebro adiestrado y no pueden dejar de picotear las ideas. Y eso es una desventaja.

En cuanto a mí, traté de dominar mis nervios. Me repetía a mí mismo: «Larsen está bien. Está un poco nervioso, nada más. Todos lo estamos. Vaya, si hace diez años que lo conozco. Está bien». Me di cuenta vagamente de que me decía esas cosas porque comenzaba a creer que Larsen no estaba bien.

La cosa explotó a eso de las dos. Larsen abrió desorbitadamente los ojos, como si acabara de recordar algo, y se puso en pie de un salto tan brusco que comencé a mirar a mí alrededor en busca de la banda de pistoleros de Luke Dugan, o de la policía. Larsen había descubierto que la automática estaba sobre la repisa de la chimenea. En cuanto comenzó a tocarla, notó que estaba descargada.

—¿Quién ha andado jugando con esto? —inquirió con un tono muy desagradable y apagado—. ¿Y por qué?

Cuatro Ojos no lograba mantenerse callado.

—Pensé que podías hacerte daño —dijo.

Larsen se acercó a él y le asestó un golpe en la mejilla que lo hizo caer. Yo así firmemente la silla en la que había estado sentado, dispuesto a usarla como una maza. Cuatro Ojos se retorció en el suelo durante un momento, hasta que logró controlar el dolor. Luego, levantó la vista; las lágrimas comenzaron a brotarle del ojo izquierdo, donde había recibido el golpe. Tuvo el tino suficiente como para no decir palabra, ni sonreír. En una situación semejante, algunos tontos habrían sonreído, pensando que eso sería una señal de valor. Admito que habría sido una señal de valor, pero no de

buen tino.

Al cabo de unos veinte segundos, Larsen decidió que no le iba a patear la cara.

—Ya está bien, ¿vas a callarte de una vez? —inquirió.

Cuatro Ojos asintió con la cabeza. Yo dejé de asir la silla.

—¿Dónde están las balas? —preguntó Larsen.

Me las saqué del bolsillo y las puse sobre la mesa, moviéndome pausadamente.

Larsen volvió a cargar el revólver. Me enfermaba ver cómo se deslizaban sus manazas por el metal negroazulado, porque recordaba el tacto que tenía.

—Nadie más que yo toca esto, ¿entendido?

Dicho lo cual se metió en el dormitorio y cerró la puerta.

Lo único que yo podía pensar era: «Cuatro Ojos tenía razón cuando dijo que Larsen estaba loco con lo de la automática de Negro. Y le ocurre lo mismo que le ocurría a Negro. Necesita tener cerca ese revólver. Eso ha sido lo que lo ha importunado durante toda la mañana, sólo que él no lo sabía».

Entonces me arrodillé junto a Cuatro Ojos, que seguía tendido en el suelo, apoyado en los codos, mirando hacia la puerta del dormitorio. La marca que le había dejado Larsen en la cara había adquirido una coloración rojo ladrillo, y en el pómulos, donde se le había roto la piel, tenía un hilillo de sangre.

Con susurros muy apagados le dije lo que pensaba de Larsen.

—Huyamos en cuanto se nos presente la ocasión y enviemos a la policía para que lo pesquen —concluí.

Cuatro Ojos sacudió un poco la cabeza. No dejaba de mirar fijamente a la puerta; el ojo izquierdo le parpadeaba de manera espasmódica. Luego se echó a temblar, y desde lo más profundo de la garganta le salió un extraño gruñido.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Él mató a Negro —le murmuré al oído—. Estoy casi seguro de ello. Y por un pelo no te ha matado a ti.

—No me refiero a eso —comentó Cuatro Ojos.

—¿A qué te refieres entonces?

Él sacudió la cabeza, como si intentase cambiar el curso de sus pensamientos.

—A algo que he visto —respondió—, o más bien, a algo que he descubierto.

—¿Del revólver? —inquirí.

Tenía los labios resecos, y me costó un esfuerzo pronunciar las palabras.

Me lanzó una curiosa mirada y se incorporó.

—Será mejor que de ahora en adelante seamos sensatos —dijo, y luego añadió con un hilo de voz—: Por ahora no podemos hacer nada. Quizá esta noche tengamos una oportunidad.

Después de mucho rato, Larsen me ordenó a gritos que le calentara un poco de agua para que pudiera afeitarse. Se la llevé, y cuando me puse a freír un poco de carne, salió del cuarto y se sentó a la mesa. Se había lavado y afeitado, y se había cepillado los ralos mechones de pelo que aún le quedaban en la pelada cabeza. Se

había vestido y llevaba puesto el sombrero. A pesar de todo, seguía conservando ese aspecto amarillento y enfermizo propio de quien está bajo los efectos del láudano. Nos comimos la carne y las judías y nos bebimos la cerveza, sin decir palabra. Ya había oscurecido, y una leve brisa hacía gemir a las briznas de hierba marina.

Finalmente, Larsen se puso en pie, dio una vuelta alrededor de la mesa y sugirió:

—Juguemos una partida de póquer abierto.

Mientras yo recogía los platos, él sacó su maleta y la depositó sobre la mesa accesoria. Se sacó la automática de Negro del bolsillo y la miró durante un segundo. Luego, la guardó en la maleta, cerró ésta y la ató firmemente.

—Cuando acabe la partida nos iremos —dijo.

No estaba muy seguro de si debía sentirme aliviado o no.

Jugamos con un límite de diez centavos, y desde el principio Larsen comenzó a ganar. Fue una partida extraña; yo tenía los nervios a flor de piel, Cuatro Ojos estaba allí sentado con la parte izquierda de la cara toda hinchada, mirando de reojo a través de la lente derecha de sus gafas, porque la izquierda se le había hecho trizas cuando Larsen lo golpeó, y éste iba vestido como si estuviera sentado en una estación, esperando el tren. Todas las cortinas estaban echadas. La bombilla de la luz que pendía del techo, cubierta por una pantalla de papel de periódico, proyectaba un brillante círculo de luz sobre la mesa, pero dejaba el resto de la habitación demasiado a oscuras para mi gusto.

Fue después de que Larsen nos hubiera ganado unos cinco dólares a cada uno cuando comencé a oír el ruido. Al principio no estaba seguro, porque sonaba muy bajo y se confundía con el seco gemido de la hierba marina, pero desde el principio me fastidió.

Larsen descubrió un rey y se hizo otra vez con todo el dinero del pozo.

—Esta noche no puedes perder —observó Cuatro Ojos con una sonrisa, y dio un respingo porque al sonreír le dolía la mejilla.

Larsen lo miró malhumorado. No parecía satisfecho con su suerte, o con la observación de Cuatro Ojos. Sus ojitos de cerdo se movían de la misma forma que nos había puesto histéricos durante el día. Y yo seguía pensando: «Quizá haya matado a Negro Kozacs. Cuatro Ojos y yo no somos más que unos tipos sin importancia para él. Quizá esté tratando de decidir si nos mata también. O quizá piense usarnos para algo y esté sopesando cuánto contarnos. Si hace algo le arrojare la mesa a la cara; es decir, si tengo ocasión». Comenzó a parecerme un extraño, aunque hacía diez años que lo conocía y había sido mi jefe y me había pagado un buen dinero.

De nuevo volví a oír el ruido, esta vez un poco más audible. Era muy peculiar, y difícil de describir, algo así como el ruido que haría una rata atrapada en un montón de mantas al tratar de abrirse paso para escapar. Levanté la vista y vi que la moradura de la mejilla izquierda de Cuatro Ojos resaltaba mucho más.

—Mi as negro apuesta diez centavos —dijo Larsen, empujando una moneda hacia

el montón de apuestas.

—Veo la apuesta —repuse, echando dos monedas de cinco centavos sobre la mesa.

Mi voz sonó tan seca y ahogada que me sorprendió.

Cuatro Ojos puso su dinero y nos dio a cada uno otra carta.

Entonces sentí que la cara se me ponía pálida, porque me pareció que el ruido provenía de la maleta de Larsen y recordé que éste había guardado allí la automática de Negro, con el cañón apuntando hacia el lado contrario al que estábamos nosotros.

El ruido era ahora más fuerte. Cuatro Ojos no lograba estarse quieto sin decir nada. Echó hacia atrás la silla y comenzó a murmurar:

—Creo que oigo...

Entonces vio la mirada enloquecida y asesina que se apoderó de los ojos de Larsen y tuvo el tino suficiente como para acabar diciendo:

—Creo que oigo el tren de las doce.

—Quédate quieto —le ordenó Larsen—, muy quieto. Son sólo las once menos cuarto. Mi as apuesta otros diez centavos.

—Subo tu apuesta —repliqué con voz ronca.

Yo quería ponerme en pie de un salto. Deseaba arrojar la maleta de Larsen por la puerta. Quería salir corriendo. Pero continué sentado y muy tieso. Todos nos quedamos sentados y tiesos. No nos atrevíamos a movernos, porque si lo hubiéramos hecho, habría sido señal de que creíamos que estaba ocurriendo lo imposible. Y si un hombre hace eso, está loco. Seguí pasándome la lengua por los labios, sin mojármelos.

Miré fijamente las cartas, tratando de excluir todo lo demás. Ya se había dado esa mano. Yo tenía un valet y unas cuantas cartas de poco valor, y sabía que la carta que tenía boca abajo era otro valet. Entre sus cartas descubiertas, Cuatro Ojos tenía un rey. El as de tréboles de Larsen era el naipe más alto que había sobre la mesa.

Y el ruido continuaba. Era algo que se retorció, se tensaba, empujaba. Un sonido amortiguado.

—Subo diez centavos —dijo Cuatro Ojos en voz alta.

Me dio la impresión de que lo hizo sólo por meter ruido, no porque pensase que sus cartas eran buenas.

Me volví hacia Larsen, tratando de fingir que estaba interesado en ver si continuaba subiendo o dejaba de apostar. Sus ojos habían dejado de moverse y miraban fijamente hacia la maleta. Tenía la boca torcida de un modo cómico y rígido. Al cabo de un rato comenzó a mover los labios. Su voz era tan queda que apenas logré captar las palabras.

—Diez centavos más. *¿Sabéis?, yo maté a Negro.* ¿Qué tiene que decir tu valet, Desnarigado?

—Que sube tu apuesta —repuse automáticamente.

Su contestación nos llegó con la misma voz casi inaudible.

—No tienes ninguna posibilidad de ganar, Desnarigado. *No trajo el dinero, como había prometido. Pero le obligué a que me dijera en qué lugar de su cuarto lo escondía. Yo no podré recogerlo, la policía me reconocería. Pero vosotros dos podríais hacerlo por mí. Por eso me voy a Nueva York esta noche. Subo diez centavos más.*

—Veo esos diez centavos —me oí decir.

El ruido cesó, no gradualmente sino de repente. De inmediato mis ganas de levantarme de un salto y hacer algo se centuplicaron. Pero estaba pegado a la silla.

Larsen le dio la vuelta al as de picas.

—Dos ases. *El revólver de Negro no lo protegió. No tuvo ocasión de usarlo. Tréboles y picas. Ases negros. Yo gano.*

Entonces ocurrió.

No necesito dar demasiados detalles sobre lo que hicimos después. Enterramos el cuerpo entre la hierba marina. Lo limpiamos todo y llevamos el coche unos cuantos kilómetros tierra adentro antes de abandonarlo. Nos llevamos el revólver, lo desarmamos, a martillazos le borramos la forma original, y lo arrojamos pieza a pieza a la bahía. Jamás averiguamos nada sobre el dinero de Negro, ni siquiera lo intentamos. La policía jamás nos importunó. Nos consideramos afortunados de haber conservado el tino suficiente como para escapar sanos y salvos después de lo ocurrido.

Porque, escupiendo humo y fuego a través de los redondos agujeritos, y sacudiendo y haciendo saltar la maleta, las ocho balas salieron disparadas y casi partieron en dos a Anton Larsen.

Franqueo pagado al paraíso

Robert Arthur (1909-1969)

Argosy, junio

Robert Arthur (Robert A. Feder) es un escritor de ciencia ficción y fantasía menospreciado, algo más conocido como productor y guionista de radio y televisión. Es una pena, porque publicó cierta cantidad de relatos excelentes, algunos de ellos fuera de las revistas de ciencia ficción. En el terreno de la ciencia ficción, su reputación se basa en la serie «Murchison Morks», de la que este relato es el primero.

«Franqueo pagado al paraíso» tiene un historial interesante, pues se reeditó en The Magazine of Fantasy and Science Fiction en 1950 y, pese a su carácter de relato no original, fue seleccionado para el primer volumen de Best From F&SF (Lo mejor de F&SF).

(Hoy en día, por supuesto, dado el enorme aumento del número de escritores de ciencia ficción, no me sorprende que haya tantos que no conozca, o que habiéndome encontrado con ellos, no los haya retenido en mi envejecida memoria. Me preocupa, sin embargo, el no haber conocido a alguien de los viejos tiempos. No conocí a Robert Arthur, por ejemplo, pero siempre me gustaron sus relatos. I. A.)

Era la semana de los Hobbies en el Club, y Malcolm estaba mostrando su colección de sellos.

—Ahora ved estos triangulares —dijo—. Su valor no se conoce con exactitud, ya que nunca se han vendido en bloque. Pero componen el juego completo más raro e interesante para los filatélicos. Son...

—Una vez tuve un juego de sellos que era aún más raro y más interesante —interrumpió Murchison Morks, con voz melosa.

Morks es un hombre pequeño y vivaracho que, a menudo, se sienta junto a la chimenea y fuma su pipa mientras contempla las llamas en silencio. No creo que se interese particularmente por Malcolm, que es nuestro único millonario y le gusta lo que tiene más que a nadie.

—¿Que tienes un juego de sellos más raro que mis triangulares? —le preguntó Malcom incrédulo, con una oscura sombra de molestia en sus mejillas.

—No, no lo tengo. —Morks sacudió la cabeza corrigiéndole amablemente—. Lo tuve.

—¡Oh! —replicó Malcolm—. ¿Y se te quemaron? ¿O los robaron?

—No. —Morks reprimió un suspiro—. Los usé. Para enviar una carta. Antes de darme cuenta de que eran únicos.

Malcolm se mordió el labio.

—Este juego de sellos —dijo posesivamente, colocando la mano sobre el cristal que cubría los trocitos triangulares de papel—, costó la vida al menos a un hombre.

—El mío me costó mi mejor amigo —replicó Morks.

—¿Costó la vida de tu mejor amigo? —preguntó Malcolm.

Morks sacudió la cabeza. Su cara mostraba una tristeza reflexiva, como si reviviera en su mente un fragmento del pasado, que aún le hería sólo con recordarlo.

—No lo sé —le respondió al filatélico—. La verdad es que no lo sé. Sospecho que no. Honestamente pienso que Harry Norris, así se llamaba mi amigo, es en este momento diez veces más feliz que cualquiera de los que estamos aquí. Y cuando pienso que si no hubiera sido por mi timidez podría estar con él...

—Pero tengo que contaros la historia completa —dijo brevemente— para que podáis comprenderlo todo.

No soy coleccionista de sellos —empezó a contar, haciendo un gesto con la cabeza hacia Malcolm—, pero mi padre lo era. Murió hace algunos años, y entre otras cosas me dejó su colección.

No era particularmente buena, pues había buscado en los sellos más lo pintoresco que lo valioso. Cuando la vendí, apenas pude conseguir que me pagaran lo suficiente para recompensarme por los problemas que tuve para que la valorasen.

Incluso, durante cierto tiempo pensé en quedármela; algunos sellos, particularmente los sellos de países tropicales donde aparecían pájaros y animales

exóticos, eran muy decorativos.

Pero al final la vendí entera... excepto un juego de cinco que el marchante rechazó, porque decía que eran falsificaciones.

¡Falsificaciones! Si lo hubiera sospechado...

Pero naturalmente acepté lo que decía. Asumí que entendía en estos temas. Sobre todo porque los cinco sellos diferían considerablemente de los que había visto antes, y ni siquiera estaban incluidos en el álbum de mi padre. Estaban sueltos en un sobre que había al final de la colección.

Pero falsificados o no, eran interesantes y atractivos. Los cinco tenían un valor diferente: diez centavos, cincuenta centavos, un dólar, tres dólares y cinco dólares.

Ninguno estaba usado, se encontraban en perfecto estado —es así como se dice, ¿no, Malcom?—, y tenían unos colores de lo más vivo: granate y azul marino, esmeralda y amarillo, naranja y azur, chocolate y marfil, negro y oro.

Y además eran muy grandes (su tamaño era cuatro veces mayor que los sellos de correos normales que todos conocéis), y las escenas que mostraban tenían gran viveza y realismo.

En particular el de tres dólares, que retrataba a una muchacha nativa con el plato de frutas sobre la cabeza...

Sin embargo, me estoy saliendo de mi historia. Digamos simplemente que, tras pensar que eran falsos, los metí en un cajón y me olvidé de ellos.

Los volví a encontrar una noche, casi por accidente, cuando estaba revolviendo el fondo del cajón en busca de un sobre con el que poder mandar una carta que acababa de escribir a mi mejor amigo, Harry Norris. En esa época, Harry vivía en Boston.

Resultó que el único sobre que pude encontrar era el que tenía dentro los sellos de mi padre. Lo vacié, escribí en él la dirección y luego, tras cerrarlo, centré mi atención en aquellos cinco extraños sellos.

He mencionado que todos eran grandes y rectangulares: casi del tamaño de una etiqueta en vez del tamaño convencional de un sello de correos. Pero claro, no eran sellos convencionales.

Había una línea escrita en la parte superior: ESTADOS FEDERADOS DE EL DORADO. Luego, hacia el centro, el valor. Y al pie, otra línea: *Correo rápido*.

Al no estar familiarizado con este tipo de cosas, supuse que El Dorado era uno de esos Estados indios, o que tal vez estaba en algún lugar de Centroamérica. Pensé que lo de correo rápido correspondía probablemente a nuestro correo aéreo.

Ya que los valores estaban en centavos y dólares, me incliné hacia la teoría latinoamericana: hay un montón de países pequeñitos ahí abajo, a los que siempre confundo, como El Salvador y Colombia. Pero hasta ese momento nunca había pensado mucho en el tema.

Ahora, al mirarlos, empecé a preguntarme si aquel marchante conocía su negocio. Estaban tan bien hechos, el grabado ejecutado con tanta maestría, los colores tan brillantes y atractivos, que parecía difícil que pudieran ser falsos.

Es cierto que los temas que mostraban no eran normales. El de diez centavos, por ejemplo, mostraba un unicornio erecto, con el cuerno apuntando al cielo, la crin al viento. Parecía una imagen sacada de la vida real.

Era casi imposible mirarla sin pensar que el artista había trabajado con un unicornio auténtico como modelo. Excepto, naturalmente, que ya no quedan unicornios.

El de cincuenta centavos mostraba a Neptuno, con el tridente en la mano y cabalgando sobre un par de delfines, a través de una superficie de espuma. Era tan real como el primero.

El de un dólar mostraba a Pan tocando sus flautas, con un templo griego al fondo, y tres faunos danzando sobre la hierba. Al mirarlos, uno casi podía oír la música que producía.

No exagero lo más mínimo. Tengo que admitir que me sorprendía un poco que un país tropical pusiera a Pan en uno de sus sellos, pues pensaba que era monopolio griego. Pero cuando me miré el sello de tres dólares, lo olvidé por completo.

Probablemente no pueda expresar con palabras la impresión que me causó aquel sello... y a Harry Norris, más tarde.

La figura central era una muchacha; creo que ya lo he dicho antes.

Una muchacha nativa, contra un fondo de flores tropicales, una chica de unos dieciséis años, diría, que acaba de ser mujer, sonriendo, con una sonrisita de complicidad, que combinaba la inocencia de la infancia con toda la sabiduría heredada de una mujer.

¿Me explico con claridad? ¿No mucho? Bien, no importa. Continuemos. Sólo añadiré que llevaba sobre la cabeza, al estilo nativo, una gran bandeja plana llena de frutas de todo tipo; aquella bandeja, junto con algunas flores que tenía en los pies, eran su único atuendo.

La miré durante largo rato, antes de examinar el último sello del grupo, el de cinco dólares.

Éste era relativamente poco interesante en comparación. Sólo un mapa. Mostraba varias islas agrupadas en una extensión de agua marcadas, con letras claras, como *Mar de El Dorado*. Supuse que las islas eran los Estados Federados de El Dorado, y que el punto más grande, señalado con la palabra Nirvana, era la capital del país.

Entonces se me ocurrió una idea. Harry tenía un sobrino que coleccionaba sellos. Sólo por diversión, podía poner una de aquellas falsificaciones de El Dorado (si eran falsificaciones) en la carta que iba a mandar a Harry, y ver si la aceptaban en la oficina de correos. Si lo hacían, el sobrino de Harry recibiría una rareza, un sello extranjero usado en América.

Era una idea estúpida, pero era muy tarde y encontrar los sellos me había puesto de buen humor. Así que inmediatamente pegué el sello de diez centavos en la esquina de la carta para Harry y luego fui a buscar un sello normal para ponerlo al lado.

Tuve que llegar a mi habitación, donde encontré el sello que me hacía falta en la

cartera, que tenía en la chaqueta. Mientras, dejé la carta sobre la mesa.

Y cuando volví a la biblioteca, había desaparecido.

No tengo que decir que me quedé muy sorprendido. No había ningún lugar donde pudiera haber ido. No había nadie que hubiera podido cogerla. La ventana estaba abierta, pero era la ventana de un ático, a veinte pisos de altura del suelo, en el vacío y nadie podía entrar por ella.

Y tampoco era posible que el viento se hubiera llevado la carta volando. Miré el suelo. En realidad, busqué por todas partes, cada vez más sorprendido.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de rendirme, el teléfono empezó a sonar.

Era Harry Norris, llamándome desde Boston. Su voz, mientras me saludaba, parecía un poco agitada. En seguida descubrí por qué.

Tres minutos antes, cuando se disponía a acostarse, la carta que yo acababa de dar por perdida había entrado por la ventana, había flotado en el aire unos instantes ante su mirada y luego se había depositado en el suelo.

Harry Norris llegó a Nueva York a la mañana siguiente. Le había prometido por teléfono, tras explicarle lo del sello de El Dorado, que no tocaría los otros excepto para ponerlos en lugar seguro.

Era obvio que el sello era responsable de lo que había sucedido. De alguna manera, había conducido la carta desde la biblioteca a los pies de Harry Norris directamente, en un tiempo estimado de tres minutos, o a una velocidad media de ocho mil kilómetros por hora.

Era una idea para desatar la imaginación. Desde luego, desató la mía.

Harry llegó a la hora del almuerzo, y mientras comíamos le expliqué todo lo que sabía; lo que acabo de contaros ahora. Se sintió decepcionado por lo parco de mi información. Pero no pude añadir nada que ya no supiéramos, y los hechos hablaban por sí solos.

Básicamente, se reducían a lo siguiente: había pegado el sello de El Dorado en la carta de Harry, y de inmediato la carta se había enviado ella sola sin ningún procedimiento intermedio.

—¡No, no puede ser! —estalló Harry—. Mira, he traído la carta conmigo. Y...

Me la tendió, y vi que me había equivocado. Entonces había algún procedimiento intermedio de algún tipo. Sí, y el sobre había sido matasellado con tinta púrpura claramente legible.

Estados Federados de El Dorado, decía el matasellos. Era circular, como el nuestro; y en el centro del círculo, donde normalmente se coloca la fecha de emisión, sólo había una palabra, *Jueves*.

—Hoy es jueves —recalcó Harry—. ¿Pusiste el sello después de medianoche?

—Justo después. Parece que la gente de El Dorado no le presta atención a la hora ni el minuto, ¿no?

—Sólo prueba que es un país tropical —sugirió Harry—. El tiempo significa poco o nada en el trópico, ya sabes. Pero a donde quería llegar es a que el matasellos del

jueves demuestra que El Dorado está posiblemente en Centroamérica, como pensaste. Si estuviera en la India, o en el Oriente, habría sido matasellado el miércoles, ¿no? ¿No tendríamos que contar la diferencia horaria?

—¿No habría sido viernes? —pregunté, dubitativo, sin saber mucho de esas cosas—. En cualquier caso, podemos averiguarlo fácilmente. Sólo tenemos que mirar en un atlas. No sé por qué no se me ha ocurrido antes.

Harry estuvo de acuerdo.

—Naturalmente. ¿Dónde tienes uno?

Pero resultó que yo no tenía ningún atlas en casa, ni siquiera uno pequeño. Así que telefoneamos a una de las grandes librerías de la ciudad para que nos enviaran el atlas mundial más grande y más reciente que tuvieran. Y mientras esperábamos, volvimos a examinar la carta de nuevo y especulamos sobre el método en que había sido transmitida.

—¡Correo rápido! —explicó Harry—. ¡Vaya que sí! Deja en pañales al correo aéreo. Vaya, si esa carta viajó, no sólo desde aquí a Boston entre el tiempo en que la echaste de menos y cayó a mis pies, sino que fue directamente a Centroamérica, fue recogida y matasellada, y luego la enviaron a Boston, la velocidad media tuvo que ser...

Hicimos un cálculo aproximado y el resultado fue de más de tres mil doscientos kilómetros por minuto como velocidad probable. Después de hacerlo, nos miramos mutuamente.

—¡Santo Dios! —jadeó Harry—. ¡Los Estados Federados de El Dorado puede que sean un país tropical, pero sí que han inventado algo nuevo con esto! Me pregunto por qué no hemos oído hablar antes de ello.

—Puede que sea un secreto —sugerí yo—. No, no puede ser, porque hace años que tengo los sellos, y naturalmente mi padre los tuvo antes que yo.

—Te digo que hay algo muy extraño en todo esto —dijo Harry sombríamente—. ¿Dónde están los otros sellos que me dijiste? Deberíamos hacer pruebas con ellos mientras esperamos que llegue el atlas.

Tras esto, saqué los cuatro sellos restantes y se los tendí. Harry, entre otras cosas, era un artista bastante bueno, y su silbido fue de admiración al apreciar el trabajo realizado. Examinó con cuidado cada uno de los sellos, pero fue el de tres dólares (como yo había supuesto), el que realmente llamó su atención. El de la muchacha nativa, recordad.

—¡Señor! —exclamó Harry—. ¡Qué belleza!

Sin embargo, al momento, Harry lo puso a un lado y terminó de examinar a los otros. Luego se volvió hacia mí.

—Lo que no puedo comprender es el realismo de las figuras. ¿Sabes qué sospecharía si no lo supiera bien? Sospecharía que estos sellos nunca han sido dibujados. Creería que han sido tomados de fotografías.

—¡De fotografías! —exclamé.

Harry asintió.

—Naturalmente, tú y yo sabemos que eso no es posible —añadió—. Los unicornios, Neptunos y Pans no van por ahí, corriendo, a la espera de que los fotografíen hoy en día. Pero ésa es la impresión que me dan.

Confesé que tenía la misma impresión. Pero ya que los dos estuvimos de acuerdo en que aquello era imposible, descartamos el asunto y volvimos al problema del método empleado en transportar la carta.

—Dices que saliste de la habitación cuando desapareció —recalcó Harry—. Eso significa que no la viste salir. No sabes en realidad qué sucedió cuando pusiste ese sello y le diste la espalda, ¿no?

Coincidí en que así era, y Harry se sumió en un silencio pensativo.

Por fin, alzó la cabeza.

—Creo que tendremos que averiguarlo usando uno de los otros sellos con otra carta.

No puedo imaginar cómo no se me había ocurrido antes. En cuanto Harry lo dijo, reconocí lo apropiado de la idea. La único era decidir qué enviar, y a quién.

Eso nos hizo pensar durante varios minutos. No había nadie más de quien quisiéramos tener noticias ahora mismo; y no podíamos enviarnos nada el uno al otro, pues estábamos juntos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Harry por fin—. ¡Enviaremos algo al mismísimo El Dorado!

Estuve de acuerdo inmediatamente, pero no recuerdo cómo nos dio por decidarnos a enviar no una carta, sino a *Thomas à Becket*, mi viejo y achacoso gato siamés.

Me dije que sería una manera agradable de deshacerme de la criatura. La transmisión por el espacio a la terrible velocidad de ciento noventa y dos mil kilómetros por hora seguramente le aliviaría de sus sufrimientos, rápidamente y sin dolor.

Thomas à Becket estaba dormido bajo el sofá, respirando asmáticamente y con dificultad. Encontré una caja de cartón del tamaño adecuado y le hicimos algunos agujeros. Luego cogí a Thomas y lo coloqué en el interior. Abrió los ojos, me miró vagamente y volvió a sumirse en su sueño. Con angustia, coloqué la tapa y atamos la caja.

—Ahora —dijo Harry pensativamente—, está la cuestión de a quién enviarlo, naturalmente. Sin embargo, cualquier dirección servirá para nuestro proyecto.

Cogió una pluma y escribió con rapidez. *Mister Henry Smith, Avenida de los Campos Elíseos, 711. Nirvana, Estados Federados de El Dorado.*

Y debajo añadió: *¡Frágil! ¡Tratar con cuidado!*

—Pero... —empecé a decir.

Harry me cortó.

—No, naturalmente que no conozco ninguna dirección así. Acabo de inventármela. Pero la gente de la oficina de correos no lo sabrá, ¿no?

—Pero ¿qué pasará cuando...? —empecé a decir de nuevo, y una vez más respondió antes de que terminara la pregunta.

—Irás al departamento de cartas sin destinatario, espero. Y si está muerto, dispondrán de él. Si está vivo, no tengo dudas de que lo cuidarán. Por los sellos, tengo la impresión de que vivir allí es fácil.

Eso acalló mis preguntas, y Harry cogió un sello —el de cincuenta centavos— y lo pegó firmemente en la caja. Luego retiró las manos y dio un paso atrás.

Observamos el paquete con atención.

Durante un instante no pasó nada.

Y entonces, cuando la decepción empezaba a mostrarse en la cara de Harry Norris, la caja que contenía a *Thomas à Becket* se elevó lentamente en el aire, giró como la aguja de una brújula y empezó a dirigirse a toda velocidad hacia la ventana abierta.

Cuando llegó a la ventana, se movía con la rapidez de un caballo de carreras. La atravesó y salió de la casa. Nos asomamos a la ventana y la vimos moverse hacia arriba, en dirección al oeste, por encima de la línea del cielo de Manhattan.

Y entonces, mientras la observábamos, comenzó a desvanecerse entre las nubes; un instante más tarde, había desaparecido por completo debido a su velocidad, supuse, del mismo modo que es invisible la bala disparada por un rifle.

Pero Harry tenía otra idea. Meneó la cabeza mientras regresábamos al centro de la habitación.

—No. No creo que ésa sea la respuesta. Tengo la impresión...

Nunca llegué a averiguar cuál era. Porque en ese mismo momento dejó de hablar, la boca aún abierta, y le vi quedarse rígido. Estaba mirando más allá, y me di la vuelta para ver qué le había afectado tanto.

Fuera de la ventana estaba el paquete que acabábamos de ver desaparecer. Colgó allí durante un instante y luego entró lentamente en la habitación, dio un pequeño giro y se colocó suavemente en lo alto de la mesa de la que había partido un par de minutos antes.

Harry y yo nos lanzamos hacia él, y supongo nuestros ojos debieron de salirse un poco de sus órbitas.

Porque el paquete estaba debidamente matasellado, igual que la carta. Con la excepción de que en una esquina, con grandes letras púrpura, alguien había estampado: DEVOLVER AL REMITENTE. NO EXISTE TAL PERSONA EN ESA DIRECCIÓN.

—¡Bien! —dijo Harry por fin.

No era muy adecuado, pero era todo lo que podíamos pensar. Desde dentro de la caja, *Thomas à Becket* emitió un maullido.

Corté las cuerdas y alcé la tapa. *Thomas à Becket* saltó del interior con una agilidad que no había demostrado en años.

No había forma de negarlo. En vez de matarle, el viaje a El Dorado, por breve que

fuera, le había ido muy bien. Parecía cinco años más joven.

Harry Norris sostenía la caja en las manos, perplejo.

—Lo que no puedo comprender —recalcó—, es que exista realmente una dirección así. Te juro que acababa de inventarla.

—Hay más que eso —le recordé—. Lo importante es que el paquete regresó. No pusimos ningún remite.

—Es cierto —concordó Harry—. Y sin embargo sabían a quién devolverlo, ¿no? Reflexionó durante un rato. Luego soltó la caja.

—Estoy empezando a creer —dijo, con una expresión extraña en la cara—, que hay más en todo esto de lo que parece. Mucho más. Sospecho que la verdad es mucho más excitante de lo que pensamos. Y en cuanto a estos Estados Federados de El Dorado, tengo una teoría...

Pero no me dijo cuál era su teoría. En cambio, el sello de tres dólares de color chocolate y marfil volvió a llamar su atención.

—¡Por Júpiter! —susurró, más para sí mismo que para mí; era aficionado a hacer de vez en cuando exclamaciones arcaicas—. ¡Sí que es hermosa! ¡Celestial! Con un modelo como ése, un artista podría pintar...

—También podría olvidarse de hacerlo —añadí yo.

Harry asintió.

—Sí que podría. Aunque pienso que al final se sentiría inspirado para trabajar en lo que nadie habría soñado. —Miraba el sello de una manera casi ansiosa—. Esta muchacha, es la que he estado esperando encontrar toda la vida. Por conocerla daría... daría... Bueno, casi todo.

—Me temo que tendrías que ir a El Dorado para hacerlo —sugerí como quien no quiere la cosa, y Harry se me quedó mirando.

—¡Pues lo haré! Además, estoy deseando hacerlo. ¡Escucha! Estos sellos sugieren que ese El Dorado tiene que ser un sitio fascinante. ¿Qué te parece si le hacemos una visita? Ninguno de los dos tiene ataduras y...

—¿Ir allí sólo para que puedas conocer a la chica que fue el modelo para el sello? —pregunté.

—¿Por qué no? ¿Se te ocurre alguna razón mejor? Puedo darte más. El clima, para empezar. Mira el buen aspecto que tiene el gato. Su excursión le ha quitado años de encima. Tiene que ser un lugar maravilloso y muy sano. Tal vez te vuelva joven otra vez. Y además...

Pero no tuvo que continuar. Yo estaba ya convencido.

—De acuerdo —accedí—. Tomaremos el primer barco. Pero cuando lleguemos, ¿cómo...?

—Por lógica —repondió Harry—. Por pura lógica. La muchacha debe de haber posado para un artista, ¿no? Y el director general de correos de El Dorado tiene que saber quién es el artista, ¿no? Iremos a verle directamente. Nos llevará al artista. El artista nos dará su nombre y dirección. ¿Hay algo que pueda ser más simple?

No me había dado cuenta de lo fácil que sería. Su impaciencia estaba empezando a contagiarme.

—Tal vez no tengamos que tomar un barco —sugerí—. Tal vez haya una línea aérea. Eso nos ahorraría...

—¡Por barco! —replicó Harry Norris, recorriendo la habitación de arriba a abajo y agitando las manos—. ¡Por avión! Puedes tomar barcos y aviones si quieres. Tengo una idea mejor. ¡Voy a ir a El Dorado por correo!

Me quedé un poco conmocionado hasta que vi lo simple que era su idea. Pero Harry señaló rápidamente que *Thomas à Becket* había hecho el viaje de ida y vuelta sin sufrir ninguna herida. Si un gato podía hacerlo, un hombre también.

No había más que elegir un punto de destino. Sería una pérdida de tiempo ser enviados ignominiosamente de vuelta por falta de una dirección correcta.

—Ya he pensado en eso —me dijo Harry en cuanto le señalé el asunto—. La primera persona a la que iré a ver es al director general de correos. Tiene que existir con toda certeza. Y el correo que le envíen tiene que ser el más fácil de entregar de todos. Así que, ¿por qué no matar dos pájaros de un tiro enviándome a su oficina?

Eso respondió a todas mis objeciones. Era el plan más llano y simple que había oído en mi vida.

—¡Vaya —añadió Harry Norris con excitación creciente—, puede que cene con la chica esta misma noche! ¡Vino y granadas bajo una luna dorada, con Pan tocando la flauta en las sombras y las ninfas bailando sobre el terciopelo verde!

Pensé que tenía que prepararle para cualquier posible decepción.

—Pero, supón que ahora está casada.

Meneó la cabeza.

—No lo estará. Tengo un presentimiento. Sólo un presentimiento. Ahora hay que preparar los detalles. Tenemos tres sellos que valen nueve dólares juntos. Eso debe de ser suficiente. Estoy un poco más delgado; veo que tú has engordado un poco últimamente. Cuatro dólares deben de ser suficientes para llevarme... el sello de un dólar y el de tres. Eso deja el de cinco para ti.

»Y en cuanto a la dirección, la escribiremos en etiquetas y nos las ataremos a la muñeca. Tienes etiquetas, ¿no? Sí, hay un par en este cajón. Ahora dame esa pluma. Esto tiene que valer...

Escribió y luego me mostró las etiquetas. Eran similares. *Oficina del Director General de Correos, Nirvana, Estados Federados de El Dorado. Frágil. Tratar con cuidado.*

—Ahora nos las ataremos a la muñeca...

Pero me eché atrás. De alguna manera, no me atrevía a hacerlo. Por muy deliciosas que fueran sus perspectivas sobre el lugar, la idea de enviarme por correo a lo desconocido, como había enviado a *Thomas à Becket*, me hacía sentirme extraño.

Le dije que iría con él más tarde. Tomaría el primer barco, o el primer avión, y me reuniría con él, por ejemplo en el hotel más importante.

Harry se sintió decepcionado, pero estaba demasiado impaciente para ponerse a discutir.

—Bien, de acuerdo. Pero si por cualquier motivo no puedes usar ni el barco ni el avión, ¿utilizarás el sello grande para reunirte conmigo?

Le prometí que lo haría de todo corazón. Con eso, me tendió la muñeca derecha y le ató la etiqueta. Entonces cogió el sello de un dólar, se lo pasó por la lengua y lo pegó a la etiqueta. Tenía el sello de tres dólares en la mano cuando llamaron al timbre.

—Dentro de un minuto, o tal vez menos, estaré probablemente en la tierra más maravillosa que la imaginación del hombre haya sido capaz de visualizar —dijo.

—¡Espera!

Corrí a atender la llamada. No sé si me oyó o no. Se estaba llevando el segundo sello a la boca cuando me di la vuelta, y ésa fue la última vez que le vi.

Cuando volví con el paquete en la mano —el que había llamado era el recadero de la librería con el atlas que habíamos pedido—, Harry Norris había desaparecido.

Thomas à Becket estaba de pie y miraba la ventana. Las cortinas aún ondeaban. Me apresuré. Pero Norris ya no estaba a la vista.

Bien, pensé, debe de haber pegado ese sello que tenía en la mano sin saber que salí de la habitación. Pude verle mentalmente siendo depositado en ese mismo momento en la oficina del director general de correos.

Entonces se me ocurrió que después de todo ya podía saber dónde estaban los Estados Federados de El Dorado. Así que desarrollé el largo volumen que la librería me había enviado y empecé a hojearlo.

Cuando terminé, me quedé sentado un rato en silencio. De vez en cuando miraba la etiqueta sin usar, y el sello que aún permanecía sobre la mesa. Entonces tomé mi decisión.

Me levanté y cogí la maleta de Harry. Afortunadamente era verano y había traído consigo ropa ligera. Añadí las que pensé que podía usar, incluyendo un cartón de cigarrillos, y papel y tinta por si se daba el caso de que quisiera escribirme.

Y en última instancia añadí una pequeña Biblia... por si acaso.

Entonces cerré la maleta y le coloqué la etiqueta. Escribí *Harry Norris* arriba de la dirección, coloqué al lado el sello de El Dorado y esperé.

En un instante la bolsa se alzó en el aire, flotó hacia la ventana, salió y empezó a acelerar.

Supuse que llegaría a su destino antes de que Harry tuviera tiempo de salir de la oficina del director general, y esperaba que pudiera enviarme una postal o alguna cosa para darme señales de vida. Pero no lo hizo. Tal vez no pudo.

Morks se detuvo en este punto, como si hubiera terminado su historia. Pero sin que nadie se diera cuenta, Malcolm había abandonado nuestro grupito durante unos

instantes. Volvió trayendo un gran atlas.

—¡Así que eso es lo que pasó con tu juego de rarezas! —dijo con una sonrisita escasamente disimulada—. Muy interesante. Pero hay una cosa que quiero aclarar. Los sellos fueron emitidos por los Estados Federados de El Dorado, según dices. Bien, he estado buscando en este atlas y no hay ningún lugar así en la tierra.

Morks le miró, completamente tranquilo.

—Lo sé —dijo—. Por eso, después de mirar en mi propio atlas aquel día, no cumplí la promesa hecha a Harry Norris y no usé aquel último sello para reunirme con él. Ahora lo lamento. Cuando pienso en lo bien que tiene que estar pasándose allí... Pero no tiene sentido lamentar lo que hice o lo que no hice. La verdad es que mis nervios me traicionaron por un momento, cuando descubrí que no existe ningún lugar que sea los Estados Federados de El Dorado... en la tierra, quiero decir.

Y sacudió tristemente la cabeza.

—Muchas veces tengo ganas de saber dónde consiguió mi padre esos sellos —murmuró, casi para sí; luego se sumió en un silencio meditativo.

It (Ello)

Theodore Sturgeon (1918-1985)

Unknown, agosto

Ted Sturgeon es tan buen escritor de fantasía como de ciencia ficción. Como prueba me remito a historias como Los cristales soñadores^[31], «El osito de felpa del profesor»^[32], «Las manos de Bianca»^[33], «A God in the Garden» (Un dios en el jardín) y «Talento»^[34].

Pese a que se le considera un maestro en el retrato de relaciones humanas y las complejidades de esa emoción llamada amor, Sturgeon también puede asustar. Este relato lo demuestra; es, sencillamente, uno de los mejores relatos de terror de todos los tiempos.

(Cuando Marty dice «uno de los mejores relatos de terror de todos los tiempos» no exagera un ápice. El problema de los relatos de terror es que en su mayoría no asustan. Nada de Lovecraft me asustó nunca, por ejemplo, porque elaboraba tanto la atmósfera y gastaba tanto tiempo contándote lo terrorífico que era, que acababas aburriéndote. Aquí no ocurre lo mismo. Si nunca antes ha leído este relato, léalo ahora, y pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a mirar de cerca la basura.

Theodore Sturgeon es muy aficionado a provocar picazón en la mente y el espinazo y sin embargo, como tantos maestros del horror, no parece que tenga nada que ver con él ni que le afecte. Por supuesto, ya no es joven. [¿Quién lo es, aparte de mí?] Pero cuando era joven, podía haber posado para cualquiera que quisiera retratar un duende. No hubiera sido necesario retocar nada. Y su voz sigue siendo suave y persuasiva hoy en día. Hay que mantener a esas personas amables lejos de la máquina de escribir, si no se quiere que lo llenen todo de porquería. Robert Bloch es, y Frederic Brown era, igual. I. A.)

Deambulaba por el bosque.

Nunca había nacido. Existía. En el suelo, bajo las agujas de los pinos, el fuego arde silencioso y sin humareda. Hay crecimiento en el calor, en la oscuridad y en la pobreza. Hay vida y hay crecimiento. Crecía, pero no estaba vivo. Caminaba sin respirar por entre los árboles, y pensaba, y veía, y era horrendo y fuerte... Pero no había nacido ni vivía. Crecía y se movía sin vivir.

Se arrastraba fuera de la oscuridad y de la tierra húmeda y cálida a la frialdad de una mañana. Era enorme. Era deforme y estaba cubierto de una costra formada de sus odiosas sustancias, y trozos de ella se desprendían mientras deambulaba, se desprendían y yacían retorcidos, inmóviles y putrefactos en la tierra del bosque.

No tenía gracia, ni alegría, ni belleza. Poseía una inteligencia fuerte y amplia. Y... quizá no pudiese ser destruido. Se arrastraba fuera de su madriguera del bosque y permanecía, palpitando, bajo los rayos del sol durante un largo rato. Las manchas resplandecían húmedas a la luz del dorado sol. Los fragmentos de la criatura eran pequeñas protuberancias escamosas. ¿Cómo podían unos huesos muertos darle forma humana?

Escarbaba trabajosamente con sus manos medio formadas, golpeando el suelo y el tronco de un árbol. Rodaba y se alzaba sobre sus despellejados codos, y arrancaba un gran puñado de hierba y se lo restregaba contra su pecho, hacía una pausa y observaba con inteligente calma los juegos grisverdosos; vacilaba sobre sus pies, y se asía a un arbolillo y lo destrozaba, doblando el frágil tronco una y otra vez, contemplando atentamente las inútiles y fibrosas astillas. Y echaba la garra a cualquier asustadiza criatura salvaje, destrozándola lentamente, dejando que la sangre, los trozos de carne y de la piel se escurriesen por entre sus dedos, deslizándose y pudriéndose en los antebrazos.

Empezó a buscar.

Kimbo surgió de entre la alta maleza como una ráfaga de polvo, con su peludo rabo torcido firmemente sobre su lomo y sus grandes mandíbulas entreabiertas. Corría con agilidad, saltando, gozando de su libertad y de la fuerza de sus músculos. Su lengua colgaba distraídamente sobre su labio inferior. Sus labios eran negros y apretados, y su puntiagudo hocico vibraba con el galope. *Kimbo* era un perro de una pieza, un animal pletórico de salud.

Saltó por encima de una peña y cayó al suelo con un ladrido cuando un conejo de largas orejas salió disparado de su escondrijo entre las piedras. *Kimbo* echó a correr detrás de él, gruñendo y dando grandes zancadas con sus largas patas. El conejo brincaba delante de él, conservando las distancias, con las orejas tiesas y sin apenas rozar el suelo con sus pequeñas patas; pero el conejo dio un zarpazo, saltó a un lado y se escondió en un tronco hueco. *Kimbo* ladró y husmeó el tronco, dándose cuenta de su fracaso. Dio varias vueltas alrededor del tronco y, al fin, echó a correr hacia el interior del bosque. La cosa que le observaba entre los árboles levantó sus brazos llenos de costras y esperó a *Kimbo*.

Kimbo lo presintió, se quedó inmóvil como un muerto junto al sendero. Para él era un bulto que olía a carroña, no apto para atacarle. Lo olfateó con repugnancia y pasó corriendo por su lado.

La cosa le dejó acercarse sin respirar y soltó un zarpazo. *Kimbo* lo vio venir y se encogió cuanto pudo mientras corría, pero la mano cayó sobre su rabadilla, y lo envió rodando y aullando cuesta abajo. *Kimbo* no tardó en ponerse en pie, sacudió la cabeza, movió el cuerpo dando un profundo gruñido, y, con el instinto de matar en los ojos, arremetió contra el enemigo silencioso. La cosa inmóvil.

Avanzaba cautelosamente, casi sin mover las patas, con el rabo tan bajo como sus orejas gachas y un cosquilleo de furia rondándole el hocico. La cosa levantó el brazo otra vez y esperó.

Kimbo se agachó, y saltó impulsivamente buscando el cuello del monstruo. Sus mandíbulas se cerraron sobre él; sus dientes se juntaron a través de una masa de inmundicias, y cayó atragantado y aullando a sus pies. La cosa se agachó y le golpeó dos veces. Cuando hubo destrozado el lomo del perro, se sentó a su lado y empezó a despedazarlo.

—Volveré dentro de una hora aproximadamente —dijo Alton Drew, cogiendo su rifle del rincón, detrás de la caja de madera.

Su hermano se echó a reír.

—El viejo *Kimbo* te complica la vida, Alton —dijo.

—¡Ah!, conozco muy bien al viejo diablo —contestó Alton—. Cuando le silbo durante media hora y no aparece, es que se halla en apuros o ha visto algo sobre lo que vale la pena disparar. El viejo miserable me avisa pero no me contesta.

Cory Drew acercó un vaso lleno de leche a su hija de nueve años, y sonrió.

—Piensas tanto en tu perro como yo en Babe.

Babe se bajó de la silla y corrió hacia su tío.

—¿Vas a cazar al hombre malo, tío Alton? —chilló.

El «hombre malo» era una invención de Cory: el que aullaba por los rincones, listo para saltar sobre las niñas que corrían detrás de los pollitos, que jugaban con los arados y que tiraban manzanas verdes a los cerdos para oír los gruñidos y patadas; de las niñas que juraban con acento germánico como lo hubiera hecho un jornalero en paro; que hacían cuevas en los montones de heno hasta que se venían abajo; escondían pequeños cangrejos de río en los vasos de leche; y cabalgaban por las dehesas en los caballos de labor.

—¡Ven aquí y apártate del rifle de tío Alton! —gritó Cory—. Si ves al hombre malo, Alton, cógele y tráele aquí. Tiene un asunto pendiente con Babe por la trastada de anoche.

La noche anterior, Babe había tenido la buena idea de echar pimienta en el abrevadero de las vacas.

—No te apures, querida —dijo el tío, haciendo una mueca—. Te traeré la piel del hombre malo si antes no me la arranca a mí.

Alton Drew caminó sendero arriba hacia el bosque, pensando en Babe. La niña era un fenómeno, una verdadera niña mimada. ¡Claro! Tenía que serlo. Los dos hermanos amaban a Clissa Drew, y ella se casó con Cory, y ambos tenían que querer a la hija de Clissa. ¡Cosa extraña el amor! Alton era un hombre convencido de su condición de tal y pensaba en cosas como éstas. En sus reacciones amorosas se mostraba como un hombre fuerte, pero asustadizo. Sabía lo que era el amor porque aún lo sentía por la esposa de su hermano, y lo sentiría por Babe todo el tiempo que él viviese. Lo arrastraba a lo largo de su vida, y todavía se sentía molesto al pensar en ello. Amar a su perro era una cosa sencilla, porque el perro y él se querían mutuamente sin tener que hablar de ello. Para Alton Drew, el olor de humo del rifle y de las pieles mojadas por la lluvia eran perfumes suficientes, como también era bastante poético para él un gruñido de satisfacción y el alarido de cualquier animal cazado. No era como el amor humano, que le oprimía la garganta y no le dejaba decir ni una palabra, no le permitía pensar en nada. Por eso, Alton Drew amaba a su perro *Kimbo* y a su Winchester, y dejaba que el cariño hacia la esposa y la hija de su hermano, Clissa y Babe, le consumiera pacíficamente, sin decir nada.

Con un rápido vistazo descubrió las huellas recientes de *Kimbo* en la tierra húmeda, debajo de la roca donde el perro había saltado para atrapar el conejo. Sin hacer caso de las huellas, miró por los lugares más cercanos donde el conejo pudiera estar escondido, y dio con el tronco hueco. Sí, *Kimbo* había estado allí, pero demasiado tarde.

—Eres un viejo loco, *Kimbo* —murmuró—. No podrás atrapar nunca un conejo que huye; tienes que cruzarte en su camino...

Lanzó un silbido especial, convencido de que *Kimbo* estaría escarbando debajo de algún otro tronco hueco, en busca de un conejo que estaría ya a diez kilómetros de distancia. Nada respondió. Un tanto extrañado, Alton regresó al sendero.

—Nunca me hizo esto antes —dijo en voz baja.

Cargó el rifle y lo sostuvo en la mano. Alguien de la región dijo una vez que Alton Drew podía disparar a un puñado de guisantes lanzado al aire, con un grano de trigo en medio, y dar solamente al grano de trigo. En otra ocasión atravesó una hoja de cuchillo con una bala, y apagó dos velas. No temía a nada que pudiese recibir un tiro. Eso es lo que él creía.

La cosa del bosque miró con curiosidad hacia el suelo para ver lo que había hecho con *Kimbo* e intentó recordar la forma que tenía el perro antes que muriese. Durante un minuto estuvo analizando los hechos de su loca e insensible mente. La sangre

estaba caliente. El sol estaba caliente. Las cosas que se movían y tenían piel poseían un músculo que obligaba al espeso líquido a circular por pequeños tubos en el interior de sus cuerpos. El líquido se coagulaba al cabo de cierto tiempo. El líquido de las cosas que tenían raíces y hojas verdes era menos espeso, y la pérdida de uno de sus miembros no significaba la pérdida de la vida.

Aquello era muy interesante; pero la cosa, la forma con mente, no estaba contenta. Tampoco estaba descontenta. Su impulso primario era un afán por saber, y sólo estaba... interesada.

Empezaba a oscurecer. El sol enrojeció y permaneció un rato en el horizonte de colinas, enseñando a las nubes a convertirse en llamas. La cosa alzó la cabeza repentinamente, al notar la oscuridad. La noche siempre era una cosa extraña para aquellos de nosotros que la han conocido en vida. De haber podido, el monstruo se habría estremecido; pero sólo podía mostrarse curioso, sólo podía razonar sobre lo que había conocido.

¿Qué estaba sucediendo? Le era difícil ver. ¿Por qué? Movi6 su informe cabeza de un lado a otro. Era verdad... Las cosas estaban nubladas, y cada vez se apagaban más. ¿Qué hacían para ver los seres que él aplastaba y destrozaba? ¿Cómo veían? El más grande, el único que le había atacado, tenía dos 6rganos en su cabeza. Eso debía de ser, porque, después que la cosa desgarrara dos de las patas del perro, había golpeado el peludo hocico, y el perro, al notar el golpe, había escondido los 6rganos detrás de los trozos de piel, cerrando sus ojos. Entonces, el perro veía con sus ojos. Pero después de haber muerto el perro y con el cuerpo inm6vil, los repetidos golpes que le asest6 no influyeron en sus ojos. Permanecieron abiertos y mirándole fijamente. La conclusión l6gica era, pues, que un ser que había dejado de vivir y respirar, y de moverse, perdía el uso de sus ojos. Debía ser que perder la vista no significaba morir. Las cosas muertas no andan. Yacen y no se mueven. Así, pues, la cosa del bosque llegó a la conclusión de que debía de estar muerto. Por tanto, se tumb6 en el suelo, junto al sendero, no lejos del cuerpo destrozado de *Kimbo*, y se qued6 quieto, pensando que estaba muerto.

Alton Drew camin6 en la oscuridad hasta llegar al bosque. Estaba francamente disgustado. Volvi6 a silbar, esper6, no tuvo respuesta y otra vez se dijo:

—Mi perro nunca me hizo esto.

Y movi6 la cabeza. Había pasado la hora de ordeñar y Cory le necesitaba.

—¡*Kimbo!* —grit6.

El grito se repiti6 a trav6s de las sombras, y Alton, cogiendo el rifle por el cañ6n, lo apoy6 en el suelo, al lado del sendero. Inclinandose, se quit6 la gorra y se rasc6 la cabeza, estupefacto. La culata del rifle se incrust6 en lo que 6l creía que era tierra blanda. Se tambale6 y puso el pie en el pecho de la cosa que yacía junto al sendero. Su pie se hundió hasta el tobillo en la fofa masa putrefacta y, blasfemando, salt6 hacia

atrás.

—¡Cómo!... ¡Hay aquí una cosa muerta! ¡Uf!

Se restregó la bota con un puñado de hojas mientras el monstruo yacía en la creciente oscuridad, con los bordes de la profunda huella del pie hundiéndose en su pecho y llenándose hasta el borde. Yacía allí, mirándole confusamente con sus ojos turbios, pensando que estaba muerto a causa de la oscuridad, observando la articulación de los miembros de Alton Drew, maravillándose de esta nueva e incauta criatura.

Alton limpió la culata del rifle con más hojas y continuó sendero arriba, silbando ansiosamente a *Kimbo*.

Clissa Drew estaba de pie en el umbral del cobertizo. Llevaba un bonito vestido de color rojo y un delantal azul. Se había recogido su rubia cabellera en un gran moño.

—¡Cory!... ¡Alton! —llamó.

—¿Qué? —respondió Cory, bruscamente, desde el granero, donde estaba ordeñando.

Los dos regueros de leche caían en un cubo casi lleno. Su ruido era agradable.

—No hago más que llamaros —dijo Clissa—. La cena se está enfriando, y Babe no quiere comer hasta que vengas. ¿Dónde está Alton?

Cory gruñó, apartó a un lado el taburete, saltó la cerca y dio un manotazo a la vaca que echó a correr como una exhalación camino del patio.

—Aún no ha vuelto.

—¿Que no ha vuelto?

Clissa entró en el cobertizo y se acercó a su marido, mientras Cory se sentaba de nuevo para ordeñar otra vaca y apoyaba la frente en el cálido flanco del animal.

—Pero, Cory, Alton dijo que...

—Sí, sí, ya lo sé. Dijo que regresaría para ordeñar. Le oí. Bueno, pues no ha vuelto...

—Y tú tienes que... ¡Oh Cory!, te ayudaré a terminar la tarea. Alton habría regresado si hubiese podido. Tal vez esté...

—Tal vez esté cazando un gallo azul —gruñó su marido—. Él y su condenado perro.

Gesticulaba ampliamente con una mano mientras que con la otra continuaba ordeñando.

—Tengo que ordeñar veintiséis vacas. Tengo que dar de comer a los cerdos y recoger a los polluelos; darle de comer a la yegua y sacar los animales. Tengo que arreglar el arnés y cercar con alambre la dehesa. Tengo que cortar y llevar la leña.

Durante un rato ordeñó en silencio, mordiéndose el labio inferior. Clissa permanecía a su lado, con las manos juntas, tratando de pensar en algo que

apaciguara el ánimo de su marido. No era la primera vez que la caza de Alton perjudicaba la buena marcha de los trabajos de la granja.

—Por tanto, tengo que hacerlo todo. No puedo permitir que la afición de Alton entorpezca el trabajo. Cada vez que ese condenado perro suyo olfatea una presa, me quedo sin cenar. Estoy enfermando y...

—¡Oh! Yo te ayudaré.

Clissa estaba pensando en la primavera, cuando *Kimbo* tuvo en jaque a un oso negro salvaje de doscientos kilos hasta que Alton pudo meterle una bala en la cabeza; recordó el día en que Babe encontró un cachorro de oso y lo cogió para traerlo a casa, se cayó en un arroyo y se hirió en la cabeza.

No, no se podía odiar a un perro que había salvado la vida a la hija de uno, pensó Clissa.

—No quiero que hagas nada —gruñó Cory—. Vuélvete a casa. Allí tienes bastante trabajo. Iré en cuanto acabe. ¡Vamos, Clissa, no llores! No quiero decir que... ¡Maldita sea...!

Se puso en pie y la abrazó.

—Estoy nervioso —dijo—. Perdona. No he querido hablarte así. Lo siento. Anda, anda... Vuelve con Babe. Terminaré en seguida. Ya he trabajado bastante. Aquí hay faena para cuatro granjeros, y los únicos hombres que cuidan de esta tierra somos yo... y ese cazador... Anda, Clissa, vete...

—Bueno —respondió Clissa, apoyada en su hombro—. Pero cuando él vuelva, primero escúchale, Cory. Tal vez le haya sido imposible regresar antes. Acaso no haya podido volver esta vez. Puede ser que él... él...

—Todo lo que pueda recibir un tiro no dañará a mi hermano. Sabe cuidarse. Esta vez no tendrá ninguna excusa aceptable. Anda, Clissa. Procura que cene la niña.

Clissa regresó a la casa. El disgusto se reflejaba en su joven rostro. Si Cory se peleaba con su hermano ahora y le despedía, ellos dos no podrían hacerlo todo, cuidar los cultivos, elaborar la mantequilla, y todo lo demás. Era imposible contratar a un hombre. Cory tendría que trabajar solo hasta el agotamiento y no sería capaz de hacerlo todo. Ningún hombre podría hacerlo. Suspiró y entró en la casa. Eran las siete y media y todavía estaban ordeñando. ¡Oh! ¿Por qué Alton tuvo que...?

Babe ya se había metido en la cama. Hacia las nueve, Clissa oyó a Cory entrar en el cobertizo y dejar las tijeras de cortar alambre.

—¿Ha regresado Alton? —Preguntaron los dos al mismo tiempo cuando Cory entró en la cocina.

Y mientras ella negaba con la cabeza, él se paró delante de la cocina, levantó la tapa del hornillo y escupió en el carbón.

—Vamos a la cama —dijo.

Clissa dejó la labor de punto sobre la mesa y miró la ancha espalda de su marido. Tenía veintiocho años, pero andaba y actuaba como un hombre de treinta y ocho, y sin embargo su aspecto era el de un hombre cinco años más joven.

—Subiré dentro de un momento —respondió Clissa.

Cory miró hacia el rincón, detrás de la leñera, donde solía estar el rifle de Alton; murmuró algo ininteligible y se sentó para quitarse los zapatos llenos de barro.

—Son más de las nueve —aventuró Clissa tímidamente.

Cory no contestó; recogió las zapatillas.

—Cory, ¿no vas a ir a...?

—¿Adónde?

—¡Oh!, nada. Estaba pensando que tal vez Alton...

—Alton —estalló Cory—. El perro fue a cazar topos. Alton fue a cazar al perro. Ahora tú quieres que vaya a cazar a Alton. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo... Es que nunca había tardado tanto...

—¡No iré! ¿Salir a buscarle a las nueve de la noche? ¡Estaría loco! No está acostumbrado a que hagamos eso, Clissa.

Clissa no dijo nada. Se acercó a la cocina y miró la olla que había dejado encima del hornillo. Cuando se volvió, Cory se había puesto de nuevo los zapatos y la chaqueta.

—Sabía que irías —dijo.

Su voz era alegre, aunque ella no sonriera.

—Volveré pronto —dijo Cory—. No creo que esté muy lejos. Es tarde. No temo por él, pero...

Cogió el rifle, miró los cañones, cargó dos cartuchos en el arma y se guardó una caja llena en el bolsillo.

—No me esperes —dijo, volviendo la cabeza cuando se alejaba.

—No —respondió Clissa, cerrando la puerta.

Se sentó junto a la lámpara y reemprendió su labor de punto.

En medio de la oscuridad Cory empezó a subir por el sendero del bosque; miraba por todos lados y llamaba a su hermano. La noche era fría y tranquila, un fétido olor a moho lo impregnaba todo. Cory percibió el olor y lo expelió con impaciencia; pero volvió a aspirarlo y blasfemó.

—¡Qué estupidez! —murmuró—. ¡Maldito perro!... ¡Maldita caza también! ¡A las diez de la noche!... ¡Alton!... —gritó—. ¡Alton Drew!...

Le contestó el eco. Pasó al lado de la confusa cosa y entró en el bosque. La cosa le oyó y percibió las vibraciones de sus pisadas; pero no se movió, porque pensaba que estaba muerta.

Cory avanzó, mirando a su alrededor y hacia adelante, pero no hacia abajo, puesto que sus pies conocían el sendero.

—¡Alton!

—¿Eres tú, Cory?

Cory Drew se estremeció. Aquel rincón del bosque era muy tupido y tan oscuro como una tumba. La voz que oyó era extraña, tranquila, penetrante...

—¿Alton?

—Encontré a *Kimbo*, Cory.

—¿Dónde demonios has estado? —gritó Cory furioso.

Le desagradaba aquella oscuridad tan extrema; tuvo miedo de la tensa desesperación que se notaba en la voz de Alton, y desconfió de su capacidad para controlarse ante su hermano.

—Le llamé, Cory. Le silbé y el viejo demonio no me contestó.

—Puedo decir lo mismo de ti, pi... piojoso. ¿Por qué no volviste para ayudarme a ordeñar?... ¿Dónde estás?... ¿Has caído en alguna trampa?

—Nunca dejó de contestarme, ya lo sabes... —continuó la dura y monótona voz desde las tinieblas.

—¡Alton! ¿Qué demonios te pasa? ¿Qué importancia tiene que tu bicho no te contestara? ¿Dónde...?

—... supongo que porque nunca antes estuvo muerto —continuó Alton, negándose a ser interrumpido.

—¿Cómo? —Cory se mordió el labio inferior, pero continuó—: Alton, ¿te has vuelto loco? ¿Qué estás diciendo?

—*Kimbo* está muerto.

—*Kim*... ¡Oh!

Cory empezó a recordar otra vez la escena: Babe, inconsciente en el arroyo, y *Kimbo*, atacando y manteniendo a raya al oso, al monstruoso oso, protegiendo a la niña hasta que Alton llegó para salvarla.

—¿Qué sucedió, Alton? —preguntó más tranquilo.

—Estoy intentando averiguarlo. Alguien lo destrozó.

—¿Lo destrozó?

—Todo su cuerpo está despedazado, Cory. Cada miembro está separado de sus articulaciones. Los intestinos, fuera...

—¡Dios santo! ¿Crees que el oso...?

—No fue el oso... ni nada que ande a cuatro patas. Todo el perro está aquí. No se han comido nada de él. Quienquiera que fuese, lo mató solamente y... lo descuartizó.

—¡Dios Santo! —repitió Cory—. ¿Quién pudo...?

Hubo una larga pausa.

—Vuelve a casa —dijo Cory, casi con cariño—. No hay ningún motivo para que permanezcas ahí toda la noche.

—Me quedaré. Estaré hasta que salga el sol, y empezaré el rastreo... y continuaré hasta que encuentre al que hizo esto a *Kimbo*.

—Estás borracho o loco, Alton.

—No estoy borracho. Puedes pensar lo que te dé la gana. Me quedaré aquí.

—Tenemos una granja, ¿recuerdas? Tendré que ordeñar otra vez veintiséis vacas, mañana por la mañana, como las he ordeñado esta noche, Alton.

—Alguien tiene que hacerlo. Yo no puedo estar allí. Supongo que debes hacerlo tú, Cory.

—¡Eres una mierda! —gritó Cory—. ¡Regresarás conmigo ahora mismo!

La voz de Alton continuaba siendo penetrante, soñolienta.

—No te acerques, muchacho.

Cory dio un paso hacia la voz de Alton.

—Te he dicho... —La voz era muy tranquila ahora— que te quedes donde estás.

Cory continuó avanzando. Un ruido característico le indicó que había quitado el seguro del rifle. Cory se paró.

—¿Serías capaz de disparar contra mí, Alton? —preguntó Cory, casi en un susurro.

—Exactamente, muchacho. No quiero que me destruyas las huellas. Las necesito para cuando salga el sol.

Pasó un minuto, y el único ruido que se oyó en la oscuridad fue la agitada respiración de Cory. Al fin, dijo:

—También yo he traído el rifle, Alton. Vuelve a casa.

—No puedes verme y disparar.

—No, pero aquí estamos los dos, a punto de matarnos.

—Aquí estamos... Vete. Yo sé exactamente dónde estás, Cory. Llevo aquí cuatro horas.

—Mi fusil asusta a la gente.

—El mío la mata.

Sin otra palabra, Cory Drew se volvió y emprendió el regreso a la granja.

Negro, licuescente, yacía en la oscuridad, no vivo, no completamente muerto, sino creyéndose muerto. Las cosas que no están vivas no pueden hacer nada. Fijaba su nublada mirada en la hilera de árboles de lo alto de la colina y en el fondo de sus pensamientos, que goteaban humedad. La cosa sabía que ahora estaba muerta, y, como muchos seres antes que ella, se preguntaba cuánto tiempo permanecería así. Y entonces el cielo, que estaba más allá de los árboles, fue aclarándose poco a poco. Ése era un hecho evidentemente imposible, pensó la cosa; pero lo veía, y así debía de ser. ¿Volverían a vivir las cosas muertas? Aquello era curioso. ¿Qué pasaba con las cosas muertas y desmembradas? Esperaría y lo vería.

El sol, lentamente, fue esparciendo sus rayos de luz. Un pájaro, en alguna parte, lanzó un alegre y prolongado gorjeo, y, mientras una lechuza mataba a una musaraña, una mofeta caía sobre otra, de la misma forma que las sombras de la noche caen sin cesar sobre las luces del día. Dos flores se inclinaron una sobre otra para comparar sus preciosos pétalos. Una libélula decidió que estaba cansada de mostrarse seria y, abriendo sus alas, se echó a volar. El primer rayo dorado de sol penetró por entre los árboles, la maleza y la espesa sombra de los arbustos.

«Estoy vivo otra vez —pensó la cosa, que, posiblemente, no viviría—. Estoy vivo, porque veo con toda claridad».

Se alzó sobre sus gruesas patas, marchando hacia el círculo de luz. En unos momentos, las húmedas escamas que habían crecido durante la noche empezaron a secarse con la luz del sol, y cuando empezó a caminar se desprendieron y cayeron al suelo. Subió la pendiente para buscar a *Kimbo*, para ver si él también estaba vivo otra vez.

Cuando abrió los ojos, Babe vio el sol que entraba en su habitación. Tío Alton se había marchado... Eso fue lo primero que pensó. Papá había vuelto anoche a casa y se pasó una hora gritando a mamá. Alton se había vuelto loco. Había apuntado con el rifle a su hermano. Si Alton se atrevía a pisar sus tierras, aunque fuera un metro, Cory le haría tantos agujeros en su cuerpo que parecería un colador. Alton era un loco, un desagradecido, un egoísta y algunas otras cosas más de indudable mal gusto, pero realmente contundentes. Babe conocía a su padre. Tío Alton ya no estaría seguro en aquella región.

Saltó de la cama con esa agilidad propia de los niños, y corrió a la ventana. Vio a Cory que iba a pie a la dehesa con dos bridas sobre el hombro para enganchar a la yunta. En el piso de abajo, se oía ruido en la cocina.

Babe hundió la cabeza en la palangana y se sacudió el agua, como un cachorro, antes de secarse con la toalla. Cogió una camisa y unos pantalones limpios y se dirigió al rellano de la escalera. Se puso la camisa y comenzó su diario ritual con los pantalones: un escalón, una pierna en la pernera izquierda; otro escalón, la otra pierna en la pernera derecha. Luego, saltando de escalón en escalón con los pies juntos y abrochándose un botón en cada peldaño, llegó al pie de la escalera completamente vestida, y entró corriendo en la cocina.

—¿No ha vuelto tío Alton, mamá?

—Buenos días, Babe... No, cariño.

Clissa estaba demasiado tranquila, sonreía demasiado, pensó Babe sagazmente. Se notaba que no era feliz.

—¿Adónde fue, mamá?

—No lo sabemos, Babe. Siéntate a desayunar.

—¿Qué es un bastardo, mamá? —preguntó de pronto Babe.

A su madre casi se le cayó la fuente que estaba secando.

—¡Babe! Te prohíbo que repitas esa palabra.

—¡Oh!, bueno... Entonces, ¿por qué lo es el tío Alton?

La boca de Babe estaba llena de papilla.

—Un bas...

—¡Babe!

—Muy bien, mamá —dijo con la boca llena—. Pero ¿por qué?

—Ya le dije anoche a Cory que no gritara tanto —dijo Clissa medio para sí.

—Bueno, signifique lo que signifique, él no lo es —dijo Babe con firmeza—.

¿Salió a cazar otra vez?

—Fue a buscar a *Kimbo*, cariño.

—¿A *Kimbo*? ¡Oh, mamá! ¿Se ha marchado *Kimbo* también? ¿Tampoco volverá él?

—No, cariño... Por favor, Babe, deja de hacer preguntas.

—Muy bien... ¿Adónde crees que fueron?

—A los bosques del Norte... Estate quieta.

Babe engullía de prisa su desayuno. De pronto se le ocurrió una idea y, a medida que la iba pensando, comenzó a comer más despacio, más despacio, y miró a su madre con sus ojos semicerrados. Alguien tenía que avisar a tío Alton, prevenirle...

Babe se hallaba a medio camino de los bosques cuando oyó los estruendosos ecos del rifle de Alton, que resonaban por todo el valle...

Cory estaba en la parte sur de la granja, arando y maldiciendo a sus dos caballos grises, cuando oyó los disparos.

—¡Hop! —gritó a los caballos, y se paró un momento a escuchar—. Uno, dos, tres... ¡cuatro! —contó—. Vio a alguien y le disparó. Tuvo oportunidad de tirarle otra vez y lo hizo, con todo cuidado. ¡Dios mío!

Desenganchó el arado y llevó los animales a la sombra de tres robles.

Sujetó las patas de los animales con unas correas y se encaminó al bosque.

—Alton es un asesino —murmuró, y dio la vuelta para dirigirse a su casa en busca del rifle.

Clissa estaba de pie al lado de la puerta.

—¡Tráeme los cartuchos! —gruñó Cory, y entró corriendo en la casa.

Clissa le siguió. Cory se estaba metiendo el cuchillo de caza en el cinturón cuando su mujer apareció con la caja de cartuchos.

—Cory...

—¿Oíste el rifle? Alton ha perdido la chaveta. No desperdicia un cartucho. Disparó contra alguien, estoy seguro; cuando yo le vi, no estaba bromeando. Estaba dispuesto a cazar a un hombre... Dame mi rifle.

—Cory, Babe...

—Procura que no salga de aquí. ¡Oh Dios! Esto es un infierno. No creo que pueda aguantarlo mucho más.

Cory corrió hacia la puerta.

Clissa le cogió del brazo.

—Cory, estoy tratando de decírtelo... Babe no está aquí... La he llamado y no está.

El duro rostro de Cory, joven y viejo a la vez, se tensó.

—Babe... ¿Cuándo la viste por última vez?

—Durante el desayuno.

Clissa se puso a llorar.

—¿Te dijo adónde iba?

—No. Me hizo una serie de preguntas sobre Alton: adonde había ido...

—¿Se lo dijiste?

Clissa le miró con sus ojos enrojecidos y asintió con la cabeza, mientras se mordía el dorso de la mano.

—No deberías habérselo dicho, Clissa —gritó.

Echó a correr hacia los bosques mientras Clissa le miraba desde la casa. En aquel momento, Clissa deseaba haber muerto.

Cory corría con la cabeza levantada, avanzaba con todo el cuerpo en tensión por el sendero. Subió por la colina que llevaba al bosque y tras cuarenta y cinco minutos de loca carrera, empezó a notar que le faltaba el aire. Todavía no pudo notar en el aire el fétido olor a moho.

Captó un movimiento en la maleza que había a su derecha. Se dirigió hacia allí, mientras intentaba recuperar la respiración. Trepó un poco hasta que pudo ver con claridad. Sí, allí había algo, una cosa negra e inmóvil. Se relajó y dejó que su respiración se tranquilizara. Lentamente, alzó el rifle y apuntó a la cosa oculta en la maleza.

—¡Salga de ahí! —gritó Cory, cuando le fue posible hablar.

No sucedió nada.

—¡Salga o disparo!

Hubo un instante de silencio, y su dedo empezó a apretar el gatillo.

—¡Usted lo ha querido! —gritó.

Cuando disparó, la cosa saltó a un lado, hacia el espacio abierto, chillando.

Era un hombrecillo delgado, vestido de negro sepulcral, y con la cara de niño más sonrosada que jamás viera Cory. Su rostro estaba descompuesto por el miedo y el dolor. El hombre se puso en pie y, saltando empezó a gritar:

—¡Oh, mi mano! ¡No vuelva a disparar! ¡Oh, mi mano! ¡No dispare!...

Al cabo de un rato, cuando Cory se acercó a él, se quedó quieto. El individuo miró al granjero con sus tristes ojos azules.

—No dispare —le dijo con un reproche, alzando una manita ensangrentada—. ¡Oh, Dios mío!

Cory preguntó:

—¿Quién demonios es usted?

El hombre se puso histérico, y empezó a soltar tal cúmulo de frases entrecortadas que Cory retrocedió un paso y casi alzó el rifle para defenderse. Cory llegó a entender algunas cosas:

—Perdí mi documentación... Yo no lo hice... Fue horrible. Horrible. Horrible... El hombre muerto... ¡Oh, no dispare!

Cory intentó preguntarle por dos veces. Entonces se acercó y le asestó un puñetazo. El tipo cayó al suelo, gritando, gimiendo y llorando. Se tapó la boca con su

mano ensangrentada.

—Ahora dígame qué ha pasado aquí.

El hombre rodó sobre sí mismo y se sentó en el suelo.

—¡Yo no lo hice! —repitió sollozando—. No, no. Venía caminando por aquí y oí el rifle... y algo así como una maldición y un aullido espantoso... Vine corriendo y miré, y vi al hombre muerto... Entonces, eché a correr y usted llegó... Yo me oculté y usted disparó... Y yo...

—¡Cállese!

El hombre calló de golpe, como si le hubieran cerrado la boca con un candado.

—Bien, ¿dice usted que hay un muerto? —preguntó Cory señalando el sendero.

El hombre asintió con la cabeza y empezó a llorar sinceramente. Cory le ayudó a levantarse.

—Siga usted sendero abajo y llegará a mi granja —le dijo—. Dígale a mi mujer que le cure la mano. No diga nada más. Y quédese allí hasta que yo regrese. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Gracias. ¡Oh!, muchas gracias...

—Ahora márchese...

Cory le dio un afectuoso empujón en dirección a la granja y se dirigió solo, helado de miedo, sendero arriba hacia el lugar donde encontrara a Alton la noche anterior.

Allí le encontró también ahora... y a *Kimbo*. *Kimbo* y Alton habían sido durante muchísimos años los mejores amigos del mundo: habían cazado, luchado y dormido juntos, y, ahora, la vida de ambos había terminado, esa vida que ambos habían dedicado incondicionalmente el uno al otro. Estaban muertos juntos.

Era terrible que hubiesen muerto de la misma forma. Cory Drew era un hombre duro; pero sollozó y estuvo a punto de desmayarse al ver lo que la cosa del moho había hecho con su hermano y su perro.

El hombrecillo vestido de negro corría sendero abajo, sollozando y cogiéndose la mano herida, como si creyese que con eso se le curaría. Tras unos instantes los sollozos cesaron, y la precipitada carrera se transformó en un caminar pausado, como si el terror sin sentido de la última hora hubiera amainado. Por dos veces suspiró profundamente y exclamó:

—¡Dios mío!

Se sintió casi normal. Se ató un pañuelo de hilo a la muñeca, pero la mano continuó sangrando. Se lo ató en el codo, pero aquello le produjo mayor dolor. Por tanto, volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo y se dedicó a agitar tontamente la mano en el aire hasta que se le coaguló la sangre. No vio el espantoso horror húmedo que caminaba pesadamente detrás de él, pero su nariz percibió la inmundicia.

El monstruo tenía tres agujeros muy juntos en el pecho y otro en el centro de su

viscosa frente. Eran las marcas donde los cartuchos disparados por Alton Drew le habían atravesado. La mitad de la deforme cara el monstruo había desaparecido y había una profunda hendidura en su hombro. Fue ahí donde le golpeó Alton Drew con la culata de su rifle cuando se dio cuenta de que los cuatro disparos no habían sido suficientes. Cuando estas cosas sucedieron, el monstruo no se mostró rabioso ni dolorido. Lo único que se preguntó fue por qué Alton Drew actuaba de tal forma. Ahora seguía al hombrecillo sin precipitarse en absoluto, siguiendo sus huellas paso a paso y dejando pequeñas partículas de podredumbre detrás de él.

El hombrecillo siguió por el sendero, salió del bosque y apoyó la espalda contra un enorme árbol que se alzaba en el límite del bosque. Meditó. Le habían sucedido demasiadas cosas aquí. ¿Qué ganaría prosiguiendo una estúpida y vaga búsqueda, cuando tendría que enfrentarse con la investigación de un crimen, un crimen horrible? Se suponía que era una vieja cabaña de cazador en lo profundo del bosque, y quizá encontraría la prueba que buscaba. Pero aquélla era una información ambigua, lo bastante ambigua para olvidarla sin lamentarlo. Sería la mayor de las locuras quedarse para complicarse en el barullo que seguiría a ese feo asunto del bosque. Entonces, sería ridículo seguir el consejo del granjero, ir a su casa y esperar a que regresase. No. Volvería a la ciudad.

El monstruo se apoyó contra el otro lado del grueso tronco.

El hombrecillo resopló molesto al percibir un repentino olor a podrido. Sacó el pañuelo, lo manoseó y se le cayó. Cuando se agachó para recogerlo, el brazo del monstruo barrió con toda su fuerza el aire donde había estado la cabeza del hombrecillo..., un golpe que, con toda seguridad, hubiese destrozado aquella protuberancia con cara de niño. El hombre se irguió, y hubiera utilizado el pañuelo si no hubiese estado tan ensangrentado. La criatura escondida detrás del árbol levantó de nuevo el brazo en el momento en que el hombrecillo tiró el pañuelo y empezó a caminar hacia el campo, y lo atravesaba para ir a buscar la lejana carretera que llevaba a la ciudad. El monstruo se arrojó sobre el pañuelo, lo cogió, lo estudió, lo desgarró en varios trozos e inspeccionó los andrajos. Entonces, miró distraídamente la figura del hombrecillo, que iba desvaneciéndose en la distancia. Ya no le interesaba para nada; dio la vuelta y se internó en el bosque.

Babe empezó a correr al oír disparos. Era importante avisar a tío Alton sobre lo que su padre había dicho, pero era más interesante averiguar lo que había cazado. ¡Oh, habría cazado, seguro! Tío Alton nunca disparaba sin matar. Ésta era la primera vez que ella le había oído disparar de tal forma. Debía de ser un oso, pensó la niña, nerviosa, tropezando en una raíz; se cayó, pero volvió a ponerse en pie, sin notar el golpe. Le gustaría tener otra piel de oso en su dormitorio. ¿Dónde la pondría? Tal vez la curtieran y le sirviera de colcha. Tío Alton se sentaría en ella por las noches y le leería cuentos... ¡Oh, no! No podría ser. ¡Con lo enfadados que estaban papá y él! ¡Si

ella pudiera hacer algo! Intentó correr más de prisa, inquieta pero con cierta precaución; pero le faltaba aire para respirar y, poco a poco, fue aminorando el paso.

En lo alto de la cuesta, junto a la linde del bosque, se paró y miró hacia atrás. Abajo, en el valle, se hallaba la dehesa. La observó atentamente, buscando a su padre. Los viejos y los nuevos surcos estaban perfectamente definidos, y se dio cuenta inmediatamente que Cory había sacado el arado y llevado la yunta a la sombra de los tres robles, sin terminar de arar. Eso no era normal en él. Ahora podía ver la yunta, pero no la camisa azul de Cory. Se rió para sí al pensar en la forma como engañaría a su padre. Pero dejó de reír repentinamente, cuando oyó el grito de agonía de su tío Alton.

Llegó al sendero y lo cruzó, deslizándose a través de la maleza que se alzaba junto a ella. Las detonaciones procedían de alguna parte muy cerca de allí. Babe se paró y escuchó varias veces y, de pronto, oyó que algo venía hacia ella, muy de prisa. Se puso a cubierto, aterrorizada, y un hombrecillo vestido de negro, con cara de niño y los ojos azules desmesuradamente abiertos por el terror, pasó a su lado sin verla, golpeando las ramas con una cartera de piel que llevaba en la mano. La hizo girar un momento y la arrojó lejos, cayendo justamente delante de la niña. El hombre no vio a Babe en ningún momento.

Babe permaneció allí un buen rato; luego, recogió la cartera y entró en el bosque. Las cosas sucedían demasiado de prisa para ella. Necesitaba a tío Alton, pero no se atrevía a llamarlo. Se paró otra vez y escuchó con atención. Detrás, hacia el límite del bosque, oyó la voz de su padre, y la de otro..., probablemente la del hombre que había arrojado la cartera. No se atrevió a continuar. Llena de horror, pensaba de prisa; luego, chascó los dedos, triunfal. Ella y tío Alton habían jugado mucho a los indios; poseían un repertorio completo de señales secretas. Ella había practicado el reclamo de las aves hasta que lo supo hacer mejor que ellos mismos. ¿Qué haría? ¡Ah..., el gallo azul! Echó la cabeza hacia atrás y por medio de una inexplicable alquimia juvenil lanzó un grito que hubiera envidiado cualquier gallo azul que hubiese pasado volando por allí. Lo repitió... Luego, dos veces más.

La respuesta fue inmediata; el reclamo de un gallo azul, cuatro veces, espaciado de dos en dos. Babe movió la cabeza llena de felicidad. Ésa era la consigna de que se reunirían inmediatamente en El Lugar. El Lugar era un escondrijo que tío Alton había descubierto y que compartía con ella. Ninguna otra persona lo conocía: un recodo rocoso, junto a un arroyo, no lejos de allí. No era exactamente una cueva, pero casi. Lo suficiente para ser encantador. Babe corrió feliz hacia el arroyo. No había dudado ni un instante de que tío Alton recordaría la llamada del gallo azul, y lo que significaba.

En el árbol que se arqueaba sobre el cuerpo destrozado de Alton, un gallo azul se limpiaba las plumas y se calentaba al sol. Completamente inconsciente de la presencia de la muerte, apenas notó el grito realista de Babe, y gritó cuatro veces, espaciadas de dos en dos.

Cory tardó un minuto en recobrase de lo que había visto. Se alejó de allí para apoyarse débilmente y jadeando en el tronco de un pino. Alton. Allí estaba Alton, tendido en el suelo..., despedazado.

—¡Dios!... ¡Dios, Dios, Dios!...

Al cabo de un rato empezó a recuperarse y se obligó a retroceder y volver allí. Caminaba con cuidado. Se agachó y recogió el rifle. El cañón estaba limpio y brillante; pero la culata estaba impregnada de algo que olía a podredumbre. ¿Dónde había visto antes esa inmundicia? En alguna parte... pero era igual. La limpió, con mirada ausente, y después tiró el trapo sucio. Por su mente cruzaron las palabras de Alton... ¿fue anoche solamente?... , diciéndole:

—Empezaré el rastreo... y continuaré hasta que encuentre al que hizo esta faena a *Kimbo*.

Cory buscó ansiosamente hasta que encontró la caja de cartuchos de Alton. La caja estaba húmeda y pegajosa. En cierta manera, esto era mejor. Una bala mojada con la sangre de Alton era lo más apropiado que podía utilizar. Empezó a alejarse y caminó en círculos hasta que encontró unas huellas pesadas. Luego regresó al lado de su hermano.

—Muchacho, yo me encargaré ahora del rastreo —murmuró.

Y empezó.

Siguió la confusa pista a través de la maleza, sorprendido por la cantidad de inmundo moho que encontraba a su alrededor, y que asoció con lo que había matado a su hermano. Para él no había en el mundo nada más que odio y tenacidad. Maldiciéndose por no haber obligado a Alton a regresar a casa con él la noche anterior, siguió el rastro hasta el límite del bosque. Llegó ante un gran árbol, y allí vio algo más: las huellas del hombrecillo de la ciudad. También había trozos de tela manchados de sangre por el suelo, y... ¿Qué era eso?

Otra serie de huellas... más pequeñas... como si alguien hubiera corrido de puntillas.

—¡Babe!

No tuvo respuesta. El viento suspiró. En alguna parte, un gallo azul lanzó su reclamo.

Babe se paró y se volvió cuando oyó el triste grito de su padre, amortiguado por la distancia.

—Escúchame, cariño —canturreó con deleite—. Sí, parece triste.

Le envió un reclamo de gallo azul y echó a correr hacia El Lugar.

Era una peña gigantesca junto al arroyo. Alguna erupción durante la era glacial la había partido en forma de V gigantesca. La parte más ancha de la hendidura se apoyaba en la orilla del agua y la más estrecha estaba oculta entre los arbustos. Formaba una especie de habitáculo sin techo, desigual, lleno de agujeros y de cuevecitas en el interior, con un suelo completamente nivelado. La abertura se hallaba

a la orilla del arroyo.

Babe apartó los arbustos y miró al interior de la abertura.

—¡Tío Alton! —llamó en voz baja.

No contestó nadie.

¡Oh! Bueno, ya vendría más tarde.

Se deslizó dentro y se acomodó en el suelo.

A Babe le gustaba estar allí. El Lugar era sombreado y fresco, y el murmullo del arroyo lo llenaba con sus risas, y el agua lanzaba reflejos dorados al interior. Volvió a llamar, por una cuestión de principios, y luego se apoyó contra un saliente, esperando. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aún llevaba en la mano la cartera de piel del hombrecillo.

Le dio la vuelta un par de veces y luego la abrió. Estaba dividida en dos compartimientos. En uno de ellos había unos cuantos papeles metidos en un sobre grande, de color amarillo; en el otro, varios bocadillos, una tableta de chocolate y una manzana. Complacida, Babe aceptó todo aquello como si fuera maná caído del cielo. Guardó un bocadillo para Alton, sobre todo porque a ella no le gustaban tan condimentados. El resto fue un pequeño festín.

Se sintió un poco inquieta porque Alton no llegaba. Se había comido hasta el corazón de la manzana. Se puso en pie y trató de alcanzar algunas de las ramitas que arrastraba el arroyo; luego, volvió a sentarse, intentando recordar algunos de los cuentos que conocía... todo para pasar el rato. Al fin, muy inquieta, volvió a mirarse la cartera, sacó los papeles del sobre, los extendió sobre la pared rocosa y empezó a leerlos. En cierto modo, era una forma de pasar el rato.

Había un periódico viejo y roto que explicaba los extraños testamentos que hacía la gente: en cierta ocasión, una anciana dejó una fabulosa cantidad de dinero a quienquiera que hiciera un viaje de la Tierra a la Luna y regresara; otra había dejado una casa para los gatos cuyos amos hubieran muerto; un hombre dejó mil dólares a la primera persona que resolviera cierto problema matemático y demostrase su solución. Pero uno de los párrafos estaba señalado con lápiz azul. Decía:

Uno de los testamentos más extraños aún en vigencia, es el de Thaddeus M. Kirk, que murió en 1920. Al parecer, construyó un recargado mausoleo con sepulturas abovedadas para todos los miembros de su familia. Recogió y trasladó ataúdes de todo el país para llenar los nichos que les había asignado. Kirk fue el último de su estirpe. Cuando él murió, ya no quedaban parientes. Su testamento estableció que el mausoleo sería cuidado permanentemente, y se dedicaría una cantidad de dinero para recompensar a la persona que encontrara el cadáver de su abuelo, Roger Kirk, cuyo nicho continuaba vacío. Así, pues, cualquiera que encuentre ese cadáver recibirá una fabulosa fortuna.

Babe bostezó al leer eso; pero continuó leyendo, porque no tenía otra cosa que

hacer. Seguía una gruesa hoja de papel comercial, que llevaba membrete de una firma de abogados. El texto decía:

En relación a su requerimiento sobre el testamento de Thaddeus Kirk, estamos autorizados para declarar que su abuelo era un hombre de 1,73 metros de estatura, con 1 brazo izquierdo roto, y que tenía en el cráneo una plaquita de plata triangular. Desapareció, y fue declarado legalmente muerto tras un plazo de catorce años.

La cantidad de la recompensa establecida en el testamento, más los intereses acumulados, asciende en la actualidad a más de 62 000 dólares. Será pagada a cualquiera que encuentre el cadáver, siempre que dicho cadáver se ajuste y coincida con las descripciones registradas en nuestros archivos privados.

Continuaba, pero Babe estaba aburrida. Se dedicó a mirar el cuadernillo de notas. No contenía nada, excepto algunas notas muy abreviadas de visitas a bibliotecas; citas de libros con títulos como *Historia de Angelina y Tyler Counties e Historia de la familia Kirk*. Babe lo dejó aparte también. ¿Dónde se habría metido el tío Alton?

Comenzó a canturrear en voz baja:

—Tumalamatum tum, ta ta ta...

Durante un minuto estuvo bailando, imitando las maneras de una chica que había visto en una película. Un leve ruido entre la maleza de la entrada de El Lugar hizo que se quedara quieta. Miró al exterior y vio que estaban removiendo los arbustos. Rápidamente, corrió a esconderse en un agujero de la pared, lo suficientemente grande como para ocultarla. Sonrió pensando en la sorpresa que se llevaría su tío Alton cuando saliera del escondrijo.

Oyó al recién llegado bajar con dificultad por la húmeda cuesta de la entrada, pisando firmemente el suelo. Había algo en ese ruido... ¿Qué era? Pensó que, aunque era trabajoso para un hombre tan corpulento como tío Alton pasar por la estrecha abertura entre los arbustos, sin embargo no le oía jadear. ¡No se oía ningún tipo de respiración!

Babe miró a la cueva y casi gritó de terror. No era el tío Alton. En pie había una pesada caricatura humana; una cosa enorme como un muñeco irregular de barro, hecho toscamente. Aquella cosa temblaba; una parte de ella relucía, mientras que otra era seca y desmoronadiza. Una parte de su cara había desaparecido, dándole un aspecto desproporcionado. No tenía boca ni nariz perceptibles, y sus ojos estaban desnivelados: uno más alto que otro, y ambos de un color castaño oscuro, sin ninguna parte blanca. Estaba completamente inmóvil y la miraba. El único movimiento era un triste temblor sin vida.

Se preguntaba qué era ese extraño ruido que había hecho Babe.

Babe se apretujó cada vez más contra la pared del fondo de la diminuta guarida

rocosa, mientras su cerebro daba vueltas en reducidos círculos de agonía. Abrió la boca para gritar, y no pudo. Sus ojos miraban desorbitados y su cara enrojeció con el esfuerzo reprimido, las trenzas doradas de su cabello se movían espasmódicamente mientras buscaba con desesperación un sitio por donde huir. ¡Si estuviera en un lugar abierto... o en la puerta de la cueva donde se hallaba aquella cosa..., o en su casa, en la cama!...

La cosa avanzó hacia ella, sin mostrar ningún tipo de expresión, moviéndose con la seguridad que da el terror. Babe permanecía con los ojos muy abiertos y helada; la presión del horror iba aumentando, inmovilizándole los pulmones, haciendo que su corazón palpitase desordenadamente. El monstruo alcanzó la boca del refugio y trató de avanzar hacia la niña, pero la pared se lo impidió. La entrada era demasiado angosta. Babe pasaba por ella con grandes dificultades. La cosa del bosque se apretó contra la roca, presionando cada vez más sobre ella para coger a Babe. La niña se levantó lentamente. Estaba tan próxima a la cosa y su olor era tan fuerte que «lo veía». De pronto, una loca esperanza brotó de su miedo sin voz. ¡Eso no la cogería! ¡No la cogería... porque era demasiado grande!

Lentamente, la sustancia de sus pies se extendió bajo el tremendo esfuerzo y en sus hombros apareció una ligera grieta. Se vació cuando el monstruo se apretó inútilmente contra la piedra y, de repente, un gran trozo de hombro se vino abajo. El ser se retorció cubierto de grasa y avanzó unos centímetros. Permaneció inmóvil con sus ojos nublados fijos en la niña. Luego, alzó un poderoso brazo por encima de su cabeza y golpeó.

Babe, apretujada contra la pared tanto como le era posible, no pudo evitar que la asquerosa mano en forma de maza le golpeará la espalda, dejándole un reguero de inmundicia en la blusa que llevaba puesta. De repente, el monstruo se enfureció y avanzó un poco más, ganando el poco espacio que todavía le separaba de la niña. Una mano negra agarró una de sus trenzas, y Babe se desmayó.

Cuando volvió en sí, la mano en forma de garra continuaba sujetando la trenza. La cosa la alzó, de modo que la cara de la niña y la informe cabeza quedaron a pocos centímetros la una de la otra. Con una dócil curiosidad, el monstruo la miró a los ojos, y lentamente y con fuerza tiró de la trenza hacia atrás. El dolor que le produjo el tirón de pelo hizo lo que el miedo no pudo hacer: devolverle la voz. Gritó. Abrió la boca y arrojó por ella todo el esfuerzo de sus poderosos y jóvenes pulmones: gritó. Después del primer grito sus pulmones volvieron a llenarse de aire. Sus gritos eran monótonos, agudos, infinitamente penetrantes.

A la cosa no le importó. La sostenía de la misma forma, examinándola. Cuando hubo terminado de aprender todo lo que pudo de este fenómeno, la dejó caer y miró a su entorno, en la pequeña cueva, ignorando a la aturdida y golpeada Babe. Cogió la cartera de piel y la partió en dos como si fuera un pedazo de tela. Vio el bocado que Babe había guardado, lo cogió, lo partió y lo tiró.

Babe abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba libre y, mientras la cosa le volvía

la espalda, se deslizó por entre sus patas y salió al pequeño estanque que se extendía delante de la roca, lo cruzó y alcanzó la otra orilla mientras lloraba. Un pequeño y malvado destello de furor ardió en ella. Cogió una piedra del tamaño de una manzana y la arrojó con toda su fuerza. La piedra voló baja y rápida, golpeando con precisión el tobillo del monstruo. La cosa estaba avanzando hacia el agua en aquel momento. La piedra le pegó, haciéndole perder el equilibrio. Durante un largo y silencioso momento, vaciló en la orilla del estanque. Sin dirigirle una segunda mirada, Babe se alejó corriendo y llorando.

Cory Drew seguía los pequeños fragmentos de moho que eran el testimonio del paso del asesino, y estaba muy cerca cuando oyó el primer grito de la niña. Empezó a correr. Tiró su rifle y preparó el de su hermano para disparar. Corría con tal pánico mortal en su corazón que pasó como una exhalación por delante de la gigantesca roca abierta y estaba cien metros más allá antes que la niña atravesara como un relámpago el estanque y alcanzara la otra orilla. Cory tuvo que correr muy de prisa para alcanzarla; porque, unos metros más atrás, se arrastraba ese horror sin cara, y la niña huía con la única idea de alejarse lo más posible de la cueva. Cory la cogió en sus brazos y la apretó contra sí, y la niña gritó, gritó, gritó...

Babe no vio a Cory cuando él la alzó y la tranquilizó.

El monstruo yacía en el agua. Ni le gustaba ni le disgustaba este nuevo elemento. Permaneció en el fondo, con su deforme cabeza varios centímetros por debajo de la superficie, y pensaba con curiosidad en los hechos que había presenciado: el ligero zumbido de la voz de Babe, que envió al monstruo a indagar dentro de la cueva; la negra materia de la cartera de piel, que resistió mucho más que las cosas verdes cuando la rompió; la pequeña dos piernas, que cantó y le hizo acercarse, y que gritó cuando él llegó; esta nueva cosa fría y movediza donde él había caído... Su cuerpo se estaba lavando. Eso no le había sucedido nunca antes. Era interesante. El monstruo decidió quedarse allí para observar esta nueva cosa. No tenía prisa por salir de ella. Sólo sentía curiosidad.

El arroyo bajaba alegre desde su manantial, bajo los rayos del sol y abrazaba a los arroyuelos y riachuelos que encontraba a su paso. Gritaba y jugaba con las pequeñas raíces, con las ramitas y con las hojas. Era un arroyo feliz. Cuando llegó al pequeño estanque, que estaba junto a la roca, encontró allí al monstruo y lo envolvió. Lavó sus sustancias, arrancó sus inmundicias, y las aguas se llevaron río abajo la diluida materia de la cosa arremolinada en la oscuridad. Era un arroyo perfecto. Lavaba con persistencia todo lo que tocaba. Donde encontraba suciedad, la arrastraba, y si había montones y montones de inmundicias, entonces las iba quitando poco a poco. Era un arroyo magnífico. No le importaba el veneno del monstruo, sino que lo cogió, lo aclaró y lo extendió en pequeños círculos por las rocas que se alzaban en su curso, y las plantas acuáticas se beneficiaron tanto con aquel abono que crecieron más verdes

y más lozanas. Y el monstruo se fundió.

Soy muy pequeño, pensó la cosa. Es interesante. Ahora no me puedo mover. Y, ahora, esta parte mía que piensa se va también. Parará en el momento oportuno y se juntará con el resto del cuerpo. Dejaré de pensar y dejaré de ser..., y eso es también muy interesante.

Así, pues, el monstruo se deslizó y ensució el agua; pero el agua volvió a quedar limpia otra vez, lavando y lavando el esqueleto que el monstruo había dejado. No era muy grande. El brazo izquierdo, que había estado roto, se había soldado mal en el hueso. Los rayos de sol chispearon sobre una plaquita de plata triangular colocada en el pelado cráneo. El esqueleto estaba muy limpio ahora. Por este motivo el arroyo se sintió feliz durante mucho tiempo.

Seis hombres de rostro severo, que vinieron a buscar al asesino, encontraron el esqueleto. Ninguno creyó a Babe cuando, días más tarde, contó su relato. Tuvo que ser días más tarde, porque Babe había llorado sin parar durante una semana, y estuvo como muerta durante un día entero. Nadie la creyó, porque en su relato hablaba siempre de un hombre malo, y ellos sabían que el hombre malo era simplemente una cosa que su padre había inventado para asustarla. Pero el esqueleto se encontró gracias a ella, y por eso los abogados enviaron a los Drew un cheque por una cantidad en la que nunca habían soñado. Aquel esqueleto era, sin duda alguna, el del viejo Roger Kirk, aunque lo encontraron a diez kilómetros de donde había muerto y de donde fue enterrado: el suelo del bosque, donde el moho caliente había rodeado el esqueleto e hizo surgir... un monstruo.

Así pues, los Drew tuvieron un nuevo granero y nuevos animales, y contrataron a cuatro hombres. Pero no tenían a Alton. Ni a *Kimbo*. Y Babe llora por las noches y cada vez está más delgada.

La carretera imposible

Oscar J. Friend (1897-1963)

Thrilling Wonder Stories, agosto

Oscar J. Friend fue uno de los agentes literarios pioneros en el campo de la ciencia ficción, dirigiendo la por un tiempo influyente Otis Kline Literary Agency. También fue un director literario de cierto renombre, encargándose de Thrilling Wonder Stories y su revista hermana Startling Stories entre 1941 y 1944. Era además un escritor entre competente y bueno, y sus relatos aparecieron (a menudo bajo seudónimo) en una amplia variedad de mercados de las revistas pulp.

«La carretera imposible» es un ejemplo por encima de lo común del tipo de relato enigmático que tanto fascinaba a los lectores de ciencia ficción de los años cuarenta.

(Martin me llamó la atención sobre este relato. Yo habría jurado que no había ningún relato de los años treinta y cuarenta que no conociese, pero o bien se me escapó este número de TWS, cosa que no me parece probable, o estoy perdiendo facultades conforme me acerco a la edad adulta.

En cualquier caso lo he leído como si fuera nuevo y me ha devuelto a mis años de juventud. Por aquel entonces no habíamos oído hablar nunca de platillos voladores, pero siempre ha habido esa vaga fascinación por seres extraños, misteriosos y poderosos, aun cuando sus actividades en la Tierra no estuvieran del todo claras. Este relato es un ejemplo del tipo de cosas que suscitaban lo que Sam Moskowitz llamó «el sentido de la maravilla». Puede que hayamos aprendido demasiadas cosas y nos hayamos vuelto demasiado sofisticados como para que nos impresione todavía este tipo de relato, pero hasta cierto punto hemos salido perdiendo. I. A.)

El doctor Albert Nelson miró a su joven ayudante, Robert Mackensie, y frunció el ceño.

—¡Esto era justo lo que necesitaba! —exclamó—. Dejar mi laboratorio y hacer una excursión contigo por las Ozarks. Unas vacaciones encantadoras. ¡Bah!

—Pero doctor —protestó mansamente Mackensie—, necesita usted unas vacaciones. No es culpa mía que tuviéramos un accidente. —Una mueca asomó en su cara juvenil—. Además, es casi divertido... ¡dos científicos eruditos indefensos como bebés en el bosque!

Pero el doctor Nelson no podía entender la gracia de la situación. Estaban perdidos en las profundidades de las Montañas Ozark, y su brújula estaba irremediabilmente rota. Y aquello le molestaba muchísimo.

Y es que el doctor Nelson era un espíritu ordenado. Siempre había sido un tipo lógico. Tenía una mente matemática que funcionaba como una máquina. Para él no existían cabos sueltos. Eso era lo que le convertía en un excelente biólogo. Seguía todo el proceso hasta su origen, y lo almacenaba permanentemente en su cerebro antes de dejarlo salir.

Para el doctor Nelson, dos y dos eran cuatro, y tenía que dar esa respuesta antes de renunciar. Todo lo positivo tenía una contrapartida negativa, cada causa un efecto. En su laboratorio no había nunca ningún trabajo de investigación sin terminar, ningún papel ni basura en su mesa, nada de sobra en su mente. Repudiaba todo aquello que no tenía una explicación lógica. No tenía paciencia con las sinfonías inacabadas, las historias de doncellas y caballeros, los enigmas o los misterios sin resolver. Era un tipo muy definido y positivo.

Por eso se sintió tan desolado y desesperado cuando Mackensie y él llegaron al final de la carretera. No era por la acumulación de circunstancias que les llevó a perderse, el que su brújula se hubiera roto accidentalmente, el hecho que estuvieran dando vueltas desde primeras horas de la mañana y ya fueran las tres de la tarde, el que estuvieran cansados, magullados y muertos de hambre y sed. Nada de esto. Era el hecho inexplicable de la carretera en sí.

—¿Qué es eso que hay delante de nosotros? —jadeó el doctor Nelson mientras contemplaba una extensión blanca y brillante a través de los árboles y matorrales. Habían estado escalando incesantemente durante la última hora, buscando un lugar alto desde el que pudieran divisar los alrededores del terreno y salir del atolladero—. ¿Una extensión de agua o el cielo?

Mackensie se adelantó. Su voz juvenil flotó cargada de ansiedad.

—¡Es una carretera, doctor! ¡Una carretera asfaltada! Gracias a Dios, ahora podremos encontrar un camino de vuelta a la civilización.

Era una carretera, de acuerdo. Nelson arrugó las cejas pensativo mientras aceleraba el paso para alcanzar a su compañero. Pero ¿qué hacía una carretera de asfalto en mitad de un país salvaje, en donde los hombres blancos que estaban en sus cabales jamás habían puesto el pie? ¿Cómo podía existir una carretera en estas

montañas, donde sólo vivían los gamos salvajes y algún grajo ocasional alzaba la voz, o un buitre salvaje volaba en su solitario esplendor sobre sus cabezas? Y había algo más.

No había nada de particular en la carretera de asfalto en sí. Era un ejemplo bastante normal del arte de la ingeniería y la construcción. Veinte metros de ancho, unos veinte centímetros de grosor, y se estiraba ante los dos hombres con una gradación adecuada, una extensión blanca que se curvaba a través de los pinos, olmos y cedros y se perdía graciosamente de vista más allá de la cima de una colina.

No, no era la construcción ni el estado de la carretera; era el hecho mismo de su presencia en este lugar. El doctor Nelson era consciente de que había utilizado el adverbio «de repente» dos veces en los escasos segundos que había estado reflexionando. Eso describía aquella cosa. La carretera empezaba bruscamente, así, tal cual; su extremo más cercano estaba tan recortado y terminado como los salientes que corrían a los lados de las autopistas mejor construidas. En medio de un paisaje primitivo, la carretera empezaba de golpe.

No había ninguna evidencia de que intentara continuar en esta dirección. No había árboles talados, ni marcas de prospección, ni niveles, ni arena, grava, pilares, maquinaria, barricadas, señalizaciones de carretera o señales de desviación. Nada. Ni siquiera una carretera de arena o un sendero que llevara a algún sitio desde el extremo del suelo de asfalto. ¡Simplemente una colina agreste en el corazón de unas montañas sin cartografiar y allí, tan bruscamente como un tiro, el extremo de una brillante carretera!

La incongruencia de todo aquello tenía que haber dejado anonadado a Mackensie, a pesar de su alivio, pues el joven biólogo estaba de pie, junto al extremo del pavimento y miraba a su alrededor lleno de perplejidad cuando Nelson se unió a él. Sus brillantes ojos azules encontraron los fijos ojos marrones del hombre mayor y su cara se torció en un interrogante. Sacudió las manos, sintiéndose inútil.

—¿Por qué no continúa? —preguntó—. ¿Puede ser un proyecto abandonado?

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de una carretera abandonada, que no lleve al menos a una casa o a una cabaña? —replicó Nelson, irritado.

—¿No será una pista de prueba? —sugirió Mackensie.

El doctor Nelson señaló sin decir nada la superficie inmaculada de la carretera. No había ni una gota de aceite, ni una marca de neumáticos, ni un bache, ni una pisada, nada que rompiera la pureza virginal del tramo. Y sin embargo la carretera, que empezaba aquí, en lo más profundo del bosque, continuaba hasta perderse de vista ante ellos, como si se prolongara eternamente y fuera una arteria importante de un sistema de transportes.

—¡Esto es una adivinanza sin sentido! —exclamó Nelson—. Y detesto las adivinanzas.

—Bien, aunque empieza de un modo espontáneo, doctor, parece que lleva a alguna parte —observó Mackensie—. Al menos, nos conducirá de vuelta a la

civilización. Podremos resolver este misterio en el otro extremo. ¿Está usted demasiado cansado para continuar?

—No, no —repitió Nelson irritado, frunciendo el ceño ante la carretera; pero sentía una cierta aversión a pisar el asfalto, aunque no sabía por qué.

Dudó, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y miró alrededor, a los densos bosques de donde habían salido. Entonces se encogió de hombros y dio un paso hacia la calzada.

Mackensie le siguió y los dos empezaron a caminar. Forzadamente, Nelson marcaba el paso y los dos marcharon en silencio. Durante un breve espacio de tiempo, no se oyó ningún sonido, excepto el rítmico compás de sus botas y los ruiditos ocasionales que brotaban de la mochila de Nelson. Se trataba del lagarto verde, que el biólogo había capturado poco antes del mediodía.

—Siempre el científico infatigable —había observado Mackensie cuando Nelson había capturado hábilmente al pequeño reptil, que tomaba el sol en una roca y al que había introducido en una fiambarrera vacía para estudiarlo más tarde.

Ahora, el ruido del lagarto era el único sonido que les hacía compañía. Era el extraño significado de todo esto lo que hizo que Nelson agarrara el brazo de Mackensie y se detuviera de repente.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó sorprendido Mackensie—. Esto es mejor que abrimos paso entre arbustos y matorros para llegar a una granja.

—Escucha —dijo Nelson.

Mackensie así lo hizo, con el cuerpo en tensión. Todo a su alrededor permanecía en completo silencio. No se oía siquiera un soplo de viento entre las hojas de los árboles.

—No oigo nada.

—Eso es —comentó Nelson—. Ni siquiera el zumbido de un insecto, ni un pájaro en el cielo, ni un murmullo en la maleza que rodea la carretera. ¿Qué ha pasado con los grajos y los mosquitos, que nos han hecho compañía y no han parado de molestarnos hasta que encontramos esta carretera?

Los ojos azules de Mackensie parecían sorprendidos. Nelson se dio la vuelta para contemplar el tramo de la carretera que ya habían recorrido. Se extendía unos veinte metros, blanca e inmaculada excepto por las débiles marcas de su reciente paso. Era como si estuvieran solos en un mundo muerto. No, no era así exactamente. Todo lo que les rodeaba era la evidencia de vida vegetal, pero en movimiento suspendido. Eso era, una foto en tres dimensiones y technicolor, un mundo rígido y congelado donde sólo ellos dos podían moverse. Era increíble.

—Ni un solo insecto se arrastra por la carretera —susurró Mackensie, asustado—. No hay ni siquiera un sonido distante que indique que hay algo o alguien en este planeta. Pero tengo una extraña sensación en mi interior... que las fuerzas de la vida

están a nuestro alrededor. Doctor, noto como si esta carretera estuviera latiendo y temblando, llena de vida, a pesar de que esté rígida bajo nuestros pies. En nombre de Dios, ¿qué es todo esto?

Nelson bajó los ojos y miró a sus pies. Mackensie tenía razón. Había una especie de indicio psíquico de vida en el asfalto, en el mismo aire, y sin embargo todo permanecía inmóvil y silencioso. Lentamente, la extrañeza se apoderó del perturbado científico.

Era como si sus ojos penetraran una fracción de centímetro en la suave superficie del tramo de carretera. Notó, más que vio, que ésta era una carretera de vida increíble, que billones y billones de entes vivos habían recorrido este camino antes que él en interminables y abundantes tropeles.

—Vamos —dijo Nelson con voz apagada—. Continuemos.

Fue al girar en la siguiente curva, donde el bosque se aclaraba un poco y la carretera parecía serpentear majestuosamente en una serie de altiplanos en la cima del mundo, cuando llegaron a la primera variante de la suave superficie de la calzada. Era un pedestal de hormigón a la altura de la cintura, que giraba a la izquierda. Parecía que la carretera se hubiera detenido y hubiera lanzado una especie de pseudópodo en su borde.

En lo alto de este pedestal había un cubo de lo que parecía ser cristal de cuarzo. Al menos era cristal de alguna clase, levemente iridiscente y brillante bajo los rayos del sol de la tarde. A medida que se acercaban, vieron que se trataba de un cubo hueco donde había un poderoso microscopio binocular. Sus piezas gemelas, cubiertas para que el aire libre no las deteriorase, sobresalían de la vitrina. Sobre el pedestal, justo bajo el cubo de cristal y fácilmente distinguible, había una placa de bronce con unas letras. La inscripción estaba en inglés.

Los dos hombres se detuvieron sorprendidos ante la incongruencia de todo aquello. ¡Un hermoso microscopio colocado como en un museo, en medio de una selva que sólo tenía una autopista desierta! ¿Qué significaba?

—¡Dios mío! —murmuró Mackensie—. ¡Mire! ¡Léalo, doctor Nelson! Juntos inspeccionaron la placa oscura pero claramente legible.

MUTACIONES PAN-CÓSMICAS UNIVERSALES

Estos diminutos especímenes celulares son las semillas evolucionadas más pequeñas del fenómeno llamado vida, sea vegetal o animal, autocontenidas y prácticamente inmortales. Surcan el universo con los rayos de luz. Particularmente inmortales, se asientan como los hongos sobre los planetas más áridos y desérticos y son los padres de todas las formas de vida. Su origen es desconocido.

Nelson quitó los protectores del microscopio y se aproximó a las lentes. Sintió un extraño escalofrío magnético al tocar el instrumento del interior del cristal. La vitrina parpadeó y brilló como si tuviera vida propia. Era imposible ajustar los controles del microscopio, ya que estaban dentro de la vitrina de cristal, pero tampoco hacía falta.

Ante su campo de visión, perfectamente ajustado, había un típico cristal similar a

los millares que el biólogo había examinado. Allí, inmóviles, inmortales, imperturbables, había cientos de pequeñas células grises que parecían las hojas de pino que había estudiado más de una vez. Sin embargo, eran diferentes. Eran celulares; eran bacterias, indudablemente, pero tenían un reborde o concha distinta, que podía haber sido impermeable a la oscuridad, el frío y los rayos cósmicos del espacio exterior. Ciertamente, el doctor Nelson nunca había visto antes nada igual.

Después de un cuidadoso estudio, alzó la cabeza, dio un paso atrás e instó a Mackensie para que mirara. El joven así lo hizo.

—Santo cielo, doctor —murmuró—. Ni siquiera aceptan el colorante en lo más mínimo. Lo rehúsan por completo. Permanecen como puntos en un fondo rosa pálido.

—Exactamente —coincidió Nelson, con el ceño fruncido—. Y ya ves que están inmóviles, inertes, como suspendidos por arte de magia en mitad de su actividad.

—Sí —asintió Mackensie, sin dejar de mirar—. Indudablemente están muertos.

—Eso me pregunto.

—No puedo comprenderlo. Incluso los organismos más diminutos mostrarían al menos algún movimiento molecular.

—Continuemos —dijo Nelson, volviendo a cubrir los binoculares—. Veo otro pedestal más allá, al otro lado de esta carretera infernal.

Mackensie fue el primero en alcanzar el segundo pedestal, donde también había una vitrina de cristal brillante con un microscopio en su interior. Ya estaba observando con los binoculares cuando Nelson leyó la placa de bronce que había bajo la vitrina de cristal.

LEPTOTHRIX. MIEMBRO DE LA FAMILIA DE LAS CLAMIDOBACTERIAS

Una de las formas de vida primitiva de este planeta. Tiene, según las rocas arqueológicas, al menos cien mil millones de años. De forma filamental, con segmentos sueltos, se reproduce por fisión de un extremo. Las paredes de filamentos son de hierro, depositado alrededor de las células vivas por acrecencia. El hombre y los animales son alimentados por plantas que consumen elementos terrestres y producen clorofila gracias al poder del sol, pero el LEPTOTHRIX literalmente come hierro. La mayoría de las vetas de hierro han sido creadas por la acción de esta bacteria.

Nelson echó un vistazo cuando Mackensie, confundido e inseguro, se apartó del microscopio. Reconoció los especímenes al instante. Las bacterias estaban inmóviles, congeladas como estatuas. Cuando alzó la vista, Mackensie ya se dirigía al siguiente pedestal que se encontraba a veinte o treinta metros de distancia. Nelson le siguió lentamente.

—¡Algas! —exclamó Mackensie.

Nelson leyó la placa de bronce y luego miró las familiares fibras azulverdosas de la planta acuática, que son visibles al ojo en forma de porquería verdosa en el agua estancada. Y una vez más se dio cuenta de la inmovilidad de los especímenes.

—¡Plancton! —gritó Mackensie al llegar ante el cuarto pedestal—. Dios santo, doctor, esto parece... parece que es una exposición de bacteriología al aire libre.

Eso era precisamente lo que estaba pensando Nelson. Aún no había resuelto el

enigma de la carretera en sí. El misterio adicional de los potentes microscopios colocados aquí, a la intemperie, dentro de aquellas vitrinas de cristal, le había hecho posponer en su mente el deseo de explicarlo a su debido tiempo. Era, como decía Mackensie, una especie de laboratorio de los dioses. Casi con miedo, Nelson miró al cielo, como si esperase que la cabeza y los hombros de algún supercientífico se materializaran desde más allá de las nubes. Pero no sucedió nada. Aún eran las tres de la tarde. Nada vivía ni se movía excepto los dos hombres y el lagarto encerrado en la mochila.

Una cosa le resultó significativa al metódico Nelson mientras recorrían esta extraña carretera. No había nada innecesario o aleatorio en la colocación de los especímenes. Por lo que él podía ver, todo estaba colocado siguiendo un orden lógico y cronológico. El orden iba ascendiendo incesantemente en el poderoso ciclo de la vida.

Ante ellos, adornando la carretera como los árboles de un parque, había vitrinas de cristal de varias formas y tamaños. Ya no había microscopios. Las formas de vida eran ahora detectables a simple vista. Se trataba de una sucesión de especímenes entre la vida animal y la vegetal, que avanzaba en perfecta progresión. Y en el interior de cada vitrina, cada espécimen estaba perfectamente conservado y aparentemente sin vida.

Toda la sucesión de vitrinas de cristal latía y brillaba a la luz del sol como si tuviera vida propia.

Aquella extraña historia de la vida avanzó por las diferentes épocas. De los fósiles a los bosques de coníferas, los primeros reptiles, la edad de los gigantes mamíferos..., marchaban por la escalera de la vida, viendo especímenes que presumiblemente ningún hombre había visto antes. Era como un viaje a través de una maravillosa combinación de laboratorio, jardín botánico, acuario y la Smithsonian Institution.

Los dos biólogos olvidaron el hambre, la sed, el cansancio. Perdieron la noción del tiempo, aunque tenían que haber pasado horas y horas mientras recorrían este panorama de vida inmóvil. Era como observar las fotografías tridimensionales de alguna revista del futuro, o como mirar ampliaciones estereotipadas de la pantalla de la vida. Y el sol colgaba brillantemente a las tres de la tarde.

Las inscripciones de las diversas placas de bronce, que siempre estaban presentes, a pesar del tamaño de la vitrina o de la naturaleza de su contenido, habían conformado una historia completa y única del surgimiento de esa cosa tenaz y frágil, pero indestructible, que es la vida. Nelson empezó a lamentar no haber copiado lo que decían, dándose cuenta mientras lo hacía que eso habría sido imposible. No habría tenido papel suficiente aunque su mochila no hubiera estado llena de otra cosa.

Mackensie empezó a lamentar no haber traído una cámara consigo. Algunos de los especímenes jamás habían sido imaginados por el hombre en su reconstrucción de los huecos de la historia. El enigma principal permanecía sin resolver y Nelson

notaba que la fiebre por resolverlo le abrasaba. Sentía, sin necesidad de analizarlo, que estaba siendo arrastrado por la mano del destino y se aproximaba a un clímax, a una altura, un destino que era inexorable.

El mismo fuego tenía que haberse apoderado de Mackensie, pues el joven se maravillaba del gigantesco panorama, de la rareza magnética de las vitrinas de cristal, de las especulaciones que despertaba este museo exagerado, del hecho imposible de que el tiempo se hubiera detenido.

Y entonces llegaron a la primera vitrina vacía. Era una cabina pequeña y se detuvieron a leer la placa de bronce. Hacía tiempo que habían alcanzado una época comparativamente reciente y la flora y la fauna eran tal como existía ahora. El hombre primitivo ya había aparecido, y su imagen estaba apropiadamente colocada en vitrinas progresivas y espaciadas.

Nelson se maravilló ante la visión del primer bruto peludo, que era claramente el eslabón perdido entre el hombre y los animales inferiores. Aunque era una cosa extraña y repulsiva a los ojos de la estética, Nelson el biólogo casi se arrodilló ante el mamífero. A partir de aquí, la historia de la humanidad estaba escrita gráficamente para los dos sorprendidos viajeros.

Pero aquí tenían la primera vitrina vacía. Consciente de su estupor, Nelson leyó la placa de bronce.

LACERTA VIRIDIS

Este lagarto verde es un espécimen de los pequeños reptiles con cola que, junto con su familia, forman el suborden de los LACERTILIOS, con la excepción de las salamanquesas y camaleones.

El biólogo alzó los ojos. Pero la vitrina, que brillaba con su peculiar tono azulverdoso, estaba vacía. No estaba rota ni quebrada. Simplemente no había nada dentro.

—Es curioso —comentó Mackensie en voz alta, mientras Nelson examinaba la vitrina de cristal que, en este instante, parecía una campanilla—. Es el primer hueco en toda la serie.

—Sí —casi gruñó Nelson mientras manoseaba el pomo de la campanilla.

Para su sorpresa, pudo moverla. Entonces vio, al pie, la ruedecita que controlaba el aparato de vaciado de aire y sellado.

Accidentalmente colocó una mano en el lugar que había estado cubierto por la campanilla e instantáneamente perdió toda sensibilidad en el miembro. Era como si toda su mano, desde la muñeca para abajo, no fuera nada más que un muñón de materia insensible. La retiró. Inmediatamente, la vida regresó.

—¿Qué pasa? —preguntó rápidamente Mackensie con interés profesional—. ¿Está caliente?

—No —respondió Nelson, colocando la campanilla en su sitio con mucho cuidado—. No, nada de eso. No se siente nada. Mi mano se quedó completamente

muerta.

—¿Se encuentra bien ahora?

—Sí. Debe de haber algo en esas pulsaciones magnéticas que retienen e interrumpen la fuerza vital sin destruir la vida.

—Entonces, si es así... ¿todos esos especímenes que hemos visto están vivos? ¿Vivos pero dormidos?

—Eso me pregunto.

—Vamos —dijo—. Continuemos. Creo que veo un león de las montañas un poco más adelante.

Nelson le siguió, con el ceño fruncido por la irritación ante esta interrupción menor en la colosal muestra de especies. El roce del lagarto en su mochila era como un impulso molesto que se escurría en su cerebro. Pasaron junto al camaleón, los ejemplares de animales salvajes y otra fauna menor y llegaron al lugar donde se resumía la historia de la vida vegetal de esta época.

Aquí, tal vez a unos doscientos metros de la vitrina vacía del lagarto, Nelson se detuvo con determinación. Mackensie le miró, sorprendido.

—Vamos —dijo Nelson—. Retrocedamos.

—¿Retroceder? —repitió Mackensie—. ¿Adónde? ¿Por qué?

—Sólo hasta la vitrina del *Lacerta viridis*. Tengo que hacerlo. No puedo continuar.

—Pero... pero... ¿podemos retroceder? —preguntó Mackensie.

La idea era preocupante. Nelson nunca había considerado tal posibilidad.

—¿Tendremos tiempo? —continuó su ayudante—. La noche puede que se nos eche encima antes de que lleguemos al final de la carretera.

Por toda respuesta, Nelson señaló al sol, que colgaba en el cielo precisamente a las tres de la tarde.

—Vamos —ordenó Nelson.

Obediente, casi como hipnotizado, Mackensie se dio la vuelta y empezó a deshacer lo andado. Nelson le precedía. Era como si se enfrentaran a una ola resistente, como si combatieran un viento firme y poderoso. Nelson se sentía como si estuviera en un sueño, casi abrumado por una letargia que no podía comprender. Sólo su indomable fuerza de voluntad les hizo seguir avanzando. Y en la carretera seguía sin moverse nada, excepto los dos hombres que caminaban bajo la luz del sol.

Rehicieron sus pasos lentamente y llegaron a la vitrina vacía del lagarto.

—Bien, aquí estamos —jadeó Mackensie—. Y ahora ¿qué?

Por toda respuesta, Nelson abrió su mochila y sacó la fiambarrera. Cogió al lagarto por la base del cuello, movió la campanilla de su sitio y colocó el reptil en el pedestal.

La criatura se quedó inmóvil de inmediato. Nelson apartó la mano entumecida y observó el espécimen. El lagarto reposaba sobre sus cuatro patitas, como si estuviera vivo, el cuerpo medio enroscado, la cabeza alzada, los ojillos brillantes mientras contemplaba la nada.

Rápidamente, Nelson lo cubrió con la campanilla y giró la rueda para sellar el vacío. Un débil murmullo surgió de la base del pedestal y luego se apagó. El dios de la ciencia aceptaba una ofrenda. Cuando Mackensie intentó retirar la campanilla, vio que era imposible.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Al menos es un ejemplar pasable —observó Nelson—. Es similar a las especies del Viejo Mundo. Continuemos ahora.

Encabezó la marcha a paso rápido. Toda su molestia por la vitrina vacía había desaparecido.

Tuvo que haber sido horas más tarde, y sólo Dios sabía tras cuántos kilómetros de curvas, cuando llegaron a la segunda y última vitrina vacía.

—¡Mire! —exclamó Mackensie, aliviado de todo corazón—. ¡Estamos llegando al final de la carretera!

Nelson había perdido el interés por la carretera. La poderosa historia de la vida que había descubierto le había atrapado irresistiblemente. Se dio cuenta de lo que le rodeaba con un sobresalto, y enfocó su atención en la distancia.

Mackensie tenía razón. La carretera se acababa a un centenar de metros de distancia, al alcanzar un grupo de árboles en una colina que descendía.

La carretera acababa como había empezado: brusca, inexplicablemente. No muy lejos había una vitrina que parecía medir casi un metro. Pero Nelson estaba más interesado en la vitrina de dos metros que tenía enfrente.

HOMBRE DEL SIGLO XX

Este espécimen del mamífero bípedo de sangre caliente, con cerebro y glándulas tiroideas desarrolladas representa la cumbre de su evolución. Como se ha señalado a través de las diversas vitrinas, la vida animal y vegetal, teniendo un lejano origen común, difieren principalmente en que un átomo de magnesio en la estructura clorofílica, en vez de un átomo de hierro en la hemoglobina de la sangre, ha provocado sus evoluciones separadas. Desde este punto, sus caminos paralelos convergen y se unen por fin en una estructura común que alcanza la cima total del desarrollo mental.

El doctor Nelson apartó los ojos de la placa de bronce. El cubo estaba vacío. No había ningún ejemplar. En cambio, sólo había una puerta de cristal abierta, que giraba sobre goznes invisibles, como si invitara a un excursionista cansado a entrar y descansar... para toda la eternidad.

El biólogo frunció el ceño con total desesperación. ¿Por qué, de todas las vitrinas de especímenes, era ésta la que tenía que estar vacía? Se tiró de una oreja mientras se volvía para contemplar la carretera. Una vez más se sintió molesto, enfadado, al notar que no había ninguna otra vitrina excepto la de un metro al final del camino.

La historia casi había terminado. Después de recorrer durante horas cientos de miles de vitrinas, se encontraban con que esta última, la más importante en lo que concernía a la humanidad, estaba vacía. De alguna manera, Nelson no podía proseguir y marcharse de esta forma. Su naturaleza metódica parecía hacerle continuar con una lógica inexorable. Miró a su compañero.

—Mackensie —dijo con voz extraña—. Mackensie, ven aquí.

El joven palideció y dio un paso atrás.

—No —gimió, adivinando intuitivamente el propósito del otro—. ¡No! Está usted loco, doctor. Salgamos de este lugar infernal y...

Exhaló un alarido de terror mientras Nelson se le acercaba. El biólogo tenía veinte años más que Mackensie, pero también era físicamente más grande. Mackensie no tenía ninguna posibilidad contra él. La lucha fue breve y su significado terrible. En cuestión de segundos, Nelson tuvo a su víctima indefensa.

—¡No! —chilló Mackensie, con los ojos llenos de terror—. ¡Doctor Nelson, no puede...! ¡No puede hacerme esto!

Acabó emitiendo una serie de chillidos inconexos mientras Nelson lo levantaba y lo llevaba hasta la puerta entornada de la cabina de cristal.

—Es indoloro —murmuró Nelson amablemente—. Lo sé. ¿Y por qué la vitrina está vacía si no es para uno de nosotros dos? ¡Contéstame a eso!

Pero Mackensie ya no podía responder ninguna pregunta. Se había sumergido en un estado de horror cataléptico.

Como un sonámbulo, como una marioneta controlada por cuerdas extraterrestres, Nelson dio la vuelta hábilmente a su carga para ponerla ante él y luego, conservando el equilibrio con mucho cuidado, introdujo suavemente el cuerpo de su compañero en la vitrina vacía. El cambio que tuvo lugar fue milagroso, instantáneo. El cuerpo de Mackensie pareció convertirse en mármol. Se quedó erecto, balanceándose como una estatua vacilante.

Rápidamente, Nelson cerró la puerta de cristal ante el rostro de su compañero. Con un suave murmullo, los bordes de la puerta se ajustaron al marco de cristal. La última vitrina tenía su ejemplar perfecto.

El biólogo temblaba mientras miraba a los ojos de su antiguo ayudante, de laboratorio. Entonces suspiró, se secó el sudor de la frente y miró al sol. Eran las tres de la tarde.

Se dio la vuelta lentamente, como si no le gustara abandonar al hombre con el que había hecho este increíble viaje, y se dirigió al final de la carretera.

Al llegar a la última vitrina, se detuvo para estudiar el espécimen que había en el interior. El aura titilante de la vitrina, ya casi en la sombra de los árboles, era levemente fosforescente. Pero fue la naturaleza del ejemplar lo que fascinó al biólogo.

La cosa, sentada en cuclillas, de apenas dos metros de altura, pálida y amarronada, parecía más una seta gigantesca que otra cosa. Un champiñón con una protuberancia, que era una horrible caricatura de la cabeza de un hombre. Un par de orificios enormes señalaban lo que podían ser un par de ojos. La boca no era más que una hendidura que recordaba dónde había estado. La cosa no tenía sexo y se alzaba

sobre dos metros en forma de raíz. Por fin, Nelson leyó la placa de bronce.

TIRODICUS. HOMBRE PLANTA

La evolución definitiva de la vida mamífera en esta planta. Compuesto principalmente de un tejido cerebral fibroso y un organismo productor de yodo, que es el desarrollo de lo que fue antiguamente la productora de yodo del hombre, la glándula tiroides localizada en la garganta, esta criatura no tiene sangre ni clorofila.

Como el LEPTOTHRIX, esta forma de vida ha aprendido a asimilar su alimento directamente de los elementos, transmutándolos instantáneamente y liberando energía. El Tirodicus, el último estadio de la evolución física, es prácticamente todo cerebro. El escalón siguiente de la evolución, inevitablemente, cruza las fronteras de la existencia animal y la vida se convierte en puramente espiritual.

Eso era todo. La historia había sido contada. El final de la carretera aparecía bruscamente. No había árboles talados, no había marcas, ni niveles, ni pilones, maquinaria, herramientas, barricadas ni señales de desvío. Ni siquiera una carretera de arena. O un sendero que llevara a cualquier parte a partir del final de la superficie de asfalto.

Simplemente una colina agreste en el corazón de unas montañas que nunca habían sido cartografiadas, y la carretera que había empezado tan repentinamente como un tiro, que no llevaba a ningún sitio y acababa con la misma rapidez.

El doctor Nelson era un espíritu metódico y ordenado. Hizo una mueca irónica. No había podido evitarlo. Su fría lógica había sido llevada hasta el último grado.

Se dio la vuelta y miró pensativo el camino que acababa de recorrer. Sintió un temblor de vida, vago e incomprensible, bajo sus pies. Ahora no había ninguna vitrina vacía, ninguna ruptura entre las dos líneas de especímenes que se encontraban allí. El archivo estaba completo.

¿Qué archivo? ¿Qué era esta increíble muestra científica? Estaba firmemente convencido de que no procedía de la Tierra. ¿Era una trampa del tiempo, o una gigantesca sala de trofeos de algún supercazador de más allá de las estrellas?

El doctor se encogió de hombros y descartó el enigma. Salió de la carretera imposible, aliviado de sentir el terreno y la hierba bajo sus pies. Una vez más, se volvió para mirar la carretera de asfalto.

La carretera había desaparecido. No había nada más allá de los arbustos. El sol se escondía tras las montañas de poniente.

Butilo y el respirador

Theodore Sturgeon (1918-1985)

Astounding Science Fiction, octubre

Las secuelas son invariablemente decepcionantes. El fuego y el estímulo que produjeron el primer relato son muy difíciles de reproducir y las expectativas del lector demasiado altas de satisfacer. Este relato, que es una secuela del primer trabajo publicado de Sturgeon («Respirador de éter», véase en la selección correspondiente a 1939), es una de las raras excepciones a la regla.

(En 1940 todavía no tenía edad suficiente para votar; en aquel tiempo se votaba a partir de los 21 años. Todos los grandes escritores que adoraba, envidiaba y trataba de emular eran mayores que yo, y desde mi asombrado punto de vista, mucho mayores. Supongo que era, en parte, un poco de autoprotección. Excusaba su superioridad sobre mí y me salvaba de una humillación insoportable. Y sin embargo, Theodore Sturgeon estaba marcando el camino aquel año, y sólo tenía 22 años. Es una suerte que 22 años me parecieran una edad madura en aquel tiempo, o de lo contrario habría tenido que arrastrarme hasta un agujero y quedarme enterrado en él. I. A.)

Aún me sentía triste por haber provocado que el Habitante del Éter desapareciera del alcance de los hombres, cuando tuve la feliz idea de hacer que regresase. Tendría que haberla dejado en forma de idea. No tendría que haber ido a ver a Berbelot. Tendría que haberme quedado en la cama. Pero tengo cerebro, no sentido. Y fui a ver a Berbelot.

No se alegró de verme, cosa que me hizo saber a través del televisor de su recibidor. Todo un invento, ese recibidor. Sabía que era un ascensor, que llevaba a los invitados a sus habitaciones en la gran mansión, la «Casa construida por el Perfume». Hasta ahora, no supe que era también un mecanismo altamente eficiente. En cuanto pasé la mano sobre la placa sensible que servía de timbre, su cara apareció en la pantalla.

—¡Ah! ¡Hamilton! —dijo.

Lo siguiente que recuerdo es que las paredes del recibidor dieron la vuelta. Me quedé cabeza abajo, me sacudieron dos veces y luego aterricé fuera de la casa. Creo que diseñó el aparato sólo para mí. Era un hombre simpático, pero sí que le duraban los enfados. Este último había durado un año entero. Y sólo porque no había tenido tacto con el Habitante.

Me levanté, me sacudí el polvo y juré que nunca volvería a molestar a aquel viejo cascarrabias. Y entonces busqué una tienda y le llamé por teléfono. Así fue. Berbelot era un tipo peculiar. El respeto que sentía por él era más fuerte que la furia. Era el único hombre que he conocido capaz de hacerme lamentar algo.

Entré en la cabina del videófono y marqué mi identificador en el panel, que registró la llamada para que pudiera pagarla. Entonces marqué el número de Berbelot. Se puso su criado.

—Quiero hablar con el señor Berbelot, Cogan.

—El señor Berbelot ha salido, señor Hamilton.

—¡Vaya! —exclamé—. ¡Entonces, ha sido usted el que me ha soltado ese espantavendedores de la puerta! ¡Voy a partirle la cara, idiota subatómico!

—Oh... no fui yo, señor Hamilton, de verdad. Yo...

—Si no fue usted, entonces fue Berbelot. Y si lo hizo, es que está en casa. Además, le vi en la pantalla. Ya basta de cháchara, cara de perro. Dígale que quiero hablar con él.

—Pe-pero si no quiere hablar con usted, señor Hamilton. Me dio órdenes estrictas hace un año.

—Dígame que he ideado un sistema para volver a entrar en contacto con el Habitante del Éter. Vamos. No le despedirá, pedazo de melón. Le besaré en las mejillas. ¡Rápido!

La pantalla se quedó vacía y oí la voz de Berbelot:

—¡Creí que te había dicho...!

Y a continuación la humilde voz de Cogan.

—¿Qué? —estalló el viejo, y a continuación otra serie de murmullos que fueron

interrumpidos cuando Berbelot se colocó delante del transmisor.

—¡Hamilton! —dijo enfadado—. Si esto es una broma..., si piensa que puede burlarse de mí con..., si se atreve a jugar conmigo..., si...

—Si me da una oportunidad, Rey de la Peste —dije yo, sabiendo que si lo hacía enfadar de veras me escucharía, pues era del tipo de los que hablan sin parar cuando se irritan—. Tengo una idea que puede hacer que el Habitante vuelva, pero es usted quien tiene que llevarla a la práctica. Usted es quien tiene los aparatos.

—¡Suba! —susurró, con las patas de gallo temblando—. Pero se lo advierto, si esto es un truco, más vale que se vaya despidiendo de su esófago.

—¡Voy para allá! Por cierto, cuando vuelva a entrar en ese recibidor, asegúrese de que pulsa el botón adecuado.

—No se preocupe —gruñó—. Tengo aquí un aparato que es igual de eficiente. Lanza a la gente desde el piso dieciséis. Suba.

La pantalla se oscureció. Suspiré y me puse en camino hacia la «Casa construida por el Perfume».

El ascensor se detuvo tan bruscamente que el estómago me dio un vuelco. Salí de él. Berbelot me esperaba, tan receloso como un inspector de hacienda. Tendí la mano mientras comentaba algo así como lo magnífico que era volver a verle, y él se la quedó mirando. Cuando pensé que iba a dejar pasar el honor de estrecharla, cogió la mía, la retiró con rapidez, la miró y se la limpió cuidadosamente en la chaqueta. Sin que dijera una palabra, sospeché que no se alegraba mucho de verme, que pensaba que era un tipo loco y poco recomendable, y que no se fiaba de mí.

—¿Le he dicho alguna vez que lamento muchísimo lo que sucedió? —dije, con toda la calma que pude.

—Conozco a un tipo que dijo lo mismo después de haber asesinado a alguien. Le ejecutaron de todas formas.

Aquello me pareció muy agradable.

—¿Quiere que le cuente mi idea, sí o no? —Sonreí apretando los dientes—. No he venido para que me insulten.

—Me doy cuenta. Imagino que ya le insultan lo bastante en todos los demás sitios. Bien, ¿cuál es su idea?

Vi que Cogan se asomaba por detrás del hombro del viejo y le arrojé mi sombrero. Ya que Berbelot había olvidado aparentemente su hospitalidad, le ahorré la molestia de invitarme a sentarme y me senté.

—Berbelot —dije cuando tuve entre los dedos uno de sus hermosos cigarros—, se está comportando usted de un modo poco razonable. Pero he despertado su curiosidad, y por lo menos, mientras se sienta de esa manera, tendrá que ser sociable. Siéntese. Voy a ser socrático. Puede que tarde un poco.

—Sufro —dijo él, y se sentó—. Sufro demasiado. —Hizo una pausa y luego añadió, pensativo—: Nunca pensé que me podría entretener tanto con alguien que me aburriera. Adelante, Hamilton.

Cerré los ojos y conté hasta diez. Berbelot podía ser más insultante que ninguna otra persona que conozco.

—Primera cuestión —dije—. ¿Cuál es la naturaleza de la criatura que bautizó usted como Habitante del Éter?

—Bueno, es... aparentemente una combinación de esencias etéreas que viven en nosotros y a nuestro alrededor. Es como si el aire de esta habitación fuera un animal pensante. ¿Qué quiere...?

—Las preguntas las hago yo. Ahora bien, ¿cree usted que es inteligente?

—Por supuesto. Su inteligencia es peculiar, desde luego. Parece estar motivada por un deseo infantil de divertirse... principalmente a expensas de los pobres seres humanos.

—Pero sus acciones eran razonables, ¿no?

—Sí, aunque exageradas. Llegó a nosotros a través de la televisión en color; ése fue su único medio de expresión. Y desató un infierno con los programas... Parece un bromista cósmico, bastante desinhibido, a quien tanto le da las consecuencias que sus acciones puedan acarrearle. Y fue entonces cuando usted, cabeza de chorlito, le dijo que había herido los sentimientos de alguien y que debería desaparecer, y el Habitante se disculpó y no hemos vuelto a saber nada de él. Otra vez una reacción exagerada. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Todo. Mire: se le hizo reír fácilmente. Se le hizo sentir vergüenza fácilmente. Lloró fácilmente. Si de verdad quiere usted volver a entrar en contacto con él, tiene que partir de este punto.

Berbelot pulsó un botón oculto y las luces tomaron un tinte verdoso. Decía que se piensa mejor con luz verde.

—Admito que esa idea concreta me ha pasado por alto —asintió—, puesto que no tengo una mente que se ponga a divagar y llegue a oscuridades ilógicas. Pero debo hacerle justicia (y no es que merezca usted nada que se parezca a un cumplido), creo que tiene algo. Sin embargo, supongo que ha llegado hasta ahí. He pasado horas pensando en ese problema. He llamado a esa criatura días y días por medio de una onda policroma direccional. Le he pedido disculpas y le he suplicado, le he contado chistes y prácticamente le he pedido que saque sus pies invisibles por la pantalla del televisor para poder besárselos. Y no he oído ni un suspiro. No, Hamilton, ese Habitante del Éter está enfadado, molesto y no está en casa. Y todo por su culpa.

—Una vez —dije soñadoramente—, conocí a una mujer cuyo marido se había marchado de casa. Ella sabía dónde estaba y le enviaba un mensaje tras otro. Pedía y suplicaba y lloraba por los videófonos. No consiguió nada. Entonces tuvo una idea. Le envió una carta telefacsímil, escrita con su propia emisora. Describía con todo lujo de detalles las diecinueve clases de sanguijuela que pensaba que era él.

—No sé qué tiene todo esto que ver con el Habitante —dijo Berbelot—, pero ¿qué sucedió?

—Pues que él se enfadó. ¡Se enfadó tanto que dejó todo lo que estaba haciendo y

regresó a casa corriendo para darle una paliza a su mujer!

—Ah —dijo Berbelot—. Y como el Habitante se ríe con facilidad, piensa usted que...

—Sería fácil hacer que se enfadara, si encontráramos la forma de hacerlo.

Berbelot se frotó las manos y sonrió.

—Es usted un loco temperamental, Hamilton, y estoy convencido de que su ingenio es un feliz accidente que tiene poco que ver con su mente hipotética. Pero debo felicitarle por la idea. En otras palabras, cree usted que si conseguimos hacer que el Habitante se enfade lo suficiente, intentará desquitarse y entrará en contacto con nosotros de una forma o de otra. ¡Qué me zurzan!

—Pensé que le gustaría.

—Bien, vamos. ¿A qué estamos esperando? ¡Bajemos al laboratorio! —Se detuvo repentinamente—. Esto... Hamilton... esa historia suya. ¿Le pegó ese hombre a su mujer cuando llegó a casa?

—No lo sé —dije inocentemente—. Me acabo de inventar la historia para ilustrar mi idea. Podría ser.

—Hum... Si el Habitante decidiera... quiero decir, es una criatura grande, ya sabe, y no sabemos...

—Oh, no importa —me reí—. ¡El Habitante no puede atravesar la pantalla del televisor!

Lo que demuestra lo poco que sabía sobre el Habitante del Éter.

Me maravillé ante el museo-laboratorio de Berbelot. ¿Sabían que antiguamente, hace más de doscientos años, usaban unos aparatos eléctricos, con una pantalla de cristal construida al final de un gran tubo catódico? Imaginen. ¡Y aun antes, utilizaban un disco con agujeros en espiral, y un mecanismo registrador! Sin embargo, tenían los principios de la modulación de frecuencias. Pero sus aparatos eran tan rudos, por increíble que parezca, que las perturbaciones atmosféricas interferían en la recepción. Berbelot tenía copias de todos esos intentos risibles de aparatos emisores y receptores.

—De acuerdo, de acuerdo —refunfuñó ante uno de los primeros transmisores policromos—. Ya ha estado usted aquí antes. Venga aquí y écheme una mano. Tiene la boca abierta como un castor.

Me acerqué y seguí sus instrucciones mientras él sacaba y preparaba una espiral compuesta por dos finos cables.

—Dios santo —me maravillé—, ¿cómo llegó usted a aprender tanto sobre la televisión, Berbelot? Imagino que tiene que haber dedicado buena parte del tiempo libre que le ha permitido su negocio millonario para organizar todo esto.

Él se echó a reír.

—Hamilton, la televisión y la perfumería son similares. Ya sabe que no hay mujer tan hermosa como las que ve cada día en las emisiones de noticias. Durante los últimos ochenta años, desde que se inventó el selector de sombras Duval, la televisión

ha dado un aspecto perfecto a todas las señoras que aparecen en las ondas, y hombros cuadrados a todos los hombres. Todo es muy falso, pero resulta agradable de mirar. La perfumería es igual. Mi interés en deslumbrar estéticamente a las masas me llevó a ambas ciencias.

—Muy ingenioso, pero no va a ayudarlo a hacer enfadar al Habitante.

—Mi querido muchacho, no sea obtuso. Oh, reduzca un poco el nivel de nitrógeno... eso es. —Localizó y desenrolló habilidosamente siete alambres en el generador de ondas del videocircuito. Continuó hablando mientras llevaba los alambres a una caja de control con cinco botones y un reóstato—. Verá, hay que tratar al Habitante con cuidado. Nos conoce y sabe cómo funcionan nuestras mentes, o de otro modo no habría pensado nunca en hacer que nuestro Secretario de Estado contara chistes verdes la primera vez que se utilizó oficialmente la televisión en color. Ahora bien, es usted notorio por su espontaneidad. ¿Qué haría usted para enfadar a ese viento etéreo?

—Bueno... le diría que era un sucio tal-y-cual. Le insultaría. Le diría que es un gallina y que se atreviera a pelear. Le...

—Eso es lo que pensaba —dijo Berbelot agriamente—. Le insultaría en nuestra lengua, olvidando que no tiene orgullo para ser herido ni, por lo que sabemos, colegas, grupos, enamoradas o amigos con los que cotillear. No, Hamilton, no podemos insultarle. Él nos puede insultar a nosotros porque sabe lo que somos y cómo pensamos, pero nosotros no sabemos nada de él.

—¿Cómo, si no se puede hacer enfadar a un tipo, si no puede ridiculizarlo ni censurarlo ante sí mismo o sus amigos?

—Haciéndole algo que no le guste.

—Sí, darle unos azotes. Patear sus vibraciones. Clavar un cuchillo en su personalidad múltiple.

Berbelot se rió.

—Cambiando de tema, ¿ha olido alguna vez mi *Vierge Folie*?

—¿Un perfume nuevo? Pues no.

Berbelot cruzó la habitación y regresó con un puñado de frasquitos.

—Tenga.

Olí. Era un aroma maravillosamente delicado. Era sutil, suave, y sugería la imagen mental de las vetas del más fino mármol.

—Mmm. Agradable.

—Huela este otro —dijo.

Y así lo hice. Era aún más sutil que el otro. Tuve que esforzarme antes de detectar el suave aroma.

—Se llama *Casuiste* —dijo Berbelot—. Ahora inténtelo con este otro. Es mucho más sutil, y tendrá que oler a fondo para captarlo.

—Hermoso trabajo —sonreí yo—. Hacer que el pobre macho inocente quede atrapado en los brazos de la víbora antes de caer bajo su hechizo.

Yo había visto algunos de sus anuncios. Él se rió.

—Ésa es la idea. Tenga.

Berbelot me tendió el frasquito y lo aspiré con fuerza, dejando que el aroma llegara hasta mis pulmones. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tosiendo, jadeando, jurando y haciendo aspavientos a derecha e izquierda. Pensé que iba a morirme y deseé poder hacerlo. Cuando me sequé las lágrimas de los ojos, no pude ver a Berbelot por ninguna parte. Le busqué por todo el laboratorio y por fin le vi acurrucado tras un enorme transmisor fotoeléctrico. Con un grito, me abalancé sobre él. Se metió prácticamente en la máquina y empezó a apartarla, con la firme convicción de que seguiría rompiendo cosas mucho después de haberle puesto la mano encima. Afortunadamente para él, había cuatro gruesas barras entre nosotros. Se colocó tras ellas, riendo, hasta que me paré impotente.

—¡Salga! —jadeé—. ¡Mono artrítico, salga y le golpearé con tanta fuerza que se ahogará en los lazos de sus zapatos!

—Ésa fue una quintaesencia cuádruple de almizcle —dijo él instructivamente, y sonrió—. Idiota. Más que idiota.

Me agarré a las barras.

—Muy gracioso por su parte. Le voy a meter los brazos por el cuello hasta que digiera sus propias uñas.

—Está enfadado, ¿eh?

—¿Cómo?

—Digo que está enfadado. ¡No le he insultado, ni le he puesto en ridículo, ni nada, y mire lo enfadado que está!

Empecé a ver la luz. Iba a hacer enfadar al Habitante...

—¿De qué habla?

Sacó un pañuelo blanco y lo agitó mientras salía del interior de la vieja máquina.

—De acuerdo —dije yo—. Haya paz, hermano. Pero le sugiero que trate al Habitante mejor de lo que me ha tratado a mí. ¿Cómo demonios espera que un olor así pase por un transmisor policromo?

—No es fácil, pero creo que puede hacerse. ¿Sabe algo de la teoría de la percepción de ondas?

—No mucho. Es algo sobre una serie de disposiciones del espectro de vibraciones de la percepción sensorial, ¿no?

—Hum... sí. Las ondas del pensamiento son de alta frecuencia, y aunque son lanzadas al éter, no tienen carácter electromagnético. Lo mismo sucede con las vibraciones relacionadas. El gusto y el olfato.

Y también el sonido.

—¡Un momento! El sonido es una vibración puramente física, de partículas de aire contra nuestro aparato auditivo.

—Naturalmente... de la fuente del sonido a ese aparato. Pero es trasladado desde el oído interno al centro auditivo del cerebro en una onda del tipo espectral del que le

hablo. Lo mismo pasa con la vista y con el tacto.

—Empiezo a ver a dónde quiere llegar. Pero ¿cómo puede contactar con el Habitante con esas ondas?... suponiendo que pueda producirlas y transmitir las.

—Oh, puedo hacerlo. Es simplemente una cuestión de producir emanaciones de alta frecuencia.

—Parece estar muy seguro de que el Habitante quedará afectado por las mismas ondas que influyen en nuestros sentidos.

—No usaré las mismas ondas. Por eso le cité la teoría espectral. Ahora mire; tomamos las ondas del pensamiento de la psique puramente interna... los mensajes que llevan los impulsos cerebrales a los distintos centros del cerebro. El pensamiento puro, sin acción. Hay una cierta longitud de onda. La llamaremos mil. Ahora, tomemos las frecuencias de olor, tacto y vista. Son setecientos ochenta, ochocientos cincuenta y novecientos sesenta respectivamente. Dígame, ¿cómo contactamos con el Habitante del Éter?

—Por medio de la onda policroma.

—Eso es.

—Y quiere usted decir que la proporción...

Berbelot asintió.

—La proporción entre las ondas de pensamiento del Habitante y sus vibraciones sensoriales debe ser la misma que entre nosotros.

—¿Y por qué?

—Porque sus reacciones mentales son las mismas, como le dije antes, sólo que exageradas. Razona igual que nosotros, más o menos. Su esquema mental se corresponde con el nuestro.

—Magnífico. Todo es tan simple cuando usted lo dice... Entonces, ¿pretende descubrir cuál es la proporción entre lo que es para mí un dolor de garganta, y cuál sería para el Habitante?

—Eso es. Pero no será un dolor de garganta.

—¿Dónde será, entonces?

—Está usted sintonizando una frecuencia equivocada —rió—. Voy a hacerle sufrir de la mejor manera que sé... y recuerde que mi especialidad es la perfumería.

—Ah —respiré.

—Voy a preparar algo realmente especial. ¡Voy a fabricar una peste que va a poner los pelos de punta al Habitante!

—Por el olor de la esencia de huevos podridos con que me ha gaseado, tendrá que serlo.

—Lo será. Vamos a ver... como base usaremos butilo mercaptano. Algo dulce, algo amargo...

—... algo prestado y algo azul.

—Déjese de tonterías románticas. —Estaba muy atareado con su trabajo—. Mezclaré un poco de grasa de cerdo y... ah. Esencia de rosas.

Se estuvo quieto un instante mientras medía cuidadosamente las gotas de líquido que iba introduciendo en un recipiente cerrado. Entonces agitó el frasco y se dirigió a mí.

—Estará listo en un momento. Vamos a preparar el transmisor.

Lo hicimos igual que lo habíamos hecho un año antes. Manipulamos las células transmisoras del aparato y emplazamos un receptor. Enviaría la señal a la casa de campo de Berbelot, a unos mil doscientos kilómetros de distancia, por medio de un rayo direccional, y la señal regresaría por cable. Si el Habitante interfería, aparecería en el receptor. Cuando lo hicimos la vez anterior, tuvimos la extraña experiencia de mantener una conversación con nuestras imágenes en la pantalla.

—Ahora destilaré mi perfume de basura —dijo Berbelot—, y cuando esté listo, usted será mi conejillo de indias.

—Ni se le ocurra, Berbelot —dije yo, retrocediendo.

Él sonrió y se dirigió a su trabajo. Era un hermoso receptáculo de cristal y trabajó enteramente bajo una gran jarra campaniforme al transferirlo del recipiente. Butilo, carne quemada y esencia de rosas. Dios mío.

Estuvo preparado en media hora... un coloide marrón, sólo unas gotas en la retorta.

—Vamos, Hamilton —dijo Berbelot—. Huela un poquito. Quiero darle la exclusiva.

—¡Oh, oh! —repliqué—. Espere un momento.

Llamé por el comunicador y un par de segundos después apareció Cogan, el criado de Berbelot. La cara de Cogan me recordaba siempre, no sé por qué razón, una bandeja llena de platos vaciados.

—¿Ha traído su nariz? —le pregunté acercándole el compuesto químico.

—Sí, señor.

—Bien. —Quitó el tapón del frasquito y lo mantuve apartado de mí—. Huela esto.

—Oh, pero si yo... —dijo Cogan, y miró indeciso a Berbelot, quien sonrió.

—Bien... ¡Oh!

Dijo «Bien» con timidez, y «Oh» cuando le agarré por el cuello y le metí la nariz en el líquido humeante.

Cogan se cayó al suelo con tal rapidez que no se movió. Se puso en pie despacio, como si el poder de aquella poderosa peste le estuviera levantando por la mandíbula, su cabeza dio dos vueltas y se dirigió a la puerta. Caminaba de puntillas, con los brazos medio levantados, como un sonámbulo. Chocó contra la puerta, trató de abrirla, dijo «Oh, Dios mío» débilmente y desapareció por el corredor.

—Bueno —dijo orgullosamente Berbelot—. Parece que huele realmente mal.

—Parece como si... —Hice una mueca—. ¡Oh... oh, cielos! —Corrí hacia la retorta y coloqué el tapón—. ¡Santo Dios! ¿Le dimos una dosis concentrada de eso?

—Usted se la dio.

Se había filtrado a la habitación y, de todos los efluvios apuestos, aquél era el peor. Era apio podrido, el peor olor de la naturaleza. Era mantequilla rancia. Era pan de molde. Era ajo de Luxemburgo fermentado. Era podredumbre. Cosas que corren sobre seis patas, aplastadas. Era horrible.

—Berbelot —jadeé—. No querrá matar al Habitante.

—No le matará. Simplemente no le gustará.

—Compruebe. ¡Guau! —Me froté la cara—. ¿Cómo va a hacer que llegue al Habitante del Éter?

—Bueno, usaremos el olfactómetro.

—¿Y eso qué es?

—Un artilugio de la profesión. Lo conseguí hace tres años. Sin él, no habría ganado ni un céntimo en este negocio.

Me llevó hasta una máquina enormemente complicada, toda llena de brillantes relés y puentes electroatómicos.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¿Qué hace eso? ¿Toca música?

—Tal vez se pregunte cómo sé tanto de la teoría de la percepción sensorial a través de las ondas —dijo él—. Mire, ¿ve estos diales? ¿Y este pomo sensibilizado?

—¿Sí?

—El pomo tiene cada uno de sus ciento dos lados tratados con un agente químico distinto, muy sensible. Dejo caer una gota...

—¿Que hace qué?

—Me ha oído. El olor es una emanación de gases de la especie olorosa, que constituye una pérdida de masa de aproximadamente un cincuenta billonésimo al año, más o menos, según la fuerza del olor y la consistencia del cuerpo emanante. Ahora expongo este pomo a nuestro aplasta-Cogan —se acercó a la retorta con el pomo en la mano, arrastrando su cable, y recorrió un poco la tapa—, y el gas toca cada superficie. Cada una de ellas reacciona si puede. Los resultados son recogidos, devueltos al olfactómetro y transformados en números en el gran dial.

—Y eso es...

—La proporción de la que le hablaba antes. Mire, el dial marca setecientos ochenta y seis. Con la frecuencia del pensamiento abstracto colocada arbitrariamente en el mil, tenemos una proporción entre este olor y el pensamiento.

—Tómeselo con calma, Berbelot. Soy escritor.

Él sonrió.

—Eso nos da una ecuación con la que trabajar. Setecientos ochenta y seis es a mil, como equis es a nuestra onda policroma.

—¿No es como mezclar licores? Una parte de los números está en vibraciones de pensamiento, la otra en ondas de radio.

—Las proporciones son así —me recordó—. Puedo tener la tercera parte de las manzanas o de las naranjas que usted tenga, no importa cuántas sean.

—Considero que estoy contra las cuerdas. Por Júpiter, con ese aparato no me

extraña que sus perfumes constituyan prácticamente un monopolio. ¿Revelaría algún secreto si me dijera qué es lo que tiene ese *Doux Rêves* suyo? ¿Cómo demonios se le ocurrió ese olor? Haría que una nonagenaria se pintara los labios y una centenaria se comprara un ligero.

—Claro, se lo diré —rió él—. *Doux Rêves* marca setecientos setenta y nueve, setecientos ochenta y tres en el dial, y da la casualidad que ése es el olor del filete bien jugoso. Pero nadie lo asocia con el filete cuando lo compra... a trescientos cinco dólares. Sólo huele como algo deseable.

—Berbelot, está usted estafando al público.

—Hum... Por eso pago cincuenta mil millones de impuestos todos los años. Acérquese a ese banco.

—¿Delante del receptor? ¿Qué va a hacer?

—Oh, tengo que estar cerca del transmisor. He de ajustar la onda portadora, que llevará la proporción adecuada a la onda policroma. No conecte el receptor todavía.

Me senté. Aquel hombre sorprendente estaba a punto de hacer algo inaudito. La verdad es que no me sentía cómodo. ¿Cómo podía tener tanta confianza? No sabía más del Habitante que yo. Actuaba como si tuviera un perfecto control de todo, cosa que era cierta, como si no tuviera que preocuparse por recibir una paliza por lo que estaba a punto de hacer. Bien, él creó ese olor, ¿no? Yo no fui. Siempre podría echarle la culpa, aunque yo fuera el instigador. Recuerdo que me pregunté si sería capaz de convencer de aquello al Habitante del Éter, en caso de que se pusiera duro. Oh, bien.

—De acuerdo, Hamilton. ¡Conéctelo!

Así lo hice, y unos segundos más tarde comenzó la transmisión. La pantalla fluctuó y se aclaró y me vi en ella, como si estuviera mirando en un espejo, excepto que mi imagen no estaba invertida.

—Muy bien, Berbelot.

—De acuerdo. ¡Allá va un poco de brisa de *Esencia del Diablo*, de Berbelot!

Oí el click de un interruptor y luego el leve rumor de un reóstato. Miré mi imagen y mi imagen me devolvió la mirada; Berbelot se acercó y se colocó donde podía verme. Sólo más tarde me di cuenta de que tuvo cuidado de ponerse fuera del alcance del transmisor. La imagen no cambió. Todos y cada uno de los movimientos eran míos, cada tic facial, cada...

—¡Mire! —exclamó Berbelot, y regresó a su consola.

Durante un instante, no divisé nada de particular; pero entonces lo vi también. El aleteo más imperceptible de los agujeros de la nariz. Un leve movimiento de cabeza. Y luego un olisqueo audible a través del altavoz. El movimiento se detuvo igual de rápido.

—Esta vez ha conseguido algo, Berbelot —chillé—, pero parece que se ha marchado. La imagen es normal.

—¡Espléndido! —dijo el viejo. Desconectó el transmisor y la pantalla receptora quedó en blanco—. Ahora escuche. He dejado que lo huelga sólo el tiempo

aproximado que usted dejó la tapa abierta, hace un rato. ¡Esta vez voy a ofrecerle lo que le dio usted al pobre Cogan!

—¡Dios mío! Y yo, ¿qué se supone que hago?

—¡Siéntese! Si el Habitante empieza a dar patadas, devuélvaselas. No admita que lo hicimos para coaccionarle, o de otra manera desaparecerá.

—Creo que tiene razón. Entonces quiere enfadarlo de veras, ¿no?

—Al menos durante un rato. Entonces desconectaremos y seguiremos trabajando mañana. Después de unas cuantas sesiones le contaremos toda la historia; pensará que tiene gracia. Parece que la razón de su vida es divertirse... si se puede decir que ese ente supercósmico vive. Luego se sentirá halagado. Sabe, Hamilton, si conseguimos que interfiera para nosotros, puede que podamos organizar una compañía publicitaria y hacer que estropee todas las emisiones de la competencia con sus bromas, por ejemplo.

—¡Piensa usted en todo! ¡Vamos, adelante!

La máquina se encendió de nuevo y, tras unos segundos, volví a verme en la pantalla. Me hizo sentir un poco incómodo. Allí estaba yo, mirándome, mirándome, mirándome. Me mareé.

El reóstato chirrió y un auxiliar, en alguna parte del interior del complicado transmisor, zumbó levemente. Durante unos cinco minutos me quemé las pestañas, pero no pude ver el menor atisbo de que mi imagen detectara algo fuera de tono.

—¿Está seguro de que sus aparatos están funcionando correctamente? —le pregunté a Berbelot.

—Absolutamente. ¿Nada aún? Que me zurzan. Espere. Un poco más de jugo aquí, y creo que puedo hacer que el olor adquiera un tono...

—¿Qué pasa aquí? —rugió el altavoz.

Miré. Aún estaba sentado, pero mi imagen se levantaba lentamente. Una cosa extraña: cuando había sido mi imagen auténtica, me mostraba de cintura para arriba. Al levantarse del banco, no tenía piernas. Aparentemente el Habitante sólo podía distorsionar aquellas ondas que habían sido emitidas. Era un espectáculo extraño.

Nunca habría reconocido aquella cara como propia. Estaba retorcida, y furiosa, y era desagradable.

—¿Eres tú el causante de esto, basura? —me preguntó.

—¿Qu-qué?

—No actúe así —susurró Berbelot. Estaba fuera de campo, mirando jubiloso el receptor—. ¡Trátelo mal, Ham!

Inspiré profundamente.

—¿Que si estoy causando qué? ¿Y quién es una basura? —le pregunté desafiante al receptor.

—Ese olor, y lo eres.

—Sí, lo causo yo, ¿y quién eres tú para llamarme basura?

—Bien, córtalo, ¿y a quién me parezco?

—Me gustaría que tuvieran una conversación a un tiempo —dijo Berbelot.

—Métete la lengua en la boca, cinturita de avispa —le dije al Habitante—, o iré y te embadurnaré hasta la sombra con esa substancia.

—Eres un tipo listo, ¿no? ¡Nematodo insignificante!

—¡Regurgitación etérea!

—¡Basura cuatrimensional!

—¡Fantasma informe, cara de nada, cobardica!

Estaba empezando a gustarme todo aquello.

—Escucha, trapo, si no dejas de infectar de olor mi entorno, te haré comer una ventana.

—Inténtalo y te dejaré tan aplastado que dirás que un plano es un hemisferio convexo.

—Si tuvieras lo que hay que tener, vendrías aquí y pelearías conmigo.

—Si no fueras más peligroso que una mosca en un cruce de batalla, vendrías aquí y pelearías.

—Tocado —dijo Berbelot.

—¿Ah, sí? —dijo el Habitante.

—Sí.

—Clisé —dijo Berbelot.

—No me gusta tu cara —dijo el Habitante.

—Pues quítatela.

—No, mientras pueda insultarte haciendo que la mires.

—Es una cara mejor que la que tienes.

—¡Antropófago peludo, picapiedras, aborígen aullador!

Berbelot apagó el transmisor y el receptor. Sólo entonces me di cuenta de que el Habitante me había puesto al rojo vivo. Estaba en el laboratorio, de pie, dispuesto a darle un manotazo al televisor de mil dólares.

—¿Por qué ha hecho eso? —exclamé, volviéndome hacia Berbelot.

—¡Tranquilo, muchacho, tranquilo! —rió él—. En primer lugar, el Habitante ha tenido suficiente. En segundo lugar, estaba citando a Carlyle, un antiguo autor del siglo diecisiete o dieciocho. Se le acabó la originalidad. ¡Lo ha hecho usted bien!

—Gracias —dije, secándome el sudor de la frente—. ¿Cree que se ha enfadado?

—Supongo que bastante. Seguiremos mañana por la mañana. Voy a dejar conectado el olor..., sólo una insinuación, para que no nos olvide.

—¿Cree que volverá a embarullar los programas comerciales?

—No. Sabe de dónde procede el problema. Ahora está demasiado enfadado para pensar en otra cosa que no sea la fuente. Puede que piense en los anuncios más tarde, pero si existe algún riesgo le demostraremos que somos más listos y nos reiremos de él.

—Que me aspen si no me mete usted en las historias más raras —dije, admirado.

Él se echó a reír y me palmeó la espalda.

—Suba ahora y dígame a Cogan que le sirva algo de comer. Yo vendré en seguida. Tengo trabajo que hacer. Va a pasar la noche aquí, muchacho.

Le di las gracias y subí. Tendría que haberme ido a casa.

Estaba agotado, pero antes de irme a la cama tenía cosas que hacer. La comida había sido deliciosa, aunque por la forma en que Cogan actuó sospeché que habría arsénico en el café o que me encontraría con un cuchillo en la espalda. Pero la habitación a la que me condujo era muy hermosa. Berbelot, como era de esperar, era tan bueno en decorar como en todas las otras cosas. La habitación estaba rematada en cromo, gris y negro, y todo se centraba alrededor de un gran espejo que había en un extremo. Construir un dormitorio en torno a un espejo es el mayor cumplido que un anfitrión puede hacer a una habitación de invitados.

El espejo, además, era fascinante. No era exactamente plateado, era de un material gris oscuro, como de acero inoxidable. No puedo decir si era de metal o de vidrio. Daba una imagen magnífica: densa y verdadera, y acentuaba el color natural. Probablemente era algo que el propio Berbelot había inventado.

Caminé ausente de un lado a otro, pensando en Berbelot y en el Habitante. Tenían mucho en común. No podía decir exactamente qué eran, o lo grande y poderosos que pudieran ser. Al pensar en la serie de insultos que el Habitante me había dirigido, me di cuenta de que había hablado claramente en mi lengua. Berbelot lo hacía también. Sin embargo, los dos podrían haberme sobrepasado por completo en una batalla dialéctica.

Vi mi sombra por el rabillo del ojo y por un momento me entretuve haciendo sombras chinescas en la pared, que estaba frente del espejo. Un pájaro, un gato, una cara graciosa... Lo hago desde que era niño. Es algo que me fascina. Deambulé por la habitación haciendo sombras chinescas en la pared y pensando en el Habitante y Berbelot, y luego me encontré mirándome en el espejo.

—¡Hola! —Le dije a mi reflejo.

Me miró plácidamente. No estaba mal con aquel pijama de seda de Berbelot y la expresión arrogante. Eso sí que era un buen espejo. ¿Qué es lo que hacía que uno pareciera diferente? ¿El color? No exactamente. Saqué la lengua y lo mismo hizo mi reflejo. Me llevé la mano a la nariz, hice burlas y me quedé helado. Ahora sabía lo que era.

La imagen... no estaba invertida.

Me quedé allí, con el brazo derecho levantado y el pulgar en la nariz. El brazo derecho del reflejo —el que estaba a mi izquierda, ya que se encontraba frente a mí—, estaba alzado, y tenía el pulgar en la nariz. Me quedé blanco como una sábana.

¿Estaba loco? ¿Tenía resaca mental después de haber visto aquella imagen sin invertir en el televisor de abajo?

—Esto es horrible —dije.

No podía ser un espejo. Ni siquiera Berbelot podía construir uno así. ¿Era un espejo? ¿O una pantalla de televisión? No podía ser. No con la profundidad que tenía.

Era casi como si estuviera delante de una cabina de cristal y me mirara dentro. La imagen era tridimensional. De repente, decidí que estaba jugando con mi nariz desde hacía demasiado rato. Aquello, pensé, tenía que ser un truco de aquel endiablado viejo. No me extrañaba que no hubiera querido cenar conmigo. Estaba preparando su aparato mientras yo cenaba. Si era una pantalla de televisión (y yo nunca había oído hablar de nada parecido), entonces aquella imagen no era yo, sino el Habitante del Éter. Escuché con atención, y escuché el zumbido del aparato de transmisión. ¡Vaya broma! Había un aparato oculto en alguna parte de esta habitación enviando mi imagen y recuperándola por cable. Pero aquella pantalla...

Mi reflejo, súbitamente, se abrió de piernas y se llevó las manos a las caderas.

—¿Qué miras? —me preguntó.

—N-nada —dije tan sarcásticamente como pude mientras mis dientes castañeteaban—. El Habitante de nuevo, ¿eh?

—Eso es. Amigo, sí que eres feo.

—¡Ten cuidado con lo que dices! Sabes que puedo desconectarte.

—¡Ja! Ya no tengo por qué temerte más, gracias a un truco que acabas de enseñarme.

—¿Sí? No puedes engañarme, capullo. No eres más que un accidente amoral de los rayos cósmicos.

—Te lo advierto, no te pongas chulo conmigo.

—Haré lo que me dé la gana. No podrías sacar ni un dedo de un tarro de manteca. Él suspiró.

—De acuerdo. Tú te lo has buscado.

Y entonces tuve que pasar por la peor cosa que ningún mortal de la historia del mundo ha experimentado nunca. Una cosa es discutir contigo mismo en el espejo. Otra, completamente distinta, es que tu reflejo estire una pierna, de una patada al espejo, lo rompa, se dirija hacia ti y te dé un par de golpes en la boca antes de que te tumbe en la alfombra con un gancho terrible. Eso es lo que me pasó. Justo eso, Dios me ayude.

Me quedé tumbado en la alfombra mirándome a mí mismo, que acababa de noquearme, dije «Uau» y me puse a dormir.

No tengo ni idea del tiempo que estuve allí tumbado. Cuando la luz volvió a filtrarse en mi cerebro, Berbelot estaba arrodillado junto a mí y me tomaba el pulso. El hermoso espejo (o lo que fuera), estaba esparcido en unas mil piecitas por el suelo, y físicamente yo estaba por el estilo. Por fin, me di cuenta de que Berbelot estaba diciendo algo.

—¡Hamilton! ¿Qué ha pasado? ¿Se da cuenta de que ha echado a perder un aparato de treinta mil dólares? ¿Qué es lo que le pasa? ¿Está enfermo?

Me di la vuelta y me senté en el suelo, y luego Berbelot me echó una mano hasta que pude incorporarme. Notaba la cabeza como si fuera un globo de fuego y cada vez que mi corazón latía me cegaba.

—¿Por qué ha roto el receptor? —dijo Berbelot enfadado.

—¿Yo? ¿Romperlo yo? No he roto nada. Lo rompió él —dije, atontado—. Estaba de pie ante el espejo cuando me dio una patada y me dejó fuera de combate. —Agité la cabeza y dejé que el dolor sacudiera mi esqueleto—. Uf. Uau. Estaba...

—¡Basta! —exclamó Berbelot.

Me recuperé casi de repente.

—¿Receptor? ¿Qué quiere decir? ¿Qué receptor?

Berbelot daba saltos como un loco.

—El nuevo —gritó, señalando los restos—. ¡Mi primer receptor tridimensional!

—Tri... ¿de qué habla, hombre?

Se calmó de la misma manera que se calmaba cada vez que se le hacía una pregunta sobre la televisión.

—Es una caja de pequeños proyectores. Están... dispuestos dentro de esa pantalla que acaba de romper. Los rayos combinados dan un efecto tridimensional o estereoscópico. Y ahora, va usted y se lo carga —gimió—. ¿Por qué tuvo que nacer? ¿Por qué tengo que sufrir por su causa? ¿Por qué...?

—Espere un segundo, amigo, Yo no me he cargado su preciosa pantalla.

—Acaba de decir que lo hizo.

—Hum. Dios me ayude. Fue el Habitante. Tuve una pequeña discusión con él y le dio una patada a la pantalla, salió y me dio una tunda.

—¿Qué? —Berbelot estaba realmente sorprendido esta vez—. ¡Es usted un maníaco! ¡Fue su propia imagen! ¡Estaba emitiendo y su imagen se reprodujo abajo!

—¡Y usted es un mercachifle apestoso y cabezón! —repliqué—. ¡Supongo que rompí el espejo de una patada, me rompí tres dientes y me dejé más frío que un pastel de carbón, sólo para poder mentirle!

—Esto es lo que pasa cuando uno hace que un cretino mayorcito le ayude en un experimento —murmuró Berbelot—. ¡No intente jugar más con mi paciencia, Hamilton!

—¿Su paciencia? Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo ese nuevo aparato en esta habitación?

Él sonrió débilmente.

—Oh... eso. Bueno, quería divertirme un poco a su costa. Después de que se marchara, sintonicé con el Habitante y le dije que esperara. Le puse en contacto con... con el tipo que estaba apestando su mundo.

—¡Viejo carcamal! ¡Divertirse a mi costa! Quería que me pasara la noche discutiendo con esa partícula-gamma desplazada, ¿no? Vaya, debería... ¡Es más, creo que lo voy a hacer!

Y le agarré por el cuello.

—Permítanme —dijo una voz a nuestras espaldas.

Nos cogió a cada uno por un hombro. Nuestras cabezas chocaron violentamente y de pronto nos encontramos a los pies de mi imagen. Berbelot contempló mi antiguo

reflejo con horror silencioso.

—¿Dónde estabas? —gruñí.

—En el rincón —dijo, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Tengo que decir que son ustedes una pareja extraña.

—Berbelot —dije—, aquí tiene a su Habitante del Éter. Ahora voy a pisarle la cabeza hasta que se coma mis zapatos, por haberme llamado mentiroso.

—¡Bien, que me zurzan! —dijo Berbelot.

—Será mejor que se expliquen a toda prisa —recalcó el Habitante tranquilamente—. O de lo contrario les haré pedazos y les volveré a juntar alternando las piezas.

—Oh, sólo intentábamos volver a ponernos en contacto con usted.

—¿Para qué?

—Nos interesa. Le hablamos hace un año y luego desapareció. Queríamos hablar con usted de nuevo.

A pesar de la furia que sentía hacia Berbelot, encontré algo más por lo que admirarle. Había recordado la infantil particularidad del Habitante y la utilizaba justo en el momento en que había que hacer algo rápidamente.

—¡Pero si me dijeron que dejara de interferir!

¡Presto! La criatura ya estaba dudando, a la defensiva. Su mutabilidad era sorprendente.

—Él se lo dijo —replicó Berbelot, señalándome. Yo carraspeé—. Yo no.

—¿Entonces no hablan ustedes uno en nombre del otro? Nosotros lo hacemos.

—Ustedes, singular y plural, son un ser homogéneo. Toda la humanidad no está bendecida con mi naturaleza particularmente afable.

—¡Viejo narcisista! —repliqué yo, y me abalancé hacia él.

El Habitante, tranquilamente, me dio una patada. Me quejé un poco más.

—¿Quiere decir que usted es mi amigo y él no? —preguntó el Habitante, mirándome fríamente, con la misma frialdad con que uno mira a una cucaracha a la que va a pisar cuando se aparte de la pared.

—Oh, yo no diría tanto —explicó Berbelot amablemente.

Tuve una inspiración que, por lo que sé, me salvó la vida.

—¡Dijiste que aprendiste a salir del aparato de televisión gracias a mi! —estallé.

—Cierto. Supongo que debería estarte agradecido por eso. No te haré pedazos. — Se volvió hacia Berbelot—. Le oí llamar, naturalmente, pero con una vez que se me digan las cosas es suficiente. No comprendí. Cuando digo algo, generalmente lo siento. Los humanos no son comprensibles, pero siguen siendo muy agradecidos.

El científico que había en Berbelot apareció.

—¿Qué fue lo que dijo de que Hamilton le había enseñado a salir del televisor?

—Oh, le estuve observando desde la pantalla. Lamento haberla roto. Caminaba por la habitación haciendo imágenes en la pared con las sombras. Eso es lo que estoy haciendo ahora.

—¿Sombras chinescas?

—Desde luego. Soy una criatura que vive en cinco dimensiones y es consciente de cuatro, igual que ustedes viven en cuatro dimensiones y son conscientes de tres. Él hizo sombras tridimensionales que se proyectaron en una superficie bidimensional. Estoy haciendo imágenes cuatridimensionales que están siendo proyectadas en tres dimensiones.

Berbelot frunció el ceño.

—¿Sobre qué superficie?

—Sobre la de su cuarta dimensión, naturalmente.

—Nuestra cuarta... Hum... ¿con qué fuente de luz?

—Una pentadimensional. Igual que su sol, por ejemplo, tiene cuatro.

—¿Cuántas dimensiones hay?

—¿Cuánto se puede sumar? —Guiñó el Habitante.

—¿Podría proyectarme a su mundo?

—No lo sé. Tal vez sí, tal vez no. ¿Va a dejar de emitir ese horrible olor? —preguntó de repente.

—¡Naturalmente! Sólo lo hicimos para que se enfadara y acudiera a hablar con nosotros. No teníamos mala intención.

—¡Oh! —Aplaudió el Habitante, contento—. ¡Una broma! ¡Qué divertido!

—Le dije que se lo tomaría bien —murmuró Berbelot.

—Sí... ¿y si no hubiera sido así? Es usted una rata, Berbelot. Se aseguró de que si alguien tenía que llevarse algún golpe por su olor, ése no fuera usted. Es muy amable. —Se hizo un tenso silencio por unos instantes. Luego sonreí—. Oh, qué diablos, lo consiguió usted, Berbelot. Choque esa mano. Yo habría hecho lo mismo si tuviera su cerebro.

—No es malo del todo, ¿eh? —preguntó sorprendido el Habitante, mirándome.

—Bien, ¿está todo en orden ahora, Habitante? ¿Se da cuenta de que será bienvenido cada vez que quiera?

—Sí... sí, eso creo. Pero no volveré a venir de esta manera. Sólo puedo tomar forma con esa encantadora máquina tridimensional suya, y tengo que romper la pantalla para salir. Lo siento. Hablaré con usted en cualquier otro momento. Mientras, ¿puedo hacer algo por usted?

—¿Y por qué iba a tener que hacerlo? —pregunté sombríamente.

—Oh, ¡piense en lo mucho que nos divertiremos!

—¿Le gustaría de verdad hacer algo por nosotros?

—Oh, sí. Por favor.

—¿Puede dirigir esa interferencia suya en cualquier frecuencia de radio cada vez que quiera?

—Claro.

—Bien, mire. Vamos a fundar una compañía para anunciar ciertos productos. Hay otras compañías en el mismo negocio. ¿Quiere dejar nuestros programas tranquilos y divertirse con nuestros competidores?

—¡Me encantaría!

—¡Eso será magnífico!

—¡Berbelot, somos ricos!

—Usted es rico —me corrigió el viejo alegremente—. ¡Yo lo soy todavía más!

Su eminencia

L. Sprague de Camp (1907-2000)
Astounding Science Fiction, noviembre

Durante su larga y productiva carrera, L. Sprague de Camp trabajó a menudo en la modalidad de las series. Ha desarrollado al menos cinco de ellas: los relatos sobre *Viagens Interplanetarias*, de los que el más conocido es «*The Queen of Zamba*» (La reina de Zamba); los relatos de *Poseidón*, la mayoría de los cuales han sido recopilados en *The Tritonian Ring* (El anillo tritón); los relatos de *Harold Shea*, escritos en colaboración con el difunto *Fletcher Platt*, y dos de los cuales conforman *The Incomplete Enchanter* (El hechizo incompleto); los relatos del bar de *Gavagan*, también escritos con *Platt*, recogidos en *Tales From Gavagan's Bar*; y los menos conocidos, los relatos de *Johnny Black*, sobre un oso demasiado inteligente para su propio bien.

«Su eminencia» es el último (hubo un total de cuatro) de estos relatos y el más divertido.

(Después de *John Campbell*, L. Sprague de Camp fue mi figura paterna en la ciencia ficción. Fue el primer escritor que me aceptó como a un igual y me invitó a ir a su casa, donde me enamoré inmediatamente, de una forma platónica, de su encantadora esposa. Estuvimos juntos en los astilleros de la armada de Filadelfia, en compañía de *Bob Heinlein*, durante la segunda guerra mundial. Ahora somos socios de los *Arañas Tramposas*, junto con *Lester del Rey*. Durante todo este tiempo su amistad nunca ha vacilado y siempre ha sido amable y afectuoso, y yo siempre he admirado y disfrutado todo lo que ha escrito, sus ensayos todavía más que su ficción. De hecho, mi estilo ensayístico empezó como una imitación consciente del suyo. I. A.)

El hombre, que parecía una cigüeña con la perilla gris, depositó las doce piezas negras sobre la mesa.

—Inténtelo de nuevo —dijo.

El estudiante suspiró.

—De acuerdo, profesor Methuen.

Miró aprensivamente a Johnny Black, que estaba sentado al otro lado de la mesa con una zarpa sobre el botón de parada del reloj. Johnny devolvió impassible la mirada, a través de las gafas que llevaba en su hocico amarillento.

—Adelante —dijo Ira Methuen.

Johnny soltó el botón. El estudiante comenzó el segundo intento de su prueba. Las doce piezas formaban una especie de rompecabezas tridimensional; ensambladas, formarían un cubo. Pero el bloque había sido separado siguiendo líneas irregulares y ondulantes, de forma que las doce piezas tenían que ser encajadas siguiendo un orden.

El estudiante jugueteó con las piezas, intentando colocar ésta y aquélla contra otra que sostenía en la mano. El reloj seguía corriendo. En cuatro minutos, tuvo todas las piezas en su sitio, menos una. Era una esquina, y simplemente no encajaba en ninguna parte. El estudiante la presionó y la apretó. La miró fijamente y lo intentó de nuevo. Pero continuaba sin ajustarse.

El estudiante se rindió.

—¿Cuál es el truco? —preguntó.

Methuen dio la vuelta a la pieza. Encajó.

—Oh, demonios —dijo el estudiante—. Lo habría conseguido si no hubiera sido por Johnny.

En vez de molestarse, Johnny Black torció la boca en algo parecido a una sonrisa. Methuen le preguntó al estudiante por qué.

—Me distrae. Sé que es amistoso y todo eso, pero... es así. Vengo a Yale para estudiar psicología. Me entero de que hacen pruebas con animales, chimpancés, osos y similares. Y cuando llego aquí me encuentro a un oso que me hace una prueba a mí. Es un poco extraño.

—Eso es —dijo Methuen—. Es lo que queríamos. No evaluábamos su habilidad para formar el rompecabezas, sino la reacción que Johnny provoca en las personas que llevan a cabo el test. Evaluamos el factor de distracción de Johnny..., su habilidad para distraer a la gente. También estudiamos el factor de distracción de un montón de cosas más, como varios sonidos y olores. No se lo dije antes porque el saberlo habría afectado su actuación.

—Ya veo. ¿Sigo cobrando mis cinco pavos?

—Naturalmente. Buenos días, Kitchell. Vamos, Johnny; tenemos el tiempo justo para llegar a la clase de Psicobiología Cien. Recogeremos todo esto más tarde.

De camino hacia el despacho de Methuen, Johnny preguntó:

—¡Eh, jefe! ¿Zientez ya algún efezto?

—Nada —respondió Methuen—. Creo que mi teoría original era acertada: la resistencia eléctrica de las aberturas entre las neuronas humanas es la más baja posible, y por eso las inyecciones Methuen no tendrán ningún efecto sobre los seres humanos. Lo siento, Johnny, pero me temo que tu jefe no se convertirá en ningún gran genio como resultado de haberse suministrado una dosis de su propia medicina.

El tratamiento Methuen había elevado la inteligencia de Johnny desde el nivel normal de un oso negro hasta la de, o más exactamente, hasta la equivalente de un ser humano. Le había permitido llevar a cabo aquellas espectaculares acciones en las Islas Vírgenes y en el Zoo de Central Park. El tratamiento también había sido aplicado a otros animales en ese mismo zoo, con resultados lamentables.

—Zigo zin creer que zea inteligente dar una claze cuando eztaz lleno de eza coza —gruñó Johnny con su acento osuno-norteamericano—. Nunca ze zabe...

Pero habían llegado. La clase estaba formada por un puñado de serios estudiantes, sobre los que el factor de distracción de Johnny tenía poco efecto.

Ira Methuen no era un buen orador. Introducía demasiados *uhs* y *ehs* y tendía a barbotar. Además, Psicobiología Cien era una asignatura elemental, y Johnny entendía bastante en la materia, así que se sentó en un lugar donde podía ver el cementerio de la calle Grove, al otro lado de la calle, y se dedicó a reflexionar melancólicamente sobre la corta esperanza de vida de su especie comparada con la de los hombres.

—¡Ouch!

R. H. Wimpus, Diplomado en Ciencias, promoción del 68, dio un respingo que convirtió su espalda normalmente arqueada en una curva convexa. Sus ojos se abrieron, llenos de muda indignación.

—... cuando se descubrió que la... uh... parálisis de los pes resultantes de la escisión de las correspondientes áreas motrices del córtex duraba mucho más entre las simias que entre otros primates catarrinos —estaba explicando Methuen—, que a su vez duraba mucho más entre ellos que entre los platirrinios... ¿Señor Wimpus?

—Nada —dijo Wimpus—. Lo siento.

—Y que los platirrinios, a su vez, sufrían más que los lemuroides y los tarsioides. Cuando...

—¡Uh!

Otro estudiante dio un respingo. Mientras Methuen se detenía, con la boca abierta, un tercer estudiante recogió un objeto pequeño del suelo y lo mostró.

—Realmente, caballeros —dijo Methuen—, pensaba que ya eran suficientemente mayorcitos como para jugar unos con otros con tirachinas de goma. Como iba diciendo, cuando...

Wimpus emitió otro gruñido y dio un respingo. Miró a su alrededor. Methuen intentó continuar con su disertación. Pero como los tirachinas salidos de ninguna

parte continuaron azotando los cuellos y oídos de los oyentes, el orden de la clase se desintegró visiblemente, como un terrón de azúcar en una taza de té flojo.

Johnny se había puesto las gafas y observaba la habitación. Pero no tuvo más éxito que los demás en localizar la fuente del bombardeo.

Se bajó de la silla y correteó hasta el interruptor de la luz. La luz del día que se filtraba por las ventanas dejó la parte trasera de la clase a oscuras. En cuanto las luces se apagaron, la fuente de los disparos quedó al descubierto. Un par de alumnos corrieron hacia una pequeña caja de madera que había sobre el estante, junto al proyector.

La caja emitió un débil tañido y esparció bandas de goma a través de una hendidura, una cada pocos segundos. La cogieron y la abrieron sobre la mesa de Methuen. En el interior había una maquinaria hecha aparentemente con fragmentos de un par de despertadores, un montón de engranajes de madera y cosas parecidas.

—Vaya, vaya —dijo Methuen—. Un aparatito de lo más ingenioso, ¿no?

La máquina emitió un nuevo *click*. La campana sonó mientras aún la estaban observando.

Methuen miró por la ventana. Se avecinaba una de las típicas tormentas de septiembre. Ira Methuen cogió su impermeable, sus botas de agua y el paraguas. Nunca llevaba sombrero. Salió y se encaminó a la calle Prospect, con Johnny pegado a sus talones.

—¡Hola! —dijo un joven gordezuelo que necesitaba un corte de pelo—. ¿Alguna noticia para nosotros, profesor Methuen?

—Me temo que no, Bruce —replicó Methuen—. A menos que consideres que el ratón gigante de Ford es una noticia.

—¿Qué? ¿Qué ratón gigante?

—El doctor Ford ha reproducido un ratón de cien kilos por mutación ortogonal. Tuvo que alterar sus características morfológicas...

—¿Sus qué?

—Su forma. Tuvo que alterarla para que pudiera vivir.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—En los laboratorios Osborn. Si... —Pero Bruce Inglehart ya se había marchado en dirección a los edificios de ciencias. Methuen continuó—. Sin ninguna guerra en curso, y con New Haven tan muerta como siempre, supongo que tienen que acudir a nosotros en busca de noticias. Vamos, Johnny. Me vuelvo cascarrabias con la edad.

Un perro que pasaba se sobresaltó al ver a Johnny y empezó a gruñir y a ladrar. Johnny le ignoró. Llegaron a Woodbridge Hall.

El doctor Wendell Cook, rector de la Universidad de Yale, hizo entrar a Methuen inmediatamente. Johnny, excluido del despacho, se dirigió a la secretaria del rector. Se alzó y colocó las zarpas sobre la mesa. Sonrió lascivamente —hay que ver sonreír lascivamente a un oso para saber cómo se hace— y dijo:

—¿Conzeguizte ezo, nena?

La señorita Prescott, una inconfundible solterona de Boston, le sonrió.

—Naturalmente, Johnny. Un momento.

Terminó de mecanografiar una carta, abrió un cajón y sacó una copia del «Fantazius Mallare» de Hecht. Se la tendió a Johnny. Éste se tumbó en el suelo, se ajustó las gafas y empezó a leer.

Tras unos instantes, alzó la mirada y dijo:

—Zeñorita Prezcott, eztoy a la mitaz de ezto y zigo zin ver por qué lo llaman obzeno. Creo que zolamente ez aburrido. ¿No me puede conzeguir un libro realmente zucio?

—Bueno, Johnny, no dirijo una librería pornográfica. Todo el mundo piensa que eso ya es bastante fuerte.

Johnny suspiró.

—La gente ze ezzita con las cozaz máz tontaz.

Mientras tanto, Methuen estaba reunido con Cook y Dalrymple, un hipotético filántropo en otra de aquellas interminables y no decisivas sesiones. R. Hanscom Dalrymple parecía una estatua que el escultor nunca hubiera llegado a terminar. La única expresión que aquel hombre influenciado se permitía era una sonrisita astuta y enigmática. Cook y Methuen tenían la sensación de que estaba jugando con ellos, llevándoles al fondo de una red hecha con billetes de la Reserva Federal. No era sólo porque no quisiera repartir la maldita dotación económica, sino porque disfrutaba con la sensación de poder sobre aquellos hombres tan educados. Y en el mundo de hoy uno no pierde los nervios y le dice a Crespo lo que tiene que hacer con su dinero. Uno dice: «Sí, señor Dalrymple. Vaya, vaya, qué propuesta tan brillante. ¡Señor Dalrymple! ¿Por qué no lo pensamos antes?». Cook y Methuen eran viejos maestros en este juego. Methuen, aunque consideraba a Wendell Cook un asno pretencioso, admiraba la habilidad del rector para regatear los presupuestos. Después de todo, Yale ¿no había sido bautizada en honor a un mercader retirado, que hizo un donativo de quinientas sesenta y dos libras con doce chelines?

—Doctor Cook —dijo Dalrymple—, ¿por qué no viene al Taft y almuerza conmigo para variar? Usted también, profesor Methuen.

Los académicos murmuraron agradecidos y se pusieron sus botas de goma. Al salir, Dalrymple se detuvo para rascar a Johnny tras las orejas. Johnny guardó su libro, ocultando el título, y contuvo las ganas de morder la mano del hombre. Dalrymple tenía buenas intenciones, pero a Johnny no le gustaba que la gente se tomara esas libertades con su persona.

Así, tres hombres y un oso bajaron por la calle College. Cook se detenía de vez en cuando, ignorando la lluvia, para hacer estudiados gestos hacia uno u otro de los edificios de estilos georgiano y neogótico. Explicaba esto y lo otro. Dalrymple simplemente sonrió con su sonrisita neutra.

Johnny, correteando tras ellos, fue el primero en advertir que los estudiantes que pasaban se detenían para mirar, literalmente, a los pies del presidente. Y es que las botas de goma de Cook se estaban convirtiendo rápidamente en un par de enormes pies, rosados y descalzos.

El propio Cook no fue consciente de ello hasta que se congregó un grupo bastante grande de estudiantes. Éstos empezaron a toser, de la manera típica con que se intenta disimular sin éxito la risa. Cuando Cook siguió sus miradas y bajó la vista, la metamorfosis ya era completa. Su cara se puso a tono con el color de los pies, dando una nota de alegría en el paisaje gris.

R. Hanscom Dalrymple perdió su reserva por una vez. Sus aspavientos no sirvieron para evitar el aspecto casi apoplético de su rostro. Finalmente, Cook se agachó y se quitó las botas. Quedó claro que los pies habían sido pintados en el exterior y cubiertos luego con betún. La lluvia había diluido el betún.

Wendell Cook reemprendió en silencio su marcha hacia el Hotel Taft. Sostenía las ofensivas botas con dos dedos, como si fueran algo sucio y repulsivo. Se preguntaba quién habría hecho esta trastada. Hacía algunos días que no había entrado ningún estudiante en su despacho, pero nunca se puede subestimar las habilidades de los estudiantes. Advirtió que Ira Methuen llevaba botas del mismo tamaño y forma que las suyas. Pero descartó aquella sospecha antes de que se formara por completo. Estaba claro que Methuen no se dedicaría a gastar bromas con Dalrymple delante, ya que sería el titular del nuevo Departamento de Biofísica cuando —si— Dalrymple aprobaba los presupuestos.

El siguiente en sospechar que el campus de Yale estaba sufriendo una severa trastada fue John Dugan, el más alto de los dos policías del campus. Pasaba junto a la Iglesia de Cristo, una iglesia episcopaliana tan chapada a la antigua, que se refieren a Carlos I de Inglaterra como San Carlos el Mártir, de camino a Phelps Tower. Una voz le habló al oído:

—¡Cuidado, John Dugan! ¡Tus pecados te descubrirán!

Dugan dio un respingo y miró a su alrededor. La voz repitió su mensaje. No había nadie a cincuenta metros. Además, no se le ocurría pensar en ningún pecado realmente serio que hubiera cometido últimamente. Las únicas personas a la vista eran unos pocos estudiantes y el educado oso negro del profesor Methuen, que seguía a su jefe como de costumbre. John Dugan no podía sospechar de nada excepto de su propia cordura.

R. Hanscom Dalrymple se quedó un poco sorprendido ante el formidable entusiasmo de los profesores apartando sus respectivas porciones de la cena. Sufrían el hambre eterna que aflige a aquellos que dependen del economato del centro para su sustento.

Dalrymple sorbió su café y estudió sus notas. De un momento a otro Cook se

levantaría y diría unas cuantas naderías agradables. Luego detallaría los fondos de Dalrymple que serían invertidos en construir un Laboratorio Biofísico Dalrymple y en la formación de un nuevo departamento. Todo el mundo aplaudiría y estaría de acuerdo en que la biofísica había flotado en el vacío, durante muchísimo tiempo, entre los dominios de los departamentos de zoología, psicología y las ciencias fisiológicas. Entonces Dalrymple se levantaría, se aclararía la garganta y diría, con un lenguaje muchísimo más digno:

—Venga, amigos, si no es nada.

El doctor Wendell Cook se levantó pesadamente, se adelantó y dijo sus naderías agradables. Los profesores intercambiaron miradas nerviosas cuando mostró signos de que iba a empezar con su tema favorito, *no-hay-conflicto-entre-la-ciencia-y-la-religión*. Ya lo habían oído antes.

Estaba ya lanzado en la Versión 3A de su homilía cuando su rostro empezó a teñirse de color azul. No era el color gris purpúreo, que se llama generalmente «azul» y que aparece en la cara de los estrangulados, sino un cobalto vivo y brillante. La verdad sea dicha, un color así queda muy bien en una pintura de un barco de vela bajo un claro cielo azul, o en el uniforme del acomodador de un teatro. Pero queda completamente fuera de lugar en la cara del rector de una Universidad. O eso pensaron los profesores. Miraron a un lado y a otro, con los ojos abiertos y jadeando, y cuchichearon.

Cook frunció el ceño y continuó. Olfateó el aire como si oliera algo. Aquellos que estaban en la mesa del orador detectaron un ligero aroma de acetona. Pero aquello parecía una explicación muy poco adecuada para entender el colorido del rostro del rector. El color de la cara del orador era ahora bastante sólido. Se había extendido hasta la zona donde tendría que haber estado el pelo de Cook si hubiera tenido alguno. Su cuello también mostraba un rastro azul.

Cook, por su parte, no tenía ni idea de por qué los miembros de su audiencia se revolvían en sus asientos y murmuraban. Pensó que era muy desagradable de su parte. Pero sus muecas no tuvieron ningún efecto. Así que abrevió la Versión 3A. Anunció la donación en términos técnicos y concisos y se detuvo para esperar la tormenta de aplausos.

No hubo ninguna. Para ser exacto, hubo un débil palmoteo, que nadie en su sano juicio llamaría tormenta de nada.

Cook miró a R. Hanscom Dalrymple, esperando que el hombre de acero no se ofendería. La cara de Dalrymple no expresó nada. Cook supuso que aquello era parte de su reserva general. La verdad era que Dalrymple estaba demasiado sorprendido por la cara azul para notar la falta de aplausos. Cuando Cook le presentó a la audiencia, tardó varios segundos en recuperarse.

Empezó bastante flojo.

—Caballeros y miembros de la Universidad de Yale... esto... quiero decir, naturalmente, que todos son caballeros... Me acabo de acordar de una historia sobre

el granjero que se casó... es decir, no me acuerdo de esa historia, sino de la del estudiante de teología que se murió y fue a... —En este punto Dalrymple se encontró con la mirada del decano de la Facultad de Teología. Volvió a rectificar—. Tal vez... esto... será mejor que les cuente el del escocés que se perdió de camino a casa y...

Tal como estaban las cosas, no era una mala historia. Pero prácticamente no arrancó ni una sola risa. En cambio, los profesores empezaron a inclinarse hacia adelante, como si fueran un puñado de ascetas orientales en sus plegarias, y volvieron a murmurar.

Dalrymple se dio cuenta de aquel extraño comportamiento. Se inclinó y susurró al oído de Cook.

—¿Me pasa algo raro?

—Sí, su cara se ha vuelto verde.

—¿Verde?

—Verde brillante. Como la hierba.

—Bien, tal vez le guste saber que la suya está azul.

Los dos hombres se palparon la cara. No había duda, estaban cubiertas de alguna especie de pintura aún fresca.

—¿Qué clase de broma es ésta? —susurró Dalrymple.

—No lo sé. Será mejor que termine su discurso.

Dalrymple lo intentó. Pero estaba demasiado alterado para concentrarse. Hizo unas cuantas observaciones sobre lo contento que estaba de encontrarse entre los olmos y la yedra y las tradiciones de la vieja Eli, y se sentó. Su cara parecía más estirada que de costumbre. Si se le hacía alguna observación chistosa... bueno, aún no había firmado ningún cheque.

El vicegobernador del Estado de Connecticut era el siguiente en la lista. Cook le lanzó una pregunta.

—Pero si se me va a poner la cara de colores cuando me levante... —murmuró.

Nunca llegó a saberse si hablaría o no. En ese momento, apareció algo en un extremo de la mesa de los oradores. Era una bestia del tamaño de un San Bernardo. Parecía un murciélago común, pero en vez de alas tenía brazos con artejos en forma de disco en la punta de los dedos. Sus ojos eran grandes y redondos como platos soperos.

Hubo una conmoción. El orador que estaba sentado más cerca de la cosa cayó de espaldas. El vicegobernador se puso rojo. Un zoólogo inglés se puso las gafas y dijo:

—¡Por Júpiter, un tarsero espectral! ¡Pero un poco grande!

Un tarsero de tamaño natural cabe perfectamente en una mano, y es bastante simpático aunque sea un poco feo. Pero un tarsero del tamaño de éste no era el tipo de cosa a la que uno le echa una mirada y sigue leyendo las aventuras de Alley Oop. Le deja a uno anonadado. Le desconcierta. Puede que incluso dé ganas de gritar.

El tarsero recorrió gravemente los veinte metros de la mesa. Los comensales estaban demasiado ocupados retirándose para darse cuenta de que el animal no

volcaba ningún plato ni pisaba ningún cenicero; que era, de hecho, ligeramente transparente. Se desvaneció al llegar al otro extremo de la mesa.

La curiosidad de Johnny Black luchó con su capacidad de razonar. Su curiosidad le dijo que todos estos extraños sucesos habían tenido lugar en presencia de Ira Methuen. Por lo tanto, Ira Methuen era, al menos, un posible sospechoso. «¿Y qué?», le dijo su mejor juicio. «Es el único hombre por el que sientes un afecto real. Si supieras que es el responsable, no lo delatarías, ¿no? Mejor que mantengas el hocico fuera de todo esto».

Pero al final su curiosidad ganó, como de costumbre. Lo extraño era que su raciocinio seguía intentándolo.

Se acercó a Bruce Inglehart. El joven periodista tenía reputación de ser discreto.

Johnny se explicó:

—Ze zuminiztró el tratamiento Mezzuen. Ya zabez, la inyezzió ezpinal, para ver qué efezto tendría zobre el hombre. Ezo fue haze una zemana. Ya debería de haber hecho efezto. Pero dize que no nota ninguno. Tal vez. Pero dezpuéz de la doziz, empiezan todaz eztaz cozaz raraz. Bromaz muy elaboradaz, del tipo que haría un zientífico loco. Zi ez él, tengo que detenerle antez de que cree problemaz auténticoz. ¿Me ayudaráz?

—Claro, Johnny. Chócala.

Johnny extendió su zarpa.

Dos noches más tarde, el Durfee Hall ardió. Yale había estado discutiendo la demolición de aquel edificio singularmente feo e inútil durante cuarenta años. Llevaba vacío bastante tiempo, a excepción de la oficina del tesorero en el sótano.

A eso de las diez de la noche, un estudiante descubrió unas pequeñas lenguas de fuego en el techo. Inmediatamente, dio la alarma. El departamento de bomberos de New Haven no tuvo culpa de que el incendio se extendiera tan rápidamente, como si el edificio entero hubiera sido rociado con queroseno. Cuando llegaron, junto con un millar de espectadores, todo el centro del edificio era una brasa. El ayudante del tesorero se introdujo valientemente en el edificio y salió con un puñado de papeles bajo el brazo, que luego resultaron ser formularios de exámenes bastante inútiles. Los bomberos vertieron agua suficiente para apagar el Vesubio. Algunos colocaron escaleras en los costados del edificio para abrir agujeros en el tejado.

El agua parecía no hacer ningún efecto. Así que los bomberos pidieron refuerzos, conectaron más mangueras y vertieron más agua. Los estudiantes coreaban:

—¡Bomberos, ra, ra, ra! ¡Fuego, ra, ra, ra! ¡A por él, bomberos! ¡Aguanta, fuego!

Johnny Black se topó con Bruce Inglehart, que correteaba entre la multitud con una libreta y un lápiz intentando conseguir información para su *Courier* de New Haven. Inglehart le preguntó a Johnny si sabía algo.

—Zé una coza —dijo Johnny deliberadamente—. Ez el primer fuego zin calor

que he vizto.

Inglehart miró a Johnny y luego al incendio.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Deberíamos notarlo aquí, ¿no? Fuego sin calor, claro. ¿Supones que es otra broma supercientífica?

—Podemos echar un viztazo —dijo Johnny.

Dando la espalda al incendio empezaron a investigar entre los arbustos y vallas de la calle Elm.

—¡Woof! —dijo Johnny—. ¡Ven aquí, Bruze!

En la sombra se encontraba el profesor Ira Methuen y un trípode sobre el que estaba montado un proyector. Johnny tardó un segundo en distinguir qué era cada cual.

Methuen parecía a punto de echar a correr.

—Vaya, hola, Johnny —dijo—. ¿Por qué no estás durmiendo? Acabo de encontrar este... uh... este proyector.

Johnny, reaccionando rápidamente, golpeó el proyector con su zarpa. Methuen lo cogió cuando caía. Su ruidito cesó. Al mismo tiempo, el fuego se apagó y se desvaneció por completo. Aún continuaban los ruidos, pero no había ningún fuego. No había ni una sola quemadura en el tejado, donde aún caían litros de agua. Los bomberos se miraban unos a otros atontados.

Mientras Johnny e Inglehart aún se movían en la oscuridad, Methuen y su proyector desaparecieron. Le vieron dando la vuelta a la esquina de la calle College, con el trípode a cuestas. Corrieron tras él. Unos pocos estudiantes corrieron tras Johnny e Inglehart, arrastrados por el instinto que hace que los perros persigan a los automóviles.

Localizaron a Methuen, le perdieron, y le localizaron de nuevo. Inglehart no estaba preparado para correr, y la vista de Johnny era un asunto de objetivos limitados. Johnny se dio cuenta cuando ya era evidente que Methuen se dirigía a la vieja mansión Phelps, donde vivían él, Johnny y varios profesores solteros. Todos los inquilinos de la casa habían salido a ver el fuego. Methuen atravesó la puerta de entrada unos metros por delante de Johnny y la cerró en la cara del oso.

Johnny se detuvo en la oscuridad, con la idea de entrar por una ventana. Pero mientras se decidía algo ocurrió en los escalones sobre los que se hallaba. Se volvieron más resbaladizos que el hielo pulido. Johnny resbaló escalones abajo, *bump-bump-bump*.

Johnny se levantó bastante enfadado. Así que éste era el trato que recibía del único hombre... Pero entonces pensó que si Methuen estaba realmente loco, no se le podía echar la culpa de nada.

Algunos de los estudiantes se reunieron con ellos. Todos se encaminaron a la mansión, hasta que sus pies resbalaron, como si llevaran patines invisibles. Intentaron

levantarse y volvieron a caerse, deslizándose calle abajo. Se retiraron arrastrándose sobre las manos y rodillas, con grandes rotos en las ropas.

Un coche de la policía se acercó y trató de detenerse. Aparentemente, ni los frenos ni los neumáticos aguantaron. Dio media vuelta, chocó una vez contra la cuneta y finalmente se detuvo calle abajo, más allá de la zona resbaladiza. El policía (uno importante, un capitán) salió del coche y cargó contra la mansión.

También se cayó. Intentó continuar arrastrándose sobre manos y rodillas. Pero cada vez que intentaba apoyarse con fuerza, se deslizaba hacia atrás. Aquello recordó a Johnny los esfuerzos de las serpientes de jardín por deslizarse sobre el suave suelo de asfalto de la jaula de los monos en Zoo de Central Park.

Cuando el capitán de la policía se rindió y trató de retirarse, las leyes de la fricción volvieron a actuar. Pero cuando se levantó, toda su ropa, de cintura para abajo, excepto sus zapatos, se habían desintegrado en una nube de fibras textiles.

—¡Dios mío! —dijo el zoólogo inglés, que acababa de llegar—. ¡Igual que una de esas estatuas etruscas!

El capitán de la policía ladró a Bruce Inglehart:

—¡Eh, tú, por todos los diablos, dame un pañuelo!

—¿Qué pasa, tiene frío? —preguntó Inglehart cándidamente.

—¡No, idiota! ¡Ya sabes para qué lo quiero!

Inglehart sugirió que sería mejor usar la chaqueta como taparrabos. Mientras el capitán se ataba las mangas a la espalda, Inglehart y Johnny le explicaron su versión de la situación.

—Hum —murmuró el capitán—. No queremos que nadie resulte herido ni que el lugar sufra daños. Pero ¿y si tiene un rayo de la muerte o algo por el estilo?

—No lo creo —dijo Johnny—. No ha herido a nadie. Sólo ha gatzado bromaz.

El capitán pensó unos segundos en llamar a la comisaría y hacer que le enviaran un equipo de emergencia. Pero la posibilidad de capturar a un maníaco peligroso sin ninguna otra ayuda era algo demasiado tentador para el capitán.

—¿Cómo podremos entrar ahí si puede hacer que todo se vuelva tan resbaladizo? —dijo.

Pensaron.

—¿Puede conzeguir una de ezaz cozaz que tienen un palo de madera y un cuenco de goma en un eztremito? —dijo Johnny.

El capitán frunció el ceño. Johnny se movió.

—¡Oh, te refieres a un desatascador! —dijo Inglehart—. Claro. Espera. Conseguiré uno. Mira a ver si puedes conseguir una llave de la puerta.

El asalto a la fortaleza de Methuen se hizo por los cuatro frentes. El capitán, por delante, colocó el desatascador contra el escalón más bajo. Si Methuen podía abolir la fricción, no había descubierto cómo deshacerse de la presión barométrica. El extremo

de goma se adhirió y el policía se impulsó, con Inglehart y Johnny detrás. Usando el instrumento en los escalones sucesivos, los subieron. Entonces el capitán se ancló en la puerta delantera y les arrastró hasta ella. Se puso en pie agarrándose al picaporte y abrió la puerta con una llave cedida por el doctor Wendell Cook.

Methuen estaba agazapado en una ventana tras una cosa que parecía un teodolito. Dirigió la cosa hacia ellos e hizo algunos ajustes. El capitán y Inglehart, sintiendo que sus zapatos perdían contacto con el suelo, se prepararon para saltar. Pero Methuen continuó utilizando el aparato y sus pies resbalaron bajo ellos.

Johnny usó la cabeza. Estaba de pie junto a la puerta. Se tumbó, colocó las patas traseras sobre el marco de la puerta y pateó. Su cuerpo se deslizó sobre el suelo sin fricción y cayó sobre Methuen y su aparato.

El profesor no ofreció ninguna resistencia. Parecía más divertido que otra cosa, a pesar del chichón que estaba apareciendo en su frente.

—Vaya, vaya, amigos, sois tozudos —dijo—. Supongo que vais a llevarme a algún hospital. Aunque pensaba que vosotros dos —señaló a Inglehart y Johnny— erais amigos míos. Oh, bueno, no importa.

—¿Qué ha hecho con mis pantalones? —gruñó el capitán.

—Fácil. Mi telelubricador neutraliza los lazos interatómicos de la superficie de cualquier sólido sobre el que caiga el rayo. Así que la superficie, a una profundidad de unas pocas moléculas, tiene la condición de un líquido superenfriado mientras la enfoca el rayo. Ya que la forma líquida de cualquier componente mojará la forma sólida, se obtiene una lubricación perfecta.

—Pero mis pantalones...

—Permanecían unidos por la fricción entre las células, ¿no? Y tengo muchos más inventos como ése. Mi baja-voz y mi proyector tridimensional, por ejemplo, son...

—¿Es así como hizo el incendio falso y aquel monstruo que asustó a la gente durante la cena? —interrumpió Inglehart—. ¿Con un proyector tridimensional?

—Sí, por supuesto, aunque para ser exactos hicieron falta dos proyectores en los ángulos adecuados, y un fonógrafo y un amplificador para conseguir los efectos de sonido. Fue divertido, ¿verdad?

—Pero ¿por qué haze ezaz cozaz? —gimió Johnny—. ¿Intenta arruinar zu carrera?

Methuen se encogió de hombros.

—No importa, nada importa, Johnny, como sabrías si estuvieras en mi... estado. Y ahora, caballeros, ¿dónde quieren que vaya? Sea donde sea, encontraré diversión.

El doctor Wendell Cook visitó a Ira Methuen el primer día de su internamiento en el Hospital de New Haven. En una conversación normal Methuen parecía bastante equilibrado, y hasta razonable. Admitió en seguida que era el responsable de las bromas. Se explicó:

—Pinté su cara y la de Dalrymple con un aerógrafo de alta potencia que he inventado. Cabe en la mano y se descarga a través de un anillo que se lleva en el dedo. Con el pulgar se puede regular la cantidad de acetona mezclada en agua, que a su vez controla la tensión en la superficie y por tanto el punto en que la aguja del rociador esparce sus gotas. Hice que el pulverizador se disolviese antes de que alcanzara su cara. Fue usted un espectáculo, Cook, especialmente cuando descubrió qué le pasaba. Estaba casi tan gracioso como el día en que pinté aquellos pies en mis botas de goma y las sustituí por las tuyas. Reaccionó tan maravillosamente ante tal ataque a su dignidad... Siempre ha sido usted un asno presuntuoso, ya sabe.

Cook resopló y se contuvo. Después de todo, el pobre hombre estaba loco. Aquellos absurdos estallidos sobre la pomposidad de Cook lo probaban.

—Dalrymple se marcha mañana por la noche —dijo tristemente—. Se enfadó mucho por el episodio de la pintura en la cara, y cuando se enteró de que estaba usted en observación me dijo que no adelantaría nada quedándose aquí. Me temo que eso es el fin de su donación. A menos que pueda usted recuperarse y decirnos qué le ha pasado y cómo curarle.

Ira Methuen se echó a reír.

—¿Recuperarme? Estoy perfectamente, se lo aseguro. Y ya le he dicho qué es lo que me ha pasado, según sus palabras. Me apliqué mi propio tratamiento. Y en cuanto a curarme, no le diría cómo aunque lo supiera. No renunciaría a mi estado actual por nada del mundo. Por fin me doy cuenta de que nada importa, incluyendo las donaciones de fondos. Me encargaré de ello y mientras lo hago, dedicaré mi vida a divertirme.

Johnny había estado merodeando por el despacho de Cook todo el día. Detuvo al rector cuando regresó del hospital.

Cook le contó lo que había sucedido.

—Parece que es un completo irresponsable. Tendremos que hablar con su hijo y hacer que lo vigilen. Y también tendremos que hacer algo contigo, Johnny.

A Johnny no le agradaron las perspectivas de ese «algo». Sabía que no tenía más estatus legal que el de fiera domada. El hecho de que Methuen, técnicamente, fuera su dueño era su única protección, por si a alguien se le ocurría dispararle durante la temporada de caza de osos. Y no se sentía muy entusiasmado con respecto a Ralph Methuen. Ralph era un profesor medio, sin la habilidad científica de su padre ni su sentido del humor. Si se encontraba con Johnny en sus manos, su reacción sería donarlo a un zoo o algo por el estilo.

Colocó las patas sobre la mesa de la señorita Prescott y preguntó:

—Eh, preziozidaz, ¿quierez llamar a Bruze Inglehart, al *Courier*?

—Johnny —dijo la secretaria del rector—. Te vuelves más fresco cada día.

—La mala influenza de los eztudiantez. ¿Quierez llamar al zeñor Inglehart, prezioza?

La señorita Prescott, que no lo era, así lo hizo.

Bruce Inglehart llegó a la mansión Phelps y encontró a Johnny tomando una ducha. Johnny también hacía unos ruidos terribles.

—¡Waaaaa! —aullaba—. ¡Hooooooo! ¡Yrrrrrr! ¡Waaaaa!

—¿Qué estás haciendo? —gritó Inglehart.

—Tomando un baño —replicó Johnny—. ¡Wuuuuuuuh!

—¿Estás enfermo?

—No. Sólo canto en el baño. La gente canta cuando se está bañando, ¿por qué yo no? ¡Yaaaaaaaaaaaaa!

—Por el amor de Dios, no lo hagas. Parece que te estuvieran cortando la garganta. ¿Para qué necesitas todas esas toallas esparcidas por el suelo?

—Te lo demostraré.

Johnny salió de la ducha, se tumbó sobre las toallas y rodó. Cuando estuvo más o menos seco, recogió las toallas con sus zarpas delanteras y las tiró a un rincón. La limpieza no era uno de los puntos fuertes de Johnny.

Le contó a Inglehart la situación de Methuen.

—Veraz, Bruze, creo que puedo curarlo, pero tendré que ayudarte.

—De acuerdo. Cuenta conmigo.

¡Pop!

El enfermero de guardia apartó la mirada del periódico. Pero ninguno de los botones estaba encendido. Así que, seguramente, ninguno de los pacientes necesitaba nada. Reemprendió su lectura.

¡Pop!

Parecía como si se estuviera rompiendo una bombilla. El enfermero suspiró, apartó su periódico y empezó a caminar. Cuando llegó a la habitación del profesor chiflado, la número 14, notó que olía a queso limburgués.

¡Pop!

No había ninguna duda de que el ruido procedía de la habitación 14. El enfermero asomó la cabeza.

Ira Methuen estaba sentado en un extremo de la habitación. Tenía en las manos un aparato hecho con una vara de cristal y cables. En el otro extremo de la habitación, había una serie de taquitos de queso. Una cucaracha salió de las sombras y se dirigió a los taquitos. Methuen miró por su vara de cristal y apretó un botón. ¡Pop! Un destello, y la cucaracha desapareció.

Methuen dirigió la vara hacia el enfermero.

—¡Antrás, señor! ¡Soy Buck Rogers y éste es mi desintegrador!

—¿Eh? —dijo el enfermero débilmente.

Aquel tipo podía estar loco, pero después de lo que le había pasado a la cucaracha... Salió rápidamente y llamó a un grupo de internos.

Pero los internos no tuvieron ningún problema con Methuen. Éste arrojó el

invento sobre la cama y dijo:

—Si pensara que tiene importancia, organizaría un buen escándalo por el hecho de que haya cucarachas en un hospital.

—Pero si aquí no hay ninguna —protestó uno de los internos.

—¿Y cómo llama usted a esto? —preguntó Methuen secamente, señalando los restos de una de sus víctimas.

—Deben de haber sido atraídas desde el exterior por ese olor a queso. ¡Fiuuu! Judson, limpie el suelo. ¿Qué es esto, profesor?

Recogió la vara y la batería de luces que tenía adosada.

Methuen agitó una mano, desdeñoso.

—Nada importante. Sólo un truco que se me ocurrió. Aplicando f.e.m. a cristal puro es posible aumentar su índice de refracción hasta un grado notable. El resultado es que la luz que golpea el cristal es refrenada de tal manera que tarda semanas en atravesarlo de manera normal. La luz atrapada puede ser liberada, provocando una pequeña chispa cerca del cristal. Así que, simplemente dejé la varilla en la ventana durante toda la tarde, para que se empapara de luz, parte de la cual se libera provocando una chispa con este botón. Así, puedo disparar una hora de energía acumulada por el extremo de la vara en una pequeña fracción de segundo. Naturalmente, cuando el rayo alcanza un objeto opaco, aumenta su temperatura. He estado divirtiéndome atrayendo las cucarachas y haciéndolas explotar. Puede quedarse con ella; su carga está casi agotada.

El interno se quedó de piedra.

—Es un arma peligrosa. No podemos dejarle que juegue con cosas como ésta.

—Ah, ¿no? No es que importe, pero sólo estoy aquí para que me cuiden. Puedo salir de aquí en cuanto quiera.

—No puede, profesor. Está usted recluido temporalmente bajo observación.

—Muy bien, hijo. Sigo diciendo que puedo salir de aquí en cuanto quiera. Lo que pasa es que no me importa mucho si lo hago o no.

Dicho esto, Methuen empezó a sintonizar la radio que tenía junto a la cama, ignorando a los internos.

Exactamente doce horas más tarde, a las diez de la mañana, encontraron vacía la habitación de Ira Methuen. Una búsqueda por todo el hospital no consiguió localizarle. La única pista de su desaparición era que su radio había sido desmontada. Tubos, cables y condensadores yacían esparcidos en completo desorden por el suelo.

Los coches de policía de New Haven recibieron instrucciones para buscar a un hombre alto y delgado con el pelo gris y perilla, armado probablemente con armas de rayos, desintegradores y todas las otras armas avanzadas, tanto reales como de ficción.

Recorrieron la ciudad durante horas haciendo aullar las sirenas. Finalmente,

localizaron al loco amenazador sentado plácidamente en un banco del parque, a tres manzanas del hospital y leyendo un periódico. En vez de resistirse, les sonrió y miró su reloj.

—Tres horas y cuarenta y ocho minutos. No está mal, muchachos, no está mal teniendo en cuenta lo bien que me escondí.

Uno de los policías descubrió un bulto en los bolsillos de Methuen. Era otro aparato hecho con cables. Methuen se encogió de hombros.

—Mi solenoide hiperbólico. Proporciona un campo magnético cónico y permite manipular objetos de hierro desde lejos. Manejé la cerradura de la puerta y los ascensores con él.

Cuando Bruce Inglehart llegó al hospital a eso de las cuatro, le dijeron que Methuen estaba dormido. Luego rectificaron y le comunicaron que se estaba despertando y que podría visitarle durante unos minutos. Encontró a Methuen en bata.

—Hola, Bruce —dijo Methuen—. Me han envuelto en una sábana húmeda, como a las momias. Es magnífico para dormir; te relaja. Les dije que podrían hacerlo cada vez que quisieran. Creo que se molestaron por mi escapada.

Inglehart estaba ligeramente cohibido.

—No te preocupes —dijo Methuen—. No estoy enfadado contigo. Me doy cuenta de que nada importa, incluyendo los resentimientos. Y me he divertido muchísimo aquí. Verás cómo se ponen la próxima vez que me escape.

—Pero ¿no le preocupa su futuro? —preguntó Inglehart—. Le trasladarán a una celda acolchada en Middletown...

Methuen agitó una mano.

—Eso no me preocupa. Allí también me divertiré.

—¿Y qué pasará con Johnny Black y la donación de Dalrymple?

—Me importa un rábano lo que les pase.

Entonces el enfermero asomó la cabeza para comprobar el estado de su impredecible paciente. El hospital, falto de personal, no podía vigilarle continuamente.

—No es que no me guste Johnny —continuó Methuen—. Pero cuando se adquiere un auténtico sentido de la proporción, como yo, te das cuenta de que la humanidad no es nada más que una enfermedad cutánea en una pelota de suciedad, y que no merece la pena ningún esfuerzo más allá de la subsistencia, la vivienda y la diversión. El Estado de Connecticut está ansioso por proporcionarme las dos primeras, así que me dedicaré a la tercera. ¿Para qué has venido?

Tienen razón, pensó Inglehart, se ha vuelto un genio científico infantil e irresponsable. De espaldas a la puerta, el periodista sacó su herencia familiar, una gran petaca de plata de la época de la prohibición. Su tía Martha se la había dejado, y él pensaba donarla a un museo.

—Brandy de albaricoque —murmuró.

Johnny le había instruido en los gustos de Methuen.

—Bruce, ahora dices algo sensato. ¿Por qué no lo sacaste antes, en vez de hacer llamadas inútiles a mi sentido del deber?

La petaca estaba vacía. Ira Methuen extendido en la silla. De vez en cuando se pasaba una mano por la frente.

—No puedo creerlo. No puedo creer que me sintiera así hace media hora. Oh, Señor, ¿qué he hecho?

—Muchas cosas —dijo Inglehart.

Methuen no actuaba como un borracho. Estaba lleno de sobrios remordimientos.

—Lo recuerdo todo... esos inventos que se me ocurrían, todo. Pero no me importaba. ¿Cómo sabías que el alcohol contrarrestaría los efectos de la inyección Methuen?

—Johnny lo supuso. Investigó sus efectos y descubrió que en dosis masivas coagula las proteínas de las células nerviosas. Supuso que reduciría su conductividad para contrarrestar la conductividad incrementada a través de las aberturas entre ellas que causa su tratamiento.

—Así que cuando estoy sobrio estoy borracho, y cuando estoy borracho estoy sobrio —dijo Methuen—. Pero ¿qué haremos con la donación de fondos, mi nuevo departamento, el laboratorio y todo lo demás?

—No lo sé. Dalrymple se marcha esta noche; tuvo que quedarse un día más para atender algunos negocios. Y no le dejarán salir de aquí en una temporada, aunque sepan que el alcohol contrarresta el tratamiento. Será mejor que piense algo rápido, porque la hora de visita está a punto de terminar.

Methuen pensó.

—Recuerdo cómo funcionan todos esos inventos —dijo—, aunque posiblemente no podría inventar ninguno que más o menos me devolviera al otro estado. —Se echó a temblar—. Tenemos el baja-voz, por ejemplo...

—¿Qué es eso?

—Es como un altavoz, sólo que no habla fuerte. Lanza un rayo supersónico, modulado por la voz humana, para dar el efecto de ondas de frecuencia audibles cuando alcanza el oído humano. Ya que se puede lanzar un rayo supersónico casi con la misma precisión con que se lanza un rayo de luz, se puede enfocar el baja-voz a una persona, que oirá entonces una vocecita en su oído, venida aparentemente de ninguna parte. Lo intenté con Dugan el otro día y funcionó. ¿Podrías hacer algo con eso?

—No lo sé. Tal vez.

—Espero que puedas. Esto es terrible. Pensaba que estaba perfectamente cuerdo y racional. Quizá lo estaba... quizá nada es importante. Pero ahora no me siento así, ni quiero volver a sentirme así de nuevo...

La omnipresente yedra, de la que Yale está tan orgullosa, proporciona unos asideros magníficos para escalar. Bruce Inglehart, con un ojo puesto en los policías del campus, subió la alta torre en la esquina de Bringham Hall. Abajo, en la oscuridad, esperaba Johnny.

El extremo de una cuerda bajó danzando. Johnny insertó el gancho en la escalera de cuerda. Inglehart izó la escala y la aseguró, deseando que él y Johnny pudieran cambiar de cuerpos por un ratito. La escalada por la yedra le había hecho sentir mucho miedo, y le había sacudido bastante. Pero él podía escalar por la yedra y Johnny no.

La escalera crujió bajo los trescientos kilos de Johnny. Pocos minutos más tarde, reptó pegada a la pared, como un gigantesco ciempiés, al ser izada. Entonces Inglehart, Johnny y la escalera estuvieron en la cima de la torre.

Inglehart sacó el baja-voz y apuntó con la mira telescópica a la ventana de la habitación de Dalrymple en el Taft, más allá del cruce de las calles College y Chapel. Encontró el rectángulo de luz amarilla. Podía ver la mitad del interior de la habitación. Su corazón se aceleró cuando una figura fornida entró en su campo de visión. Dalrymple no se había marchado aún. Pero estaba haciendo las maletas.

Inglehart se colocó el micrófono transmisor alrededor del cuello para que así el transmisor estuviera cerca de su laringe. La próxima vez que apareció Dalrymple, Inglehart enfocó la cabeza del hombre.

—¡Hanscom Dalrymple! —dijo, y vio que el hombre se detenía súbitamente—. ¡Hanscom Dalrymple!

—¿Eh? —dijo Dalrymple—. ¿Quién demonios eres? ¿Dónde diablos estás?

Inglehart no podía oírle, naturalmente, pero se imaginaba lo que decía.

—Soy tu conciencia —dijo Inglehart en tono solemne.

La agitación de Dalrymple era ya evidente a pesar de la distancia. Inglehart continuó.

—¿Quién obligó a todos los trabajadores de Hephaestus Steel a afiliarse en aquel sindicato falso? —Pausa—. ¡Tú lo hiciste, Hanscom Dalrymple!

»¿Quién forzó a un senador de los Estados Unidos a cambiar su voto para subir las tarifas del acerco, con cincuenta mil dólares y la promesa de otros cincuenta mil más, que nunca fueron pagados? —Pausa—. ¡Tú lo hiciste, Hanscom Dalrymple!

»¿Quién prometió a Wendell Cook el dinero para un nuevo departamento de biofísica y luego se echó atrás, con la débil excusa de que el hombre que iba a dirigir el nuevo departamento había tenido un colapso nervioso? —Pausa. Mientras, Inglehart pensó que aquélla era una forma amable de decir que Methuen se había vuelto loco de remate—. ¡Tú lo hiciste, Hanscom Dalrymple!

»¿Sabes qué es lo que te sucederá si no cambias tu conducta, Dalrymple? Te reencarnarás en una araña, y probablemente una avispa te capturará y te usará como alimento vivo para sus larvas. Qué te parecería eso, ¿eh?

»¿Qué puedes hacer para enmendarte? No seas cretino. Llama a Cook. ¡Dile que has cambiado de opinión y que renuevas tu oferta! —Pausa—. Dile que no sólo vas a renovarla, sino a doblarla. Dile...

Pero en este punto Dalrymple se dirigió al teléfono.

—Ah, eso está mejor, Dalrymple —dijo Inglehart, y desconectó la máquina.

—¿Cómo zabez todaz ezaz cozaz zobre él? —preguntó Johnny.

—Averigüé que cree en la reencarnación por los libros que compró. Y uno de nuestros redactores, que solía trabajar en Washington, dice que allí todo el mundo conoce las otras cosas. Lo que pasa es que no se pueden publicar, a menos que tengas evidencias con que respaldarlas.

Bajaron por la escalera de cuerda y reinvirtieron el proceso por el que habían subido. Recogieron sus trastos y se encaminaron a la mansión Phelps. Pero cuando doblaban la esquina de Bingham casi chocaron con una figura familiar. Methuen estaba emplazando otro invento en la esquina de Welch.

—Hola —dijo.

Hombre y oso le miraron.

—¿Se escapó otra vez? —preguntó Inglehart.

—Ajá. Cuando estuve sobrio y recuperaré mi punto de vista. Fue fácil, a pesar de que me habían quitado la radio. Inventé un hipnotizador, usando una bombilla y un reóstato hecho con alambres de mi cama, e hipnoticé al enfermero para que me diera su uniforme y me abriera las puertas. Dios, eso sí que fue divertido.

—¿Qué está haciendo ahora?

Inglehart advirtió que el negro pelaje de Johnny había desaparecido en la oscuridad.

—¿Esto? Oh, pasé por casa y ensamblé un baja-voz improvisado. Éste funcionará a través de los muros. Voy a dormir a todos los estudiantes y les diré que son unos monos. Cuando despierten, será la mar de divertido verles corriendo a cuatro patas y rascándose y escalando por las enredaderas. Ya son prácticamente unos monos, así que no resultará difícil.

—¡Pero no puede hacer eso, profesor! Johnny y yo acabamos de solucionar el problema haciendo que Dalrymple renovara su oferta. No nos querrá dejar en la estacada, ¿no?

—Lo que hagáis Johnny y tú no me interesa lo más mínimo. Nada importa. Voy a divertirte. Y no intentes interferir, Bruce. —Methuen apuntó a Inglehart con otra vara de cristal—. Eres un tipo simpático y sería una lástima que tuviera que soltar contra ti tres horas de acumulación de rayos solares, y de una sola vez.

—Pero esta tarde dijo usted que...

—Sé lo que dije esta tarde. Estaba borracho y había vuelto a mi antiguo estado mental, lleno de responsabilidad y consciencia y toda esa basura. Nunca volveré a

beber, si el hacerlo me provoca ese efecto. Sólo un hombre que ha recibido el tratamiento Methuen puede apreciar la futilidad de todo esfuerzo humano.

Methuen retrocedió en las sombras cuando un par de estudiantes pasaron junto a ellos. Luego volvió a emprender su trabajo en el invento, usando una mano y apuntando a Inglehart con la otra. Inglehart, sin saber qué otra cosa hacer, le hizo preguntas sobre la máquina. Methuen le respondió con una sarta de vocablos técnicos. Inglehart, desesperado, se preguntó qué podía hacer. No era un hombre excesivamente valiente, especialmente ante un arma como aquélla. La huesuda mano de Methuen ni siquiera temblaba. Hacía los ajustes en su máquina casi sin mirar.

—Esto debe estar listo ya —dijo—. Contiene un metrónomo tónico que les enviará una nota de frecuencia de trescientos cuarenta y nueve ciclos por segundo, con sesenta y ocho con cuatro pulsaciones de sonido por segundo. Esto, por varias razones técnicas, tiene el máximo efecto hipnótico. Desde aquí puedo alcanzar los colegios de toda la calle College... —Hizo un ajuste final—. Ésta será la broma más divertida de todas. ¡Y la guinda de todo es que, ya que el Estado de Connecticut está determinado a considerarme loco, no pueden hacerme nada! Ahí va, Bruce... *Fiuuu*, ¿ha abierto alguien un barril por aquí, o qué? Llevo cinco minutos oliendo y saboreando alcohol... *jouch!*

La vara de cristal emitió un destello y entonces el peludo corpachón negro de Johnny salió como una catapulta de la oscuridad. Ira Methuen se derrumbó en el suelo.

—¡Rápido, Bruze! —ladró Johnny—. Coge ese aerógrafo que he dejado caer. Abre el contenedor de la parte de abajo. No lo vuelquez. ¡Luego vuelve aquí y viértezelo en la garganta!

Así lo hizo, mientras Johnny mantenía abiertas las mandíbulas de Methuen con sus zarpas, como Sansón con los leones, sólo que con cierta cautela.

Esperaron unos minutos a que el alcohol surtiera efecto, prestando atención a los ruidos de sus alrededores por si habían sido descubiertos. Pero los edificios permanecieron en silencio, a excepción del tecleo ocasional de alguna máquina de escribir.

—Corrí a caza y cogí el aerógrafo de tu habitación —explicó Johnny—. Luego hice que Webb, el ayudante de investigación en biofísica, me dejara entrar en el laboratorio para que buscara alcohol. Luego intenté alcanzarle la boca con el pulverizador mientras hablaba. Conseguí meterle algo, pero no lo ajusté bien, y el pulverizador le alcanzó antes de estallar, y le llenó de pezte. No tengo dedoz, ya zabez. Azi que tenemos que uzar lo que loz libroz llaman fuerza bruta.

Methuen empezó a mostrar signos de normalidad. Sin su vara de metal no era más que un viejo profesor inofensivo; Johnny le dejó ponerse en pie.

—Me alegra tanto que lo hicieras, Johnny... —dijo—. Has salvado mi reputación, tal vez mi vida. Esos cabezotas del hospital no quisieron creer que tenía que estar lleno de alcohol, y naturalmente, cuando me despejé y me volví loco de

nuevo... tal vez ahora me crean. Vamos, regresemos rápidamente. Si no han descubierto mi ausencia, puede que esta escapada quede en secreto. Cuando me saquen, trabajaré en busca de una cura permanente para el tratamiento Methuen. La descubriré si no muero antes de una úlcera de estómago por todo el alcohol que tendré que beber.

Johnny se dirigió a su casa en la calle Temple, sintiéndose bastante orgulloso de su habilidad para arreglar las cosas. Tal vez Methuen, cuando estaba sobrio, tenía razón al hablar de la futilidad de todas las cosas. Pero si esa filosofía servía para alterar la agradable existencia de Johnny, prefería que Methuen estuviera borracho.

Se alegraba de que Methuen pudiera ponerse bien muy pronto y volviera a casa. Methuen era el único hombre por el que sentía afecto. Pero mientras estuviera encerrado, Johnny iba a aprovechar el tiempo. Cuando llegó a la mansión Phelps, en vez de entrar directamente, escarbó con una pata delantera en el seto que estaba junto al muro. Sacó una gran tableta de tabaco de mascar. Johnny mordió aproximadamente la mitad, metió el resto en su caja y entró en la casa, balanceándose felizmente con cada paso. ¿Por qué no?

Notas

[1] «Varados frente a Vesta», en *Lo mejor de Isaac Asimov*, Ernecé, Buenos Aires, 1976. <<

[2] «La línea de la vida», en *Historia del futuro 1*, Acervo, Barcelona, 1980. <<

[3] «Two Sought Adventure», posteriormente retitulado «Las joyas en el bosque», en *Espadas contra la muerte*, Martínez Roca, col. Fantasy núm. 8, Barcelona, 1986. <<

[4] *Barrera siniestra*. Existe una edición mexicana aparecida en la década de 1950, cuyos datos completos desconocemos. <<

[5] *Que no caigan las tinieblas*, Diana, México, 1968. <<

[6] *Valka Smloky*, Bruguera, Barcelona, 1981. <<

[7] Lester del Rey falleció en 1993, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[8] En *El Dios más pequeño*, Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 47, Barcelona, 1979. <<

[9] En *Nervios*, Edhasa, Barcelona, 1957. Revisada y ampliada posteriormente por el autor como novela; *Nervios*, Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 56, Barcelona, 1980. <<

[10] L. Sprague de Camp falleció en 2000, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[11] *Lovecraft. Biografía*, Taurus, Madrid, 1978. <<

[12] A. E. van Vogt falleció en 2000, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[13] Popular abreviatura para referirse a los monstruos de ojos saltones que poblaban las portadas de las revistas *pulp*. <<

[14] *Los monstruos del espacio*, Edhasa, Barcelona, 1955. <<

[15] Theodore Sturgeon falleció en 1984, con posterioridad a la edición original de esta antología. <<

[16] *Caviar*, Edhasa, Barcelona, 1959. <<

[17] Nelson Bond falleció en 2006, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[18] *Ningún tiempo como el futuro*, Edhasa, Barcelona, 1959. <<

[19] Jack Williamson falleció en 2006, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[20] *La legión del espacio*, Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 9, Barcelona, 1976. <<

[21] *Los humanoides*, Fantaciencia, Buenos Aires, 1976. <<

[22] *Más oscuro de lo que pensáis*, Orbis, Barcelona, 1985. <<

[23] Robert A. Heinlein falleció en 1988, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[24] *Historia del futuro*, Acervo, Barcelona, 1980-81. <<

[25] «Si esto continúa», en *Historia del futuro 2*, Acervo, Barcelona, 1981. <<

[26] *Slan*, Producciones editoriales, Barcelona, 1977. <<

[27] Fritz Leiber falleció en 1992, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[28] «Voy a probar suerte», en *Visiones peligrosas 2*, Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 83, Barcelona, 1983. <<

[29] *La gran hora*, Adiax, Barcelona, 1983. <<

[30] *¡Hágase la oscuridad!*, Ediciones B, Barcelona, 1988. <<

[31] *Los cristales soñadores*, Minotauro, Buenos Aires, 1961. <<

[32] «El osito de felpa del profesor», en *Lo inesperado*, Diana, México, 1964. <<

[33] «Las manos de Bianca», en *El péndulo 3*, Buenos Aires, 1981. <<

[34] «Talento», en *Horror*, Martínez Roca, col. Gran Super Terror, Barcelona, 1986.

<<